

Somerset Maugham

El filo de la navaja



Un hombre, Larry Darrel, mira atrás y no se ve a sí mismo. No está muerto, ha sobrevivido a la Gran Guerra y ya nada puede ser como antes. Necesita renacer y encontrarle sentido a su vida. Larry romperá su compromiso de boda y renunciará a su radiante porvenir en el mundo de las finanzas. París, la India y el Tibet serán algunos de los escenarios en los cuáles buscará otro modo de enriquecerse: en sabiduría y en conocimientos, sumergiéndose en nuevas culturas y espiritualidades. Sin Darrel, la vida continúa en Chicago, en donde Isabel ha renunciado a esperarle y el crack del 29 amenaza fortunas y sueños de oro. Novela imprescindible de uno de los autores más leídos del siglo xx. Un viaje al interior de la condición humana, un testimonio extraordinario que el propio **Somerset Maugham** nos cuenta en primera persona sobre la búsqueda de la paz espiritual y la felicidad de vivir.



William Somerset Maugham

El filo de la navaja

ePub r1.2
arthor 06.08.16

Título original: *The Razor's Edge*
William Somerset Maugham, 1944
Traducción: Fernando Calleja

Editor digital: arthor
Corrección de erratas: sibelius (r1.1)
ePub base r1.2



Arduo hallarás pasar sobre el
agudo filo de la navaja;
Y penoso es, dicen los sabios,
el camino de la salvación.

UNPANISHAD KATHARA

CAPITULO PRIMERO

Nunca he dado principio a una novela con tanto recelo. Si la llamo novela es únicamente porque no sé qué otro nombre darle. Su valor anecdótico es escaso, y no acaba ni en muerte ni en boda. La muerte todo lo termina, y es, por lo tanto, adecuado final de cualquier narración; mas también concluye convenientemente lo que en bodas acaba, y yerran quienes, por alardear de avisados, hacen burla de aquellos desenlaces que la costumbre ha dado en llamar felices. Opina sanamente el vulgo que, sobre aquello que en desposorios termina, no es menester añadir más. Cuando mujer y varón, tras las vicisitudes que se deseen, terminan por unirse, cumplen una función biológica, y el interés que suscitaron es trasladado a la generación venidera. Mas yo dejo al lector en el aire. Éste libro está compuesto con mis recuerdos de un hombre a quien traté íntimamente con largos intervalos, y poco sé de lo que pudo acontecerle durante ellos. Supongo que ejercitando mi imaginación podría rellenar esos huecos y lograr, de esa manera, mayor coherencia para mi narración; pero no deseo hacerlo. Quiero limitarme a dejar escrito aquello que verdaderamente llegó a mi noticia.

Hace muchos años escribí una novela titulada *The moon and sixpence*. En ella me valí de un pintor famoso, Paul Gauguin, y haciendo uso del privilegio de los novelistas, inventé cierto número de incidentes para dar vida al personaje por mí creado, utilizando como punto de partida los escasos datos que del pintor francés me eran conocidos. En este libro no he tratado de hacer nada semejante. Para ahorrar molestias a gentes que viven aún, he dado a las personas que toman parte en mi narración nombres fingidos, y también me he preocupado para lograr que a nadie le sea dado reconocerlas. El hombre acerca de quien escribo no es famoso, y puede ocurrir que jamás llegue a serlo. Quizá cuando su vida acabe no deje de su paso por la tierra señales más profundas que las que un canto arrojado al río deja sobre la superficie del agua. Si así ocurre, si es que mi libro se lee, lo será por el intrínseco mérito que pueda tener. Pero también puede que el modo de vivir que para sí ha elegido y la extraña reciedumbre y dulzura de su carácter lleguen a ejercer poco a poco creciente influencia sobre los demás hombres, hasta que quizá muchos años después de su muerte comprendan que vivió en esta época un hombre muy notable. Llegada tal coyuntura, será evidente la identidad de mi héroe, y aquellos que deseen saber por lo menos algo acerca de los primeros años, acaso encuentren en mi libro lo que busquen. Yo creo que, dentro de sus limitaciones, que reconozco, mi obra podrá ser fuente de apreciable información para los biógrafos de mi amigo.

No pretendo que las conversaciones que aquí dejo escritas sean trasunto fidelísimo de la realidad. No tomé apuntes de lo que escuché en tal o cual ocasión; tengo, empero, buena memoria para lo que importa, y aunque relate con palabras mías las citadas conversaciones, corresponden ajustadamente a lo que se dijo. Unas líneas más atrás he dicho que nada he inventado; quiero ahora rectificar mi aserto. Me he tomado la libertad, común a todos los historiadores desde los tiempos de Herodoto, de poner en labios de los personajes de mi narración discursos que jamás les oí ni podría haber escuchado. He hecho esto por idénticos motivos que movieron a los historiadores a hacerlo: para dar vida y verosimilitud a las escenas que resultarían poco convincentes si me limitase a

narrarlas. Me gusta que se lean mis obras, y me parece legítimo hacer cuanto en mi mano está para que mis libros resulten amenos. El lector inteligente podrá descubrir sin gran esfuerzo las distintas ocasiones en que he utilizado este recurso, y es muy dueño de rechazarlo.

Otra causa por la cual me lanzo a esta aventura con aprensión es que las personas de quienes he de tratar son en su mayoría norteamericanas. Es cosa difícil conocer a la gente, y soy de opinión que no podemos llegar nunca a conocer a fondo más que a nuestros compatriotas. Pues es el caso que hombres y mujeres no son solamente ellos mismos, sino que además tienen algo de la comarca en que nacieron, de la casa urbana o de la rústica alquería donde aprendieron a andar, de los juegos con que de niños disfrutaron, de las consejas que les fueron narradas, de la comida que los alimentó, de los colegios en que estudiaron, de los deportes que practicaron, de las poesías que leyeron y del Dios en quien creyeron. Todas esas cosas juntas hicieron de ellos lo que son, y no es posible llegar a trabar íntimo conocimiento con ellos por referencias o de oídas, pues eso sólo lo logra quien las ha vivido. Únicamente puede conocerlas quien así es. Y como quiera que no podemos conocer a los hijos de un país extranjero más que a través de la observación, resulta difícil darles verosimilitud en las páginas de un libro. Hasta un observador tan sagaz y minucioso como Henry James, aunque vivió en Inglaterra cuarenta años, nunca acertó a crear un tipo inglés que lo fuera por completo. En cuanto a mí, excepto en algunas narraciones breves, jamás he ensayado escribir más que acerca de gentes inglesas, y si me he aventurado a hacer otra cosa en breves historias es porque en ellas puede el escritor tratar a sus criaturas con menos detalles. Basta dar al lector algunas indicaciones generales y dejar que corra de su cuenta el relleno de los huecos. Pudiera alguien preguntarme por qué si a Gauguin le transmuté en inglés, no he hecho otro tanto con los personajes de esta novela. La respuesta es sencilla: no podría. No serían mis personajes lo que son. Y no es que pretenda que sean americanos tal como los americanos lo entienden; son americanos vistos por ojos ingleses. No he procurado reproducir las peculiaridades de su habla. Los desagradables resultados que logran los escritores ingleses cuando tratan de hacer tal cosa son únicamente comparables con las desastrosas consecuencias que sufren los escritores americanos que pretenden poner en boca de sus personajes británicos el inglés tal como se habla en Inglaterra. La gran dificultad son los idiotismos. Henry James usa constantemente esas frases idiomáticas en sus narraciones inglesas, pero nunca consigue emplearlas exactamente como un inglés lo haría, y, así, en vez de alcanzar el efecto de naturalidad que persigue, a menudo resulta chocante para el lector inglés.

El año 1919 pasé por Chicago, camino de Oriente, y por motivos ajenos a esta narración hube de quedarme allí dos o tres semanas. Acababa de publicar una novela de éxito, y como esto me hiciera «notificable», fui sometido a varias entrevistas periodísticas tan pronto como llegué. A la mañana siguiente sonó mi teléfono. Contesté.

—Soy Elliot Templeton.

—¿Elliot? Creí que estabas en París.

—Estoy pasando una temporada con mi hermana. Quisiéramos que vinieras a comer con nosotros hoy.

—Encantado.

Me dijo la dirección y la hora. Quince años hacía que era amigo de Templeton. En 1919 andaba por los cuarenta y tantos años de edad, y era un hombre alto, elegante, de facciones regulares, con espeso pelo, rizado y oscuro, canoso en la exacta medida necesaria para hacer aún más distinguida su apostura. Siempre se vistió admirablemente. La ropa interior y los detalles menudos de su atuendo los adquiría en casa de Charvet, pero trajes, zapatos y sombreros habían de ser londinenses. Tenía un piso en París, en la Rive Gauche, en la elegante Rue St. Guillaume. Quienes no le hallaban simpático decían que era tratante en antigüedades y objetos artísticos, pero él rechazaba con vigor la acusación. Tenía gusto, era buen conocedor de tales asuntos, y no negaba que en tiempos lejanos, cuando hizo de París su residencia, algunos coleccionistas adinerados, deseosos de adquirir cuadros, encontraron de suma utilidad sus avisados consejos; y cuando gracias a sus relaciones sociales llegaba a su conocimiento que algún aristócrata arruinado, inglés o francés, se encontraba dispuesto a vender un cuadro de verdadero mérito, Elliot tenía mucho gusto en ponerle en contacto con los directores de Museos norteamericanos que le constaba andaban buscando un buen cuadro de tal o cual maestro. Eran muchas las familias francesas, y había algunas inglesas, cuyas circunstancias las forzaban a deshacerse de un Boule firmado, o de un escritorio construido personalmente por Chippendale, siempre que sin publicidad pudiera llevarse a cabo la cosa, y esto las llevaba a aceptar complacidas los consejos de un hombre de gran cultura y modales irreprochables, capaz de arreglar el asunto directamente. Era de suponer que Elliot salía ganancioso de estas operaciones, pero las buenas formas impedían aludir a esto. No faltaban maliciosos que aseguraban que cuanto contenía el piso de Elliot estaba en venta, y que luego de haber invitado a ciertos opulentos americanos a una comida excelente, acompañada de vinos venerables, solían desaparecer uno o dos de sus dibujos más caros, o acontecía que una cómoda de marquetería se veía remplazada por otra de laca. Si alguien le preguntaba sobre la desaparición de un mueble determinado, daba una plausible respuesta: que no satisfacía por completo su exigente gusto, y lo había cambiado por otro de calidad superior. A lo que añadía que resultaba aburrido estar siempre contemplando las mismas cosas.

—*Nous autres les américains*, nosotros, los americanos —decía—, somos partidarios de los cambios. Es, al mismo tiempo, nuestro flaco y nuestra fuerza.

Algunas señoras americanas residentes en París, las cuales decían saber todo cuanto a él se

refería, aseguraban que su familia era humilde, y que él podía vivir como lo hacía porque había sido listo. No podría decir yo la cuantía de su fortuna, pero su casero le cobraba un impresionante alquiler por el piso, y éste se veía amueblado con objetos de valor. Adornaban las paredes dibujos de las grandes firmas francesas: Watteau, Fragonard, Claude Lorraine y otros semejantes. Alfombras de Savonnerie y Aubusson exhibían su belleza sobre brillantes entarimados de rica madera; y en la sala había una sillería Luis xv en petit point, que bien hubiera podido pertenecer, como él aseguraba, a Madame de Pompadour. Sea como sea, tenía lo suficiente para vivir de la manera que él consideraba adecuada a un señor, sin precisión de ganar dinero alguno, y los métodos que en otros tiempos usara para hacerlo era asunto que, si se desaba conservar su amistad, no debía sacarse a relucir. Así, aliviado de preocupaciones materiales, podía entregarse a la pasión que gobernaba su conducta, que no era sino la vida de sociedad. Sus relaciones comerciales con las más nobles pero desacomodadas familias de Francia e Inglaterra, le facilitaron ampliar notablemente el círculo de amistades que logró al llegar a Europa, aún joven, con cartas de presentación para gentes de pro. Su cuna le sirvió de recomendación a las señoras americanas con título europeo a quienes iban dirigidas las cartas, pues era su estirpe la de una vieja familia de Virginia, y su madre descendiente de uno de los firmantes de la Declaración de la Independencia. Era de donosa apostura, alegre, consumado bailarín, pasable tirador, notable jugador de tenis y buen elemento en cualquier fiesta o sarao. Le adornaba una gentil generosidad, de la que era evidencia las abundantes flores y las costosas cajas de bombones que regalaba con frecuencia, y aunque no era muchas veces anfitrión, sus convites tenían picante originalidad. Aquéllas damas adineradas hallaban encantadores sus convites en bohemios restaurantes del barrio italiano de Londres o en bistros del Quartier Latin. Siempre se le encontraba dispuesto a hacer un favor, y no había nada, por muy tedioso que fuera, que no hiciera con gusto por complacer a quien se lo pedía. Se esforzaba sin descanso, no ahorrándose ninguna molestia, en hacerse agradable a las señoras de cierta edad, y no hubo de transcurrir mucho tiempo para que se encontrara convertido en el ami de la maison, el favorito, en más de una casa de imponente grandeza. Su amabilidad no tenía límites; jamás le ofendió que le convidaran a última hora debido a que alguien fallara inesperadamente, y podía sentársele a la mesa junto a una vieja enfadosa con absoluta certidumbre de que se mostraría con ella tan ameno y encantador como fuera capaz.

En dos o tres años, tanto en Londres, donde pasaba anualmente la mitad de la temporada de apogeo social, y también el principio del otoño, cuando se dedicaba a una serie de visitas a mansiones rurales, como en París, donde se había establecido, llegó a conocer a todo el que un muchacho americano puede llegar a conocer. Las señoras a las que en un principio fue presentado pronto se asombraron al ver lo muy amplio que era el círculo de sus amistades, descubrimiento que les causó sentimientos encontrados. Por una parte, no podían más que celebrar que su joven protegido hubiera alcanzado tan notorio éxito; pero, por otra, experimentaron una ligera irritación al verle tan íntimamente tratado por personas con quienes ellas solamente habían logrado establecer relaciones superficiales. Es cierto que continuó mostrándose deferente y servicial con sus primitivas protectoras, pero no podían ellas reprimir la sospecha de que Elliot las había usado como meros escalones para su encumbramiento social, lo que las hizo temer que tenían que habérselas con un snob. Y Elliott era, en efecto, un colosal snob, desprovisto de toda dignidad. Sabía aguantar cualquier desprecio, hacer caso omiso de los más palmarios desaires y tragarse las más humillantes

groserías con tal de obtener una invitación a determinada fiesta, o de ser presentado a cualquier viuda vieja de título resonante. No conocía el cansancio. Una vez que fijaba el ojo en su presa, la cazaba con la tenacidad de un botánico que acepta los riesgos anejos a inundaciones, terremotos, fiebres y caníbales con tal de añadir a su colección una orquídea de especie inusitada. La guerra de 1914 le ofreció oportunidad para coronar sus esfuerzos. En cuanto estalló se alistó como voluntario en una ambulancia, y prestó servicios, primero en Flandes y más tarde en la Argonne. Retornó al cabo de un año con una cintilla roja en el ojal y logró ser incorporado a la Cruz Roja de París. Para entonces, su fortuna era ya considerable, lo que le permitió contribuir generosamente a las suscripciones filantrópicas patrocinadas por gentes de importancia. Siempre podía contarse con su gusto exquisito y con sus positivas dotes de organizador cuando se trataba de ayudar en cualquier función benéfica de alguna nota. Se hizo socio de dos de los clubs más elegantes de París. Ya era *cher Elliott* para las damas francesas de mayor alcurnia. Ya había logrado lo que se propuso.

Cuando conocí a Elliott, yo no era más que un autor en agraz, joven, sin importancia, y no me hizo el menor caso. Nunca olvidaba una cara, y cuando nos encontrábamos en uno u otro lugar, me saludaba cordialmente, aunque sin mostrar deseo alguno de estrechar nuestra amistad; y si le veía, por ejemplo, en la Ópera e iba él acompañado de alguna persona de categoría, no era raro que no advirtiera mi presencia. Pero ocurrió que mis obras teatrales alcanzaron un éxito notorio y sorprendente, e inmediatamente Elliott comenzó a demostrarme más marcada deferencia. Un día, durante una de sus estancias en Londres, recibí una esquila suya convidándome a comer en el «Claridge». Los demás invitados no fueron en gran número ni muy notables, y concebí la sospecha de que me había convidado para probarme. Pero desde aquel día, como quiera que el éxito de mis obras me procuró gran acopio de nuevos amigos, comencé a verle con mayor frecuencia. Poco tiempo después pasé algunas semanas del otoño en París, y me encontré con Elliott en casa de un común amigo. Me preguntó que en dónde me hospedaba, y pasados un par de días recibí otra invitación suya, esta vez a comer en su casa; cuando llegué, me sorprendió observar la importancia de los demás comensales. Reí para mí, pues adiviné que Elliott, con su perfecto sentido de los valores sociales, juzgaba que en la sociedad inglesa, como autor que yo era, carecía de gran importancia, pero que en Francia, donde un escritor, por el hecho de serlo, es persona de relieve, la cosa resultaba distinta. Durante los años siguientes, llegamos a intimar hasta cierto punto, sin que jamás fuésemos amigos verdaderos. Realmente, dudo que Elliott fuera capaz de auténtica amistad. Lo único que le interesaba de cualquier persona era su posición social. Cuando me encontraba yo en París, o él estaba en Londres, siguió invitándome a sus comidas siempre que precisaba de alguien para completar la mesa, o cuando tenía que convidar a algunos viajeros americanos. Sospecho que alguno de éstos eran antiguos clientes suyos, y otros gente desconocida con cartas de presentación para él. Éstos eran la cruz de su vida. Se veía obligado a obsequiarlos y atenderlos, pero le repugnaba la idea de presentarlos a sus aristocráticos amigos. La mejor manera de librarse de ellos era convidarlos a comer y a un teatro, pero con mucha frecuencia esto no resultaba tan sencillo cuando estaba comprometido con tres semanas de anticipación, y además, sospechaba que los portadores de las cartas no quedarían satisfechos de su atención. Por ser yo escritor, es decir, persona de escasa monta, no le importaba confiarme sus tribulaciones.

—La gente de América es verdaderamente muy desconsiderada con sus cartas de presentación. No es que no me guste atender a las personas que me envían, pero, la verdad, no hay ningún motivo para imponérselas a mis amistades.

Trataba de desagraciarlos enviándoles grandes cestas de flores y enormes cajas de bombones, pero algunas veces no bastaba eso, y entonces con ingenuidad sorprendente, si se tiene en cuenta lo que acababa de decirme, me convidaba a alguna de las comidas que se veía forzado a organizar en honor de sus compatriotas.

«Tienen muchas ganas de conocerte», me escribía para adularme. «Mrs. Fulánez es una mujer de gran cultura y ha leído todas tus obras».

Llegado el momento, Mrs. Fulánez me decía lo mucho que había disfrutado con mi libro Mr. Perrill y Mr. Trim, y me felicitaba por mi comedia *El molusco*. El primero lo escribió Hugh Walpole, y la segunda era de Hubert Henry Davies.

Si he dado al lector la impresión de que Elliott era un ser despreciable, he cometido con él una grave injusticia.

En primer lugar, era lo que los franceses llaman *serviable*, palabra sin equivalente inglés que yo conozca. El diccionario nos dice que *serviable* tiene el sentido de útil, complaciente y amable. Eso era exactamente Elliott. También le adornaba una auténtica generosidad, pues si en sus primeros tiempos distribuyó con profusión flores y dulces, indudablemente con ulteriores fines, no es menos cierto que continuó haciéndolo cuando ya no le era necesario. Hallaba placer en regalar cosas. Era hospitalario. Su cocinero era tan competente como el mejor de París, y podía uno contar al sentarse a su mesa con las más exquisitas y tempranas succulencias de cada estación. Sus vinos demostraban la sabia certeza de su juicio. Es verdad que elegía a sus invitados antes por su categoría social que por el grado de su compañía, pero siempre tenía la precaución de convidar también por lo menos a una o dos personas realmente simpáticas y decidoras, con lo que sus comidas rara vez carecían de un singular encanto. La gente se reía de él a espaldas suyas, y le tenía por despreciable snob, pero, no obstante, se apresuraban a aceptar sus invitaciones. Hablaba el francés con fluidez y corrección, y su acento era perfecto. Se había esforzado con gran tenacidad en adoptar la manera de hablar corriente en Inglaterra, y era menester un oído de gran finura para descubrir en su discurso, de tarde en tarde, un ligerísimo acento americano. Su conversación resultaba amena y ocurrente, con tal de que fuera posible alejarle del tema de duques y duquesas, pero hasta cuando de éstos hablaba, cuando ya su posición era inexpugnable, se permitía algunos donaires, sobre todo si estaba a solas con un amigo. Tenía una lengua agradablemente desenfadada, y no había escándalo que concerniera a sus egregios amigos que no llegara a oídos de él. Por él supe quién era el padre del más reciente vástago de la princesa de x y quién la amante del marqués de x. No creo que ni el mismo Marcel Proust conociera tan profundamente la vida íntima de la aristocracia como Elliott Templeton.

Cuando me encontraba yo en París, solíamos comer juntos con frecuencia, unas veces en un restaurante, otras en su casa. Me gusta vagar en ciertas ocasiones por las tiendas de antigüedades, más bien para curiosear que para comprar nada, y Elliott siempre me acompañaba con gusto. No sólo era conocedor de cosas bellas, sino que les tenía profundo amor. Creo que conocía todas las tiendas de antigüedades de París y era amigo de sus respectivos propietarios. Gozaba intensamente regateando, y cuando salíamos me decía:

—Si encuentras algo que te guste, no trates de comprarlo tú. Hazme una indicación y déjalo de mi cuenta.

Si me encaprichaba yo con algo y se lo sacaba él al anticuario por la mitad del precio que pedía, su gozo era verdaderamente admirable. Verle regatear constituía un espectáculo delicioso. Discutía, rogaba, montaba en cólera, apelaba a los sentimientos del vendedor, le zahería, le mostraba los defectos del objeto discutido, amenazaba con no volver a cruzar el umbral del establecimiento, suspiraba, se encogía de hombros, regañaba al hombre, se dirigía hacia la puerta ceñudo y airado, y cuando acababa por salirse con la suya, sacudía tristemente la cabeza como si aceptase su derrota.

con resignación. Hecho lo cual me susurraba en inglés:

—Llévatelo. Sería barato por el doble.

Elliott era celoso católico. No llevaba mucho tiempo en París cuando trabó conocimiento con cierto abbé, famoso por las muchas conversiones de infieles y herejes que había logrado. Era frecuente comensal en aristocráticas mansiones y persona de sutil ingenio. Elliott se sintió inevitablemente atraído por aquel hombre, quien, no obstante su humilde extracción, era bien recibido en muy nobles casas, y confió a una muy rica dama americana, recientemente convertida por el abbé, que aunque su familia siempre había profesado el credo episcopaliano, él hacía tiempo que sentía un gran interés por la Iglesia Católica. La señora invitó a Elliott a conocer durante una cena íntima al abbé, y éste hizo cumplida justicia a su fama de hombre agudo y discreto. La señora encarriló la conversación hacia temas religiosos, y el abbé habló con unción, mas sin pedantería, como un hombre de mundo, aunque consagrado, que charlase con otro hombre de mundo. Elliott se sintió agradablemente sorprendido al descubrir que el abbé le conocía de oídas, pero no con gran detalle.

—La duquesa de Vendôme me habló de usted el otro día. Me dijo que le tiene a usted por hombre muy inteligente.

Elliott se sonrojó de placer. Había sido presentado a Su Alteza Real, pero jamás se atrevió a suponer que la egregia dama volvería a pensar en él. El abbé habló de religión con tono y bondad; no era hombre de ideas estrechas, sino moderno en sus opiniones y comprensivo. Aludió a la Iglesia Católica con muy persuasivas y sentidas palabras, y la bondadosa piedad con que se refirió a los desgraciados que no pertenecen a ella tuvo el sorprendente efecto de hacer que Elliott comenzara a pensar en la Iglesia como en un especie de selecta sociedad a la que todo hombre bien nacido debe pertenecer. Seis meses más tarde fue admitido en su seno. Su conversión y la generosidad con que desde entonces contribuyó a las obras pías le abrieron varias puertas que hasta entonces no había podido franquear.

Es posible que los motivos por los que abandonó la fe de sus padres fuesen interesados; pero no cabe dudar de la sinceridad de su devoción una vez dado el paso. Oía misa todos los domingos en una iglesia frecuentada por las mejores familias, se confesaba con regularidad y hacía periódicas visitas a Roma. Pasado el tiempo, su piedad fue premiada con un nombramiento de camarero papal, y la asiduidad con que desempeñó las obligaciones de su cargo le valió ingresar en la Orden del Santo Sepulcro, si la memoria no me falla. Su carrera como católico tuvo igual éxito que su carrera de *homme du monde*.

Me he preguntado frecuentemente cuál pudiera ser la causa del snobisme de aquel hombre inteligente, bueno y culto, pues no era ningún advenedizo. Su padre fue rector de una de las universidades del Sur, y su abuelo teólogo de nada escasa nombradía. Elliott era demasiado inteligente para no advertir que muchos de los que aceptaban sus invitaciones lo hacían por comer de balde, y que entre ello había algunos necios y bastante indignos. El fulgor de sus sonoros títulos le cegaba. Únicamente me cabe suponer que el tratar con confianza a hombres de tan esclarecido linaje, y el servir a sus damas, le daba una sensación de triunfo que jamás llegó a hastiarle; y creo que una más remota explicación es el apasionado romanticismo que le llevaba a ver en cualquier desmedrado duque francés al cruzado que fue a Tierra Santa con san Luis, y en cualquier conde inglés, ruidoso y

dado a la montería, al antepasado que acompañó a Enrique VIII al campo del Lienzo de Oro. Cuando se encontraba acompañado de tales personas, creía vivir en un pasado señor y galante. Creo que al volver las páginas del almanaque de Gotha, el corazón le latía más de prisa cuando, nombre tras nombre, evocaba recuerdos de guerras antiguas, asedios históricos, duelos famosos, intrigas diplomáticas y amores regios. Tal era, para mal o para bien, Elliott Templeton.

Estaba lavándome y cepillándome momentos antes de ponerme en camino para el almuerzo a que Elliott me había invitado, cuando me llamaron por teléfono para decirme que estaba abajo. Algo me sorprendió oírlo, pero tan pronto como estuve listo bajé a reunirme con él.

—Me ha parecido mejor pasar a buscarte —me comunicó—. No sé si conoces la población.

Por lo visto, compartía la opinión que he observado en algunos americanos residentes largos años en el extranjero, según la cual América es un lugar desconcertante, y hasta peligroso, en el que no es prudente dejar que un europeo encuentre su camino sin ayuda.

—Es temprano todavía. Podemos ir andando parte del camino —me propuso.

El aire era bastante frío, no se veía ni una nube en el cielo, y era agradable estirar las piernas.

—Me ha parecido mejor decirte algo acerca de mi hermana antes de que la conozcas —me dijo Elliott según íbamos andando—. Ha pasado una o dos temporadas conmigo en París, pero creo que tú no estabas allí entonces. Seremos pocos a la mesa. Solamente mi hermana, su hija Isabel y Gregory Brabazon.

—¿El decorador? —pregunté.

—Sí. La casa de mi hermana es de una fealdad abominable y tanto Isabel como yo estamos empeñados en que la arregle. He sabido por casualidad que Gregory está en Chicago, y he conseguido que mi hermana le convide a comer. No es de muy buena familia, naturalmente, pero tiene un gusto exquisito. Fue él quien decoró el castillo de Raney para Mary Oliphant, y St. Clement Talbot para los St. Erths. La duquesa quedó encantada con él. En cuanto a la casa de Louisa, ya la verás cuando lleguemos. Es incomprensible para mí cómo le ha sido posible habitarla todos estos años. Aunque, verdaderamente, tampoco entiendo cómo puede vivir en Chicago.

Por lo que fue diciéndome, Mrs. Bradley era viuda y tenía dos hijos y una hija, pero los varones eran bastante mayores y estaban casados. Uno de ellos ocupaba un puesto oficial en las Filipinas, y el otro, diplomático como su padre, se encontraba a la sazón destinado en Buenos Aires. El marido de Mrs. Bradley había desempeñado puestos en varios lugares del mundo, y después de ser primer secretario en Roma durante algunos años, fue ascendido a ministro, y trasladado a una de las Repúblicas sudamericanas del Pacífico, y allí había fallecido.

—Cuando murió, quise convencer a Louisa de que vendiera la casa de Chicago —continuó Elliott—, pero le tenía mucho cariño. Ha sido de la familia durante mucho tiempo. Los Bradley son una de las familias más antiguas de Illinois, adonde llegaron desde Virginia en 1839, habiendo comprado tierras como a sesenta millas al Norte de lo que hoy es Chicago, las cuales todavía conservan. —Elliott vaciló momentáneamente, y me miró como para comprobar el efecto de sus palabras—. El Bradley que se estableció aquí era lo que supongo tú llamarías un labrador. No estoy seguro de si lo sabes, pero a mediados del siglo pasado, cuando las comarcas centrales del Oeste comenzaron a ser colonizadas, buen número de virginianos, segundones de buenas familias, sintieron la tentación de lo desconocido y abandonaron sus hogares. El padre de mi cuñado, Chester Bradley, adivinó el gran porvenir de Chicago y entró de pasante en el bufete de unos abogados. Hay que reconocer que logró

reunir lo bastante para dejar a su hijo en muy buena situación.

El tono de Elliott, más que sus palabras, significaba que quizá no fuera una decisión demasiado elegante la del difunto Chester Bradley por haber abandonado su señorial mansión y sus vastas tierras para entrar en una oficina, pero el hecho de que lograra una fortuna constituía cierta compensación. No pudo Elliott ocultar su disgusto cuando, pasado el tiempo, Mrs. Bradley me enseñó algunas instantáneas de lo que él llamaba sus «propiedades» en el campo, en las que vi una modesta casa cuadrada con un bonito jardín, pero a un tiro de piedra del granero, la vaquería y la pocilga, y rodeada por un desolado y llano erial. No pude menos que juzgar discreto a Mr. Chester Bradley, que decidió abandonar todo aquello para intentar abrirse camino en la ciudad.

Luego de andar un buen trecho, subimos a un taxi. Nos dejó delante de una casa de piedra parda, estrecha y bastante elevada, hasta cuya puerta llegamos subiendo unos altos escalones. Formaba parte de una hilera de casas en una bocacalle de Lake Shore Drive, y su aspecto, incluso en aquel brillante día de otoño, resultaba tan deslucido y triste que hube de preguntarme cómo era posible que alguien le profesara un amor sentimental. Nos abrió la puerta un mayordomo negro, alto, grueso y carnoso, el cual nos condujo a la sala. Cuando entramos, Mrs. Bradley se levantó de su silla, y Elliott me presentó. Debía de haber sido de muy buena presencia, pues sus facciones, aunque algo grandes, eran regulares, y tenía bonitos los ojos. Pero su cara descolorida y desprovista de todo afeitte, casi de manera violenta, carecía de tersura, y resultaba evidente que Mrs. Bradley había perdido la batalla contra los rigores de ciertas edades. Supuse que se negaba a reconocer o aceptar su derrota, pues cuando se sentó lo hizo quedando muy erguida en una silla de recto respaldo, en la cual indudablemente la tortura cruel de su acerado corsé le resultaba más llevadera que en una mullida butaca. Llevaba un vestido azul, profusamente ribeteado, y en el cuello se veían abundantes y rígidas ballenas. Tenía hermoso y blanco pelo, muy rizado con tenacillas y peinado de muy compleja madera. Su otro invitado aún no había aparecido, y estuvimos hablando de cosas sin importancia.

—Me dice Elliot que ha venido usted por la ruta del Sur —me dijo Mrs. Bradley—. ¿Se ha detenido usted en Roma?

—Sí; pasé allí una semana.

—¿Y cómo está mi querida reina Margarita?

Respondí que lo ignoraba, algo sorprendido por la pregunta.

—Pero ¿no fue usted a verla? Es una mujer encantadora. No sabe usted lo amable que estuvo con nosotros en Roma. Mi marido era primer secretario de la Embajada. ¿Por qué no fue usted a verla? Usted no es tan neo como Elliott, que no consiente en acercarse al Quirinal.

—No, no. En absoluto. La verdad es que no conozco a la reina.

—¿No? —dijo Mrs. Bradley, como si apenas pudiera dar crédito a mis palabras—. ¿Por qué?

—No puedo ocultar que los escritores no solemos, generalmente, alternar con reyes y reinas.

—Pero si es una delicia de mujer —me aseguró Mrs. Bradley, como si el no conocer yo a la augusta dama se debiera a no considerarla bastante distinguida—. Estoy segura de que le gustaría a usted.

En aquel instante, se abrió la puerta y el mayordomo anunció a Gregory Brabazon.

Gregory Brabazon, a pesar de su nombre, no tenía aspecto de personaje de novela. Bajo, muy gordo, calvo como un huevo, excepto por algunos ensortijados pelos negros alrededor de las orejas y

encima del cogote; de cara rubicunda y desnuda, que siempre parecía estar a punto de romper a sudar copiosamente, con ojos grises e inquietos, labios sensuales y marcado prognatismo: tal era Gregory Brabazon, inglés de nacimiento, a quien había visto en algunas fiestas bohemias de Londres.

Era jovial, ruidoso y reía a menudo, mas no era necesaria gran intuición psicológica para comprender que toda aquella alborotadora jovialidad era solamente una pantalla detrás de la cual se escondía un astuto comerciante. Ya hacía años que era el decorador más famoso de Londres. Tenía un vocejón resonante y las manos pequeñas, gordezuelas y maravillosamente expresivas. Con sus ademanes elocuentes y un torrente impetuoso de frases sabía hacer vibrar la imaginación de los clientes remisos, hasta que dijérase imposible negarse a emplear sus servicios, que él daba la impresión de ofrecer como si estuviera haciendo un señalado favor a quien los utilizaba.

Volvió a entrar el mayordomo con una bandeja de cócteles.

—No esperaremos a Isabel —dijo Mrs. Bradley al coger uno.

—¿Dónde está? —preguntó Elliott.

—Ha ido a jugar al golf con Larry. Me dijo que quizá volviera tarde.

Elliott se volvió hacia mí.

—Larry es Lawrence Darrell, el novio de Isabel, parece ser.

—No sabía que bebieras cócteles, Elliott —dije yo.

—Y no los bebo —respondió severamente—; pero en este salvaje país de la Ley Seca, ¿qué, va a hacer uno? —Suspiró—. Ya empiezan a servirlos en algunas casas de París. El contacto con gentes rudas corrompe las costumbres.

—¡Cuánta bobada dices! —comentó Mrs. Bradley.

Dijo esto suavemente, pero con una seguridad que me hizo adivinar la energía de su carácter, y sospechar, al observar la mirada que lanzó a su hermano, regocijado, pero sagaz, que no se hacía grandes ilusiones acerca de él. Me pregunté qué opinión formaría de Brabazon. Había yo observado el rápido examen profesional que el decorador hizo del cuarto al entrar en él, y el involuntario arqueamiento de sus espesas cejas al hacerlo. Era, en verdad, una habitación asombrosa. El papel de las paredes, la cretona de las cortinas y de las butacas mostraban el mismo dibujo; en las paredes colgaban óleos con anchos marcos dorados, evidentemente comprados por los Bradley durante su estancia en Roma: vírgenes de la escuela de Rafael, vírgenes de la escuela de Guido Reni, paisajes de la escuela de Zuccarelli, ruinas de la escuela de Panini. También se veían abundantes muestras de su estancia en Pekín: mesitas de ébano talladas en demasía, vastos jarrones de esmalte tabicado, e indicios de su paso por Chile o Perú: estatuillas corpulentas, de piedra, y vasijas de cerámica. Había un escritorio Chippendale y una vitrina de marquetería. Las pantallas de las luces eran de seda blanca, sobre la cual un mal aconsejado artista había pintado pastores y pastoras vestidos como los de Watteau. Era atroz, y, sin embargo, no sé por qué, agradable. Tenía ambiente de hogar, de algo vivo, y no era posible sustraerse a la impresión de que aquel increíble revoltijo tenía un significado. Todos aquellos incongruos objetos entonaban entre sí, porque eran parte de la vida de su dueña.

No habíamos hecho más que acabar los cócteles, cuando se abrió la puerta rápidamente y entró una muchacha seguida de un muchacho.

—¿Llegamos tarde? —dijo ella—. Me he traído a Larry. ¿Le podremos dar algo de comer?

—Supongo que sí —respondió Mrs. Bradley sonriendo—. Dile a Eugene que ponga otro

cubierto.

—Ya se lo he dicho cuando nos abrió la puerta.

—Ésta es mi hija Isabel —dijo Mrs. Bradley dirigiéndose a mí—, y éste, Lawrence Darrell.

Isabel me dio un rápido apretón de manos y se volvió impetuosamente hacia Brabazon.

—¿Es usted Mr. Brabazon? No sabe las ganas que tenía de conocerle. Es maravilloso lo que ha hecho usted en la casa de Clementina Dormer. ¿Verdad que este cuarto es espantoso? No sabe usted los años que llevo tratando de conseguir de mamá que lo arregle, y ahora que está usted en Chicago es la ocasión de hacerlo. Dígame honradamente: ¿qué le parece esta habitación?

Evidentemente, eso era lo único que se le ocurría decir al decorador. Miró rápidamente a Mrs. Bradley, pero nada le dijo su rostro, impassible. Comprendió que quien allí contaba era Isabel, y soltó una ruidosa carcajada.

—Verá usted, comprendo que está muy cómodo, y todas estas cosas...; pero, la verdad, si me lo pregunta usted así, a quemarropa, pues lo encuentro espantoso.

Isabel era alta, tenía ovalada la cara, recta la nariz, hermosos los ojos, y la boca carnosa como el resto de la familia. Era bonita e inclinada a la opulencia, pero supuse que era cosa de su edad, y que se afinaría con los años. Sus manos eran fuertes y bien dibujadas, aunque también llenas, y las piernas, que asomaban por debajo de su falda, corta, también pecaban ligeramente de rollizas. Tenía la tez clara, y el color saludable, probablemente algo subrayado por el reciente paseo en automóvil abierto. Era vivaz, y su risa, lozana. Daba gusto advertir su refulgente salud, su alegría jocunda, el evidente gozo que en vivir encontraba y la felicidad que de ella trascendía. Su suprema naturalidad hacía aparecer a Elliott, a pesar de su elegancia, algo cursi. Junto a su lozanía, Mrs. Bradley, con su cara pálida y surcada de arrugas, resultaba una mujer agotada y vieja.

Bajamos al comedor. Brabazon parpadeó atónito cuando lo vio. Estaban las paredes cubiertas de un papel oscuro, que imitaba una rica tela, y de retratos al óleo de hombres y mujeres agrios y adustos, muy mal pintados, cuyos originales fueron los antepasados inmediatos del difunto Mr. Bradley. También él estaba allí, con un exuberante bigote, muy tieso dentro de su levita y de un alto cuello almidonado. Mrs. Bradley, interpretada por un pintor francés de finales de siglo, aparecía sobre la chimenea, con un vestido de noche, de seda azul pálido, un collar de perlas y una estrella de brillantes en el pelo. Tenía entre los dedos de una enjoyada mano una echarpe de encaje, tan cuidadosamente reproducida que era posible contar cada una de sus puntadas, y con la otra sostenía negligentemente un abanico de plumas de avestruz. Los muebles del comedor, de roble negro, eran abrumadores.

—¿Qué le parece? —le preguntó Isabel a Brabazon.

—Debió de costar mucho dinero —respondió él.

—Sí lo costó —dijo Mrs. Bradley—. Fue el regalo de boda que nos hizo mi suegro. Nos ha acompañado por todo el mundo: a Lisboa, Quito, Roma. La encantadora reina Margarita lo admiraba.

—¿Qué haría usted si fuera suyo? —preguntó Isabel a Brabazon; mas antes de que pudiera responder, lo hizo Elliott por él.

—Quemarlo —dijo.

Comenzaron los tres a discutir cómo arreglarían la habitación. Elliott era partidario del Luis xv, mientras que Isabel prefería una severa mesa de refectorio monacal y sillas italianas, Brabazon adujo

que el Chippendale estaría más en consonancia con la personalidad de Mrs. Bradley.

—Yo siempre considero de suma importancia —dijo— la personalidad de cada uno. —Se volvió a Elliott—: Claro es que conocerá usted a la duquesa de Oliphant.

—¿A Mary? Es una de mis íntimas amigas.

—Se empeñó en que me encargara de su comedor, y en cuanto la vi, me dije: estilo Jorge II.

—Y acertó usted. Ya vi cómo quedó, la última vez que cené en su casa. Es de un gusto irreprochable.

Así continuó la conversación. Mrs. Bradley todo lo escuchaba, pero era difícil adivinar sus pensamientos. Yo hablé poco, y el novio de Isabel, Larry, de cuyo apellido ya no me acordaba, no despegó los labios. Estaba sentado al otro costado de la mesa, entre Brabazon y Elliott, y de vez en cuando le observé con interés. Parecía muy joven. Era aproximadamente tan alto como Elliott, algo menos de un metro ochenta y dos, delgado y suelto de miembros. Era un muchacho agradable, ni guapo ni feo, bastante retraído y en nada notable. Me interesó observar que, aunque no recordaba haberle oído arriba de una docena de palabras desde que llegó a la casa, parecía estar muy a sus anchas y como si tomara parte en la conversación sin despegar los labios. Me fijé en sus manos, largas pero no desproporcionadas, maravillosamente modeladas, pero al mismo tiempo poderosas, y se me ocurrió pensar que a más de un pintor le gustaría copiarlas. Era más bien flaco, pero nada tenía de enfermizo; antes bien, le hubiera yo juzgado recio y capaz de gran resistencia. Su rostro, grave en el reposo, estaba atezado, pero, fuera de eso, poco color se percibía en él, y sus facciones, aunque regulares, se inclinaban a la vulgaridad. Tenía los pómulos pronunciados, las sienes hundidas, y el pelo castaño y ligeramente ondulado. Sus ojos daban la impresión de ser mayores de lo que eran pues los tenía hundidos en las órbitas y rodeados de espesas y largas pestañas. Eran además poco corrientes, en nada semejantes a los ojos castaños que tanto Isabel como su madre y su tío tenían, sino tan oscuros que el iris fundía su color con el de la pupila, lo cual les daba una peculiar intensidad. Tenía una gracia natural que atraía, y pude comprender por qué Isabel se había enamorado de él. De vez en cuando, ella le miraba momentáneamente, y creí descubrir en su expresión, al hacerlo, no solamente amor, sino cariño. Cuando los ojos de ambos se encontraban, los de él reflejaban una ternura que resultaba admirable. No hay nada más conmovedor que el espectáculo de dos enamorados mozos, y yo, con la mitad de mi vida a la espalda, sentí envidia de ellos, pero al mismo tiempo me dieron lástima, sin que pudiera saber por qué. No tenía razón, porque según mis noticias, no había ningún impedimento para su felicidad; ambos parecían en buena posición y no existía ninguna causa para que no se casaran y fueran felices.

Isabel, Elliott y Brabazon continuaban hablando del nuevo moblaje, procurando sacar a Mrs. Bradley, por lo menos, la confesión de que era necesario hacer algo; pero Mrs. Bradley se limitaba a sonreír amablemente.

—No tratéis de darme prisa. Quiero pensarlo. —Se volvió hacia el muchacho—: ¿A ti qué te parece, Larry?

Larry miró alrededor de la mesa, con ojos sonrientes.

—Yo no creo que tenga importancia ni lo uno ni lo otro.

—¡Traidor! —gritó Isabel—. ¡Con lo que te he insistido para que nos apoyaras!

—Si tía Louisa es feliz con lo que tiene, ¿para qué cambiarlo?

La opinión fue tan certera y sensata, que me hizo reír.

Me miró y sonrió.

—No hace falta que pongas esa cara de bobo por haber dicho una tontería —dijo Isabel.

Mas esto únicamente hizo más marcada su sonrisa, y fue entonces cuando advertí que tenía los dientes menudos, muy blancos y muy iguales. Miró a Isabel, y ésta enrojeció y calló. O mucho me equivocaba, o la chica estaba locamente enamorada; pero no sé qué me dio la impresión de que su amor tenía algo de maternal, lo cual me pareció ligeramente inesperado en una muchacha tan joven. Miró a Brabazon con una dulce sonrisa en sus labios, y le dijo:

—No le haga usted caso. Es bastante estúpido y está completamente desprovisto de cultura. No sabe nada de nada, como no sea de volar.

—¿De volar? —dije.

—Fue aviador durante la guerra.

—Creí que era demasiado joven para haber tomado parte en la guerra.

—Y era muy joven. Su conducta fue lamentable. Se escapó de la Universidad y se fue al Canadá. A fuerza de mentiras les hizo creer que tenía dieciocho años, y se alistó en Aviación. Cuando se firmó el Armisticio estaba combatiendo en Francia.

—Estás aburriendo a los convidados de tu madre, Isabel —dijo Larry.

—Le he conocido toda mi vida, y cuando regresó estaba tan guapo con su uniforme y con todas aquellas cintitas en el pecho de su guerrera, que, por así decirlo, me senté a la puerta de su casa hasta que consintió en ponerse en relaciones conmigo para que le dejase en paz. ¡Pero tuve una de rivales...!

—¡Isabel, la verdad...! —dijo su madre.

Larry se inclinó hacia mí.

—Espero que no creerá usted ni una palabra de lo que está diciendo. Isabel no es mala chica, pero miente mucho.

Habíamos terminado de comer, y Elliott y yo nos fuimos al poco rato. Le había dicho yo que pensaba ir al museo para ver unos cuadros, y se ofreció para acompañarme. No me gusta demasiado ir a los museos con nadie, pero no podía decirle que prefería ir solo, y acepté su compañía. Fuimos hablando de Isabel y Larry.

—Resulta encantador ver a dos chiquillos tan enamorados.

—Son demasiado jóvenes para casarse.

—¿Por qué? Es magnífico ser joven, estar enamorado y casarse.

—No seas ridículo. Ella tiene diecinueve años y él acaba de cumplir los veinte. Larry no tiene ocupación. Disfruta de una renta insignificante, tres mil dólares al año, según me dice Louisa, y Louisa no es rica ni mucho menos. Necesita todo lo que tiene.

—Bueno, pero Larry puede trabajar.

—Ahí está la cosa, que no parece dispuesto a trabajar. Se encuentra muy a gusto sin hacer nada.

—Probablemente, lo pasó mal en la guerra. Quizá quiera descansar.

—Ya lleva un año descansando. ¿No es bastante?

—A mí me ha parecido un chico simpático.

—Y yo no tengo nada contra él. Es de buena familia, y todo lo que quieras. Su padre era de

Baltimore. Era profesor adjunto de lenguas romances en la Universidad de Yale, o algo así. Su madre era de Filadelfia, de una antigua familia cuáquera.

—Hablas de ellos en pretérito. ¿Han muerto?

—Sí; su madre murió de parto, y su padre, hará unos doce años. Le ha educado un antiguo amigo de su padre, que ejerce como médico en Marvin. Allí le conoció Isabel.

—¿Dónde está Marvin?

—Es el sitio donde tienen sus tierras los Bradley. Louisa pasa allí los veranos. Sintió pena del niño, pues el doctor Nelson es soltero y no sabe una palabra acerca de cómo se educa a un niño. Fue Louisa quien insistió para que le mandara al colegio de St. Paul, y desde entonces Larry ha pasado aquí todas sus vacaciones de Navidad. —Elliott se encogió de hombros—. Yo creo que debiera haber previsto lo que acabaría por pasar irremediablemente.

Llegamos al museo y dedicamos nuestra atención a los cuadros. Me impresionaron una vez más los profundos conocimientos y el excelente gusto de Elliott. Fue conduciéndome de sala en sala, como si fuera yo un grupo de turistas, y ningún catedrático de arte hubiera hablado de manera más instructiva que la suya. Me rendí a sus atenciones, no sin decidir volver al museo yo solo en otra ocasión. Pasado algún tiempo, Elliott miró el reloj.

—Vámonos —dijo—. Nunca paso más de una hora en un museo. Es el máximo que nuestra apreciación puede durar. Terminaremos otro día.

Le di las gracias cordialmente, y nos separamos. Yo me fui por mi camino, quizá más sabio que antes, pero irritado.

Al despedirme de Mrs. Bradley, ésta me había dicho que al día siguiente Isabel iba a reunir a unos cuantos amigos de su edad para cenar, después de lo cual se irían a bailar, y que si yo iba, Elliott y yo podríamos charlar tranquilamente así que la gente joven se hubiera marchado.

—Le hará usted un favor —me dijo—. Lleva tanto tiempo en el extranjero, que se encuentra algo desplazado aquí. No parece poder encontrar a nadie con quien tenga algo en común.

Acepté, y antes de que Elliott y yo nos separáramos en la escalinata del museo, me dijo que se alegraba.

—Me encuentro como perdido en esta ciudad inmensa —me dijo—. Le he prometido a Louisa pasar seis semanas con ella, pues no nos habíamos visto desde el año doce; pero créeme que estoy contando los días que me faltan para volver a París. Es el único sitio del mundo en que puede vivir una persona civilizada. ¿Sabes lo que piensan de mí aquí? Que soy un raro. ¡Qué salvajes!

Me eché a reír y nos separamos.

A la noche siguiente, después de rehusar la oferta de Elliott, que quería pasar a recogerme, llegué sin novedad a casa de Mrs. Bradley. Me había detenido una visita, y llegué un poco tarde. Sentíase en la salita tan grande algazara cuando subía yo la escalera, que pensé se trataba de una cena muy concurrida, por lo que me sorprendió descubrir que sólo éramos doce en la mesa. Mrs. Bradley estaba casi fastuosa, con un traje de seda verde y una gargantilla de perlas pequeñas; y Elliott, con su bien cortado *smoking*, elegante como sólo él sabía serlo. Cuando nos dimos la mano, asaltaron mis narices todos «los perfumes de Arabia». Me presentaron a un hombre alto, recio, de cara rubicunda, que parecía no encontrarse a gusto con su ropa de etiqueta. Le llamaban doctor Nelson, pero no caía en la cuenta de quién era. El resto de los invitados eran amigos de Isabel, cuyos nombres fui olvidando tan aprisa como los escuché. Eran las muchachas jóvenes y bonitas, y los muchachos jóvenes y gallardos, pero ninguno me llamó la atención, excepto uno de los hombres, y éste tan sólo por su altura y corpulencia. Debía de medir más de un metro noventa o noventa y tres, y era de proporcionada anchura de espaldas. Isabel estaba sumamente bonita, con un traje blanco de seda cuya cumplida falda de volantes ocultaba las piernas, rollizas en demasía; el corte del corpiño dejaba ver que tenía bonito el busto; hallé los brazos algo sobrados de carne, pero el cuello lo tenía admirable. Estaba muy animada y le relucían los ojos. No cabía duda de que era una muchacha muy bonita y deseable, pero resultaba evidente que si no se cuidaba llegaría a desarrollar una afeadora corpulencia.

En la mesa me encontré sentado entre Mrs. Bradley y una muchacha tímida e incolora, a la que juzgué más joven todavía que las demás. Cuando nos sentamos, la muchacha me explicó, para ahorrar molestias a Mrs. Bradley, que sus abuelos vivían en Marvin y que ella e Isabel habían sido compañeras de colegio. Su nombre, el único que llegué a oír, era Sophie. Eran abundantes las bromas en la mesa, todos hablaban recio y las risas eran continuas. Todos parecían tener gran confianza con los demás. Cuando no estaba ocupado en hablar con la señora de la casa, procuraba trabar conversación con mi vecina, pero sin lograr éxito notable. Parecía más tranquila que los demás. No era bonita, pero tenía interesante la cara, nariz pequeña y respingona, boca ancha y ojos de un azul verdoso. Su pelo era de un castaño pálido, y lo llevaba peinado con gran simplicidad. Era muy delgada, y tenía el pecho casi tan liso como un muchacho. Reía las bromas de los demás, pero de manera ligeramente forzada, lo que me hizo pensar si la divertirían tanto como procuraba aparentar. Creí adivinar que estaba esforzándose para mostrarse animada. No pude decidir si era algo tonta o excesivamente tímida, y después de ensayar con ella varios temas de conversación, sin que ninguno prosperara, como no encontrara nada mejor de que hablarle, le pedí que me explicara quiénes eran los que a la mesa se sentaban.

—Al doctor Nelson ya le conoces —dijo, indicando al hombre de cierta edad que estaba sentado enfrente de mí, al otro lado de Mr. Bradley—. Es el tutor de Larry, y nuestro médico en Marvin. Tiene mucho talento; inventa toda clase de cosas para aeroplanos, que nadie quiere usar, y cuando no está ocupado en eso se dedica a beber.

Cierto brillo que advertí en sus ojos cuando me hablaba, me hizo sospechar que Sophie no era tan tonta como a primera vista pensé. Siguió diciéndome los nombres de la gente, explicándome quiénes eran sus padres, y si de un muchacho se trataba mencionaba la Universidad en que estudió y el trabajo que en la actualidad hacía. Sus prescripciones no eran demasiado reveladoras: «Es muy mona». O bien: «Él es un jugador de golf magnífico».

—¿Y quién es ese muchacho, el de las cejas?

—¿Ése? Gray Maturin. Su padre tiene una casa inmensa en Marvin, junto al río. Es nuestro millonario, y estamos orgullosísimas de él. Nos da categoría. Es uno de los socios de «Maturin, Hobbes, Rayner y Smith», y uno de los hombres más ricos de Chicago. Gray es hijo único.

Logró pronunciar los nombres con tan agradable ironía, que la miré interesado. Lo advirtió ella y se puso colorada.

—Dime más cosas acerca de Maturin.

—No hay nada que decir. Es muy rico, muy respetado, ha construido una iglesia nueva en Marvin y ha donado un millón de dólares a la Universidad de Chicago.

—Su hijo es un real mozo.

—Es muy simpático. A nadie se le ocurriría pensar que su abuelo fue un emigrante irlandés sin un céntimo, y su abuela, que era sueca, camarera de una casa de comidas.

Gray Maturin era más bien llamativo que apuesto. Tenía aspecto de cosa mal acabada y ruda, con su nariz roma, su boca sensual y aquella tez de típica rubicundez irlandesa. Era hombre de abundante pelo, negro y muy lacio, bajo cuyas muy espesas cejas se veían los ojos, de claro color azul. Aunque de vasto tamaño, tenía bien proporcionado el cuerpo, y desnudo sería seguramente un magnífico ejemplar. Su gran fuerza era palmaria y su virilidad impresionante. Larry, que se sentaba junto a él, aunque no sería de estatura inferior en más de unos ocho centímetros, parecía, por comparación, enteco.

—Tiene admiradoras a montones —dijo mi tímida vecina—. Conozco a varias muchachas que serían capaces de cualquier cosa para pescarle. Pero es inútil.

—¿Por qué?

—No sabes nada, ¿verdad?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Está tan enamorado de Isabel que no ve a derechas, pero Isabel está enamorada de Larry.

—¿Y qué le impide desbancar a Larry?

—Que Larry es su mejor amigo.

—Supongo que eso complica el asunto.

—Si es uno tan buena persona y tan honrado como Gray... sí.

No pude decidir si dijo esto en serio, o si en el tono de su voz hubo un ligero matiz de burla. No hablaba con desenfado, descaro o petulancia, pero me dio la impresión de que no le faltaba ingenio ni agudeza. Me pregunté en qué estaría pensando mientras hablaba conmigo, y comprendí que jamás lo sabría. Era patente que no se encontraba segura de sí misma, y concebí la hipótesis de que era hija única, y había vivido aislada en compañía de gentes más viejas que ella. Tenía una modestia, una insignificancia amable que hallé de mi gusto, pero si no me equivocaba al suponer que había vivido largo tiempo en soledad, también adiviné que había observado calladamente a las personas mayores

que la rodeaban y formado muy concretas opiniones acerca de ellas. Quienes hemos alcanzado una edad madura sospechamos pocas veces los despiadados pero muy agudos juicios que los jóvenes forman de nosotros. Volví a mirar sus ojos, entre verdes y garzos.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté.

—Diecisiete.

—¿Lees mucho? —pregunté a la ventura.

Antes de que pudiera responderme, Mrs. Bradley, cuidadosa de sus deberes, me dirigió unas palabras, y la cena terminó mientras aún hablaba con ella. La gente joven se fue sin más espera a dondequiera que tuvieran pensado, y los cuatro que quedamos subimos al cuarto de estar.

Me sorprendió haber sido invitado, pues luego de una conversación breve y baladí comenzaron a hablar de un asunto que me extrañó no prefirieran discutir a solas. No pude decidir si sería lo más discreto levantarme y despedirme o si me encontraban útil como auditorio desinteresado y unipersonal. El asunto discutido era la extraña repugnancia de Larry por el trabajo, la cual había cobrado mayor importancia al ofrecerle Mr. Maturin, padre del muchacho que había cenado con nosotros, empleo en su negocio. Era una excelente oportunidad. Con industria y habilidad, Larry podría llegar a ganar, a su debido tiempo, dinero abundantísimo. Su amigo Gray le había instado con entusiasmo a que aceptara la oferta.

No recuerdo todo lo que allí se dijo, pero tengo clara memoria de lo más importante. Cuando Larry volvió de Francia, el doctor Nelson, su tutor, le aconsejó que ingresara en la Universidad, pero el muchacho se había negado. Era natural que quisiera disfrutar durante algún tiempo de una sosegada holganza, pues lo había pasado mal y fue herido dos veces, aunque no de gravedad. Nelson pensó que Larry estaba sufriendo aún cierto desequilibrio nervioso, y le pareció bien que descansara hasta reponerse por completo. Mas fueron convirtiéndose en meses las semanas, y ya hacía un año que se había quitado el uniforme. Trascendió el conocimiento de su ejemplar conducta como aviador, de resultas de lo cual varios hombres de negocios de Chicago le brindaron trabajo. Él les dio las gracias y rechazó los ofrecimientos. No dio razón para ello, excepto que aún no había decidido lo que iba a hacer. Se puso en relaciones con Isabel, lo cual no sorprendió a la madre de ésta, pues habían sido inseparables durante varios años y no se le ocultaba que Isabel estaba enamorada de él. Mrs. Bradley quería al chico y juzgó que sabría hacer feliz a su hija.

—Isabel tiene más carácter que él. Sabrá darle lo que le falta.

Aunque ambos eran muy jóvenes, Mrs. Bradley se mostró dispuesta a consentir que se casaran sin tardanza, pero no antes de que Larry comenzara a trabajar. Tenía él algún dinero, pero aún teniendo diez veces más, Mrs. Bradley hubiera insistido en su exigencia. A juzgar por lo que oí, lo que ella y Elliott querían era conocer por el doctor los propósitos de Larry. Deseaban también que Nelson empleara su influencia con el muchacho para que éste aceptara el puesto ofrecido por Mr. Maturin.

—Ya sabéis que nunca me ha hecho mucho caso —dijo el tutor—. Incluso de muchacho hacía lo que se le antojaba.

—Ya lo sé. Le dejaste crecer salvaje. Es un milagro que el chico no haya salido peor —dijo Mrs. Bradley.

El doctor Nelson, que había estado bebiendo sin gran templanza, la miró hoscamente y aumentó ligeramente el color de su rostro.

—Andaba yo demasiado ocupado. Y tuve que atender a mis propios asuntos. Si le tomé a mi cargo fue porque la criatura no tenía donde meterse, y su padre fue amigo mío. No creáis que fue sencillo educarle.

—No sé cómo puedes decir eso —replicó Mrs. Bradley acremente—. Tiene un carácter encantador.

—¿Me quieres decir qué se puede hacer con un chico que jamás replica, pero hace exactamente lo que le da la gana, y que cuando monta uno en cólera pide perdón y deja que chilles? Si hubiera sido hijo mío le habría dado una paliza, pero no iba a pegar a un muchacho que no tenía un pariente en todo el mundo y cuyo padre le dejó a mi cargo por creer que yo le trataría con cariño.

—Todo eso no tiene nada que ver —dijo Elliott algo irritado—. La cuestión es la siguiente: ya ha hecho el vago bastante tiempo; ahora se le ofrece una oportunidad excelente de labrarse un porvenir brillante y, si quiere casarse con Isabel, ha de trabajar.

—Tiene que comprender —interpuso Mrs. Bradley— que en el estado actual del mundo los hombres no pueden estar ociosos. Está fuerte y completamente repuesto. Todos sabemos que después de nuestra guerra civil hubo muchos hombres que no volvieron a trabajar al ser licenciados. Y fueron una carga para sus familias e inútiles para la sociedad.

Intervine yo entonces, diciendo:

—Pero ¿qué razones da para rechazar las varias ofertas que le han hecho?

—Ninguna. Que no le gustan.

—Pero ¿no quiere hacer algo?

—Por lo visto, no.

El doctor se sirvió otro *whisky*, dio un largo sorbo y miró a sus amigos.

—¿Queréis saber lo que pienso? Puede que yo no sea demasiado buen juez de la naturaleza humana, pero después de treinta años de médico algo he tenido que aprender sobre el asunto. A Larry le pasó algo en la guerra. Volvió cambiado. No es sólo que sea menos chiquillo. Algo le ocurrió que cambió su manera de ser.

—¿Qué clase de cosa? —pregunté.

—No sabría decirlo. Nunca habla de lo que le pasó en la guerra. —Se volvió hacia Mrs. Bradley y le preguntó—: ¿Te ha dicho a ti algo?

Mrs. Bradley sacudió la cabeza.

—No. Cuando volvió todos tratamos de que nos contara sus aventuras, pero no hizo más que reír de esa manera suya y decirnos que no tenía nada que contar. Ni siquiera a Isabel le ha dicho nada, a pesar de que ella ha hecho todo lo posible; pero no ha conseguido sacarle una sola palabra del cuerpo.

Prosiguió la conversación de tan poco satisfactoria manera hasta que el doctor miró su reloj y dijo que tenía que irse. Me dispuse a retirarme en su compañía, pero Elliott insistió en que me quedara.

Así que el médico se hubo ido, se excusó Mrs. Bradley por molestarme con sus asuntos particulares, y me expresó su temor de que la conversación me hubiera aburrido.

—Es que todo ello me tiene muy preocupada —terminó diciendo.

—Maugham es un hombre discreto, Louisa, y no tienes por qué tener miedo de decirle cualquier

cosa. Yo no creo que Bob Nelson y Larry se profesen un gran cariño, pero, sin embargo, hay algunas cosas que ni a Louisa ni a mí nos ha parecido oportuno decirle.

—Elliott...

—Mira, Louisa, le has dicho ya tanto, que igual puedes contárselo todo. ¿Te has fijado durante la cena en Gray Maturin?

—Es tan corpulento que no hubiera podido evitarlo.

—Siempre ha andado detrás de Isabel. Mientras Larry estuvo ausente, tuvo una infinidad de atenciones con ella, y si la guerra hubiese durado algo más, bien pudieran haber terminado por casarse, pues a Isabel le gusta. El chico llegó a declararse y ella ni le dijo que sí ni que no. Louisa dice que no quiso decidirse hasta que Larry volviera.

—¿Cómo no fue él a la guerra? —pregunté con curiosidad.

—Tiene una pequeña lesión cardíaca, de jugar al rugby. No es nada serio, pero le dieron por inútil para el Ejército. Volvió Larry y se acabaron sus esperanzas. Isabel le dijo que no.

No supe qué comentario se esperaba de mí, y no hice ninguno. Elliott continuó hablando. Con su distinguido aspecto, y con su refinado acento inglés, no podía parecerse más a un alto funcionario del Ministerio británico de Relaciones Exteriores.

—Claro es que Larry es un buen muchacho, y demostró coraje al escapar para alistarse voluntariamente en Aviación, pero yo me doy buena maña para juzgar a las personas... —Esbozó una significativa sonrisa e hizo entonces la única referencia que jamás le oí al hecho de haber ganado una fortuna negociando con obras de arte—: De lo contrario, no tendría ahora una interesante cantidad de valores de toda confianza. Y mi opinión es que Larry no llegará lejos. Apenas puede decirse que tenga dinero o que sea de buena familia. Gray es muy distinto. Tiene un apellido irlandés muy antiguo y ha habido en su familia un obispo y varios militares y académicos de nombre.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Ésas cosas se saben —respondió sin dar importancia a su respuesta—. El otro día estaba hojeando el Diccionario Nacional Biográfico en el club y me encontré con el apellido Maturin.

Consideré que no era asunto mío repetir lo que durante la cena me había dicho mi vecina de mesa acerca del pobretón emigrante irlandés y la camarera sueca, abuelos de Gray. Prosiguió Elliott.

—A Henry Maturin todos le conocemos hace años. Es un hombre magnífico y riquísimo. Gray heredará la mejor agencia de Bolsa de Chicago. Tiene el mundo a sus pies. Quiere casarse con Isabel, y no puede negarse que para ella sería una boda muy buena. Yo soy partidario de que se casen, y sé que Louisa también.

—Mira, Elliott —dijo Mrs. Bradley con una adusta sonrisa—, tú llevas tanto tiempo fuera de América que se te ha olvidado que aquí las muchachas no se casan porque a sus madres y a sus tíos les parezca oportuno.

—Pues no es eso para enorgullecerse —dijo Elliott con voz tajante—. Una experiencia de treinta años me autoriza a decirte que un matrimonio concertado teniendo en cuenta la posición, la fortuna y la comunidad de las circunstancias es mejor, en todos conceptos, que un matrimonio por amor. En Francia, que al final de cuentas es el único país civilizado del mundo, Isabel se casaría con Gray sin pensarlo dos veces; pasados un año o dos, se convertiría en amante de Larry, si de ello tenía ganas. Gray pondría un lujoso piso a una actriz conocida, y todos serían felices.

Mrs. Bradley, que no tenía un pelo de tonta, miró a su hermano con manifiesta sorna.

—La objeción que se me ocurre a todo eso es que como las compañías de Nueva York vienen a Chicago durante temporadas muy cortas, Gray no podría conservar a la inquilina de su lujoso piso más que un espacio de tiempo de duración extremadamente incierta. ¿No crees que eso sería causa de desasosiegos para todos?

Elliott sonrió.

—Gray podría comprar un nombramiento de agente de Bolsa en Nueva York. Después de todo, si uno se empeña en vivir en América, no comprendo que tenga ningún sentido residir en otro sitio que no sea Nueva York.

Me despedí al poco rato, pero antes de que me fuera, Elliott, no comprendo por qué, me preguntó si quería almorzar al día siguiente con él, para presentarme a los dos Maturin, padre e hijo.

—Henry es un prototipo del hombre de negocios honrado americano —me dijo—, y creo que debes conocerle. Ya hace años que se cuida de nuestros intereses.

No tenía yo particular deseo de hacer tal cosa, pero tampoco motivo para negarme, y le respondí que aceptaba con gusto.

Me habían admitido socio transeúnte, por el tiempo que durara mi estancia, en un club que tenía una buena biblioteca, y a la mañana siguiente fui allí para ver algunas de las revistas universitarias que no son fáciles de conseguir por quien no está suscrito a ellas. Era temprano y únicamente había allí otra persona. Estaba sentada en un vasto butacón de cuero, absorta en un libro. Me sorprendió ver que era Larry. Era la última persona que hubiera yo imaginado descubrir en tal lugar. Cuando pasé junto a él, alzó la vista, me reconoció e hizo ademán de levantarse.

—No te muevas —le dije, y luego añadí casi automáticamente—: ¿Qué lees?

—Un libro —respondió con una sonrisa, pero con una sonrisa tan encantadora que el evasivo desaire no resultó ofensivo en absoluto.

Cerró el libro y se quedó mirándome con sus ojos de peculiar opacidad, sujetándolo de tal manera que no pude leer su título.

—¿Lo pasaste bien anoche? —pregunté.

—Maravillosamente. No volví a casa hasta las cinco.

—Buena resistencia tienes, para estar aquí tan despierto y tan temprano.

—Vengo mucho por aquí. A estas horas no suele haber nadie.

—No te molestaré.

—No me molestas —dijo, volviendo a sonreír, y pensé entonces que su sonrisa era de peregrina dulzura. No era una sonrisa brillante y refulgente, sino que iluminaba su rostro con una interna luz. Estaba sentado en un entrante formado por las librerías y había una butaca vacía junto a él. Puso una mano sobre el brazo de ésta—: ¿No quieres sentarte un minuto?

—Bueno.

Me alargó el libro que tenía en la mano.

—Estaba leyendo esto.

Lo miré y vi que era *Principios de psicología*, por William James. Es, indudablemente, una obra clásica e importante en la historia de la ciencia de su tema; es, además, profundamente interesante; pero no es un libro que pudiera yo haber esperado encontrar en manos de un muchacho, de un aviador, que había estado bailando hasta las cinco de la madrugada.

—¿Por qué estás leyendo esto? —le pregunté.

—Porque soy muy ignorante.

—También eres muy joven —dije, sonriendo.

No habló durante largo rato; comenzaba yo a encontrar embarazoso su silencio, y me disponía a levantarme para buscar las revistas que vine a leer. Pero tenía la sensación de que Larry quería decirme algo. Estaba con la mirada perdida, era grave e intensa su expresión, parecía meditar. Esperé. Sentía curiosidad por saber el significado de todo aquello. Cuando comenzó a hablar lo hizo como si estuviera continuando la conversación sin darse cuenta de la gran pausa en ella habida.

—Cuando regresé de Francia todos se empeñaron en que volviera a la Universidad. No pude.

Comprendí que después de todo lo que había pasado no podría volver a la escuela. En el colegio no aprendí nada. Me di cuenta de que me sería imposible adoptar la vida de un novato de universidad. No les hubiera sido simpático a mis compañeros. No quise fingir lo que no sentía. Y no creí que los profesores fueran capaces de enseñarme lo que yo quería saber.

—Claro está que no es asunto mío —repliqué—, pero no estoy muy seguro de que hicieras bien. Creo entender lo que quieres decir, y comprendo que después de dos años de guerra hubiera sido desagradable convertirse en una especie de colegial de lujo, pues eso es el estudiante universitario durante los dos primeros años. No puedo creer que hubieras sido antipático a tus compañeros. No sé gran cosa acerca de las Universidades americanas, pero supongo que los estudiantes americanos no serán muy diferentes de los ingleses; quizás algo más ruidosos y algo más inclinados a bromas violentas, pero en general chicos decentes, sensatos, y creo que si uno no quiere hacer su vida no se opondrán, si se tiene un poco de tacto, a dejarle en paz. No estudié en Cambridge, como mis hermanos. Pude hacerlo, pero no quise. Preferí salir al mundo. Siempre lo he lamentado. Creo que me podría haber ahorrado muchos errores. Se aprende mucho más rápidamente bajo la dirección de profesores experimentados. Si no se tiene un guía se malgasta mucho tiempo errando el camino, para encontrarse luego en un callejón sin salida.

—Quizá tengas razón; pero no me importa si me equivoco. Tal vez en uno de esos callejones sin salida encuentre algo que venga bien a mi propósito.

—¿Cuál es tu propósito?

—Ésa es la cosa. No estoy muy seguro aún.

Callé, pues no parecía que hubiera nada que contestar. Yo, que desde edad muy temprana siempre he vivido de acuerdo con un plan concreto de finalidades minuciosamente especificadas, no podía escuchar tal confesión sin sentir cierta irritación; mas la dominé. La dominé porque tenía lo que no acierto a llamar más que una intuición de que en el alma de aquel muchacho bullía una turbulenta confusión, no sabía yo si de ideas no maduras o de emociones vagamente percibidas, que le llenaban de una inquietud, la cual le acuciaba hacia una meta desconocida. El chico provocaba en mí una simpatía tan profunda como difícil de entender. Hasta aquel momento no le había oído hablar sino muy brevemente, y esto explica que no hubiera advertido la sonora música de su voz. Era persuasiva; era como un bálsamo. Cuando percibí este detalle y consideré su encantadora sonrisa y la impresionante expresión de sus ojos profundamente negros, comprendí sin dificultad que Isabel se hubiese enamorado de él. Algo tenía, sin duda alguna, que le hacía verdaderamente encantador. Volvió entonces la cabeza, y mirándome sin embarazo, con una expresión que era a la par escrutadora y de amable desenfado, me dijo:

—¿Acierto al suponer que cuando ayer nos fuimos al baile os quedasteis hablando de mí?

—Durante algún tiempo, sí.

—Supuse que por eso insistieron tanto para que tío Bob fuera a cenar. Le molesta bastante salir de casa.

—Parece ser que te han ofrecido un puesto excelente.

—Un puesto envidiable.

—¿Lo vas a aceptar?

—Creo que no.

—¿Por qué?

—Porque no me apetece.

Estaba mezclándome en algo que no me incumbía, pero tuve la impresión de que por ser yo un extranjero, procedente de un país lejano, Larry no tenía inconveniente en discutir conmigo de aquel asunto.

—Ya sabrás —le dije sonriendo— que cuando una persona no sirve para ninguna otra cosa se dedica a escritor.

—No tengo talento.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres hacer?

—Holgazanear.

Tuve que reírme.

—No se me hubiera ocurrido pensar que Chicago fuera buen lugar, entre todos los del mundo, para hacer eso. Pero te dejaré que sigas leyendo. Quiero echar un vistazo a la revista trimestral de Yale.

Me levanté. Cuando salí de la sala de lectura, Larry continuaba embebido en la obra de William James. Comí a solas en el club, y como en la sala de lectura reina una deseable paz, allá volví para fumar un cigarro y pasar un par de horas leyendo y escribiendo unas cartas. Me sorprendió encontrar a Larry absorto todavía en su lectura. No parecía haberse movido desde que me separé de él. Allí permaneció cuando me fui, a las cuatro de la tarde. Ni me vio entrar, ni advirtió mi salida. Tuve que hacer varias cosas aquella tarde, y no regresé al Blackstone hasta que ya fue hora de cambiarme de ropa para asistir a una cena. Cuando me dirigía al hotel, se apoderó de mí una picante curiosidad. Entré de nuevo en el club y miré en la sala de lectura. Había bastantes socios en ella, leyendo los periódicos y otras cosas. Larry continuaba en su butaca, concentrado en el mismo libro. ¡Qué extraño!

Al día siguiente, Elliott me invitó a comer en el «Palmer House» con los dos Maturin, padre e hijo. No hubo más convidados. Henry Maturin era un hombre grande, casi tan alto como su hijo, con una cara roja y carnosa, de pronunciado prognatismo, y tenía la misma nariz agresiva y roma, pero sus ojos eran más pequeños que los de su hijo, menos azules y de una sagacidad extraordinaria. Aunque no debía de tener más de cincuenta años, parecía diez años más viejo, y el pelo, que comenzaba a escasearle, era de absoluta blancura. Tenía aspecto de haberse dado durante demasiados años una vida excesivamente regalada, y la impresión que me produjo fue la de un hombre brutal, listo, que, por lo menos en cuestiones de negocios, no conocería la piedad. Al principio habló poco, y me pareció que estaba tratando de formar juicio acerca de mí. No pude dejar de percibir que consideraba a Elliott como un ser cómico. Gray, amable y cortés, apenas abrió los labios, y la comida hubiera resultado embarazosa de no haber salvado la situación Elliott, con su exquisito tacto y mundana sabiduría, que le permitieron conservar agradablemente viva la conversación. Adiviné que en otros tiempos había adquirido no escasa habilidad para tratar con hombres de negocios del Oeste Central, a quienes era preciso convencer con dulces argucias de que pagaran el subido precio de algún cuadro antiguo. Pasado algún tiempo, Maturin empezó a dar muestras de encontrarse más a gusto, e hizo algunos comentarios que me demostraron que era bastante más ingenioso de lo que parecía y que tenía un sentido de lo cómico espontáneo y agradable. Estábamos hablando de acciones y papeles de negocios. Me hubiera sorprendido la extremada competencia con que Elliott habló del asunto, si no hiciera ya mucho tiempo que estaba yo convencido de que Elliott no tenía un pelo de tonto en cuestiones financieras, a pesar de todas sus cosas. Fue entonces cuando dijo Mr. Maturin:

—Ésta mañana he tenido carta del amigo de Gray. Larry Darrell.

—No me habías dicho nada —dijo Gray.

—Usted conoce a Larry, ¿verdad? —me preguntó—. Gray me ha convencido de que le ofrezca trabajo, porque son grandes amigos. Gray le admira mucho.

—¿Qué dice la carta, papá?

—Me da las gracias. Dice que comprende la magnífica oportunidad que mi oferta supone para un muchacho de su edad, pero que ha considerado muy detenidamente el asunto, y que ha llegado a la conclusión de que no me serviría, por lo cual ha creído mejor rehusar la oferta.

—Pues es una enorme tontería —dijo Elliott.

—Lo es —dijo Mr. Maturin.

—¡Cómo lo siento! —dijo Gray—. Me hubiera encantado trabajar juntos.

—Puede llevarse la mula al abrevadero, mas no obligarla a beber.

Mientras decía esto, Mr. Maturin miró a su hijo, y sus sagaces ojos expresaron gran dulzura. Comprendí que tenía otra faceta el carácter de aquel enérgico hombre de negocios: adoraba a aquel inmenso hijo suyo. Se volvió hacia mí.

—¿Querrá usted creer que este muchacho hizo el domingo pasado el recorrido completo de

nuestro campo en dos golpes por debajo de par? Me ganó por siete a seis. Le hubiera podido descalabrar con mi niblick. ¡Y pensar que fui yo quien le enseñó a jugar al golf!

El hombre rebosaba de orgullo. Empezó a serme simpático.

—Tuve mucha suerte, papá.

—¡Qué suerte ni qué nada! ¿Es suerte salir de un bunker y colocar la pelota a seis pulgadas del agujero? Fue un golpe de treinta y cinco yardas, le advierto a usted. El año que viene quiero que se inscriba en el campeonato de amateurs.

—Pero no tendré tiempo.

—¿No soy yo tu patrón?

—¡Ya lo creo! ¡Y hay que ver la que me armas si llego un minuto tarde a la oficina!

Mr. Maturin rió complacido.

—Ahora va a resultar que soy un tirano —me dijo—. No le crea usted una palabra. Todos mis asuntos los llevo yo personalmente, pues mis socios son unas inutilidades, y estoy orgulloso de mi negocio. He hecho empezar a este chico por abajo, y espero de él que vaya ascendiendo por sus méritos, como cualquier otro empleado, para que, cuando le llegue la hora de ocupar mi lugar, esté preparado para ello. Mi negocio supone una grave responsabilidad. Llevo más de treinta años administrando los intereses bursátiles de algunos de mis clientes, y confían en mí. Y si quiere que le diga la verdad, prefiero perder mi propio dinero a verlos perder el suyo.

Gray se echó a reír.

—El otro día vino una pobre señora que quería invertir mil dólares en un negocio fantástico por recomendación de su pastor, y papá se negó a aceptar la orden; cuando la vieja insistió, papá le echó tal regañina que la pobrecilla se fue sollozando. Y entonces llamó por teléfono al consejero y le echó otra bronca.

—La gente dice muchas cosas desagradables acerca de nosotros, los corredores de Bolsa, pero hay corredores y corredores. Yo no quiero que mis clientes pierdan dinero; lo que me interesa es que lo ganen, pero si juzgamos por las cosas que hacen parece que la única finalidad que persiguen en esta vida es tirar todo lo que tienen.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó Elliott, según íbamos andando, después que los dos Maturin se despidieron para volver a la oficina.

—Siempre me ha gustado conocer gente nueva. El cariño que se tienen el padre y el hijo es francamente emocionante. No es eso nada corriente en Inglaterra.

—Está chiflado con su hijo. Es una mezcla rara. Lo que te ha dicho de sus clientes es verdad. Administra los ahorros de centenares de viejas, militares y empleados retirados y curas. Yo diría que le proporcionan más quebraderos de cabeza que beneficios, pero él está orgulloso a más no poder de la confianza que en él tienen. Sin embargo, cuando se mete en un asunto de importancia y tiene que luchar contra gente de dinero, no hay quien le gane en frialdad y dureza. Entonces no sabe lo que es la piedad. Si tiene derecho a su libra de carne, como Shylock, no hay quien le haga renunciar a ella. Si te pones en contra suya, no sólo te arruinará, sino que encima se reirá de ti.

Así que llegó a su casa, Elliott le dijo a su hermana que Larry había rechazado la oferta de

Maturin: Isabel había comido en casa de unas amigas, y llegó cuando aún estaban hablando del asunto. Le explicaron lo ocurrido. Por lo que Elliott me relató del curso que tomó la conversación, comprendí que mi amigo se había expresado con elocuencia considerable. Aunque no había él trabajado en absoluto durante los últimos diez años, y a pesar de que la forma en que acumuló su envidiable fortuna no le supuso nunca agotadores esfuerzos, Elliott sostenía firmemente que el hombre normal tiene obligación de ser industrioso. Larry era un chico completamente corriente, sin gran posición social, y no existía ninguna razón plausible para que no aceptara la estimable norma establecida en su país. Resultaba a todas luces palmario para persona tan avisada como Elliott, que América se hallaba en el comienzo de una era de prosperidad, pingüe cual ninguna anterior. Se le ofrecía una oportunidad admirable a Larry para aprovecharse de esa prosperidad, y podría ocurrir que si se aplicaba con tesón a su trabajo llegara a millonario antes de cumplir los cuarenta años. Si entonces quería retirarse para vivir como un señor, por ejemplo, en París, con un piso en la Avenue du Bois y un castillo en Turena, no sería Elliott quien dijera una palabra contra ello. Louisa Bradley expresó su opinión de modo más sucinto e incontestable.

—Si te quiere, debiera estar dispuesto a trabajar por ti.

No sé lo que a esto respondió Isabel, pero sí me consta que tuvo el sentido común de comprender que sus mayores tenían razón. Todos los muchachos que conocía estaban estudiando alguna carrera o trabajaban en una oficina. No podía Larry suponer que le fuera posible vivir el resto de sus días del recuerdo dejado por su brillante historial de aviador. La guerra había acabado, y la gente, harta de ella, no deseaba más que olvidarla lo antes posible. El resultado de la conversación fue que Isabel se mostró dispuesta a hablar seriamente con Larry para tomar una determinación. Su madre le aconsejó que le llevara dando un paseo hasta Marvin. Iba a poner cortinas nuevas en el cuarto de estar de la casa de campo y había extraviado las medidas de las ventanas, por lo que quería que Isabel fuera allí a tomarlas de nuevo.

—Bob Nelson os dará de comer —dijo.

—Tengo una idea mejor —dijo Elliott—. Prepárales una merienda, y podrán hablar del asunto mientras comen en la terraza.

—No estaría mal —dijo Isabel.

—Hay pocas cosas más agradables que una merienda en el campo, si no falta la comodidad —añadió Elliott sentenciosamente—. La anciana duquesa d'Uzés solía decirme que el hombre más recalcitrante se muestra propicio a la persuasión en esas condiciones. ¿Qué les vas a poner de comida?

—Huevos rellenos y un emparedado de pollo.

—¡Bah! No hay merienda posible sin *pâté de foie-gras*. Tienes que ponerles, en primer lugar, las quisquillas adobadas con curry; luego pechugas de pollo al aspic, con ensalada de cogollos de lechuga, que aliñaré yo personalmente, y después del *pâté*, si quieres, y como concesión a tus costumbres americanas, una tarta de manzana.

—Les pondré huevos rellenos y emparedados de pollo —dijo Mrs. Bradley con decisión.

—Pues fracasará el plan, escucha lo que te digo, y tú tendrás la culpa.

—Larry come muy poco, tío Elliott —dijo Isabella—, y, la verdad, creo que no se fija en lo que le dan.

—Espero, hija mía, que no dirás eso en son de alabanza —replicó su tío.

Pero la merienda estuvo compuesta de las viandas que Mrs. Bradley había anunciado. Cuando Elliott me comunicó el resultado de la excursión, se encogió de hombros de manera marcadamente francesa.

—Ya les dije que sería un fracaso. Por más que supliqué a Louisa para que les pusiese una botella del excelente «Montrachet» que le envié poco antes de la guerra, no quiso hacerme caso. Lo único que llevaron fue un termo con café caliente. ¿Qué se podía esperar?

Por lo que colegí, estaban Elliott y Louisa sentados en el cuarto de estar cuando oyeron llegar el coche, y a Isabel que entraba en la casa. Acababa de oscurecer y estaban ya corridas las cortinas. Elliott, cómodamente arrellanado en un butacón junto al fuego, estaba leyendo una novela, y su hermana bordaba un tapiz para la chimenea. No entró Isabel en el cuarto, sino que subió directamente a su alcoba. Elliott miró a su hermana por encima de las gafas.

—Supongo que habrá ido a quitarse el sombrero. Ahora bajará —dijo Louisa.

Pero Isabel no bajó.

Pasaron varios minutos.

—Puede que esté cansada y que se haya echado un rato.

—¿No te hubiera parecido natural que Larry hubiese entrado?

—No me exasperes, Elliott.

—Allá tú. No es cosa mía.

Volvió a enfrascarse en su libro. Mrs. Bradley continuó trabajando. Pero al cabo de media hora se levantó súbitamente.

—Voy a subir, no sea que le pase algo. Si está descansando, la dejaré.

Salió del cuarto, pero volvió a bajar al poco rato.

—Ha estado llorando. Larry se va a París. Estará allí dos años, y ella ha prometido esperarle.

—¿Para qué quiere ir a París?

—No me preguntes, porque es inútil. No lo sé. Isabel no ha querido decirme nada, sino que lo comprende, y que no quiere ser un estorbo para Larry. Le he dicho que si está dispuesto a dejarla durante dos años no debe de andar muy enamorado; pero me ha contestado que eso no lo puede remediar, y que lo único que le importa es que ella sí está enamorada de él. Entonces le he preguntado que si le sigue queriendo después de lo que ha pasado hoy, y ¿sabes lo que me ha dicho? Que lo que ha pasado hoy la mueve a quererle más que nunca, y que está segura de que Larry la quiere de verdad.

Elliott reflexionó unos momentos.

—¿Y cuando pasen los dos años?

—Ya te he dicho que no lo sé.

—¿No te parece esto muy poco satisfactorio?

—Poquísimo.

—El único consuelo es que los dos son unos chiquillos, y no les hará daño esperar un par de años. En dos años pueden ocurrir muchas cosas.

Acordaron que lo mejor sería dejar a Isabel en paz. Aquélla noche cenaban fuera de casa.

—No quiero disgustarla —dijo Mrs. Bradley—. La gente empezaría a preguntarse cosas si la ve

con los ojos hinchados.

Mas al día siguiente, estando en familia, Mrs. Bradley volvió a sacar la conversación durante la comida. Sin embargo, fue muy poco lo que logró que dijera Isabel.

—Te aseguro que ya te he dicho todo lo que hay, mamá.

—Pero ¿qué va a hacer en París?

Isabel sonrió, pues comprendió lo absurda que su madre juzgaría la respuesta.

—Holgazanear.

—¿Holgazanear? ¿Me quieres explicar...?

—Eso es lo que él me dijo.

—La verdad es que vas a acabar con mi paciencia. Si fueras como es debido, le hubieras despachado definitivamente en aquel mismo momento. ¿No ves que está jugando contigo?

Isabel se miró el anillo que llevaba en la mano izquierda.

—¿Y qué quieres que le haga? Le quiero.

Entonces fue cuando Elliott tomó parte en la conversación, empleando su conocido tacto.

—No hablé como tío suyo, sino como un hombre de mundo que habla con una muchacha sin experiencia —me dijo Elliott.

Pero no logró mayor éxito que su hermana. Por lo que me dijo saqué la impresión de que Isabel le había dicho, con cortesía, pero también con gran claridad, que se metiera en lo que le importara. Todo esto me lo contó Elliott el mismo día en que ocurrió, en mi salita de Blackstone.

—Louisa tiene razón —añadió—. Todo ello es muy poco satisfactorio, pero ésas son las dificultades que surgen cuando quienes conciertan un matrimonio son dos chiquillos, que no piensan más que en la mutua atracción. Le he dicho a Louisa que no se preocupe, pues te diré que creo que las cosas no saldrán tan mal después de todo. Con Larry ausente, y Gray Maturin aquí... si sé algo acerca del corazón humano, el resultado me parece bastante evidente. Cuando se tienen dieciocho años, las emociones son violentas, pero poco duraderas.

—Estás lleno de sabiduría mundana, Elliott —le dije sonriendo.

—No en vano he leído a La Rochefoucauld. Ya sabes lo que es Chicago; se estarán viendo continuamente. A las muchachas les halaga ver a un hombre tan enamorado, sobre todo cuando saben que no hay ni una de sus amigas que no se casara con él sin dudar. ¿Y tú crees que es humano resistir el placer de derrotar a todas las rivales? Es como cuando vamos a una fiesta en la que sabemos que nos vamos a aburrir hasta la locura, en la que sabemos que lo único que nos darán será limonada y galletas; y vamos porque nos consta que todos nuestros mejores amigos darían un año de vida por ir y no han sido invitados.

—¿Cuándo se va Larry?

—No lo sé. Creo que aún no está decidida la fecha. Elliott sacó del bolsillo una pitillera, larga y fina, de oro y platino, y cogió un cigarrillo egipcio. Estaba por encima de los «Fátima», los «Chesterfield», los «Camel» o los «Lucky Strikes». Me miró con una sonrisa insinuante.

—Claro que no voy a decírselo a Louisa, pero no puedo remediar el sentir cierta oculta simpatía por el chico. Creo que estuvo unos días en París durante la guerra, y no puedo condenarle si se sintió cautivado por la única ciudad del mundo en la que puede vivir a gusto un hombre civilizado. El chico es joven, y no me extraña que quiera echar una cana al aire antes de sentar cabeza y entregarse a la

vida apacible del matrimonio. Es natural, y comprensible. Yo le vigilaré. Le presentaré a la gente que debe conocer; está bien educado, y en cuanto yo le haga un par de observaciones, será bastante presentable. Y puedo garantizarte que verá un aspecto de la vida francesa que muy pocos americanos tienen oportunidad de conocer. Créeme: le es más fácil al americano corriente entrar en el Reino de los Cielos que en el Boulevard St. Germain. Tiene veinte años y es simpático. Probablemente, podré buscarle una *liaison* con una mujer algo más madura. Le vendría muy bien para formarse. No hay mejor educación para un muchacho que ser el amante de una mujer de cierta edad, y si es una mujer como la que yo me imagino, una *femme du monde*, le situaría inmediatamente en la sociedad de París.

—¿Le has dicho esto a tu hermana? —le pregunté sonriendo.

Elliott rió silenciosamente.

—Si estoy orgulloso de algo, mi querido Maugham, es de mi tacto. No se lo he dicho. La pobrecilla no lo entendería. Es una de las cosas que jamás he podido comprender acerca de Louisa: aunque ha pasado la mitad de su vida entre diplomáticos, rodando por las capitales del mundo, ha continuado siendo siempre terriblemente americana.

Aquella noche fui a cenar a una inmensa casa de piedra, en Lake Shore Drive, que le hacía pensar a uno que el arquitecto había comenzado a construir un castillo medieval, para cambiar luego súbitamente de intención a mitad de la obra y decidir convertirla en un chalet suizo. Se trataba de una cena con gran número de invitados, y hube de alegrarme cuando al entrar en el vasto y suntuoso salón, todo estatuas, palmeras, candelabros, cuadros dignos de un museo y moblaje excesivamente muelle y lujoso, descubrí a varios conocidos. Henry Maturin me presentó a su mujer, flaca, pintada y frágil. Saludé a Mrs. Bradley y a Isabel. Isabel estaba encantadora, con un traje de seda roja que realzaba su oscuro pelo y sus ojos color avellanado. Parecía hallarse muy animada, y nadie habría podido adivinar que acababa de sufrir un grave disgusto. Estaba hablando muy alegremente con dos o tres muchachos, uno de ellos Gray, que la rodeaban. Se sentó durante la cena a una mesa distinta de la mía, y no pude observarla; pero más tarde, cuando los hombres volvimos al salón, después de una interminable sobremesa dedicada al café, los licores y los puros, tuve ocasión de hablar con ella. La conocía demasiado superficialmente para decirle abiertamente nada de lo que Elliott me había dicho, pero pensé que le gustaría oírme algo referente a Larry.

—El otro día vi a tu novio en el club —dije sin dar importancia a la cosa.

—¡Ah! ¿Sí?

Habló con tanta naturalidad como yo, pero pude advertir que se colocó inmediatamente en guardia. Su mirada se hizo vigilante, y me pareció percibir en ella una sombra de temor.

—Estaba leyendo en la biblioteca, y me impresionó su capacidad de concentración. Le encontré leyendo cuando entré, poco después de las diez; seguía leyendo cuando volví luego de comer; y leyendo estaba cuando pasé por allí antes de cenar. Creo que no se movió de su butaca durante casi diez horas.

—¿Qué leía?

—Los Principios de psicología, de William James.

Bajó los ojos, y no pude saber el efecto que mis palabras le hicieron, pero saqué la impresión de que estaba extrañada y al mismo tiempo aliviada. En aquel momento, el dueño de la casa se acercó a buscarme para jugar al bridge, y cuando acabó la partida Isabel y su madre ya se habían ido.

Un par de días más tarde, fui a despedirme de Mrs. Bradley y de Elliott. Los encontré tomando el té. Isabel entró a poco de llegar yo. Hablamos de mi próximo viaje, les di las gracias por sus amabilidades durante mi estancia en Chicago, y cuando transcurrió el tiempo que juzgué discreto, me levanté para irme.

—Te voy a acompañar hasta la droguería. Acabo de acordarme que tengo que comprar unas cosas —me dijo Isabel.

Las últimas palabras que su madre me dijo fueron:

—No se olvide dar muy cariñosos recuerdos a la reina Margarita la próxima vez que la vea.

Ya hacía tiempo que había desistido de negar mi conocimiento con la augusta señora, y respondí, con notoria ligereza, que no dejaría de cumplir el encargo.

Cuando salimos a la calle, Isabel me miró, sonriéndome.

—¿Crees que podrías tomarte un batido de mantecado con soda? —me preguntó.

—Puedo probar —respondí prudentemente.

Isabel no volvió a hablar hasta que llegamos al bar del establecimiento, y yo, como no tuviera nada que decir, fui en silencio. Entramos y nos sentamos a una mesa, en sillas que tenían los respaldos y las patas de alambres retorcidos. Eran sumamente incómodas. Pedí dos batidos de mantecado con soda. En los mostradores se veían algunos clientes haciendo compras, y en las mesas hasta dos o tres parejas; pero estaban profundamente interesadas en sus propios asuntos y, prácticamente, pudiera decirse que nos encontrábamos solos. Encendí un cigarrillo, mientras Isabel chupaba a través de una larga paja, con apariencia de que su ocupación le producía gran disgusto. Pero me dio la impresión de estar nerviosa.

—Quería hablarte —me dijo de pronto.

—Algo así supuse —repliqué sonriendo. Se quedó mirándome pensativamente unos instantes.

—¿Por qué me contaste lo de Larry la otra noche en casa de los Satterthwaites?

—Creí que te interesaría. Se me ocurrió pensar que quizá no supieras exactamente la idea que tiene Larry de lo que es holgazanear.

—Tío Elliott es un chismoso terrible. En cuanto dijo que iba al Blackstone para charlar un rato contigo, no me cupo ninguna duda de que te lo contaría todo.

—Es que hace ya muchos años que nos conocemos, hazte cargo. Y lo pasa divinamente discutiendo de los asuntos ajenos.

—Ya lo sé —dijo sonriendo. Pero fue solamente un fugaz destello. Luego me miró con expresión grave—. ¿Qué te parece Larry?

—No lo he visto más que tres veces. Parece un excelente muchacho.

—¿Nada más?

Me lo preguntó con un acento que tenía algo de angustia.

—No, no del todo. Me resulta difícil juzgarle; compréndelo; apenas le conozco. Desde luego, es simpático. Su modestia, su amabilidad, su bondad resultan cautivadoras. Y, para ser tan joven, tiene

una gran seguridad en sí mismo. No se parece a ninguno de los muchachos que he conocido aquí. Mientras iba procurando expresar a tropezones una impresión que no estaba demasiado clara ni dentro de mi cabeza, Isabel me miraba fijamente. Así que terminé, dejó escapar un tenue suspiro, tras lo cual me dedicó una sonrisa tan encantadora como picaresca.

—Tío Elliott dice que algunas veces le sorprenden tus poderes de observación. Y añade que son pocas las cosas que se te escapan, pero que tu mayor mérito como escritor es tu gran sentido común.

—Otras dotes me parecerían más útiles —contesté algo amargamente—, como, por ejemplo, el talento.

—No tengo con quien hablar de este asunto. Mamá no ve las cosas más que desde su punto de vista. Quiere ver asegurado mi porvenir.

—Lo cual es lógico, ¿no?

—Y tío Elliott no puede pensar en ello más que desde el punto de vista social. Mis amigos, quiero decir los de mi edad, todos tienen a Larry por una calamidad. Y me duele mucho.

—Naturalmente.

—No es que no estén simpáticos con él. No hay quien no lo esté con Larry. Pero le toman un poco a broma. Siempre se están metiendo con él, y les saca de quicio ver que, al parecer, le tiene completamente sin cuidado. No hace más que reírse. ¿Sabes cómo están ahora las cosas?

—No sé más que lo que me ha dicho tu tío.

—¿Me dejas que te cuente lo que pasó el día que fuimos a Marvin?

—Claro que sí.

He reconstruido la narración de Isabel a base de lo que me acuerdo que me dijo, pero ayudado por mi imaginación. La conversación que sostuvo con Larry fue larga, y no me cabe duda de que se dijeron muchas más cosas de las que es mi intención reproducir aquí. Sospecho que, como suele ocurrir en semejantes ocasiones, no solamente se dijeron muchas cosas que no tenían relación con lo discutido, sino que incurrieron en numerosas repeticiones.

Cuando Isabel se despertó, al ver que hacía un tiempo magnífico, llamó a Larry por teléfono y le dijo que su madre quería que fuera a Marvin para hacer unas cosas, y que si podría él llevarla en coche. Tuvo la precaución de añadir al termo con café que su madre había dicho a Eugene que pusiera en la cesta, otro que contenía unos «Martinis». El dos plazas abierto de Larry era una reciente adquisición, de la que el muchacho estaba muy complacido. Larry solía conducir de prisa, y la velocidad tuvo el efecto de alegrar a ambos. Así que llegaron, Isabel estuvo midiendo las ventanas que iban a ser provistas de cortinas nuevas, mientras Larry anotaba las cifras que ella le dictaba. Cuando terminaron, dispusieron la comida en la terraza que delante de la casa había. Estaba protegida del viento y temblaba por un amable sol de veranillo. La casa, junto a una carretera sin asfaltar, carecería de la elegancia usual en las antiguas casas de madera de Nueva Inglaterra, y lo más que en su favor puede decirse es que era amplia y cómoda, pero desde la terraza se disfrutaba de una vista agradable del gran granero rojo con tejado negro y de un grupo de nobles árboles, allende los cuales se extendían pardos campos hasta perderse de vista. Era monótona la campiña, pero alegrada por el sol y teñida por los cálidos colores del otoño, aquel día presentaba un aspecto de íntima belleza. Los vastos y abiertos espacios que desde allí contemplaban, alegraban el ánimo; frío, desabrido y hosco resultaría en invierno; seco, cocido por el sol, oprimente, durante la canícula; mas

en aquel día presentaba el lugar un aspecto alegre y excitante, y dijérase que la vastedad de terreno que desde allí se contemplaba era un acicate que empujaba a la aventura. Gozaron de la comida como cualquier pareja de muchachos saludables gustosos de estar disfrutando de la mutua compañía. Sirvió Isabel el café y encendió Larry su pipa.

—Ahora ya puedes empezar —dijo él con una sonrisa de buen humor.

Desconcertada Isabel, preguntó, con la expresión más inocente de que fue capaz:

—¿Empezar a qué?

Larry se echó a reír.

—¿Crees que soy completamente tonto, mujer? Me apuesto cualquier cosa a que tu madre sabe perfectamente las medidas de esas ventanas. No ha sido solamente ésa la razón de que me hayas traído aquí.

Isabel logró recobrar su confianza, y le sonrió encantadoramente.

—Pudiera ser que haya pensado yo que sería agradable pasar un día juntos, sin nadie que nos estorbe.

—Pudiera ser, pero no creo que haya sido. Más bien diría yo que tío Elliott te ha dicho que he rechazado la oferta de Maturin.

Hablaba en tono alegre y ligero, e Isabel juzgó conveniente hacer otro tanto.

—Gray se habrá llevado una desilusión. Estaba encantado con la idea de tenerte en la oficina. Antes o después, tendrás que empezar a trabajar, y cuanto más tiempo lo dejes se te hará más duro.

Dio él unas chupadas a su pipa y miró a Isabel sin dejar de sonreír, pero con tan gran ternura, que no pudo ella decir si estaba serio o no.

—¿Sabes una cosa? Tengo la idea de que me gustaría hacer en esta vida algo más interesante que vender acciones.

—Muy bien; entonces, entra en un bufete o estudia Medicina.

—No; tampoco me apetece eso.

—¿Qué quieres hacer, entonces?

—Holgazanear —respondió tranquilamente.

—Vamos, Larry; no tomes esto en broma, que es terriblemente serio.

Le tembló la voz, y se le llenaron de lágrimas los ojos.

—No llores, Isabel. No quiero que sufras.

Se levantó, y volviéndose a sentar junto a ella le rodeó la cintura con un brazo. El tierno acento de su voz acabó con la entereza de Isabel, quien ya no pudo contener más tiempo las lágrimas. Pero logró enjugarlas y forzó a su boca a dibujar una sonrisa.

—Está muy bien eso de que no quieres hacerme sufrir. Pero me estás haciendo sufrir. Porque te quiero.

—También yo te quiero a ti, Isabel.

Suspiró ella hondamente. Se libró luego del brazo que la rodeaba y se apartó de él.

—Vamos a ser sensatos, Larry. Los hombres tienen que trabajar. Aunque no sea más que por respeto a sí mismos. Éste es un país joven, y todos sus hombres tienen la obligación de participar en sus actividades. El otro día oí a Henry Maturin que está comenzando una época que nos va a hacer considerar todo lo conseguido hasta la fecha como sin importancia. Dijo que no veía límites a nuestro

progreso y que está convencido de que para 1930 seremos la nación más rica y grande del mundo.

¿No te parece emocionante?

—Sí, mucho.

—Nunca ha tenido tales oportunidades la gente joven. Y no te hubiera yo creído demasiado orgulloso para tomar parte en el trabajo que tenemos que llevar a cabo. Es una aventura admirable.

Larry rió con buen humor.

—Supongo que tienes razón. Los Armour y los Swift aumentarán y mejorarán sus conservas de carne; los McCormick construirán mejores segadoras que nunca; y Henry Ford fabricará más y mejores automóviles. Y todo el mundo será más rico que en cualquier época pasada.

—¿Y por qué no?

—Exactamente: ¿por qué no? Pero da la casualidad que el dinero no me interesa.

Isabel rió.

—Vamos Larry, no digas bobadas. No se puede vivir sin dinero.

—Yo tengo algo. Esto es lo que me permite hacer lo que quiero.

—¿Holgazanear?

—Sí —respondió sonriendo.

—Me lo estás haciendo muy difícil, Larry —suspiró ella.

—Lo siento. No lo haría, si me fuera posible evitarlo.

—Pero es que sí lo puedes evitar.

Larry sacudió la cabeza. Permaneció en silencio un rato, perdido en sus pensamientos. Cuando por fin habló, fue para decir algo que sorprendió a Isabel.

—¡Tienen un aspecto tan terriblemente muerto los muertos cuando están muertos!

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella preocupada.

—Lo que he dicho —replicó con una sonrisa melancólica—. Cuando se encuentra uno volando allá arriba, completamente solo, se tiene mucho tiempo para pensar. Y se le ocurren a uno cosas extrañas.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas vagas —dijo sin cesar de sonreír—, incoherentes, confusas.

Isabel pensó acerca de esto durante algún tiempo.

—¿Y no crees que si te pusieras a trabajar se aclararían esas ideas y sabrías concretamente lo que te ocurre?

—Ya he pensado en eso. Se me ha ocurrido que quizá trabajando con un carpintero, o en un garaje...

—¡Pero, Larry, la gente creería que te habías vuelto loco!

—¿Importaría eso?

—A mí, sí.

Sobrevino otro silencio. Fue ella quien lo rompió. Suspiró.

—Has cambiado mucho desde que te fuiste a Francia.

—No es de extrañar. Allí me pasaron muchas cosas.

—Por ejemplo...

—Pues..., cosas corrientes. Mi mejor amigo entre mis compañeros perdió la vida tratando de

salvar la mía. No me resultó sencillo acostumbrarme a la idea.

—Cuéntamelo, Larry.

La miró. Sus ojos reflejaban evidente angustia.

—Prefiero no hablar de ello. Después de todo, no fue más que un accidente sin importancia.

Fácil de conmover por naturaleza, Isabel sintió que de nuevo se le llenaban de lágrimas los ojos.

—¿Eres desgraciado, Larry?

—No —respondió él sonriendo—. Lo único que me hace desgraciado es ocasionarte tristeza.

La tomó de la mano, y fue de tan confortador efecto para Isabel sentir la suya en la de él, segura y firme y amante, y le observó en el gesto algo tan profundamente tierno, que hubo de morderse los labios para no volver a llorar.

—Creo —dijo Larry gravemente— que no alcanzaré la paz hasta haber formado una opinión concreta acerca de las cosas. —Vaciló—. Es difícil expresarlo con palabras. En cuanto procuro hacerlo, siento algo así como vergüenza. Y me digo: ¿quién soy yo para quebrarme la cabeza acerca de esto, y lo otro, y lo de más allá? Quizá no sea más que un pedante y un necio. ¿No me valdría más tomar por el camino trillado, y no preocuparme de lo que me pueda ocurrir? Pero luego me acuerdo de un muchacho que una hora antes estuvo lleno de vida y de alegría, y una hora después estaba muerto; y me parece todo ello terriblemente cruel, y carente de sentido. Es difícil no preguntar cuál es el significado de la vida y si tiene sentido, o si todo ello no es más que un trágico error de una fatalidad ciega.

Era imposible no sentirse emocionado cuando Larry, con aquélla su voz de prodigiosa armonía, hablaba vacilando, como si estuviera obligándose a decir cosas que preferiría callar; pero denotaban sus frases tanta angustiada sinceridad, que no se atrevió Isabel a hablar hasta pasado un rato.

—¿Crees que te serviría de algo irte al extranjero una temporada?

Hizo la pregunta con desfallecido ánimo. Larry tardó largo espacio de tiempo en contestar.

—Creo que sí. Puede uno tratar de aceptar con indiferencia la opinión de los demás, pero no es sencillo. Cuando es hostil, despierta la propia hostilidad, y esto nos perturba.

—¿Por qué no te vas entonces?

—Por ti.

—Vamos a ser francos el uno con el otro, Larry. Hoy día yo no significo nada para ti; no puedes perder el tiempo conmigo.

—¿Quiere decir eso que deseas que terminen nuestras relaciones?

Logró ella dominar el temblor de sus labios, y sonreír.

—No seas bobo; quiero decir que estoy dispuesta a esperar.

—Puede ser un año; pueden ser dos.

—No importa. También puede ser menos. ¿Adónde quieres irte?

La miró Larry fijamente, como si quisiera escudriñar sus más ocultos pensamientos. Isabel sonrió, para disimular su profunda desazón.

—Pues había pensado empezar por París. Allí no conozco a nadie, y, por lo tanto, nadie me molestaría. Estuve allí varias veces con permiso, y no sé por qué se me ha metido en la cabeza que la confusión que tengo dentro se aclarará en París. Es un sitio raro, y te da la sensación de que en él se puede pensar en las cosas hasta su final lógico sin estorbo ni dificultad. Creo que allí podré hallar el

camino que tengo que seguir.

—¿Y qué pasará si no lo encuentras?

Larry se rió.

—Entonces echaré mano de mi sentido común americano, desistiré de mi empeño y volveré a Chicago para trabajar en lo que encuentre.

La escena afectó demasiado a Isabel para que pudiera narrármela sin emoción, y cuando hubo terminado, me miró apenada.

—¿Crees que hice bien?

—Creo que hiciste lo único que pudiste hacer; pero, además, yo diría que te has mostrado maravillosamente buena, generosa y comprensiva.

—Le quiero, y lo que busco es que él sea feliz. Y es curioso, pero, en cierta medida, me alegro de que se vaya. Quiero que escape de este ambiente hostil, y no solamente por él, sino por mí. No me extraña que la gente diga de él que nunca llegará a ninguna parte; aunque los odio por decirlo, no puedo remediar que en lo profundo de mi corazón piense con terror algunas veces que la gente está en lo cierto. Pero no digas que soy comprensiva. No tengo ni la más remota idea de lo que anda buscando.

—Quizá lo vislumbres con el corazón más que con la cabeza. ¿Por qué no te casas con él sin esperar más tiempo, y te vas con él a París?

Cruzó por sus ojos la sombra de una sonrisa.

—Me encantaría más que nada en el mundo. Pero no puedo. Y diré, aunque me duela, que creo de veras que se las arreglará mejor sin mí. Si el doctor Nelson está en lo cierto, y Larry está sufriendo una reacción retardada del esfuerzo nervioso hecho durante la guerra, parece probable que el cambiar de ambiente y el hallar intereses nuevos le curará; cuando se reponga, volverá a Chicago y se meterá en algún negocio, como todos. No me gustaría casarme con un haragán.

Isabel había sido educada de cierta manera, y había aceptado los principios que le fueron inculcados. No pensaba en el dinero, pues jamás había conocido la experiencia de no tener lo que es necesario; pero sentía instintivamente la importancia del dinero. Da poder, influencia y categoría social. Y era lo natural y lógico que un hombre lo ganara. Ésa era la obligación de un hombre en esta vida.

—No me extraña que no entiendas a Larry —le dije—, porque estoy casi seguro de que tampoco él se entiende. No es dado a explicar la naturaleza de sus planes, y acaso sea porque no los ve con mucha claridad. Claro es que yo apenas le conozco, y no hago sino adivinar; pero ¿no crees posible que ande buscando algo, sin saber exactamente lo que busca, y sin estar seguro de si existe? Quizá, háyale pasado lo que le haya pasado en la guerra, lo que sea le ha dejado dominado por un desasosiego que no le deja tranquilo. ¿No crees que pueda andar persiguiendo un ideal que está envuelto en una nube de ignorancia, como un astrónomo puede querer descubrir una estrella de cuya existencia solamente sus cálculos matemáticos le dan noticia?

—Lo que yo creo es que tiene alguna preocupación.

—¿Su alma? Puede ocurrir que esté algo asustado de sí mismo. Puede ocurrir que no tenga

confianza en la autenticidad de la visión que percibe vagamente con los ojos de su espíritu.

—A veces me da una sensación de lo más extraña; me da la impresión de un sonámbulo que se despierta bruscamente en algún lugar conocido y no sabe en dónde se encuentra. Antes de la guerra era un chico completamente normal. Una de sus características más encantadoras era el enorme entusiasmo que sentía por la vida. Era alocado, alegre y resultaba delicioso; era delicioso y ridículo. ¿Qué puede haberle cambiado tanto?

—No sabría decirlo. A veces, cualquier cosa pequeña tiene sobre uno efectos de los más desproporcionados. Yo me acuerdo de una vez que fui a misa el día de Difuntos, a una iglesia que los alemanes habían dejado algo estropeada durante su primer avance por Francia. Estaba llena de soldados y de mujeres enlutadas. En el cementerio de junto a la iglesia se veían filas de crucecitas de madera. El triste y solemne ritual se celebró entre mujeres, y aun soldados, que lloraban. Aquello me hizo pensar que los hombres que reposaban debajo de las cruces quizás hubieran tenido más suerte que nosotros, que vivíamos. Un día le conté esto a un amigo, y me preguntó qué quería decir. No pude explicárselo y comprendí que se creyó que yo estaba mal de la cabeza. Recuerdo también haber visto después de una batalla un montón de soldados franceses muertos, los unos encima de los otros. Parecían los muñecos de un teatro de títeres en quiebra, que hubieran sido arrojados de cualquier manera a un rincón polvoriento, por no servir ya para nada. En aquella ocasión pensé lo que Larry te ha dicho a ti: el aspecto terriblemente muerto que tienen los muertos.

No quiero que piense el lector que estoy tratando de envolver en el misterio lo que a Larry le ocurrió durante la guerra y que de tan honda manera le afectó, para descubrir el secreto en el momento oportuno de mi narración. Creo que nunca se lo dijo a nadie. Sí habló, sin embargo, bastantes años más tarde, a una mujer, Suzanne Rouvier, que él y yo conocíamos, acerca de aquel muchacho que perdió su vida al tratar de salvar la de su amigo. Suzanne me lo contó, y yo puedo, gracias a eso, referirlo de segunda mano. Para hacerlo he tenido que traducirlo del francés en que me fue narrado. Parece ser que Larry trabó muy estrecha amistad con un muchacho de su escuadrilla. Suzanne no sabía su auténtico nombre, sino únicamente el irónico apodo con que Larry le llamaba.

—Era un muchacho pequeño, con el pelo rojo, e irlandés. Solíamos llamarle Patsy —dijo Larry— y tenía más vitalidad que ninguna de las personas que he conocido. ¡Qué dinamismo el suyo! Tenía una cara y una sonrisa muy cómicas, y bastaba mirarle para sentir ganas de reír. Era un loco, y solía hacer verdaderas locuras. Siempre estaba recibiendo reprimendas de sus superiores. Desconocía en absoluto lo que era el miedo, y cuando escapaba de la muerte por un pelo, se sonreía con toda la cara, como si se tratara del mejor chiste del mundo; pero también era un magnífico aviador por instinto, y cuando volaba conservaba la serenidad y el juicio. Me enseñó mucho. Tenía algunos años más que yo y me tomó bajo su protección, lo cual era bastante ridículo, pues yo le llevaba más de quince centímetros, y si hubiera hecho falta, podría haberle dejado sin sentido de un puñetazo con bastante facilidad. Y así lo hice una vez en París, estando él borracho, cuando comprendí que se iba a buscar un disgusto serio. Cuando me presenté en la escuadrilla me encontré algo aislado y tenía miedo de fracasar, pero Patsy me obligó a tener confianza en mí mismo. Su actitud ante la guerra no era corriente. No tenía odio alguno a los alemanes, pero le gustaba pelear, y encontraba gran gusto en luchar contra ellos. Cuando derribaba a un enemigo, era completamente incapaz de considerar la cosa más que como una especie de broma pesada. Era petulante, alocado e

irresponsable; pero tenía algo tan auténtico, tan verdadero, que resultaba imposible no sentirse atraído por él. Era igualmente capaz de darte su último penique y de quitarte el último que te quedara. Y si se sentía uno triste, o añoraba su casa, o tenía miedo, como a veces me ocurría a mí, al punto lo advertía, y con toda su feísima cara, arrugada en una mueca de risa, se las arreglaba para encontrar la frase adecuada que le hacía a uno recobrar la normalidad.

Larry dio unas bocanadas a su pipa, y Suzanne aguardó a que continuara.

—Procurábamos con astucia que nos concedieran los permisos al mismo tiempo, y cuando íbamos a París se dedicaba a hacer el loco. Una vez, a principios de marzo del dieciocho, estábamos a punto de irnos con permiso, y nos entregamos a hacer nuestros planes. Íbamos a hacerlo todo. El día antes de empezar nuestro permiso nos enviaron a un vuelo de reconocimiento de las líneas enemigas. De repente, surgieron unos aparatos alemanes, y antes de que pudiéramos enterarnos de lo que pasaba nos encontramos enredados en un combate. Uno de los alemanes vino por mí, pero yo le di primero. Miré para ver si se estrellaba, y mientras lo hacía, advertí, casi sin verlo, que otro aparato alemán venía hacia mí por detrás. Piqué para librarme del ataque, pero no conseguí despegármelo, y creí que me derribaría sin remedio. Y entonces vi a Patsy arrojarse contra él como un rayo y ametrallarle con furia. Entonces los demás alemanes se alejaron. Mi aparato estaba tocado en varios sitios, y sólo a duras penas conseguí regresar. Patsy aterrizó antes que yo. Cuando bajé de mi aparato, acababan de sacarle del suyo. Estaba echado en el suelo, esperando la llegada de la ambulancia. Me vio y me hizo una mueca.

—Le di un disgusto a ese que iba por ti, ¿eh?

—¿Qué te ocurre, Patsy?

—¿A mí? ¡Nada! Un chinazo.

Estaba mortalmente pálido. De repente su rostro adquirió una expresión singular. Se le acababa de ocurrir que estaba muriéndose, y la posibilidad de la muerte jamás le había cruzado por la cabeza. Antes de que pudieran impedirselo, se incorporó y soltó una carcajada.

—¡Ésta sí que es buena! —dijo.

Y cayó hacia atrás, muerto. Tenía veintidós años. Iba a casarse con una muchacha irlandesa en cuanto acabase la guerra.

El día después de mi conversación con Isabel salí de Chicago, camino de San Francisco, donde embarcaría para el Lejano Oriente.

CAPITULO SEGUNDO

No vi a Elliott hasta que estuvo en Londres, hacia finales de junio del año siguiente. Le pregunté si, por fin, se había ido Larry a París. Me dijo que sí. La irritación de Elliott con el muchacho me causó cierto regocijo.

—Al principio me sentí un poco de parte del muchacho. No podía parecerme mal que quisiera pasar un par de años en París, y me encontraba dispuesto a lanzarle. Le dije que me avisara inmediatamente su llegada, pero no me enteré de ella hasta que Louisa me escribió diciéndomelo. Le escribí, enviando la carta al «American Express», que era la dirección que ella me dio, invitándole a que fuera a cenar conmigo y a conocer a algunas personas que creía yo debía conocer. Decidí probarle en primer lugar con el grupo franco-americano, Emily de Montadour, Gracie de Château-Gaillard y los demás; y ¿sabes lo que me contestó? Que lo sentía mucho, pero que no podía acudir porque no tenía traje de etiqueta.

Elliott me miró de lleno a la cara para apreciar la estupefacción que suponía que semejante comunicación me produciría. Cuando observó que yo lo tomaba con calma, enarcó las cejas con displicencia.

—Respondió a mi carta en un pliego de vil papel, con membrete de un café del Barrio Latino, y cuando volví a escribirle, le pregunté dónde vivía. Creía que debía hacer algo por él, pensando en Isabel, y me dije que quizá fuera demasiado tímido. Vamos, quiero decir que no me resultaba concebible que un muchacho en sus cabales viniera a París sin ropa de etiqueta; y en cualquier caso, en París hay algunos sastres tolerables; así que le convidé a comer y añadí que sería una comida con muy pocos invitados. Pues lo creerás o no lo creerás, pero no solamente no hizo ningún caso a mi petición de que me dijera en dónde esta parando, sino que me dijo que no comía nunca a mediodía. Como comprenderás, no he vuelto a preocuparme de él.

—¿Qué habrá estado haciendo?

—No lo sé; y, la verdad, no me interesa. Mucho me temo que sea un muchacho de lo menos deseable, y en mi opinión Isabel cometerá un grave error si se casa con él. Piensa que si estuviera llevando una vida relativamente normal, le hubiera visto alguna vez en el bar del «Ritz» o en «Fouquet», o en alguna parte.

Yo suelo ir algunas veces a estos elegantes lugares, mas frecuento también otros; y aquel otoño pasé varios días en París, camino de Marsella, donde tenía el propósito de embarcar, en uno de los barcos de las Messageries, para Singapur. Una noche cené en Montparnasse con unos amigos, con quienes fui luego al «Dome» para beber un vaso de cerveza. A poco de llegar descubrí a Larry, solo, sentado ante una de las mesas de mármol de la terraza. Estaba contemplando distraídamente a la gente que paseaba gozando de la frescura de la noche, después de un día excesivamente caluroso. Abandoné a mis amigos y me acerqué a él. Se iluminó su cara al verme y me dedicó una simpática sonrisa, al mismo tiempo que me invitaba a sentarme.

—No puedo. Estoy con unos amigos. No he querido más que saludarte.

—¿Estás viviendo en París?

—No; pasando unos días nada más.

—¿Quieres comer mañana conmigo?

—Creí que no comías a mediodía.

Se echó a reír.

—Has visto a Elliott. Generalmente no como, pues no suelo tener tiempo más que para un vaso de leche y un brioche; pero me gustaría que comieras conmigo.

—Está bien.

Quedamos en vernos al día siguiente, en el «Dome», para tomar el aperitivo, y comer luego en algún sitio del Boulevard. Torné con mis amigos. Nos pusimos a hablar, y cuando volví a buscar a Larry con la mirada, ya se había ido.

Pasé la siguiente mañana muy agradablemente. Fui al «Luxembourg» y estuve una hora gozando de algunos cuadros de mi gusto. Luego paseé por sus jardines, recordando mis tiempos de juventud. Nada había cambiado. Pudieran ser aquéllos los mismos estudiantes que solían recorrer los enarenados senderos en parejas, discutiendo animadamente los méritos de sus escritores favoritos. Pudieran ser aquéllos los mismos niños, tras idénticos aros, bajo las miradas alertas de idénticas niñeras. Pudieran ser aquéllos los mismos viejos de antes, calentándose al sol y leyendo el periódico. Y las mismas mujeres de cierta edad las que se sentaban en los bancos, comentando entre ellas el precio de las subsistencias y los desaguisados de las criadas. Luego fui al «Odeón» y estuve viendo los libros nuevos, y vi algunos muchachos, que, como yo treinta años atrás, trataban de leer todo lo que les era posible de unos libros que no tenían dinero para comprar, mientras los empleados, de levita, los miraban con ojos acusadores. Desde allí fui paseando por aquellas calles veneradas y pobretonas, hasta llegar al Boulevard Montparnasse, y desde éste al «Dome». Larry estaba esperándome. Tomamos algo y fuimos andando después a un restaurante en el que se podía comer tranquilamente al aire libre.

Larry estaba quizás algo más pálido de lo que yo le recordaba, y sus oscurísimos ojos, en sus hondas cuencas, resultaban más notables; tenía la misma seguridad en sí mismo y la misma ingenua sonrisa. Cuando encargó la comida, pude ver que hablaba el francés con soltura y buen acento. Le felicité por ello.

—Ya sabía algo de francés antes —me explicó—. Tía Louisa tomó una institutriz francesa para Isabel, y cuando estábamos en Marvin nos hacía hablar en francés todo el tiempo.

Le pregunté si le gustaba París.

—Mucho.

—¿Vives en Montparnasse?

—Sí —me dijo, tras un instante de vacilación, que supuse indicaba poca voluntad para decirme el lugar exacto en que vivía.

—Elliott se sintió algo molesto de que la única dirección que le diste fue la agencia «American Express».

Larry sonrió, pero no dijo nada.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Holgazanear.

—¿Y leer?

—Sí, y leer.

—¿Te escribe Isabel?

—De vez en cuando. A ninguno de los dos nos gusta gran cosa escribir cartas. Lo está pasando muy bien en Chicago. El año que viene vendrán a pasar una temporada con Elliott.

—Eso te gustará.

—No creo que Isabel haya estado nunca en París. Será divertido enseñarle esto.

Mostró interés en mi viaje a China y escuchó atentamente lo que de él le dije; pero cuando procuré hacerle hablar de sí mismo, fracasé. Tan poco comunicativo se mostró, que me vi obligado a aceptar la conclusión de que me había convidado a comer exclusivamente por el gusto de disfrutar de mi compañía. Esto me halagó y me dejó confuso. Apenas habíamos acabado el café, cuando pidió la cuenta, pagó y se levantó.

—Bueno, me tengo que ir —dijo.

Nos separamos. Y quedé tan ignorante de sus ocupaciones como antes. No volví a verle.

No estaba yo en París por la primavera, cuando, antes de lo que había planeado, llegaron Mrs. Bradley e Isabel para pasar una temporada con Elliott; y de nuevo tuve que suplir con mi imaginación el conocimiento de lo que aconteció durante las pocas semanas que pasaron allí. Desembarcaron en Cherburgo, y Elliott, siempre atento, allí fue a esperarlas. Pasaron la aduana. Arrancó el tren. Elliott les dijo, complacido, que había tomado a una excelente doncella para que las cuidara, y Mrs. Bradley respondió que no hubiera hecho falta, pues ellas no la necesitaban, lo cual provocó una impaciente réplica de Elliott:

—No empieces nada más llegar, Louisa. Ninguna señora puede ir bien vestida sin la ayuda de una doncella, y he tomado a Antoinette no sólo por ti, sino por mí. Me mortificaría que no aparecieras perfectamente vestida.

Examinó la ropa de ambas con una mirada de velado desprecio.

—Naturalmente, tendréis que comprar ropa. Después de pensarlo cuidadosamente, he decidido que lo mejor que podéis hacer es ir a «Chanel».

—Yo siempre iba a «Worth» —dijo Mrs. Bradley.

Podría haberse ahorrado el esfuerzo de hablar, pues Elliott no le hizo caso alguno.

—Ya he hablado personalmente con Chanel, y os espera mañana a las tres. Luego hay que pensar en los sombreros. Naturalmente, deberán ser de «Reboux».

—No quisiera gastar mucho dinero, querido Elliott.

—Ya lo sé. Me propongo pagarlo yo todo. Estoy dispuesto a que seas una honra para mí. Por cierto, voy a dar varias fiestas, y he dicho a mis amigos franceses que Myron era embajador, y lo habría sido si no se hubiera muerto, porque suena mejor. No supongo que salga el asunto a relucir, pero he querido avisarte, por si acaso.

—Eres ridículo, Elliott.

—No lo soy. Conozco el mundo. Y sé que la viuda de un embajador tiene mucho más prestigio que la de un ministro.

Al entrar el tren en la Gare du Nord, Isabel, que iba asomada a la ventanilla, gritó:

—¡Ahí está Larry!

Apenas había parado el tren, cuando saltó y corrió hacia él, que la abrazó.

—¿Cómo ha sabido que veníais? —preguntó Elliott agriamente.

—Le avisó Isabel por radio desde el barco.

Mrs. Bradley le besó cariñosamente, y Elliott le ofreció lánguidamente la mano. Eran las diez de la noche.

—Tío, ¿puede venir Larry a comer mañana? —dijo Isabel, agarrada del brazo del aludido, con animada expresión y brillantes ojos.

—Me encantaría; pero Larry me ha dado a entender que no come a mediodía.

—Mañana si comeré —dijo Larry sonriendo.

—Entonces, tendré mucho gusto en verte mañana a la una.

Volvió a ofrecerle la mano, con la intención de indicarle que podía retirarse; pero Larry le sonrió, impertérrito.

—Os voy a ayudar con el equipaje, y luego iré por un taxi.

—Mi coche está esperándonos, y el mecánico se encargará del equipaje —dijo Elliott con toda dignidad.

—¡Ah, magnífico! Entonces no tenemos nada que hacer. Si hay sitio para mí, iré hasta la puerta.

—Anda, sí, Larry —dijo Isabel.

Fueron andén abajo, seguidos de Mrs. Bradley y Elliott. La cara de éste denotaba una helada condena.

—*Quelles manières* —dijo para sí, pues había circunstancias en que se sentía más capaz de expresar sus sentimientos en francés.

A las once de la mañana siguiente, cuando hubo acabado de vestirse, pues no era madrugador, envió una nota a su hermana, a través de Joseph, su criado personal, y de Antoinette, pidiéndole que bajase a la biblioteca, si podía, pues deseaba hablar con ella. Cuando apareció, Elliott cerró cuidadosamente la puerta, y colocando un cigarrillo en una boquilla de desmedida longitud, lo encendió y tomó asiento.

—He de suponer que Isabel y Larry siguen prometidos...

—Que yo sepa, sí.

—Me temo que los informes que tengo que darte acerca de él no sean buenos. —Y explicó a su hermana los proyectos que hizo para presentarle en sociedad, y sus planes para instalarle de manera digna y conveniente—. Hasta le tenía echado el ojo a un *rez-de-chaussée* que hubiera venido pintiparado. Es del marqués de Rethel, quien quería alquilarlo porque le habían destinado a la Embajada de Madrid.

Pero Larry había rehusado las invitaciones, sin dejar lugar a dudas que no necesitaba de su ayuda.

—Lo que me es imposible comprender es para qué puede nadie venir a París si no es para aprovecharse de lo que París puede ofrecerle. No sé qué hace. No conoce a nadie. ¿Sabes en dónde vive?

—La única dirección que conocemos es el «American Express».

—Como un viajante de comercio o un maestro de escuela en vacaciones. No me extrañaría averiguar que está viviendo con alguna en un estudio de Montmartre.

—¡Por Dios, Elliott!

—¿Qué otra explicación puede tener tanto misterio acerca del sitio en que vive, y su negativa a tratarse con la gente de su clase social?

—No sería propio de Larry. ¿Y no te dio anoche la impresión de que estaba tan enamorado como siempre de Isabel? No es posible que sea tan falso.

Elliott se encogió de hombros, dando a entender que la hipocresía de los hombres no tiene límites.

—¿Y Gray Maturin? ¿Sigue igual?

—Se casaría inmediatamente con Isabel, si ésta quisiera.

Mrs. Bradley le dijo por qué habían venido a Europa antes de lo proyectado en un principio.

Empezó ella a no encontrarse bien, y le habían dicho los médicos que tenía diabetes. La cosa no era grave, y si tenía cuidado con lo que comía, y con dosis moderadas de insulina, no había motivo para que no viviera aún muchos años, pero el conocimiento de que padecía una enfermedad incurable había exacerbado sus deseos de ver a Isabel casada. Habían discutido el asunto las dos. Isabel era juiciosa, y estuvo conforme desde un principio en que si pasados dos años Larry se negaba a volver a Chicago, no tendría más solución que terminar con él. Pero hería la dignidad de Mrs. Bradley esperar a que transcurriera por completo el convenido plazo para ir luego en busca de Larry, como si de un fugitivo de la justicia se tratara, para llevarle a su país, pues juzgaba que esto sería humillante para Isabel. Más natural parecía que viniesen a pasar el verano a Europa, en donde Isabel no había estado desde que era muy niña. Después de su estancia en París podían ir a algún balneario indicado para la dolencia de Mrs. Bradley, y de allí al Tirol austríaco, para luego recorrer Italia tranquilamente. Mrs. Bradley tenía el propósito de invitar a Larry a que las acompañara, para que tanto él como Isabel pudieran apreciar si su larga separación no había alterado sus sentimientos. Llegado el momento, se vería si Larry, después de estos años de libertad, se hallaba dispuesto a aceptar las responsabilidades de la vida.

—A Henry Maturin le sentó mal que rechazase su oferta, pero Gray le ha apaciguado y Larry podría tomar posesión del cargo en cuanto llegara allí.

—Gray es un gran muchacho.

—Sí, es verdad —suspiró Mrs. Bradley—. Haría feliz a Isabel, lo sé.

Pasó entonces Elliott a explicar a su hermana las fiestas que en honor de ambas tenía proyectadas. Al día siguiente daría una comida con abundantes invitados, y al final de semana una cena de gala. Las llevaría a la recepción de los Château-Gaillard, y ya había logrado sus invitaciones para el baile de los Rothschild.

—Convidarás a Larry, ¿verdad?

—Me ha dicho que no tiene ropa de etiqueta —dijo Elliott, asqueado.

—Bueno, pero convídale de todos modos. El chico es simpático, después de todo, y no arreglaría las cosas hacerle un feo. Sólo conseguirías que Isabel se encaprichara más.

—Naturalmente, si tú quieres, le invitaré. Larry llegó para comer a la hora concertada, y Elliott, hombre de modales admirables, estuvo marcadamente cordial con él. No le fue difícil, pues se mostró Larry tan alegre, tan lleno de vida, que solamente un hombre de natural profundamente más agrio que Elliott pudiera haber evitado el sentirse cautivado por el muchacho. La conversación versó sobre Chicago y los amigos comunes que allí tenían, por lo que nada pudo Elliott hacer que no fuera escuchar con expresión amable y fingir interés en los asuntos de gentes que en su opinión eran socialmente insignificantes. No le importó escuchar, y hasta consideró no poco conmovedor oír a los demás acerca del noviazgo de tal pareja, de la boda de cual otra y del divorcio de la de más allá. ¿Quién había oído hablar jamás de ellas? Él sabía que la marquesita de Clinchant había tratado de envenenarse, porque su amante, el príncipe de Colombey, la había abandonado para casarse con la hija de un millonario sudafricano. ¡Eso sí que valía la pena discutirlo! Al mirar a Larry, tuvo que confesarse que tenía un indefinible atractivo; con aquellos hundidos ojos negros, sus prominentes pómulos, pálida tez y expresiva boca, le recordaba a Elliott un retrato de Botticelli; y llegó a pensar que vestido con los ropajes de aquel período tendría un aspecto de desmedido romanticismo.

Recordó su proyecto de unirle amorosamente con alguna distinguida dama francesa, y sonrió picarescamente al pensar que el sábado siguiente asistiría a su cena Marie–Louise de Florimond, quien reunía el ser de una familia irreprochable y una notoria inmoralidad. Contaba cuarenta años, pero parecía diez años más joven; tenía la delicada belleza de cierta antepasada suya pintada por Nattier, cuyo retrato formaba parte, gracias a Elliott, de una de las grandes colecciones de pinturas de América; su ligereza moral era notoria. Elliott decidió sentar a Larry junto a ella. Ya había invitado a un buen mozo inglés, attaché de la Embajada que calculaba sería del gusto de Isabel. Isabel era bonita, y como el muchacho en cuestión era inglés y rico, no tenía importancia que no tuviera ella dinero. Endulzado su espíritu por el excelente Montrachet con que había empezado la comida, y por el rico burdeos que le siguió, Elliott entregóse a pensar con sosegado placer en las probabilidades que su mente iba considerando. Si las cosas salieran todo lo bien que deseaba, la pobre Louisa no necesitaría preocuparse más. Nunca había tenido demasiada buena opinión de él; la pobre era bastante provinciana; pero Elliott la quería. Le satisfaría profundamente arreglar todo lo que a su hermana preocupaba, gracias a su mundana sapiencia.

No quiso Elliott perder el tiempo, y arregló las cosas para llevar a las señoras a examinar vestidos inmediatamente después de la comida, y por ello, cuando se levantaron de la mesa, insinuó a Larry, con su exquisito tacto, que estaba estorbando, no dejando al mismo tiempo de insistir en gran afabilidad para que asistiese a las dos comidas que tenía proyectadas. No le fue preciso tanta molestia, pues Larry aceptó ambas invitaciones sin dudarle un instante.

Pero los proyectos de Elliott fracasaron. Vio con alivio que Larry se presentó a cenar con un *smoking* muy decente, pues temió que acudiera vistiendo el mismo traje azul que se puso para la comida.

Después de cenar llevó a Marie–Louise de Florimond a un rincón y le preguntó qué le había parecido el muchacho americano.

—Tiene bonitos los ojos y los dientes.

—¿Nada más? Le coloqué a tu lado seguro de que era tu tipo.

Ella le miró sospechosa.

—Me dijo que estaba prometida a esa sobrina tuya tan mona.

—*Voyons, ma chère*, el hecho de que un hombre pertenezca a otra mujer jamás ha evitado que tú te apoderes de él, si puedes.

—¿Es eso lo que quieres que haga? Pues lo siento, Elliott, pero conmigo no cuentas para esa clase de cosas.

Elliott sonrió.

—Supongo que eso quiere decir que has ensayado tus seducciones, y que has visto que no hay nada que hacer.

—Una de las razones por las que me gustas, Elliott, es porque tienes el sentido moral del encargado de una casa de lenocinio. ¿No quieres que se case con tu sobrina? ¿Por qué? Está bien educado y me ha parecido encantador. Pero es demasiado inocente. De veras te digo que creo que no se dio cuenta de mis intenciones.

—Debiste mostrarte más explícita, mi querida amiga.

—Tengo la suficiente experiencia para saber cuándo estoy perdiendo el tiempo. Ése muchacho no

tiene ojos más que para Isabel, y te diré, en confianza, que Isabel me lleva veinte años de ventaja. Además, es encantadora.

—¿Te gusta su vestido? Lo elegí yo mismo.

—Es bonito y discreto. Pero, naturalmente, a ella le falta chic.

Tomó esto Elliott como una crítica que contra él fuera dirigida, y no estaba dispuesto a consentir que Madame Florimond escapara sin respuesta a su pulla. Sonrió abiertamente.

—Mi querida amiga, una mujer necesita haber alcanzado tu sazónada madurez para tener tu chic —dijo.

Madame de Florimond esgrimió una estaca más bien que un florete. Su réplica hizo hervir la sangre virginiana de Elliott.

—¡Ah! Pero estoy segura de que en tu bello país de gangsters (votre beau pays d'apaches) no echarán de menos una cosa tan sutil e inimitable.

Pero si Madame de Florimond halló defectos, los restantes amigos de Elliott encontraron singularmente deliciosos a Isabel y a Larry. Hallaron gusto en la belleza de Isabel, en su rebosante salud, en su vitalidad, y les plugo el pintoresco aspecto, los cultivados modales y el apacible e irónico gracejo de Larry. Ambos tenían la ventaja de hablar francés con facilidad. Mrs. Bradley, tras tantos años de vivir entre diplomáticos, lo hablaba con suficiente corrección, pero con un fuerte acento norteamericano, que por nada del mundo hubiera aceptado disimular. Elliott las agasajó con generosidad. Isabel, complacida con su nueva ropa y sus nuevos sombreros, entretenida por todas las distracciones que su tío le buscaba, y feliz de hallarse junto a Larry, se dijo que nunca lo había pasado tan bien.

Elliott sustentaba la opinión de que el desayuno es un refrigerio que únicamente debe compartirse con gente completamente desconocida, y aun con ésta sólo cuando no hay para ello remedio, y por lo tanto, Mrs. Bradley, a su pesar, e Isabel, con no escaso placer, se veían obligadas a hacer esta comida en sus respectivas habitaciones. Pero Isabel, al despertar, decía a menudo a Antoinette, la exquisita doncella que para ella había tomado Elliott, que llevara su café au lait al cuarto de su madre, lo que le permitía hablar con ella mientras lo tomaba. En aquella ajetreada vida que llevaba era aquél el único momento del día en que le era permitido hablar a solas con su madre. Una de esas mañanas, cuando ya duraba su estancia en París casi un mes, y después que Isabel había terminado de narrar los acontecimientos de la noche anterior, dedicada en su mayor parte a recorrer, acompañada por Larry y varios amigos y amigas, los lugares de baile más conocidos, Mrs. Bradley hizo una pregunta que había ocupado su mente desde que llegaron a París.

—¿Cuándo va a volver a Chicago?

—No lo sé. No me ha dicho nada.

—¿No le has preguntado tú?

—No.

—¿Tienes miedo?

—Claro que no.

Mrs. Bradley, echada en una chaise longue con una elegante bata que Elliott se había empeñado en regalarle, estaba dándose brillo a las uñas.

—¿De qué habláis todo el tiempo que estáis solos?

—No hablamos todo el tiempo. Nos gusta estar juntos. Ya sabes que Larry nunca ha sido muy hablador. Cuando hablamos, generalmente soy yo la que hace el gasto.

—¿Qué ha estado haciendo aquí?

—Pues no lo sé. Nada de particular, me imagino. Supongo que habrá estado procurando pasarlo bien.

—¿Dónde vive?

—Tampoco lo sé.

—No parece haber estado muy comunicativo.

Isabel encendió un cigarrillo y echó una nubecilla de humo por la nariz, mientras miraba a su madre tranquilamente.

—¿Qué quieres decir, mamá?

—Tu tío cree que tiene un piso en algún lado, y que vive en él con alguna mujer.

Isabel soltó la carcajada.

—Tú no creerás semejante cosa.

—No, la verdad, no lo creo —dijo Mrs. Bradley, contemplándose las uñas pensativamente—.

¿No le has hablado nunca de su vuelta a Chicago?

—Sí, muchas veces.

—¿Y no te ha hecho ninguna indicación de que piensa volver?

—No, no me la ha hecho.

—En octubre hará dos años que falta de allí.

—Ya lo sé.

—Bueno, hija, todo esto es cosa tuya, y tú eres quien tiene que decidir lo que mejor te parezca.

Pero las cosas no se hacen más sencillas por retrasar su solución. —Miró a su hija, pero Isabel rehuyó la mirada. Mrs. Bradley le sonrió cariñosamente—. Si no quieres llegar tarde a comer, más vale que vayas a bañarte.

—Voy a comer con Larry. Vamos a no sé qué sitio del Barrio Latino.

—Que os divirtáis.

Larry fue a buscarla una hora después. Tomaron un taxi hasta el Pont St. Michel y fueron luego andando por el bullicioso bulevar hasta que llegaron a un café cuyo aspecto les gustó. Se sentaron en la terraza y pidieron dos «Dubonnet». Luego tomaron otro taxi y fueron a un restaurante. Isabel gozaba de buen apetito y comió con placer las excelentes cosas que Larry pidió para ella. También halló gusto en observar a la gente que se sentaba cerca de ellos, pues estaba abarrotado el local, y rió con buen humor al advertir el intenso placer que todos ellos sacaban de lo que comían; pero lo que le produjo mayor satisfacción fue encontrarse sentada ante la minúscula mesa en compañía de Larry. Gozó al ver la animación de sus ojos, mientras ella parloteaba alegremente. Era delicioso encontrarse en tan íntima comunión con él. Pero en el fondo de su pensamiento advirtió una vaga desazón, pues aunque también él denotaba encontrarse muy a gusto, le pareció a Isabel que se debía ello más al ambiente que le rodeaba que a su compañía. Lo que le había dicho su madre la había desasosegado ligeramente, y aunque parecía inocente su parloteo, no dejó de observar a Larry ni un instante. Había él cambiado de una sutil manera desde que se ausentó de Chicago, pero no pudo Isabel precisar en qué consistía la mudanza. No era que se mostrase más grave, pues su cara en calma siempre había sido seria, sino más bien que reflejaba una paz de nueva índole para Isabel; dijérase que había llegado a un acuerdo consigo mismo y que se encontraba más sosegado que antes.

Acabada la comida, Larry propuso que fueran a pasear un rato en el «Luxembourg».

—No; no tengo ganas de ver cuadros.

—Pues vamos a sentarnos en los jardines.

—No, tampoco me apetece. Quiero ver en dónde vives.

—Poco tienes que ver. Vivo en un cuartucho de hotel.

—Tío Elliott dice que tienes un piso, y que estás viviendo en él con una modelo.

—Ven y te convencerás —dijo él, riendo—. Está a un paso de aquí. Podemos ir andando.

La llevó por calles angostas y tortuosas, tristes, a pesar de la franja de cielo azul que se veía entre los altos tejados, hasta llegar delante de un pequeño hotel de presuntuosa fachada.

—Aquí es.

Isabel le siguió a través de un estrecho vestíbulo, en uno de cuyos lados había una mesa, y detrás de ésta un hombre en mangas de camisa, con un chaleco a finas rayas negras y amarillas y un sucio delantal. Estaba leyendo el periódico. Larry pidió su llave y el hombre se la dio, cogiéndola de la

tabla en que había muchas colgadas. Miró a Isabel con interés que acabó por trocarse en mueca reidora y procaz. Evidentemente, no creyó que Isabel fuera a la habitación de Larry con ninguna finalidad honesta.

Subieron dos tramos de escalera cubierta por una desmedrada alfombra, y Larry abrió la puerta de su cuarto, con dos ventanas. Miraban éstas a la grisácea casa vecina, en cuyo piso bajo estaba instalada una papelería. En el cuarto había una cama estrecha, una mesilla de noche junto a ella, un pesado armario de vasta luna, un sillón tapizado, pero de perpendicular respaldo, y una mesa colocada entre ambas ventanas, sobre la que se veían una máquina de escribir, papeles y cierto número de libros. En la repisa de la chimenea había grandes montones de libros encuadernados en rústica.

—Siéntate en el sillón. No es demasiado cómodo, pero es lo mejor que puedo ofrecerte.

Acercó una silla y él se sentó.

—¿Y vives aquí? —preguntó Isabel.

Larry se echó a reír al observar la expresión de la cara de ella.

—Aquí vivo. Y aquí he vivido desde que llegué a París.

—Pero ¿por qué?

—Porque está bien situado. Está cerca de la Biblioteca Nacional y de la Sorbona. —Señaló hacia una puerta en que Isabel no había reparado—. Tiene cuarto de baño. Aquí me dan el desayuno, y suelo comer en el restaurante en que hemos estado.

—Es... sórdido.

—No, mujer. Está bien. Realmente no necesito más.

—Pero ¿qué clase de gente vive aquí?

—Pues... no sé. En las buhardillas, unos cuantos estudiantes. Dos o tres solterones empleados del Estado y una actriz retirada del «Odeón». En el único otro cuarto que tiene baño vive una comprometida, cuyo protector viene a verla un jueves sí y otro no. Y supongo que habrá algunos transeúntes. Es un sitio tranquilo y decente.

Isabel se sentía desconcertada, y como viera que Larry lo advirtió, casi se sintió inclinada a mostrarse ofendida.

—¿Qué librote es ése que hay en la mesa? —dijo.

—¿Aquél? Mi diccionario de griego.

—Tu ¿qué? —casi gritó.

—No te asustes. No muerde.

—¿Estás estudiando griego?

—Sí.

—¿Para qué?

—No lo sé. Me pareció buena idea.

Larry la estaba mirando con ojos risueños, y ella contestó con una sonrisa.

—¿No crees que podrías decirme lo que has estado haciendo todo el tiempo que llevas en París?

—He estado leyendo bastante. De ocho a diez horas diarias. He asistido a las clases de la Sorbona. Creo que he leído todas las obras importantes de la literatura francesa, y puedo leer el latín, por lo menos la prosa latina, casi tan fácilmente como el francés. El griego es más difícil. Pero tengo

un profesor muy bueno. Hasta que has llegado tú iba a que me diera clase tres días a la semana.

—¿Y adónde vas a parar con todo eso?

—A la adquisición de la sabiduría —respondió, sonriendo.

—No suena a cosa práctica.

—Y acaso no lo sea, aunque puede que sí. Pero es enormemente divertido. No tienes idea de la emoción que supone leer la *Odisea* en el texto original. Te da la sensación de que te bastaría ponerte de puntillas para tocar las estrellas.

Se levantó de la silla, como impulsado por la excitación que se apoderó de él, y se dio a pasear por la pequeña estancia.

—Durante los dos últimos meses, aproximadamente, he estado leyendo a Spinoza. Me parece que aún no entiendo gran cosa de lo que dice, pero me causa un gozo extraordinario. Es como aterrizar en un aeroplano sobre la meseta de una altísima montaña. Encuentras allí soledad, y un aire de tal pureza diáfana que se te sube a la cabeza como el vino, y que te hace sentirte fuerte como nunca.

—¿Cuándo vas a volver a Chicago?

—¿A Chicago? No lo sé. No he pensado en ello.

—Me dijiste que si pasados dos años no habías descubierto lo que buscabas, lo dejarías como cosa perdida.

—Ahora no podría volver. Estoy en el umbral. Veo vastas tierras del espíritu extenderse ante mí, llamándome, y tengo que recorrerlas.

—¿Qué crees que vas a encontrar en ellas?

—La respuesta a mis preguntas. —La miró casi jocosamente, y a no haberle conocido tan bien, Isabel hubiera creído que hablaba en chanza—. Quiero convencerme de si Dios es o no es. Quiero averiguar por qué existe el Mal. Quiero saber si tengo un alma inmortal, o si todo acabará para mí con la muerte.

Isabel ahogó una exclamación. Gran desazón le produjo escucharle tales razones a Larry, y se consoló al oír el tono ligero en que las dijo, el de una conversación corriente, gracias al cual pudo ella vencer el embarazo que experimentó.

—Pero, Larry —dijo sonriendo—, la gente lleva haciéndose esas preguntas hace miles de años. Si pudieran ser contestadas, ya conoceríamos las respuestas.

Larry rió.

—No te rías de mí, si es que he dicho alguna bobada —dijo Isabel, secamente.

—Antes al contrario, creo que tu observación es sumamente sagaz. Pero también podría argüirse que si el hombre lleva miles de años haciéndose esas preguntas, eso prueba que no puede evitarlo, y que continuará haciéndolas. Son más las respuestas que las preguntas, y ha habido muchos que dieron con contestaciones que juzgaron completamente satisfactorias. Por ejemplo, Ruysbroek.

—¿Quién fue?

—¡Bah! Un sujeto con quien no me llegué a tratar en la Universidad —respondió Larry, en broma.

No comprendió Isabel la intención de tales palabras, pero no se detuvo en ellas.

—Todo eso me parece pueril. Ésas cosas son las que discuten apasionadamente los de segundo año en las Universidades, pero para cuando salen de ellas ni se acuerdan. Tienen que ganarse la vida.

—Y hacen bien. Afortunadamente, yo tengo lo bastante para vivir. Si no fuera así, tendría que hacer lo que todos, y ganar dinero.

—Pero ¿no te dice nada el dinero?

—Absolutamente nada —dijo con una sonrisa de regocijo sincero.

—Y ¿cuánto tiempo crees que vas a tardar en todo esto?

—No lo sé. Cinco o diez años.

—Y después, ¿qué? ¿Qué vas a hacer con toda tu sabiduría?

—Si algún día llego a alcanzarla, supongo que tendré la bastante para saber en qué emplearla.

Isabel se cogió las manos apasionadamente y se inclinó hacia delante.

—¿Estás equivocado, Larry! Tú eres americano, y aquí no tienes nada que hacer. Tu lugar está en América.

—Volveré cuando esté listo para ello.

—Pero ¿y lo que te estás perdiendo? ¿Cómo puedes soportar estarte aquí sentado, en este lugar muerto, cuando estamos viviendo la aventura más maravillosa que ha conocido el mundo? Europa está acabada. Nosotros somos la nación más grande, la más poderosa del mundo. Estamos avanzando a saltos prodigiosos. Tenemos de todo. Y es tu deber tomar parte en el desarrollo de tu tierra. Ya has olvidado, o no sabes, lo emocionante que es hoy la vida en América. ¿Estás seguro de que no estás aquí porque te falta valor para hacer frente a la tarea que ha caído en suerte a cada americano? Ya, ya sé que estás trabajando en cierta manera, pero ¿no es ésta una excusa para rehuir tu obligación? ¿Es esto que haces algo más que una laboriosa vagancia? ¿Qué y sería de América si todos escurrieran el bulto, como tú lo estás haciendo?

—Eres muy dura, Isabel —sonrió Larry—. La respuesta es que no todos sienten lo que yo. Afortunadamente para ellos, quizá, la inmensa mayoría de los hombres están dispuestos a seguir el camino trillado. Lo que olvidas es que yo anhelo aprender tan apasionadamente como Gray, por ejemplo, quiere ganar millones. ¿Soy verdaderamente traidor a mi patria, porque deseo pasar unos años educándome? Acaso cuando haya terminado tenga algo que ofrecer a esas gentes, que ellas acepten con alegría. Naturalmente, se trata sólo de una posibilidad, pero si fracaso, mi situación no será peor que la de un hombre que se lanza a un negocio que no resulta.

—¿Y yo? ¿No me das ninguna importancia?

—Te doy enorme importancia. Quiero que te cases conmigo.

—¿Cuándo? ¿Dentro de diez años?

—No. Ahora. Lo antes posible.

—¿Con qué dinero? Mamá no puede darme ninguno. No me lo daría aunque pudiera. Le parecería mal ayudarte a vivir sin trabajar.

—No se me había ocurrido que tu madre nos diera nada. Tengo tres mil dólares al año. En París nos bastaría. Podríamos tomar un pisito y una *bonne à tout faire*. Lo pasaríamos bien.

—Pero, Larry, no es posible vivir con tres mil dólares al año.

—Claro que es posible. Muchísimos son los que viven con menos.

—Pero yo no quiero vivir con tres mil dólares. No hay ningún motivo que lo haga necesario.

—Yo he estado viviendo con la mitad.

—¡Ahí tienes cómo!

Y miró el mísero cuarto con un estremecimiento de disgusto.

—Quiero decir que tengo algo ahorrado. Podríamos ir a Capri a pasar la luna de miel, y cuando llegara el otoño iríamos a Grecia. Tengo unas ganas tremendas de hacerlo. ¿Te acuerdas de nuestros proyectos para recorrer juntos el mundo?

—Claro que quiero viajar. Pero así no. No quiero viajar en segunda ni parar en hoteles de tercera clase, sin cuarto de baño, ni comer en figones.

—En octubre pasado recorrí toda Italia así. Lo pasé admirablemente. Con tres mil dólares al año podríamos recorrer todo el mundo.

—Pero, Larry, yo quiero tener hijos.

—Magnífico. Los llevaríamos con nosotros.

—¡Qué bobo eres! —dijo Isabel, riéndose—. ¿Tú sabes lo que cuesta tener un niño? Violet Tomlinson tuvo uno el año pasado, y procuró hacerlo todo lo más barato posible, y le costó mil doscientos cincuenta dólares. ¿Y sabes la que cuesta una niñera con diploma? —Fue aumentando su vehemencia según nuevas ideas surgían en su cabeza—. Vives en las nubes. No sabes lo que me pides. Soy joven y quiero pasarlo bien, y quiero hacer lo que todos los demás: ir a fiestas, bailar, jugar al golf, montar a caballo, tener ropa buena. ¿Tú te das cuenta de lo que significa para una mujer ir peor vestida que sus amigas? ¿Sabes lo que es tener que comprar a las amigas sus trajes viejos cuando ya están cansadas de ellos, y dar gracias a Dios cuando una te regala uno nuevo por lástima? Ni siquiera podría ir a un peluquero decente. Ni me apetece andar tomando tranvías y autobuses; quiero tener automóvil. Y, ¿qué crees que podría hacer yo mientras tú estuvieras leyendo que te lees en una biblioteca? Andar vagando por las calles, mirando los escaparates, haciendo compras imaginarias, o sentarme en los jardines del Luxemburgo, cuidando de que los niños no hicieran travesuras. Y no tendríamos amigos.

—Isabel... —interrumpió él.

—No serían los amigos a que estoy acostumbrada. Ya sé que los amigos de tío Elliott nos convidarían de vez en cuando por consideración a él; pero no podríamos ir, porque ni yo tendría ropa para ello, ni nos gustaría aceptar invitaciones a las que no tendríamos dinero para corresponder. No me interesa conocer a una pandilla de gente mal vestida y sucia, pues ni tendría nada que decirles, ni me importa lo que ellos puedan contarme. Quiero vivir, Larry. —Advirtió en esto repentinamente la expresión que reflejaban los ojos de Larry, tiernos, como siempre que en ella estaban fijados, pero matizada su ternura por un matiz de regocijo—. ¿Te crees que soy vulgar? ¿Crees que soy tonta y superficial?

—No. Todo lo que has dicho me parece muy natural.

Larry estaba de pie, apoyada la espalda en la chimenea, e Isabel se levantó, y acercándose a él le miró cara a cara.

—Escucha, Larry: si no tuvieras un centavo y te pusieras a trabajar, y ganaras un sueldo de tres mil dólares, me casaría contigo sin dudarlo. Guisaría, haría las camas y no me importaría ir mal vestida y todo me parecería bien, y lo encontraría divertido y todo lo echaría a broma, porque sabría

que todo sería cuestión de tiempo, y que terminaría por salir adelante. Pero lo que me propones es vivir miserablemente toda la vida, sin esperanza alguna; en que me convierta en una criada durante lo que me queda de vida. Y, ¿para qué? Para que tú puedas pasarte un día y otro día buscando respuestas a unas preguntas que tú mismo dices que no las tienen. Es absurdo. Un hombre tiene que trabajar. Para eso ha nacido. Y trabajando es como contribuye al bien de la comunidad.

—Es decir, que su deber es vivir en Chicago y trabajar en casa de Maturin. ¿Crees verdaderamente que logrando que mis amigos compren los valores que ofrece Maturin estaría prestando un gran servicio a la sociedad?

—Corredores de Bolsa tiene que haberlos; y es una manera perfectamente decente y honorable de ganarse la vida.

—Has pintado un cuadro muy negro de lo que es vivir en París con una renta módica. Y no corresponde a la realidad. Una mujer puede vestirse muy agradablemente sin ir a «Chanel». Y no toda la gente interesante vive en la vecindad del Arco del Triunfo y de la avenida de Foch. Es más: es poca la gente interesante que vive allí, porque la gente interesante, por lo general, no tiene mucho dinero. Yo conozco a bastante gente en París: pintores, escritores y estudiantes; franceses, ingleses, americanos y qué sé yo, a quienes creo que encontrarías bastante más divertidos que las ajadas marquesas y narigudas duquesas de Elliott. Tienes viva la imaginación y un aguzado sentido de la gracia, y te gustaría escucharlos, cambiando ideas a través de la mesa, aunque el vino fuese *vin ordinaire* y no hubiese mayordomo y un par de criados para servirte.

—No seas estúpido, Larry. Claro que me divertiría. Sabes que no soy snob, y que me gusta conocer gente interesante.

—Sí; vestida por «Chanel». ¿Crees que no notarían que los tratabas por considerarlos pintorescos? No se encontrarían a gusto contigo, ni tú con ellos, y no sacarías nada de su conversación, como no fuera tema para hablar luego con Emily de Montadour o Gracie de Château-Gaillard, explicándoles lo mucho que te diviertes conociendo a una pandilla de tristes bohemios en el Barrio Latino.

Isabel se encogió de hombros.

—Puede que tengas razón. No me he educado entre gente de esta clase. Y no tengo nada en común con ellos.

—Entonces, ¿a qué hemos llegado?

—Al sitio en que estábamos al principio. Yo he vivido siempre en Chicago. Todos mis amigos están allí. Todos mis intereses están allí. Allí me encuentro en casa. Soy de allí, y tú también. Mamá está enferma, y lo que tiene es incurable. No podría abandonarla, aunque quisiera hacerlo.

—¿Quieres decir que, si no estoy dispuesto a regresar a Chicago, no te casarás conmigo?

Isabel vaciló. Quería a Larry, y deseaba casarse con él. Le quería con toda la fuerza de sus sentidos. Sabía que también él la deseaba, y no podía creer que en el momento de tomar la decisión de perderla, Larry no cediera. Tuvo miedo, pero no tuvo más remedio que aceptar el peligro.

—Sí, Larry; eso es lo que quiero decir.

Encendió él una cerilla rascándola en la chimenea, una de esas anticuadas cerillas francesas, de azufre, cuyo acre olor molesta, y encendió su pipa. Luego pasó junto a Isabel y se detuvo ante una ventana. Estuvo mirando por ella un rato, callado, y el rato se hizo eterno para Isabel, que había

permanecido inmóvil, mirándose, sin verse, en el espejo de la chimenea. El corazón le latía desaforadamente y casi se sentía enferma de temor. Al fin, Larry se volvió hacia ella.

—Quisiera lograr que vieras cuánto más completa es la vida que te ofrezco que todo lo que tú puedes imaginar. Quisiera saber mostrarte la emoción intensa de la vida espiritual, y la riqueza de su experiencia. Es infinita. Es una vida de intensa felicidad. Sólo una cosa le es comparable: subir sin compañía en un aeroplano, alto, muy alto, y sentirse rodeado tan sólo por lo infinito. El espacio ilimitado te emborracha. Y se siente un júbilo tal, que no lo cambiarías por todo el poder del mundo. El otro día estuve leyendo a Descartes. ¡Qué sencillez, qué gracia, qué lucidez!

—Pero, Larry —interrumpió Isabel, desesperada—, ¿no comprendes que estás pidiéndome algo para lo cual no sirvo, y en lo que ni estoy interesada ni quiero interesarme? ¿Cuántas veces quieres que te repita que soy una muchacha normal y corriente? Tengo veinte años; dentro de diez seré vieja, y quiero pasarlo bien antes que sea tarde. ¡Ay, Larry, si supieras cómo te quiero! ¡Y todo es tan baladí! No llegarás a ninguna parte. Te ruego, por ti mismo, que abandones esas ideas. Sé hombre, Larry, y ponte a trabajar como un hombre. Estás desperdiciando años preciosos, que otros emplean en cosas de gran importancia. Si me quieres, Larry, no renunciarás a mí por un sueño. Ya has pasado jugando dos años. Vuelve a América conmigo.

—No puedo, Isabel. Sería matarme. Sería traicionar a mi propia alma.

—¿Por qué hablas así? Ésas son las cosas que dicen los intelectuales neuróticos. ¿Qué quieren decir? Nada. Nada. Nada.

—Quieren decir, por casualidad, lo que siento —respondió él risueñamente.

—¿Cómo eres capaz de reír? ¿No te das cuenta de que esto es terriblemente serio? Hemos llegado a una bifurcación en nuestro camino, y lo que hagamos ahora afectará grandemente el resto de nuestras vidas.

—Lo sé. Créeme: hablo completamente en serio.

Suspiró Isabel.

—Si no quieres atender a razones, es inútil seguir hablando.

—Pero es que lo que dices no son razones. Yo creo que has estado diciendo, sin parar, una serie de tonterías terribles.

—¿Yo? —Se hubiera reído, a no sentirse tan desgraciada—. Pobre Larry. Estás loco.

Se quitó lentamente la sortija de novia, la colocó en medio de la palma de la mano y la contempló. Era un rubí cuadrado, montado en un fino anillo de platino, y siempre le había gustado.

—Si me quisieras no me harías tan infeliz.

—Te quiero; pero, desgraciadamente, hay veces en que no puede uno hacer lo que considera su deber sin causar dolor a otra persona.

Alargó ella la mano, ofreciéndole la sortija, y consiguió sonreír con labios temblorosos.

—Toma, Larry.

—Mira, a mí no me sirve para nada; ¿por qué no te quedas con ella como recuerdo de nuestra amistad? Te la podrías poner en el dedo meñique. No tenemos por qué dejar de ser amigos, ¿verdad?

—Yo te querré siempre, Larry.

—Entonces quédate con ella. Me darás gusto.

Isabel vaciló un instante, y acabó por ponerse la sortija en la mano derecha.

—Me está grande.

—Te la pueden achicar. Vamos al bar del «Ritz» a tomar una copa.

—Bueno.

Algo perpleja estaba Isabel de que todo hubiera ocurrido de tan sencilla manera. No había llorado. Nada parecía haber cambiado, salvo que ya no se casaría con Larry. Apenas podía creer que todo hubiera acabado para siempre. Y sentía algo parecido al despecho, porque no había sucedido nada terrorífico. Habían hablado tranquilamente, como si se tratara de tomar una casa. Se merecía más ella; pero al mismo tiempo le producía una vaga satisfacción el que ambos hubieran sabido comportarse de manera tan civilizada. Mucho le hubiera gustado saber exactamente lo que Larry sentía. Pero nunca fue fácil adivinar sus pensamientos; su tersa cara, sus oscuros ojos eran una máscara que ella sabía, a pesar de su larga amistad con él, que no era posible traspasar. Se había quitado el sombrero, que estaba encima de la cama. Volvió a ponérselo delante del espejo.

—Dime, por curiosidad —dijo, arreglándose el pelo—; ¿querías terminar conmigo?

—No.

—Pensé que quizá te quedarías más a gusto.

Larry no contestó. Isabel se volvió hacia él sonriendo alegremente.

—Ya estoy lista.

Larry cerró la puerta con llave. Cuando dio ésta al conserje, el hombre los miró con expresión de displicente complicidad. Le resultó a Isabel imposible no adivinar lo que el hombre pensaba que habían estado haciendo.

—No creo que ese hombre diera un centavo por mi pureza —dijo.

Fueron en un taxi al «Ritz» y tomaron una copa. Estuvieron hablando de temas indiferentes, sin aparente violencia, como dos viejos amigos que se vieran a diario. Aunque Larry era callado por naturaleza, Isabel era locuaz, tenía amplios recursos de conversación, y estaba dispuesta a que no surgiera un silencio embarazoso de romper. No iba a permitir que Larry creyese que estaba dolida con él, y su orgullo le dio fuerzas para conducirse de tal manera que no pudiera él sospechar que se sentía herida y desgraciada. Al cabo de un rato, propuso Isabel que la llevara a su casa. Cuando se separaron a la puerta, le dijo Isabel alegremente:

—No te vayas a olvidar de que mañana comes con nosotros.

—De ninguna manera.

Ofreció ella la mejilla para que él la besara, y entró en la casa por la *porte cochère*.

Cuando entró Isabel en el salón vio que había allí algunas personas llegadas para merendar. Había dos americanas que vivían en París, exquisitamente vestidas, con perlas en el cuello, pulseras de brillantes en las muñecas y costosas sortijas en los dedos. Aunque el pelo de una estaba teñido de oscuro y el de la otra presentaba un aspecto excesivamente dorado, ambas tenían entre sí un singular parecido. Parecidos eran sus párpados de artificial y profundo color azul; sus labios, pintados de brillante rojo; sus mejillas, sabiamente coloreadas; sus tipos, cimbreños gracias a muy mortificadores sacrificios; sus facciones, claras y afiladas, y sus ojos, hambrientos e inquietos; y no era posible sustraerse a la impresión de que sus vidas no eran sino una desesperada lucha para conservar sus encantos en ocaso. Hablaban con absoluta vacuidad, con voz fuerte y metálica, sin un instante de pausa, como si temieran que al callar durante unos momentos pudiera acabarse la cuerda de la máquina y deshacerse en pedazos la artificial estructura de ambas. También estaban presentes un secretario de la Embajada americana, pulido hombre de mundo, a la sazón callado, pues no le permitían ellas meter baza, y un príncipe rumano, pequeño, muy moreno, hombre servil y de continuas reverencias, con ojillos negros de rapidísimos y astutos movimientos, y rostro oliváceo cuidadosamente afeitado, que saltaba perpetuamente de su asiento con sorprendente agilidad, ya fuera para pasar una taza de té, ofrecer una fuente de pastas o encender un cigarrillo, y que sin pudor alguno repartía sin cesar entre los presentes los más aduladores, los más burdos elogios. Estaba pagando en esa moneda todas las cenas que debía a sus adulados y todas las cenas a que esperaba que le invitaran.

Mrs. Bradley, sentada junto a la mesa del té, y vestida, por complacer a Elliott, con lo que a ella se le antojaba ostentación excesiva para la ocasión, cumplía sus deberes de señora de casa con su acostumbrada cortesía, pero con regular compostura. Únicamente puedo imaginar lo que pensaba de los amigos de su hermano. No era una mujer tonta; durante los años que había pasado en diversas capitales extranjeras conoció a innumerables personas de todas clases, y creo yo que supo siempre juzgarlas sagazmente, de acuerdo con los cánones establecidos en la pequeña ciudad de Virginia donde ella nació y se educó. Yo diría que le producía ligero regocijo observar sus habilidades, y que no tomaba más en serio sus aires y gracias que las de los personajes de una novela que sabía desde un principio (o no la hubiera leído) que acabaría bien. París, Roma y Pekín no hicieron más perceptible mella en su americanismo que el devoto catolicismo de Elliott sobre su fe de presbiteriana, fe robusta pero no incómoda de llevar.

Isabel, con su lozanía, con su espléndida belleza y su vitalidad, aportó una bocanada de aire fresco al penetrar en aquel ambiente meretricio. Entró con la vigorosa prestancia de una diosa moza y terrenal. El príncipe rumano se puso en pie de un brinco para acercarle una silla y cumplió su cometido con gran exuberancia gesticular. Las dos americanas, movidos sus labios por metálicas amabilidades, la miraron de arriba abajo, observaron los detalles de su vestido, y quizá sintieran en el corazón una punzada de desconsuelo al verse de tal manera enfrentadas con la exuberante juventud. El diplomático americano sonrió para sus adentros al ver lo falsas y demacradas que Isabel las había

hecho parecer. Pero Isabel las juzgó magníficas: le gustaron sus ricos vestidos, y sus costosas perlas, y sintió ligera envidia de su refinado porte, pensando si podría ella algún día alcanzar aquella suprema distinción. El pequeño rumano era, evidentemente, ridículo, pero muy «salado», y aunque no creyera nada de lo que decía, resultaba agradable escuchar sus encantadores requiebros. La conversación, interrumpida por su llegada, fue reanudada, y hablaron tan brillantemente, con tan cumplida seguridad de que cuanto decían era de tan profundo interés, que casi parecía que estaban conversando con cordura. Hablaron de las reuniones y fiestas a que habían asistido, y de aquéllas a que iban a asistir. Comentaron con delicia el escándalo del día. Destrozaron a sus amigas. Se lanzaron mutuamente próceres nombres: parecían conocer a todo el mundo. Sabían todos los secretos. Casi sin respirar, discutieron sobre la última obra de teatro, la última modista, el último retratista y la más reciente amante del más reciente primer ministro. Dijérase que no había nada que no supieran. Isabel las escuchó embelesada. Aquello era vivir. Experimentó la sensación de encontrarse en el centro de todo. Aquello era la verdad. El ambiente era perfecto: la vasta estancia con la alfombra de Savonnerie cubriendo el suelo, los exquisitos dibujos sobre el suntuoso friso de madera, las sillas de petit-point en que estaban todos sentados, los inapreciables muebles de marquetería, cómodas y mesas, todo era digno de un museo. Debió de costar aquello una fortuna, pero la valía.

Advirtió su discretísima belleza con más fuerza que nunca, pues conservaba muy viva la memoria del sórdido cuartucho del hotel, con la cama de hierro y la silla de duro asiento en que Larry estuvo sentado, zaquizamí al que ningún defecto encontraba su ocupante. Desnudo, frío y horrible. Hasta su recuerdo la hacía estremecer.

Se deshizo la reunión, e Isabel quedó a solas con su madre y con Elliott.

—Encantadoras muchachas —dijo Elliott cuando volvió de despedir a las dos pobres y pintarrajeadas señoras—. Las conocí cuando vinieron a París, y ni en sueños se me hubiera ocurrido que iban a alcanzar tal perfección. La adaptabilidad de nuestras mujeres es asombrosa. A nadie se le ocurriría al verlas que son americanas, y nada menos que del Oeste Central.

Mrs. Bradley enarcó las cejas y le miró en silencio con una expresión cuyo significado Elliott era demasiado inteligente para no adivinar.

—Nadie podrá decir de ti otro tanto, mi pobre Louisa —continuó en tono al par ácido y cariñoso—. Aunque Dios sabe que has tenido sobradas oportunidades.

Mrs. Bradley frunció los labios.

—Mucho me temo, Elliott, que te hayas llevado una triste desilusión conmigo, pero si quieres que te diga la verdad, me encuentro muy satisfecha tal como soy.

—*Tous les goûts sont dans la nature* —musitó Elliott.

—Supongo que debo decirles que Larry y yo ya no somos novios —dijo Isabel.

—¡Vaya! —exclamó Elliott—. Pues eso me trastorna la mesa para la comida de mañana. ¿Cómo diablos voy a encontrar en tan poco tiempo un hombre para ocupar su sitio?

—No, si vendrá él.

—¿Después de haber terminado contigo? Me parece muy desacostumbrado.

Isabel se echó a reír, y continuó mirando a Elliott, pues sabía que su madre la observaba y no sentía deseos de que sus miradas se encontraran.

—No nos hemos peleado. Pero esta tarde hemos estado hablando del asunto y hemos llegado a la conclusión de que estábamos equivocados. No quiere volver a América, sino quedarse en París. Y habla de ir a Grecia.

—¿Para qué? En Grecia no hay sociedad. Y el hecho es que nunca me ha merecido muy buena opinión el arte griego. Algunas de las cosas helénicas tienen cierto encanto decadente. Pero ¿Fidias? No, no.

—Mírame, Isabel —dijo Mrs. Bradley.

Hízolo Isabel, con un esbozo de sonrisa en los labios. Su madre la miró con ojos escrutadores, pero lo único que dijo fue: «¡Hum!». La muchacha no había estado llorando, eso estaba claro; su aspecto era de sinceridad y compostura.

—Yo creo que debes alegrarte, Isabel —dijo Elliott—. Estaba dispuesto a poner buena cara a tu boda con él, pero nunca he creído que te conviniera. Tú te mereces algo mejor, y su conducta desde que vino a París es buen indicio de que nunca llegará a hacer nada de provecho. Con lo bonita que eres, y con tus relaciones, puedes aspirar a algo mejor. Creo que has mostrado gran sensatez.

Mrs. Bradley dirigió a su hija una mirada no exenta de ansiedad.

—¿No lo habrás hecho por mí, verdad, Isabel?

Isabel negó decididamente con la cabeza.

—No, mamá; lo he hecho pensando exclusivamente en mí.

Había yo vuelto ya de Oriente y estaba pasando una temporada en Londres. Como unos quince días después de los sucesos que acaba de relatar, Elliott me llamó por teléfono una mañana. No me sorprendió oír su voz, pues conocía yo su costumbre de gozar en Inglaterra de las postrimerías de la temporada elegante. Me dijo que Mrs. Bradley e Isabel estaban con él, y que si quería ir a tomar una copa con ellos a eso de las seis, tendrían mucho gusto en verme. Estaban alojados, naturalmente, en el «Claridge». Vivía yo en aquel entonces cerca de allí, y fui dando un paseo por Park Lane y a través de las tranquilas y señoriales calles de Mayfair hasta llegar al hotel. Elliott ocupaba sus acostumbradas habitaciones. El salón particular tenía las paredes cubiertas por un alto friso de madera y daba la sensación de una costosa caja de habanos, y sus muebles eran de sencilla suntuosidad. Cuando fui introducido en la habitación, Elliott estaba solo. Mrs. Bradley e Isabel habían salido de compras, pero esperaba su llegada en cualquier momento. Me dijo que Isabel había roto sus relaciones con Larry.

Elliott, con su sentido romántico y estrictamente protocolario acerca de cómo debe la gente conducirse en cada determinada circunstancia, se encontraba desconcertado por la conducta de los dos muchachos. No sólo fue Larry a comer al día siguiente de su ruptura, sino que se mostró como si nada hubiese cambiado. Estuvo cordial, atento y apaciblemente jovial como siempre. Se condujo con Isabel con la misma cariñosa camaradería que había regulado su trato sin excepción. No dio muestra alguna de embarazo, disgusto o melancolía. Ni tampoco Isabel apareció triste. Apareció tan feliz, rió con igual contento y bromeó tan desenfadadamente como si no acabara de dar un paso decisivo que forzosamente tendría influencia positiva sobre su vida. Elliott no podía comprenderlo. Por las frases que les oyó de cuando en cuando, juzgó que ninguno de los dos tenía pensamiento de renunciar a la mutua compañía. En la primera ocasión que se le presentó habló a su hermana del asunto.

—No es ni decente —le dijo—. No está bien que sigan yendo a todas partes juntos como si todavía fueran novios. La verdad, Larry debía tener más sentido de lo que es conveniente. Además, está perjudicando a Isabel. A Fotheringham, ese muchacho de la Embajada inglesa, es evidente que le gusta Isabel; es un chico de posición y está muy bien relacionado; si viera el camino libre, no me sorprendería que se declarara. Debieras hablar con Isabel.

—Mi querido Elliott, Isabel tiene veinte años, y mucha habilidad para decir a cualquiera que se meta en lo que le importa, sin pecar de grosera. Con ella resulta extraordinariamente difícil contender.

—Esto quiere decir que la has educado lamentablemente. Y, además, este asunto sí que te importa.

—Sobre eso tú y ella es seguro que no estaríais de acuerdo.

—Acabas con mi paciencia, Louisa.

—Mi querido Elliott, si tuvieras una hija mayor sabrías que, comparado con ella, un toro salvaje resulta relativamente sencillo de manejar. En cuanto a conocer lo que realmente siente, la verdad, es mucho mejor fingir que una es una vieja simple, inocente y boba, que es casi seguramente la opinión

que ella tiene de mí.

—Pero ¿has hablado con ella de esto?

—He tratado de hacerlo. Y se echó a reír y me dijo que no había nada que contar.

—¿Lo ha sentido?

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que come bien y duerme como una criatura.

—Bueno, pues escucha lo que te digo: si los dejas seguir así, uno de estos días se escaparán y se casarán sin decirle una palabra a nadie.

Mrs. Bradley se permitió sonreír.

—Debes consolarte pensando que en estos momentos nos encontramos en un país donde se dan toda suerte de facilidades a las irregularidades amorosas y donde se ponen toda clase de obstáculos en el camino que lleva al matrimonio.

—Lo cual está muy bien. El matrimonio es un asunto muy serio, sobre el que descansa la seguridad de la familia y la estabilidad de la nación. Pero el matrimonio solamente puede conservar su prestigio si las relaciones extraconyugales no ya se toleran, sino se autorizan expresamente. La prostitución, mi querida Louisa...

—Ya está bien, Elliott.

Mrs. Bradley le interrumpió:

—No me interesan tus opiniones acerca del valor moral y social que pueda tener la transgresión generalizada del sexto mandamiento.

Fue entonces cuando Elliott expuso un proyecto destinado a interrumpir el continuo trato entre Isabel y Larry, que él consideraba como flagrante quebrantamiento de lo decente. La temporada en París se acercaba a su final, y toda la gente distinguida preparaba ya su viaje a algún balneario o a Deauville antes de ir a pasar el resto del verano a los castillos de sus antepasados en Turena, Anjou o Bretaña. Generalmente, Elliott se trasladaba a Londres a finales de junio, pero su familia le atraía verdaderamente, y el cariño que profesaba a su hermana y a Isabel era sincero. Se había mostrado dispuesto a permanecer en París, si ellas lo deseaban, aunque nadie de importancia quedara en la capital, pero se encontró en la agradable situación de hacer al mismo tiempo lo que a los demás convenía y lo que para él resultaba tan deseable. Propuso a Mrs. Bradley que los tres fueran sin demora a Londres, donde la temporada de actividad social estaba en su apogeo, y donde nuevos intereses y amistades distraerían a Isabel, haciéndole olvidar su desgraciada amistad. Según los periódicos, el mejor especialista en la enfermedad de Mrs. Bradley estaba en la capital inglesa, y el deseo de consultarle explicaría plausiblemente el precipitado viaje y vencería también la posible falta de inclinación que Isabel mostrara a salir de París. Mrs. Bradley se manifestó conforme con este plan. No sabía qué pensar de Isabel. No podía determinar si su hija estaba tan despreocupada como aparentaba o si, pesarosa, airada o abatida, estaba simulando indiferencia para ocultar la herida infligida a sus sentimientos. Mrs. Bradley no pudo menos de mostrarse conforme con Elliott cuando éste dijo que le sentaría bien a Isabel ver caras nuevas y lugares nuevos.

Elliott empezó a hacer activas gestiones telefónicas, y cuando Isabel, que había ido a pasar el día en Versalles con Larry, volvió a su casa, Elliott pudo anunciarle que había conseguido concertar para su madre una entrevista con un famoso médico londinense que la recibiría tres días después. Por ello había reservado habitaciones en el «Claridge» de Londres, y saldrían pasados dos días. Mrs.

Bradley estuvo observando a su hija atentamente mientras tales nuevas le eran comunicadas por Elliott con oculta satisfacción, y no vio la más mínima muestra de disgusto.

—¡Cuánto me alegro de que te vea ese médico! —exclamó con su acostumbrada impetuosidad—. No debes desperdiciar la oportunidad de ninguna manera. Y me encanta la idea de ir a Londres. ¿Cuánto tiempo estaremos allí?

—Sería inútil volver a París —dijo Elliott—. Dentro de una semana no habrá aquí ni un alma. Quiero que os quedéis en el «Claridge» conmigo el resto de la temporada. En julio siempre hay buenos bailes y, naturalmente, se juegan los campeonatos de tenis en Wimbledon. Luego, las carreras en Goodwood y las regatas en Cowes. Estoy seguro de que los Ellinghams nos recibirán encantados en su yate durante las regatas de Cowes, y los Bantocks siempre tienen un buen número de convidados para Goodwood.

Tales pronósticos parecieron hacer las delicias de Isabel, y Mrs. Bradley se sintió tranquila. A juzgar por las apariencias, ni había pensado en Larry.

Acababa Elliott de contarme todo esto cuando entraron la madre y la hija. Hacía más de dieciocho meses que no las veía. Mrs. Bradley estaba algo más delgada y tenía peor color; era su aspecto el de una mujer cansada y enferma. Pero Isabel estaba magnífica. Con su excelente color, el rico castaño de su pelo, los brillantes ojos de color de avellana y su purísima tez, daba una impresión de tal lozanía, de gozar tan profundamente del mero hecho de vivir, que casi sentía unos deseos de romper a reír de satisfacción. Me hizo pensar absurdamente en una fruta, dorada y succulenta, de perfecta madurez, que parecía pedir que la comieran. Irradiaba calidísima vida de tal manera, que era lógico imaginar que al acercarse a ella las manos habrían de sentirse reconfortables por el calor. La juzgué más alta que la última vez que la vi, no sé si por ser más grandes sus tacones o porque el sabio modista cortó el vestido con acierto que disfrazaba su juvenil rotundidad; se movía con la amable gallardía de una muchacha que ha practicado el deporte al aire libre desde su niñez. De ser yo su madre, ya hubiera considerado oportuno verla casada.

Gustoso de la ocasión que se me ofrecía para corresponder en algo a la mucha gentileza que Mrs. Bradley me había mostrado en Chicago, invité a los tres a que fueran una noche al teatro conmigo, y pensé dar una comida en su honor.

—Harás bien en no perder el tiempo —me dijo Elliott—. Ya he comunicado a mis amigos que estamos aquí, y supongo que dentro de un par de días no nos quedará ni un momento libre en todo lo que queda de temporada.

Interpreté que Elliott quería indicar con esto que no tendrían tiempo para malgastarlo con gente de mi calaña, y me eché a reír. Elliott me lanzó una mirada en la que pude percibir cierta altivez.

—Claro es que, por lo general, nos encontrarás aquí a eso de las seis, y siempre te veremos con gusto —dijo gentilmente, pero con la clara intención de hacerme comprender mi humilde condición de escritor.

Pero algunas veces, hasta el perro fiel muerde.

—Debes procurar ver a los St. Olpherds —le dije—. He oído que quieren vender su Constable de la Catedral de Salisbury.

—No pienso comprar cuadros en este momento.

—Ya lo sé, pero supuse que quizá pudieras ayudarlos a vender el cuadro.

Los ojos de Elliott adquirieron un reflejo acerado.

—Mi querido Maugham, los ingleses son una gran nación, pero jamás han sabido pintar, y nunca serán capaces de hacerlo. No me interesa la escuela inglesa.

A penas vi a Elliott y a sus parientes durante las cuatro semanas siguientes. Las llevó a pasar el final de semana a una noble mansión de Sussex y otro final de semana a otra casa, aún más noble, en Wiltshire. Las llevó a la ópera, que escucharon desde el palco real, invitados por una princesa de segunda magnitud de la casa de Windsor. Las llevó a comer y a cenar con personajes egregios. Isabel fue a varios bailes. Convidó en el «Claridge» a una serie de personas cuyos nombres formaban magníficas listas en el periódico del día siguiente. Dio cenas en el «Ciro» y en el «Embassy». Resumiendo, hizo todo lo indicado, e Isabel hubiera tenido que ser mucho menos sencilla de lo que era para no quedar ligeramente deslumbrada por todo el esplendor y elegancia que su tío reunió para su deleite. Pudo Elliott lisonjearse diciéndose que el motivo de todos sus desvelos era completamente caritativo, pues no pretendía más que hacer olvidar a Isabel sus malhadados amoríos; pero yo sospeché que también le procuró gran satisfacción hacer ver a su hermana con sus propios ojos lo íntimas que eran sus relaciones con los personajes ilustres y de moda. Era un anfitrión admirable, y hallaba delicia en exhibir su consumada destreza.

Asistí a una o dos de sus comidas, y de vez en cuando iba al «Claridge» a las seis de la tarde. Siempre encontró a Isabel rodeada de magníficos muchachos maravillosamente vestidos, que eran oficiales de la Guardia Real, o de elegantes muchachos, menos bien vestidos, pertenecientes al Ministerio de Negocios Extranjeros. En una de estas ocasiones me llevó aparte y me dijo:

—Quisiera pedirte una cosa. ¿Te acuerdas de aquella tarde que fuimos al bar de una droguería y tomamos unos batidos?

—Perfectamente.

—Estuviste comprensivo y me serviste de mucho. ¿Quieres ser comprensivo y ayudarme otra vez?

—Haré lo que pueda.

—Quiero hablarte de algo. ¿Podríamos comer juntos un día?

—Casi el día que quieras.

—En un sitio tranquilo.

—¿Qué te parecería si fuéramos a Hampton Court y comiéramos allí? Los jardines estarán espléndidos en esta época, y podríamos admirar la cama de la reina Isabel.

Le pareció bien la idea, y convinimos la fecha. Pero cuando llegó el día, el tiempo, que había estado siendo despejado y caliente, cambió; el cielo estaba plomizo y lloviznaba. La llamé por teléfono y le pregunté si no preferiría comer en Londres.

—No vamos a poder sentarnos en los jardines, y estarán tan oscuras las galerías que no veremos los cuadros.

—Ya me he sentado en muchos jardines, y estoy hasta la coronilla de cuadros de maestros. Pero vayamos.

—Está bien.

Fui a buscarla y la llevé en coche. Conocía yo un modesto hotel donde se comía de modo pasable

y fuimos a él directamente. Durante el camino, Isabel fue hablando con su acostumbrada vivacidad de las fiestas a que había asistido y de la gente que había conocido. Lo había estado pasando muy alegremente, pero los comentarios que hizo acerca de sus amistades me dieron idea de que tenía sagacidad y buena vista para descubrir lo absurdo. El mal tiempo había ahuyentado a los turistas y no había más mesa ocupada en el comedor que la nuestra. El hotel estaba especializado en viandas inglesas, y comimos unas tajadas de una excelente pierna de cordero con guisantes y patatas nuevas, y luego una empanada de manzana con crema de leche escaldada. Acompañada de un bock de cerveza blanca, resultó una comida excelente. Así que terminamos, propuse que nos trasladásemos al vacío cuarto vecino, donde había sillones en que podríamos instalarnos cómodamente. Hacía frío allí, pero la chimenea estaba preparada y la encendí con una cerilla. Las llamas prestaron simpatía al poco amable lugar.

—Bueno —dije—, y ahora dime de qué quieres hablarme.

—De lo mismo que la otra vez —rió ella—: de Larry.

—Me lo suponía.

—¿Sabes que hemos roto las relaciones?

—Me lo ha dicho Elliott.

—Mamá está más tranquila, y tío Elliott encantado.

Vaciló durante un momento, para luego lanzarse a la narración de su entrevista con Larry, acerca de la cual he hecho lo que he podido para informar fielmente al lector. Quizá le sorprenda a éste que Isabel decidiera confiar tanto a quien tan poco conocía. Supongo que yo no la había visto más de una docena de veces, y nunca, salvo en el bar de la droguería a solas. A mí no me sorprendió. Por un lado, como cualquier escritor podrá testificar, la gente cuenta a los novelistas cosas que oculta a los demás. No sé por qué, como no sea la causa que después de leer uno o dos de sus libros se creen tener con ellos una intimidad de índole especial; o quizá sea que se dramatizan a sí mismos, y al considerarse como si fueran personajes de una novela, se encuentran propicios a mostrarse al autor tan sin ambages como ellos imaginan que los personajes de sus novelas se conducen con su creador. Creo, además, que Isabel adivinaba mi simpatía por Larry, que la juventud de ambos me conmovía, y que experimentaba yo piedad de su desgracia. No podía esperar comprensión de Elliott, quien sentía poca inclinación a molestarse por un muchacho que había despreciado la mejor oportunidad que jamás se brindó a un hombre joven para entrar en sociedad. Tampoco su madre podía servirle de mucho. Mrs. Bradley era mujer de elevados principios y profundo sentido común. Su sensatez le decía que quien quiera tener éxito en el mundo ha de aceptar sus convencionalismos, y no conducirse como todos los demás era para ella indicio de inestabilidad. Sus elevados principios la llevaban a creer que el deber de un hombre es trabajar en aquello en que su energía e iniciativa le dan ocasión de ganar el suficiente dinero para mantener a su mujer, dar a sus hijos una educación que les permita al ser hombres ganarse la vida honradamente, y dejar a su viuda en situación desahogada. Isabel tenía buena memoria, y los diferentes detalles de su discusión con Larry se habían grabado claramente en sus recuerdos. La escuché en silencio hasta que acabó. Únicamente se interrumpió una vez para preguntarme:

—¿Quién fue Ruysdael?

—¿Ruysdael? Un paisajista holandés. ¿Por qué?

Me dijo que Larry había mencionado su nombre al decir que, por lo menos, Ruysdael encontró respuesta a sus preguntas, y entonces me repitió la irónica respuesta de Larry cuando ella le preguntó quién era.

—¿Qué crees que quiso decir?

Tuve una inspiración.

—¿Estás realmente segura de que no dijo Ruysbroek?

—Puede que sí. ¿Quién fue?

—Un místico flamenco del siglo XIV.

—¡Ah! —dijo desilusionada.

Aquello no le decía nada a ella. Pero a mí sí, y fue la primera indicación que tuve del camino que las cavilaciones de Larry iban tomando. Mientras ella continuaba su narración, aunque la escuché atentamente, parte de mi magín estuvo considerando las posibilidades de la referencia de Larry. No quise darle exagerada importancia, pues pudiera ocurrir que mencionara el nombre del Maestro Extático únicamente para apoyar uno de sus argumentos; pero también era posible que aquello tuviera un significado que había pasado inadvertido para Isabel. Cuando él respondió que Ruysbroek era un sujeto que no llegó a tratar en la Universidad, quiso despistar a Isabel.

—¿Qué conclusión sacas de todo ello? —me preguntó al terminar.

Hice una pausa antes de contestar.

—¿Recuerdas que Larry dijo que quería holgazanear? Si lo que te ha dicho es verdad, su vagancia parece llevar aneja buena cantidad de trabajo agotador.

—Estoy segura de que me dijo la verdad. Pero ¿no comprendes que si trabajara con igual tesón en cualquier asunto productivo, ya estaría ganando bastante dinero?

—Hay personas de muy extraña constitución. Por ejemplo, esos criminales que trabajan como castores en planes que dan con ellos en la cárcel, y en cuanto salen de ella, vuelven a hacer exactamente lo mismo y van a parar a presidio de nuevo. Si pusieran igual tesón, tantas artimañas, astucia y paciencia en lograr una finalidad honrada, podrían ganar mucho dinero y alcanzar elevados puestos. Pero son así. Les gusta el crimen.

—¡Pobre Larry! —dijo riendo—. ¿Vas a decirme que está estudiando griego para preparar el asalto a un Banco?

También yo me reí.

—No. Lo que estoy procurando decirte es que hay hombres dominados por un impulso tan fuerte de hacer una cosa determinada que no pueden resistirlo, y tienen que hacerla. Y para satisfacer su anhelo son capaces de sacrificarlo todo.

—¿Hasta a las personas a quienes quieren?

—Sí, sí.

—¿Y eso es otra cosa que puro egoísmo?

—No sabría yo decirlo —contesté sonriendo.

—¿Qué utilidad puede encontrar Larry en aprender lenguas muertas?

—Hay quien tiene un deseo desinteresado de adquirir conocimientos. Y no puede tildarse de innoble tal deseo.

—¿Para qué sirven los conocimientos que no van a utilizarse?

—Quizá él los piense utilizar. Quizá halle suficiente premio en su posesión, como es satisfacción bastante para un artista el crear obras de arte. Y quizá todo ello no sea más que un paso hacia ulteriores propósitos.

—Si quiere aprender cosas, ¿por qué no ingresó en la Universidad cuando volvió de la guerra, como el doctor Nelson y mamá querían?

—De eso hablé con él en Chicago. Un título universitario no le interesa. Tengo la sospecha de que él sabía lo que andaba buscando y creyó que no podría encontrarlo en una Universidad. Hay dos clases de estudiosos: el que trabaja por su cuenta y el que lo hace en manada. Y yo creo que Larry es uno de los que tienen que hacer las cosas a su manera.

—Me acuerdo que una vez le pregunté si quería escribir. Y se rió y me dijo que no tenía nada que escribir.

—Ésa es la razón menos convincente para no escribir de cuantas he oído en mi vida —dije sonriendo.

Isabel hizo un gesto de impaciencia. No estaba de humor ni para la broma más inofensiva.

—Lo que yo no entiendo es cómo puede haber cambiado tanto. Antes de la guerra era como cualquier otro muchacho. Quizá no se te haya ocurrido pensarlo, pero es un magnífico jugador de tenis y es bastante bueno al golf. Hacía lo que todos los demás. Era de chico completamente normal, y nada hacía suponer que no llegase a ser un hombre también normal. Después de todo, tú eres novelista y debieras poder explicarlo.

—¿Quién soy yo para explicar la infinita complejidad de la naturaleza humana?

—Por eso quería hablar contigo —añadió sin hacer caso de mis palabras.

—¿Te sientes desgraciada?

—Exactamente desgraciada, no. Cuando no estoy con Larry me encuentro bien. Pero estando a su lado me siento sin fuerzas. Ahora no advierto ya más que una especie de dolor, como el entumecimiento que se nota tras un largo paseo a caballo después de varios meses sin montar. No llega a dolor, no es insufrible, pero lo nota una. Ya se me pasará. Pero me duele ver a Larry camino de estropearse la vida.

—Puede que no se la estropee. El camino que ha elegido es largo y duro, pero quizá al llegar a su término encuentre lo que anda buscando.

—¿Y qué busca?

¿No se te ha ocurrido? Yo diría que resulta evidente por lo que me has dicho. A Dios.

—¡A Dios! —exclamó; pero fue una exclamación de incredulidad y sorpresa. El uso que ambos hicimos de la misma palabra en tan distinta acepción, tuvo un efecto cómico, y nos vimos forzados a reír. Pero Isabel recobró inmediatamente su gravedad y creí percibir en su actitud algo parecido al miedo.

—¿Por qué se te ha ocurrido eso? —me dijo.

—Es una mera suposición. Pero me has pedido mi opinión de novelista. Desgraciadamente, no sabes lo que le pasó durante la guerra que le causó tan profunda impresión. Yo creo que fue una emoción repentina, para la cual no estaba preparado. Te diré, como hipótesis, que fuera lo que fuese lo ocurrido, le produjo una obsesión acerca de lo transitoria que es la vida, y eso le obliga a buscar angustiosamente el convencimiento de que tiene que haber una compensación para la maldad y el

sufrimiento de este mundo.

Advertí que a Isabel no le gustó el derrotero que había tomado la conversación. Tales temas le producían embarazo y violencia.

—¿No es eso bastante morboso? Hay que aceptar las cosas como vengan. Si estamos aquí es para hacer todo lo que podamos mientras vivamos.

—Probablemente estás en lo cierto.

—Yo no pretendo ser nada más que una muchacha normal y corriente. Y quiero pasarlo tan bien como pueda.

—Parece que existe una completa incompatibilidad de temperamento entre vosotros. Más vale que lo hayáis descubierto antes de casaros.

—Yo quiero casarme, y tener hijos, y vivir...

—En el estado en que la bondadosa Providencia ha tenido a bien colocarte —la interrumpí.

—Y, ¿qué tiene eso de malo? Mi posición es agradable, y estoy contenta con ella.

—Sois como dos amigos que quieren pasar juntos las vacaciones, pero uno de ellos quiere subir a las heladas cumbres de Groenlandia y el otro quiere ir a pescar al mar del Coral. Evidentemente, no saldría la cosa.

—Por lo menos, de las heladas cumbres de Groenlandia yo podría volver con un abrigo de piel de foca; y me parece muy dudoso que haya peces en el mar del Coral.

—Eso habría que verlo.

—¿A qué viene decir eso? —me preguntó, con el ceño ligeramente fruncido—. Todo el tiempo has estado hablando como haciendo una reserva mental. Ya sé que no me va a corresponder a mí hacer en esto el papel importante. Ése se lo has dado a Larry. Larry es el idealista, el soñador de maravillosas fantasías, y aunque el sueño no se convierta en realidad, siempre será emocionante haberlo concebido. A mí me ha tocado el papel de una persona dura, realista, práctica. El sentido común nunca hace vibrar nuestro entusiasmo, ¿verdad? Pero te olvidas de que yo sería quien saldría pagando. Larry avanzaría grandiosamente, arrastrando en pos nubes de gloria, y lo único que a mí me quedaría sería encontrar la manera de hacer llegar el dinero. Y yo quiero vivir.

—No he olvidado nada de eso. Hace años, cuando yo era joven, conocí a un médico, nada malo por cierto, pero que no ejercía. Pasaba año tras año rebuscando en la biblioteca del Museo Británico, y a muy espaciados intervalos escribía un libro seudocientífico que nadie leía y que tenía que publicar a su costa. Escribió cuatro o cinco antes de morir, y todos ellos carecían en absoluto del más mínimo valor. Tenía un hijo que quería ser militar, pero no hubo dinero para mandarle a la Academia de Sandhurst, y tuvo que alistarse como soldado con la esperanza de ascender. Le mataron en la guerra. También tenía una hija. Era bonita y me gustaba mucho. Se hizo actriz, pero no tenía talento y anduvo rodando por escenarios de provincias, representando papeles de segundo orden en compañías mediocres, con un sueldo miserable. Su esposo, tras años de horrible y sórdido trabajo, perdió la salud, y la muchacha tuvo que volver a su casa a cuidar a su madre y hacer su trabajo, para el cual ya no tenía fuerzas. Vidas desperdiciadas, frustradas, sin finalidad alguna. Quien decide abandonar el camino trillado, acepta un grave albur. Son muchos los llamados, pero pocos los escogidos.

—A mi madre y a tío Elliott les parece bien lo que he hecho. ¿Y a ti?

—Pero, Isabel, ¿qué puede importante eso? Soy para ti casi un desconocido.

—Te considero como observador desinteresado —me dijo con una agradable sonrisa—. Me gustaría saber que apruebas mi determinación. ¿Verdad que crees que he hecho bien?

—Creo que has hecho lo que más te conviene —repliqué, bastante seguro de que no advertiría la sutil diferencia que encerré en mi contestación.

—Entonces, ¿por qué me remuerde la conciencia?

—¿Te remuerde?

También sonriendo, pero algo amargamente, dijo que sí con la cabeza.

—Sé que todo es cuestión de sentido común. Sé que cualquier persona razonable estaría de acuerdo con que he hecho lo único posible. Sé que desde cualquier punto de vista práctico que se considere el asunto, desde el punto de vista de la sabiduría mundana, de lo que está bien y lo que está mal, he hecho lo que debía hacer. Y, sin embargo, en lo hondo de mi corazón siento una inquietud desagradable, un barrunto de que si yo fuera mejor, y menos interesada, menos egoísta, más noble, me casaría con Larry y aceptaría su modo de vivir. Si le quisiera lo suficiente, daría por bien sacrificado el mundo entero.

—También podrías decirlo de otra manera. Si él te quisiera lo bastante, no dudaría en hacer lo que tú deseas.

—Ya me lo he dicho; pero no me ha servido de nada. Supongo que el sacrificarse es más propio de la naturaleza de una mujer que de la de un hombre. —Y añadió con un conato de risa—: Lo de Rut y el trigo extraño y todo lo demás.

—¿Por qué no te atreves?

Habíamos estado hablando con gran naturalidad, como si versara nuestra conversación sobre gente conocida cuyos asuntos no nos concernieran íntimamente; y hasta cuando me narró su conversación con Larry lo hizo con una especie de indiferente buen humor, adornándola con desenvuelto gracejo, como si no quisiera que yo tomase la cosa demasiado en serio. Pero después palideció.

—Tengo miedo.

Callamos durante cierto espacio de tiempo. Sentí un escalofrío en el espinazo, como suele ocurrirme extrañamente cuando me veo frente a una emoción humana profunda y verdadera. Me parecen éstas terribles y hasta amedrentadoras.

—¿Le quieres mucho? —pregunté por fin.

—No lo sé. Acaba con mi paciencia. Me exaspera. Y le echo de menos continuamente.

De nuevo cayó el silencio sobre nosotros. No supe qué decir. El cuarto en que estábamos sentados era pequeño, y unas espesas cortinas de encaje en la ventana impedían que entrara la luz. Sobre las paredes, cubiertas de papel amarillento a imitación de mármol, había cuadros cinegéticos. Con sus muebles de caoba, sus deslucidos butacones de cuero y aquel olor a humedad, hacía pensar casi inevitablemente en una novela de Dickens. Aticé el fuego y le añadí carbón. De súbito, Isabel comenzó a hablar.

—Es que yo creía que cuando llegara la hora de tomar una determinación, Larry daría su brazo a torcer. Porque sé que es débil.

—¿Débil? —exclamé—. ¿Por qué crees que es débil? Un hombre que ha soportado estoicamente

durante un año la condenación de todos sus amigos y relaciones porque está decidido a seguir su camino...

—Siempre he hecho lo que he querido de él. Absolutamente lo que he querido. Nunca era él quien marcaba la pauta. Siempre se limitó a seguir a los demás en lo que hicieran.

Había yo encendido un cigarrillo, y estaba contemplando un anillo de humo. Fue haciéndose más y más grande, hasta disiparse en el aire.

—A mamá y a tío Elliott les pareció muy mal que continuáramos saliendo juntos como si tal cosa, después de haber roto las relaciones; pero no los tomé en serio. Hasta el último momento estuve segura de que Larry terminaría por ceder. No pude creer que cuando se le metiera en la cabeza que yo hablaba en serio no cambiase de actitud.

Vaciló un momento y me sonrió con picaresca y maliciosa expresión.

—¿Te escandalizarías si te dijera una cosa?

—Me parece muy poco probable.

—Cuando decidimos venir a Londres, llamé a Larry y le pregunté si no podríamos pasar juntos mi última noche en París. Cuando se lo dije a mamá y a tío Elliott, éste dijo que le parecía indecoroso, y mamá, que lo juzgaba innecesario. Cuando mamá dice que una cosa es innecesaria quiere decir que le parece francamente mal. Tío Elliott me preguntó qué nos proponíamos hacer, y yo le respondí que cenar en alguna parte y luego recorrer unos cuantos sitios para bailar. Le dijo a mamá que me lo debiera prohibir, y mamá me preguntó: «¿Me harás caso si te prohíbo salir?». «No, mamá —le respondí—; ninguno». Y entonces ella dijo: «Me lo suponía. En ese caso, no veo de ninguna utilidad mi prohibición».

—Tu madre debe de ser una mujer de enorme sentido común.

—Se le escapan pocas cosas. Cuando Larry vino a buscarme, entré en el cuarto de mamá para darle las buenas noches. Me había pintado un poco; en París hay que hacerlo, o parece si no que va una desnuda; y cuando vio el traje que llevaba, al verla mirarme de pies a cabeza, sentí la incómoda sensación de que tenía una sospecha bastante exacta de mi propósito. Pero no hizo más que besarme y decirme que lo pasara muy bien.

—¿Y cuál era tu propósito?

Me miró como si dudara, como si no pudiera decidir el grado de franqueza que iba a adoptar.

—No me encontré fea, y aquélla iba a ser mi última oportunidad. Larry había reservado una mesa en «Maxim's». Comimos cosas riquísimas, todas las que más me gustan, y bebimos champaña. Hablamos como dos tarabillas, o por lo menos yo, e hice que Larry se riera. Una de las cosas que siempre me ha gustado de él es que le divierto. Estuvimos bailando. Cuando nos cansamos de estar allí juntos fuimos al «Château de Madrid». Allí encontramos a varios conocidos; nos sentamos con ellos y bebimos más champaña. Luego nos fuimos todos al «Acacia». Larry baila bastante bien y juntos hacemos buena pareja. El calor, la música y el vino... se me subieron algo a la cabeza. Me encontraba dispuesta a todo. Estuve bailando con la cara pegada a la suya, y me di cuenta perfectamente de que me deseaba. ¡Y yo a él! Tuve una idea, que supongo alentaba en mí desde el principio. Me dije que si le hacía acompañarme a casa, una vez que estuviéramos dentro, pues... sería casi inevitable que lo inevitable ocurriera.

—Palabra que no podrías haberlo dicho de manera más delicada.

—Mi cuarto estaba bastante lejos del de tío Elliott y del de mamá, así que no había peligro. Cuando volviéramos a América le escribiría diciendo que iba a tener un niño, y él tendría que volver y casarse conmigo, logrado lo cual supuse que no me sería demasiado difícil conseguir que se quedase, sobre todo estando mala mamá. Me llamé idiota por no haber pensado antes en ello, pues sería la solución. Cuando paró la música, continué abrazada a él, y luego le dije que se estaba haciendo tarde y que como al día siguiente teníamos que tomar el tren a las doce, sería mejor que nos fuéramos ya. Cogimos un taxi, me acurruqué a su lado, y él me abrazó y me besó. ¡Me besó, me besó! ¡Qué maravilla! El taxi me pareció llegar a casa en un segundo. Larry lo pagó.

»—Volveré andando —me dijo.

»El taxi se fue, y yo le abracé y le dije:

»—¿No quieres entrar y tomar un último *whisky*?

»—Sí; como quieras.

»Ya había él llamado al timbre, y la puerta se abrió. Cuando entramos, Larry encendió la luz. Le miré a los ojos, confiados, bondadoso, sin malicia alguna; evidentemente no tenía ni la más mínima sospecha de que yo estuviera armándole una trampa, y comprendí que no podía hacerle tan fea jugada. Aquello era como robar un caramelo a un niño. Y, ¿sabes lo que hice? Pues le dije: “Quizá sea mejor que no entres. Mamá no estaba muy bien esta noche, y si se ha dormido no quisiera despertarla. Buenas noches”. Le ofrecí la mejilla para que me besara y le llevé hasta la puerta. Y se acabó.

—¿Estás arrepentida?

—Ni orgullosa, ni arrepentida... No pude evitarlo. No fui yo quien hizo aquello. Fue un impulso que se apoderó de mí y me obligó a hacerlo. —Sonrió con sorna—. Supongo que dirás que fue mi altruismo.

—Tal vez.

—Entonces, mi altruismo tendrá que atenerse a las consecuencias. Esperemos que de aquí en adelante tenga más cuidado.

Tal fue, realmente, el final de nuestra conversación. Quizá aliviara a Isabel en cierta medida haber podido hablar con entera libertad a otra persona, pero eso fue cuanto pude hacer por ella; y para compensar mi ineptitud, traté de decirle algo, por poco que fuera, que le sirviera de consuelo.

—Cuando se está enamorado —le dije— y todo se pone mal, se siente uno indeciblemente desgraciado. Pero te asombrará ver los milagros que el mar puede hacer.

—¿Qué quieres decir? —me dijo, sonriendo.

—Pues que el amor es mal marinero, y languidece durante cualquier travesía larga. Ya verás cómo te sorprende, una vez que estés separada de Larry por el océano Atlántico, lo leve que te resulta el dolor que antes de embarcar te parecerá insufrible.

—¿Hablas por experiencia?

—Por la experiencia de un pasado turbulento. En el mismo instante en que me sentía atacado por los tormentos de un amor no correspondido, me embarcaba en un transatlántico.

La lluvia no llevaba trazas de terminar, por lo que decidimos que Isabel podría sobrevivir al dolor de no contemplar la noble fábrica de Hampton Court ni el lecho de la reina Isabel, y volvimos a Londres. La vi dos o tres veces más, pero siempre delante de otras personas, y como yo me

encontraba ya suficientemente saturado de Londres, me fui al Tirol.

CAPITULO TERCERO

Diez años estuve sin ver ni a Larry ni a Isabel. Continué viendo a Elliott, y aún más frecuentemente que antes, por la razón que daré más adelante, y por él supe de tarde en tarde noticias acerca de Isabel. Pero de Larry no pudo decirme nada.

—Que yo sepa, quizá continúe en París, pero es poco probable que me encuentre con él. No frecuentamos los mismos círculos —añadió no exento de complacencia—. Es una lástima que se haya echado a perder tan completamente, porque no es de mala familia. Estoy seguro de que yo hubiera podido hacer algo por él si hubiese querido ponerse en mis manos. En cualquier caso, Isabel escapó de buena.

El círculo de mis amistades no era tan restringido como el de Elliott, y conocía en París a buen número de personas que él hubiera considerado completamente indeseables. Durante una de mis breves pero nada infrecuentes visitas, pregunté a alguna de ellas si habían visto a Larry o tenían noticias de él. Varios le conocían vagamente, pero ninguno hallé que tuviera estrecha amistad con él, y nadie supo darme noticias suyas. Fui al restaurante en donde solía comer, pero me dijeron que hacía mucho tiempo que no iba por allí y que suponían que se había marchado fuera. Nunca le vi en ninguno de los cafés del Boulevard de Montparnasse, frecuentados por quienes viven en aquel barrio.

Su plan, cuando Isabel se fue de París, era ir a Grecia; pero lo abandonó. Lo que hizo, él mismo me lo dijo pasados muchos años; pero lo voy a relatar ahora, porque parece más conveniente ordenar los acontecimientos, en la medida posible, de acuerdo con su cronología. Permaneció en París todo el verano, y trabajó sin descanso hasta bien comenzado el otoño.

—Entonces pensé que necesitaba descansar de mis lecturas —me dijo—. Llevaba dos años trabajando de ocho a diez horas diarias. Y entré a trabajar en una mina.

—¿En una qué? —exclamé.

Al advertir mi asombro, rompió a reír.

—Me pareció que me sentaría bien pasar unos cuantos meses trabajando corporalmente, y que ello me daría oportunidad de ordenar mis pensamientos y llegar a un acuerdo conmigo mismo.

Callé, pensando si era ésa la única razón de tan inesperada decisión, o si estaría ésta relacionada con la actitud de Isabel al negarse a casarse con él. El hecho era que ignoraba yo en absoluto en qué medida estaba enamorado de ella. La mayoría de las personas enamoradas inventan toda clase de excusas para persuadirse de que es profundamente sensato llevar a cabo cualquier cosa que apetezcan. Supongo que no es otro el motivo de que haya tantos matrimonios desastrosos. Les ocurre como a los que confían sus intereses a quien saben que es un truhán, y además amigo íntimo suyo, pues no deseando creer que es un truhán es ante todo truhán y después amigo, se sienten convencidos de que por muy pícaro que sea con los demás, no lo será con ellos. Larry tenía la suficiente reciedumbre de carácter para no sacrificar por Isabel la clase de vida que juzgaba deseable para él, pero quizá le resultara perderla más amargo de lo que había supuesto. Acaso le ocurriera lo que a casi todos nos pasa: que queremos disfrutar de nuestro peculio, y conservarlo al mismo tiempo.

—Bueno, sigue —le dije.

—Metí mis libros y mi ropa en un par de baúles y los di a guardar a la «American Express». Luego, con un traje de repuesto y algo de ropa interior en una maleta, me puse en camino. Mi profesor griego tenía una hermana casada con el director de una mina, cerca de Lens, y me dio una carta para él. ¿Has estado en Lens?

—No.

—Está en el Norte de Francia, a poca distancia de la frontera belga. Estuve allí una noche nada más, en el hotel de la estación, y al día siguiente tomé el tren para el sitio en que estaba la mina. ¿Has estado en algún pueblo minero?

—En Inglaterra.

—Supongo que no habrá gran diferencia. La mina, la casa del director, ringleras y ringleras de casitas de dos pisos, todas iguales, idénticas, y de una monotonía abrumadora. Hay allí una iglesia relativamente nueva, fea y varias tabernas. Hacía un día crudo y frío cuando llegué, y lloviznaba. Fui a la oficina del director y entregué la carta. Era un hombre regordete, de mejillas arreboladas y aspecto de ser comilón. Andaban escasos de mano de obra, muchos mineros habían muerto en la guerra y tenían trabajando a buen número de polacos, unos doscientos o trescientos, diría yo. Me hizo un par de preguntas; no le gustó gran cosa que yo fuera americano, pues le pareció sospechoso, pero la carta de su cuñado daba buena razón de mí y le venía bien un obrero más. Quiso darme empleo en el exterior de la mina, pero yo le dije que quería trabajar en las galerías. Me avisó que encontraría duro el trabajo si no estaba acostumbrado a él, pero le respondí que estaba preparado para ello, y entonces me dijo que me pondría de ayudante de un minero. Suele ser trabajo de muchachos, pero no había bastantes entonces. Era buena persona; me preguntó que si me había preocupado de buscar alojamiento, y como yo le contestara que no, escribió una dirección en un papel y me dijo que, si iba allí, la mujer de la casa me daría una cama. Era la viuda de un minero, cuyos dos hijos trabajaban en la mina.

»Cogí mi maleta y me fui. Di con la casa, cuya puerta me abrió una mujer alta, enjuta, de pelo canoso y ojos grandes y oscuros. Tenía agradables facciones y debía de haber sido guapa. Aún lo sería en cierta medida, de una belleza magra, a no ser por una gran mella que tenía por faltarle dos de los dientes delanteros. Me dijo que cuarto no tenía, pero que había dos camas en la habitación de un polaco que vivía allí, y que podía yo dormir en la sobrante. Sus dos hijos ocupaban uno de los cuartos de arriba, y ella el otro. La habitación que me mostró estaba en el piso bajo, y supongo que debió de ser el cuarto de estar. Hubiera yo preferido un cuarto para mí solo, pero me pareció mejor no mostrarme exigente; la llovizna se había convertido en franca lluvia, y yo estaba ya mojado. No me apetecía seguir buscando y calarme hasta los huesos, por lo que dije que aquello me convenía, y me quedé. Como cuarto de estar usaban la cocina, en la que había un par de butacas desvencijadas. En el patinillo de atrás se alzaba una carbonera, que al mismo tiempo hacía las veces de cuarto de baño. Los dos muchachos y el polaco habían llevado consigo la comida, pero la mujer dijo que podía yo almorzar con ella. Después de hacerlo me quedé sentado fumando en la cocina, y mientras ella continuaba con su trabajo me contó todo lo referente a su familia y a sí misma. Los demás volvieron al terminar su jornada, primero el polaco y luego los dos chicos. El polaco pasó por la cocina, me saludó con un gesto, sin hablar, cuando la patrona le dijo que yo iba a compartir su cuarto, y después cogió una gran olla de agua caliente que había sobre el fogón y se dirigió a la carbonera para lavarse.

Los muchachos eran dos hombretones guapos, a pesar de la mugre negruzca que les cubría la cara, y me parecieron dispuestos a mostrarse cordiales. Me miraban como un bicho raro por ser yo americano. Uno de ellos tenía diecinueve años, y habría de entrar en filas pasados unos meses; el otro tenía dieciocho.

»Volvió el polaco, y los hermanos fueron a lavarse. El polaco tenía uno de esos complicados nombres de su país, pero le llamaban Kosti. Era un hombre grandón, cinco o siete centímetros más alto que yo, y ancho de espaldas. Tenía la cara carnosa y pálida, la nariz ancha y corta y grande la boca. Los ojos eran azules, y como no logró lavarse la carbonilla de cejas y pestañas parecía que los llevaba pintados. La negrura de las pestañas realzaba de manera sorprendente el azul de sus ojos. Era un hombre feo y desgarrado. Los dos muchachos, después de cambiarse de ropa, salieron. El polaco se sentó en la cocina, fumando en pipa y leyendo el periódico. Yo tenía un libro en el bolsillo, lo saqué y me puse a leer también. Advertí que me miraba una o dos veces, y al cabo de un rato soltó el periódico.

»—¿Qué lees?

»Le alargué el libro para que lo viera por sí mismo. Era *La princesa de Clèves*, que compré en la estación de París, por ser de buen tamaño para llevarlo en el bolsillo. Lo miró, y después a mí, con curiosidad, tras lo cual me lo devolvió. Advertí que sonreía irónicamente.

»—Lo encuentro interesante; casi cautivador.

»—Lo leí en el colegio, en Varsovia. Me aburrió espantosamente. —Hablabla excelente francés, con acento polaco apenas perceptible—. Ahora no leo más que el periódico y novelas de detectives.

»Madame Leclerc, que así se llamaba la patrona, estaba sentada junto a la mesa, zurciendo calcetines, sin dejar de vigilar la sopa que hervía sobre el fogón para la cena. Le dijo a Kosti que me había enviado allí el director de la mina, y le repitió lo que a mí me había parecido conveniente contarle. Kosti la escuchó, fumando su pipa y mirándome con aquellos ojos de brillante color azul. Era su mirada dura y sagaz. Me hizo algunas preguntas acerca de mi persona. Cuando le dije que no había trabajado nunca en una mina sus labios se entreabrieron en una sonrisa irónica.

»—No sabes lo que te espera. Nadie que pueda encontrar alguna otra cosa trabajaría en una mina. Pero eso es cosa tuya, y supongo que tus razones tendrás. ¿En dónde vivías en París?

»Se lo dije.

»—En otros tiempos yo solía ir todos los años a París, pero no salía de los *Grands Boulevards*. ¿Has estado en el “Lame”? Era mi restaurante favorito.

»Eso me sorprendió, pues no es nada barato.

»—En efecto, no lo es —dijo.

»Creo que advirtió mi sorpresa, pues volvió a sonreír burlescamente, pero por lo visto no consideró necesario explicar el asunto. Continuamos hablando de cosas diferentes hasta que llegaron los muchachos. Cenamos, y así que hubimos acabado, preguntó Kosti si me gustaría acompañarle al *bistro* y tomar una cerveza. La taberna era una vasta pieza con un mostrador en un extremo y cierto número de mesas de mármol rodeadas de sillas de madera. Había una pianola, en la que alguien había echado una moneda; estaba tocando unailable. Además de la nuestra, sólo había tres mesas ocupadas. Kosti me preguntó si sabía jugar a la *belôte*. Yo, que había aprendido con algunos de mis camaradas de estudios, le dije que sí, y él me propuso que nos jugáramos la cerveza. Acepté y pidió

la baraja. Perdí la cerveza, y después otra. Me propuso entonces que jugáramos dinero. Tuvo él buenas cartas y yo malísima suerte. Estábamos jugando a un tanto muy bajo, pero perdí veinte francos. Esto y la cerveza le puso de excelente humor, y comenzó a hablar. No tardé en comprender, tanto por su manera de expresarse como por sus modales, que era hombre educado. Cuando volvió a hablar de París, fue para preguntarme que si conocía a Fulanita y a Zutanita, americanas a quienes me presentaron en casa de Elliott cuando tía Louisa e Isabel estaban viviendo con él. Parecía él conocerlas mejor que yo, y me pregunté cómo habría llegado a su estado actual. No era tarde, pero teníamos que levantarnos al amanecer.

»—Vamos a tomar otra cerveza antes de irnos —dijo Kosti.

»Tomó un sorbo mientras me miraba con sus despiertos ojillos. Entonces comprendí lo que recordaban: un cerdo de mal genio.

»—¿Por qué has venido a trabajar en esta asquerosa mina? —me preguntó.

»—Por la experiencia.

»—Tu es fou, mon petit —me dijo.

»—¿Y por qué estás trabajando tú en ella?

»—Entré en una escuela militar para muchachos nobles cuando era una criatura. Mi padre fue general del zar y yo serví en la guerra pasada como oficial de caballería. No pude soportar a Pilsudski. Quisimos matarle, pero alguien nos denunció. Fusiló a los que pudo coger. Yo logré cruzar la frontera en el último momento. No me quedaban más que dos caminos: la Legión Extranjera o una mina de carbón. Elegí entre los dos males el menor.

»Yo le había dicho ya a Kosti el trabajo que iba a hacer en la mina, lo que oyó en silencio; pero en aquel instante colocó el codo sobre la mesa de mármol y dijo:

»—Echa un pulso.

»Me era conocida esta antiquísima prueba de fuerza, y puse mi mano abierta contra la suya. Se echó a reír.

»—Dentro de unas semanas no tendrás las manos tan suaves.

»Comencé a empujar con toda mi fuerza, pero no logré resultado alguno contra su inmenso vigor, y poco a poco fue venciéndome la mano hasta hacer que tocara la mesa.

»—Tienes bastante fuerza —tuvo la bondad de comentar—. No hay muchos que me aguanten tanto tiempo. Oye una cosa: mi ayudante no sirve para nada. Es un francés chiquitín y tiene menos fuerza que un piojo. Ven mañana conmigo y hablaré con el capataz para que te ponga en su lugar.

»—Me gustaría. ¿Crees que lo hará?

»—Gratis, no. ¿Tienes cincuenta francos?

»Alargó la mano y yo saqué de la cartera un billete de cincuenta francos. Volvimos a casa y nos acostamos. Yo estaba cansado y dormí como un tronco.

—¿Encontraste el trabajo muy duro? —le pregunté a Larry.

—Al principio, fue completamente extenuador —respondió, sonriendo alegremente—. Kosti lo arregló con el capataz y me nombraron su ayudante. En aquel tiempo Kosti estaba trabajando en un espacio del tamaño de un cuarto de baño de hotel, al cual se llegaba por un túnel tan bajo que era necesario arrastrarse por él a cuatro patas. Allá abajo hacía un calor infernal y trabajábamos en calzoncillos. Era repugnante aquel inmenso, blanco y craso torso de Kosti; parecía una babosa

gigantesca. El estrépito de la taladradora neumática en espacio tan reducido era ensordecedor. Mi trabajo consistía en recoger los bloques de carbón que Kosti iba arrancando, meterlos en un cesto y llevarlo a rastras por el túnel hasta el comienzo de éste, a un lugar donde podía luego cargarse en una vagoneta cuando el tren llegaba de tarde en tarde camino de los elevadores. No he conocido ninguna otra mina de carbón, y por tanto no sé si eso es lo corriente en otras. A mí me parecía un sistema rudimentario, y suponía un trabajo rudísimo. A media jornada, dejábamos de trabajar, comíamos y fumábamos. No me lamentaba cuando acababa la jornada. Y ¡qué delicia la de bañarse! Llegué a pensar que yo nunca volvería a tener limpios los pies. Los tenía negros como la tinta. Naturalmente, me salieron ampollas en las manos, dolorosas como diablos, pero cicatrizaron. Me acostumbré al trabajo.

—¿Cuánto tiempo lo soportaste? —le pregunté.

—Me tuvieron en ese trabajo unas semanas nada más. Las vagonetas que llevaban el carbón a los elevadores eran arrastradas por un tractor, cuyo conductor era mal mecánico y el motor se averiaba continuamente. Una vez no logró ponerlo en marcha y ya no parecía saber qué hacer. Yo soy bastante buen mecánico, fui allí, examiné el motor y a la media hora estaba funcionando. El capataz se lo dijo al director, y éste me mandó llamar y me preguntó si entendía de automóviles. El resultado fue que me dieron el puesto de mecánico. El trabajo era monótono pero descansado, y como no volvieron a tener averías en el motor estaban satisfechos conmigo.

»A Kosti le molestó mucho que le dejara. Le era fácil y se había acostumbrado a mí. Llegué a conocerle bastante bien, trabajando con él durante todo el día, yendo a la taberna por la noche y compartiendo la misma alcoba. Era un sujeto raro. Creo que te hubiera resultado interesante. No se juntaba con los polacos y no frecuentábamos los cafés a que solían ir. Kosti no podía olvidar su nobleza y que había sido oficial de caballería, y los trataba a todos con el mayor desprecio. Naturalmente, no les gustaba, pero no podían hacer nada; Kosti tenía una fuerza salvaje, y si hubieran llegado a las manos, con navajas o sin ellas, habría sido muy capaz de entendérselas con media docena de ellos al mismo tiempo. Sin embargo, yo llegué a conocer a algunos, y me dijeron que Kosti había sido, en efecto, oficial de caballería en uno de los regimientos de más fama, pero que era mentira que hubiese escapado de Polonia por razones políticas. Le habían echado del Casino Militar de Varsovia, y luego del Ejército, porque le descubrieron haciendo trampas en la mesa de juego. Me avisaron que no jugase con él. Y añadieron que ése era el motivo por el que Kosti los rehuía, porque sabían demasiado de él y no querían jugar a las cartas.

»Yo llevaba perdiendo dinero a las cartas con regularidad bastante tiempo. No mucho, no creas; unos cuantos francos cada noche, pero como cuando él ganaba se empeñaba en pagar el gasto de los dos, la cosa no tenía importancia. Yo creía que estaba pasando una mala racha de suerte, o que él jugaba mejor que yo. Pero desde entonces procuré conservar bien abiertos los ojos y me convencí de que Kosti hacía trampas, pero ¿podrás creerlo?, no pude descubrir en qué consistían las fullerías. Las hacía portentosamente. Pero era completamente imposible que él tuviera invariablemente mejores cartas que yo. Era astuto como un zorro, y comprendí que había adivinado que alguien me había puesto sobre aviso. Una noche, cuando ya llevábamos jugando un rato, me miró con aquella sonrisa suya, cruel y sarcástica, única manera en que sabía sonreír, y me dijo:

»—¿Quieres que te haga unos cuantos juegos de manos?

»Cogió la baraja y me dijo que nombrara una carta. Barajó y me dijo que tomara una carta. Así lo hice, y resultó ser la que yo había nombrado. Hizo dos o tres juegos más y entonces me preguntó si jugaba al póquer. Le dije que sí y me dio cinco cartas. Cuando las miré vi que eran cuatro ases y un rey.

»—Con esa jugada envidarías fuerte, ¿verdad? —me preguntó.

»—Todo lo que tuviera.

»—Harías mal. —Y puso sobre la mesa las cartas que se había dado. Era una escalera de color. No sé cómo lo hizo. Cuando vio mi asombro se echó a reír, y dijo—: Si no fuera honrado ya te habría ganado hasta la camisa.

»—No has salido mal librado, de todos modos —le dije, sonriendo.

»—¡Bah! Una porquería. Todo lo que te he ganado no bastaría para pagar una sola cena en “Lame”.

»Continuamos jugando casi todas las noches y llegué a la conclusión de que hacía trampas no por ganarme dinero, sino porque le divertía hacerlas. Sacaba una extraña satisfacción de ver que me estaba engañando, y creo que le parecía enormemente divertido que yo supiera que estaba haciendo trampas y que, sin embargo, no las pudiera descubrir.

»Pero ésa era solamente una faceta de aquel hombre, y tenía otra que fue la que hizo que me interesara vivamente. No pude nunca reconciliar ambas. Aunque se vanagloriaba de leer solamente el periódico y folletines policíacos, era un hombre de manifiesta cultura. Era buen conversador, cáustico, áspero, cínico, pero escucharle era encantador. Era devoto católico y tenía un crucifijo colgado en la cabecera de la cama y no faltaba a misa ningún domingo. Los sábados por la noche solía emborracharse. La taberna a que solíamos ir estaba en esas ocasiones atestada y viciado su aire por el humo. Había mineros de cierta edad, tranquilos, que iban allí con sus familias, y también grupos de muchachos escandalosos y hombres de cara sudorosa sentados alrededor de mesas en las que jugaban a la belote dando grandes voces, mientras sus mujeres, algo retiradas, los miraban. El gentío y el bullicio causaban un extraño efecto sobre Kosti, que adoptaba una actitud grave y comenzaba a hablar del más inesperado tema: del misticismo. Por aquel entonces no sabía yo nada del asunto, salvo lo que encontré en un ensayo de Maeterlinck sobre Ruysbroek, el cual había leído en París. Pero Kosti hablaba de Plotino, de Dionisio Areopagita, de Jacobo Boehme el Zapatero, y de Mr. Eckhart. Era fantástico oír a aquel gigantesco truhán, expulsado de su propio mundo, a aquel fracasado sarcástico y amargado, hablar de la última realidad de las cosas, y del éxtasis de la unión con Dios. Todo ello era cosa nueva para mí, y me sentí confuso y excitado. Fue aquello como estar acostado, pero despierto, en un cuarto oscuro, y ver de repente un rayo de luz que atraviesa las cortinas; entonces se sabe que bastará descorder las cortinas para que la campiña toda aparezca ante nosotros bañada en toda la gloria del alba. Pero si quería hacerle hablar del asunto cuando estaba sereno, se ponía furioso. Me miraba con odio y respondía:

»—¿Cómo diablos voy a saber de qué te estaba hablando cuando no sabía lo que decía?

»Pero yo estaba seguro de que me mentía. Sabía perfectamente de qué había estado hablando. Lo sabía de sobra. Es verdad que estaba borracho, pero la mirada de sus ojos, la arrebatada expresión de su feísima cara, no se debían solamente al alcohol. Había algo más. La primera vez que me habló de tal asunto dijo una cosa que jamás he olvidado, porque me horrorizó: dijo que el mundo no es una

creación, pues de la nada, nada sale, sino una manifestación de la naturaleza eterna; bueno, eso no me pareció mal, pero es que añadió que el Mal es una manifestación divina, igual que el Bien. No negarás que son conceptos inesperados para ser oídos en un cafetucho sórdido y ruidoso, por encima del estrépito de una pianola que tocaba música de baile.

Voy a comenzar un nuevo subcapítulo dentro de este capítulo para descanso del lector, pero lo hago exclusivamente por consideración hacia él, ya que no se interrumpió así nuestra conversación. Aprovecho esta coyuntura para decir que Larry hablaba despacio, eligiendo a menudo las palabras con cuidado, y aunque, naturalmente, no pretendo haberlas reproducido con exactitud, sí he procurado transcribir no sólo lo que él dijo, sino su manera de hablar. Su voz, rica en matices, era de muy armoniosa calidad musical y grata de escuchar; según hablaba, sin accionar en absoluto, fumando su pipa, y callando algunas veces para encenderla de nuevo, me miraba a la cara con agradable y a veces regocijada expresión en los oscuros ojos.

—Llegó entonces la primavera, retrasada en aquella planicie desolada, sin que por ello dejara de llover o de hacer frío; pero de cuando en cuando un día de sol y templado hacía duro abandonar el mundo externo y hundirse cientos de pies en un elevador chirriante, repleto de mineros con sus sucios monos, hasta llegar a las entrañas de la tierra. Llegó la primavera, desde luego, pero avanzó con timidez por aquella campiña hosca y huraña, como si temiera no ser bien recibida. Le hacía pensar a uno en una flor, margarita o lirio, que crece en un tiesto sobre el alféizar de una ventana en el corazón de un barrio miserable, y que nos hace preguntarnos qué hará allí. Un domingo por la mañana estábamos aún acostados, pues los domingos nos levantábamos tarde, y yo estaba leyendo, cuando Kosti me dijo inesperadamente:

»—Yo me voy de aquí. ¿Quieres venir?

»Yo sabía que muchos polacos solían volver a Polonia en verano para ayudar a la recolección, pero era demasiado pronto para tal cosa, y además Kosti no podía volver a Polonia.

»—¿Adónde vas? —le pregunté.

»—A la aventura. Cruzaré Bélgica, entraré en Alemania y seguiré el curso del Rhin. Podríamos encontrar trabajo en alguna casa de campo y pasar así el verano.

»No tardé ni un minuto en decidirme.

»—Cuenta conmigo —le dije.

»Al día siguiente le dijimos al capataz que nos íbamos. Yo encontré a uno que aceptó cambiarme la maleta por una mochila. La ropa que no necesitaba y la que no podría llevar a la espalda, la regalé al hijo pequeño de Madame Leclerc, que tenía mi estatura aproximadamente. Kosti dejó allí su maleta, metió en su mochila lo que le pareció y al día siguiente, tan pronto como la mujer nos dio el café, nos pusimos en camino.

»No teníamos prisa, pues sabíamos que no nos tomarían en ninguna casa de labor por lo menos hasta que llegase el momento de segar el heno, y fuimos viajando sin apresuramientos a través de Francia y de Bélgica, por Namur y Lieja, para entrar en Alemania por Aquisgrán. Nunca hacíamos más de dieciséis o diecinueve kilómetros diarios. Cuando nos gustaba el aspecto de un pueblo nos deteníamos en él. Siempre había una posada donde conseguir una cama y una taberna en la que beber cerveza. En general, nos hizo muy buen tiempo. Era magnífico encontrarse al aire libre después de todos aquellos meses en la mina. Creo que nunca me había dado cuenta de la delicia que es

contemplar un prado verde, ni del encanto de un árbol cuando aún no han brotado las hojas pero ya aparecen sus ramas envueltas en una sutil neblina verde. Kosti empezó a enseñarme el alemán, el cual creo que hablaba tan bien como el francés. Según andábamos, me decía el nombre alemán de las cosas que veíamos: vaca, caballo, hombre, y cosas así, y luego me hacía repetir frases sencillas en alemán. Nos sirvió para pasar el rato, y cuando entramos en Alemania, al menos ya pude pedir las cosas que quería.

»Colonia quedaba algo apartada de nuestro camino, pero Kosti se empeñó en ir allí, a causa de las Once Mil Vírgenes, según me dijo, y así que llegamos se fue de francachela. Tres días estuve sin verle, y cuando volvió a la habitación que habíamos tomado en una especie de hostel para obreros, estaba de pésimo humor. Había tenido una camorra y tenía un ojo amoratado y un labio partido. Te aseguro que no era agradable de mirar. Estuvo acostado veinticuatro horas, y cuando se levantó nos pusimos en camino a través del valle del Rhin, hacia Darmstadt, donde según él dijo, era rica la tierra y encontraríamos ocasión de lograr trabajo.

»Nunca lo he pasado mejor. Continuó el buen tiempo y fuimos vagando a la ventura por pueblos y ciudades. Y cuando topábamos con algo digno de ver nos deteníamos y lo veíamos. Nos albergábamos en donde la fortuna nos deparaba, y una o dos veces dormimos en un pajar sobre el heno. Comíamos en posadas camineras, y cuando llegamos a la tierra del vino adoptamos éste en lugar de la cerveza. En las posadas trabamos amistad con quienes nos acompañaban a beber. Kosti era hombre de cierta ruda jovialidad que inspiraba confianza y solía jugar con ellos al skat, un juego alemán de cartas, y los desplumaba entre chanzas y bromas, acompañadas de chocarrerías, que los buenos hombres escuchaban con tanto gusto que apenas lamentaban que Kosti les ganara sus pfennings. Yo practicaba el alemán con ellos. Había comprado en Colonia un pequeño manual inglés-alemán de conversación y adelanté bastante. Algunas veces, cuando Kosti tenía dentro del cuerpo un par de litros de vino blanco, hablaba con extraña morbidez del vuelo desde la Soledad a la Soledad, de la Noche Oscura del Alma y del éxtasis final en el que la criatura se funde con el Amado. Pero cuando al alba echábamos a andar a través de aquella sonriente campiña, aún húmeda la hierba por el rocío, si yo trataba de que continuara hablando en esa vena se enfurecía de tal manera que hubiera podido golpearme:

»—Calla la boca, estúpido —me decía—. ¿Qué te importan todas esas bobadas y tonterías? Vamos a seguir con el alemán.

»No podía discutir con un hombre que tenía un puño como un martinete, y que no hubiera dudado ni un segundo en usarlo contra mí. Ya le había visto cuando se enfurecía, y le sabía muy capaz de dejarme sin sentido a puñadas y abandonarme en una cuneta, probablemente después de haberme limpiado los bolsillos mientras yo estuviera inconsciente. No pude comprenderle jamás. Cuando el vino le soltaba la lengua y comenzaba a hablar de lo Inefable, desaparecían de su habla las obscenidades que de ordinario la salpicaban, como se quitaba al salir de la mina la sucia ropa que dentro usaba, y se expresaba bien y hasta con elocuencia. Me era imposible creer que no era sincero. No sé cómo se me ocurrió la idea, pero se me metió en la cabeza que había aceptado el durísimo y bestial trabajo de la mina para mortificar su carne. Tenía la impresión de que Kosti aborrecía su torpe corpachón y quería torturarlo, y que sus fullerías y su amargo sarcasmo y su crueldad eran la protesta de su voluntad contra..., no sé cómo explicarlo, contra un instinto profundamente arraigado

de santidad, contra un deseo de Dios que le aterraba y, sin embargo, le obsesionaba.

»Habíamos viajado despacio; la primavera ya había transcurrido casi en su totalidad, y los árboles se veían revestidos de pujante follaje. Ya las uvas de los viñedos comenzaban a henchirse. Procurábamos ir lo más posible por las carreteras de tierra, y empezaban a estar polvorientas. Como nos encontrábamos para entonces en las cercanías de Darmstadt, Kosti dijo que debiéramos comenzar a buscar trabajo. Empezó a escasear nuestro dinero. Es verdad que yo llevaba en el bolsillo media docena de cheques de viajero, pero había determinado no usarlos salvo en caso desesperado. Cuando veíamos una casa de labor que se nos antojaba prometedora preguntábamos en ella si necesitaban ayuda. Seguramente nuestro aspecto no inspiraba confianza, pues los dos estábamos cubiertos de polvo y de sudor. Kosti presentaba una apariencia rufianesca y no negaré la posibilidad de que a mí me ocurriera otro tanto. Nos rechazaron no sé cuántas veces. En una casa, el labrador dijo que daría trabajo a Kosti, pero que no lo tenía para mí, y Kosti le replicó que éramos camaradas y que no queríamos separarnos. Le dije que aceptara, pero no quiso, lo que me sorprendió. Yo sabía que le había caído en gracia a Kosti, aunque sin comprender el motivo, pues nada tenía yo que a él pudiera hacerme simpático, pero jamás hubiera sospechado que el apego que pudiera tenerme fuera tanto que por mí sacrificara su conveniencia. Sentí remordimientos cuando nos pusimos en camino de nuevo, pues él no me era simpático a mí, y hasta me repelía en cierto grado, pero cuando quise expresarle mi agrado por lo que acababa de hacer se puso furioso.

»Al fin cambió nuestra suerte. Acabábamos de pasar por un pueblo abrigado en un vallejo, cuando llegamos a una destartalada granja que no nos pareció mal. Llamamos a la puerta y nos abrió una mujer, a quien nos ofrecimos como de costumbre. Le dijimos que no buscábamos salario, sino que estábamos dispuestos a trabajar por cama y comida, y la mujer, con gran sorpresa mía, en lugar de cerrarnos la puerta en la cara, nos dijo que aguardáramos. Llamó a alguien dentro de la casa, y de allí a poco salió un hombre. Nos examinó de pies a cabeza, nos preguntó que de dónde veníamos y nos pidió la documentación. Volvió a mirarme sorprendido cuando supo que yo era americano, lo que no pareció hacerle mucha gracia, pero acabó por decirnos que pasáramos a tomar un vaso de vino. Nos llevó a la cocina y nos sentamos. La mujer nos llevó una especie de damajuana y vasos. El hombre nos dijo que al criado que le ayudaba en sus faenas le había dado una cornada un toro, que estaba en el hospital y que no se encontraría capaz de hacer nada hasta después de la recolección. Con tantos hombres como habían muerto, y tantos como entraban en las fábricas que estaban surgiendo a todo lo largo del Rhin, era un trabajo del demonio encontrar ayuda. Ya lo sabíamos nosotros, y con ello habíamos contado. Para abreviar, nos tomó a su servicio. En la casa había lugar sobrado, pero supongo yo que al labrador no le apetecía tenernos en ella, pues nos dijo que en el pajar había dos camas y que allí dormiríamos.

»El trabajo no era duro. Teníamos que atender a las vacas y a los cerdos; los aperos mecánicos estaban bastante averiados, y tuvimos que arreglarlos; pero me quedaba algo de tiempo para mí. Me causaban enorme placer las praderas de dulce perfume al caer el día, y solía vagar por ellas soñando. Era una vida amable.

»La familia de la casa estaba formada por Becker, su mujer, su nuera viuda y los hijos de esta última. Becker era hombre pesadote, de pelo gris, rondando los cincuenta años; había estado en la guerra y todavía cojeaba de una herida en una pierna. La herida le hacía sufrir mucho, y bebía para

matar el dolor. A la hora de acostarse estaba generalmente borracho. Kosti se llevaba admirablemente con él, y ambos solían ir juntos a la taberna, después de cenar, para jugar al skat y trasegar vino. Frau Becker había sido sirvienta. La sacaron de un orfanato, y Becker se casó con ella al poco tiempo de la muerte de su mujer. Era bastantes años más joven que él, guapa a su manera, de carnes abundantes, con mejillas arreboladas, pelo rubio y un aspecto de hambre sensual. No tardó Kosti en decidir que allí había determinadas oportunidades. Le dije que no fuera insensato. Estábamos bien situados y no era cosa de perder lo que teníamos. Pero se rió de mí, y me dijo que Becker no la satisfacía y que la mujer estaba pidiendo guerra. Sabía yo que sería inútil apelar a su caballerosidad, pero le dije que tuviese cuidado; quizá Becker no se percatase de la conducta de Kosti, pero no debía olvidar a la nuera, a quien nada le pasaba inadvertido.

»Ellie, pues así se llamaba, era una muchacha opulenta y grande, de veintitantos años, con ojos negros, pelo del mismo color, mandíbula cuadrada y mirada hosca. Aún llevaba luto por su marido, muerto en Verdún. Era muy devota, y los domingos por la mañana se daba la caminata hasta el pueblo para oír misa temprano, y lo hacía de nuevo por la tarde para las Vísperas. Tenía tres hijos, uno de los cuales nació después de morir su padre, y jamás hablaba durante las comidas, como no fuese para regañar a los chicos. Algo ayudaba en la alquería, pero la mayor parte del tiempo la pasaba cuidando a los niños. Por las noches se sentaba sola en el cuarto de estar, con la puerta abierta para oír si alguno lloraba, y leía novelas. Las dos mujeres se aborrecían. Ellie despreciaba a Frau Becker por ser hospiciana y haber servido, y le dolía amargamente verla convertida en señora de la casa y con autoridad para dar órdenes.

»Ellie era hija de un hacendado campesino y había aportado buena dote. No había concurrido a la escuela del pueblo, sino a Zwingenberg, la ciudad más próxima, donde había un gymnasium para muchachas, y era bastante culta. La pobre Frau Becker fue a la alquería a los catorce años, y si sabía leer y escribir, ya era mucho. Ésa era otra causa de discordia entre las dos mujeres. Ellie no desperdiciaba ninguna ocasión de lucir sus conocimientos, y Frau Becker solía preguntar, muy colorada, que de qué serviría eso a la mujer de un campesino. Ellie miraba entonces la chapa de identidad de su marido que ella llevaba colgada de la muñeca por una cadenilla de acero, y sonriendo melancólicamente con su cara desabrida, decía:

«—La mujer de un campesino, no; solamente la viuda de un campesino; solamente la viuda de un héroe que dio su vida por la patria.

»El pobre Becker se veía y se deseaba para mantener la paz entre las dos mujeres.

—Pero ¿y qué pensaban de ti? —interrumpí a Larry.

—Se creían que había desertado del Ejército americano, y que no podía volver a América, pues me meterían en la cárcel. Así se explicaban que no quisiera ir a la taberna con Becker y Kosti para beber. Suponían que no quería llamar la atención sobre mi persona, ni que el guardia del pueblo empezase a hacerme preguntas. Cuando Ellie descubrió que yo estaba procurando aprender alemán, sacó sus antiguos libros de colegio y se ofreció darme clase. Después de cenar, Ellie y yo nos íbamos al cuarto de estar, dejando a Frau Becker en la cocina, y yo leía en voz alta mientras ella procuraba corregir mi acento y trataba de hacerme comprender el significado de palabras para mí totalmente incomprensibles.

»Me dio la sensación de que hacía todo aquello más que en mi propio obsequio, por mostrar

superioridad respecto de su suegra.

»Kosti continuaba mientras tanto cortejando a Frau Becker sin adelantar nada. Era una mujer jovial y alegre, y se mostraba dispuesta a bromear y reír con él, y Kosti se daba maña con las mujeres. Supongo que ella sabía lo que él buscaba, y digo yo que se sentiría halagada; pero una vez que él le dio un pellizco, le dijo que tuviera quietas las manos y le propinó una bofetada. Y algo me apostaría a que fue una buena bofetada.

Vaciló Larry, y se sonrió con timidez.

—Nunca he sido de los que se imaginan que andan tras ellos las mujeres, pero se me ocurrió que..., bueno, que Frau Becker se había encaprichado conmigo, lo que me hizo sentirme incómodo. Por un lado, era mucho mayor que yo, y además Becker se había portado muy bien con nosotros. Solía ella servir la comida a todos, y no pude dejar de advertir que al llegarme el turno lo hacía con mayor generosidad que a los demás. Además, me dio la impresión de andar buscando continuamente ocasiones de quedarse a solas conmigo. Y me sonreía de un modo que supongo que la gente llamaría provocativo. Una vez me preguntó si no tenía novia, y añadió que un muchacho como yo debía de echarla mucho de menos en semejante lugar. Y cosas así. Yo sólo tenía tres camisas, y en bastante mal uso. Un día me dijo que era una vergüenza que yo vistiera tales harapos, y que si se las daba, ella me las cosería. La oyó Ellie, y a la primera vez que estuvimos solos me dijo que si tenía yo algo que coser en mi ropa que se lo diera a ella, y la remendaría de buen grado. Le dije que no era preciso. Pero uno o dos días después vi que alguien había remendado mis calcetines y puesto unas piezas a mis camisas, colocándolos luego en el banco del granero, donde guardábamos nuestras cosas. Pero no sé cuál de las dos lo hizo. Naturalmente, yo no tomé en serio a Frau Becker; era una buena mujer, y pensé que quizá no se tratase más que de su instinto maternal; pero un día me dijo Kosti:

»—No quiere nada conmigo. Le gustas tú. Yo no conseguiré nada.

»—No digas bobadas —le repliqué—. Podría ser mi madre.

»—¿Y qué? Tú aprovéchate; yo no te estorbaré. No es demasiado joven, pero tiene buen tipo.

»—Bueno, calla.

»—¿Por qué no te atreves? Supongo que no será por mí. Yo soy filósofo, y sé que hay otras tan buenas como ella. A mí no me extraña que le gustes. Eres joven. Yo también lo he sido. *Jeunesse ne dure qu'un moment.*

»No me hizo gracia el que Kosti estuviera tan seguro de lo que yo no quería creer. La verdad es que no sabía cómo hacer frente a la situación, y entonces recordé varias cosas en las que no me había fijado cuando ocurrieron. Cosas que Ellie había dicho, y a las cuales yo no había hecho mucho caso. Pero entonces las comprendí, y saqué la conclusión de que Ellie también había notado lo que pasaba. Cuando Frau Becker y yo estábamos solos en la cocina, Ellie solía entrar repentinamente. Me dio la impresión de que estaba vigilándonos, y no me gustó. Estaba dispuesta a sorprendernos, conocía yo su animadversión hacia la suegra, y comprendí que si le dábamos excusa para ello armaría un escándalo. Claro es que yo sabía que no podría sorprendernos, pero Ellie era en extremo malévola y no sabía yo qué mentiras podría ir a contarle a Becker. No sabía qué hacer, salvo fingir ser tan necio que no veía lo que la mujer andaba buscando. Yo me encontraba muy a gusto en la casa, disfrutaba con mis labores, y no me apetecía irme hasta pasada la recolección.

Me sonreí al imaginarme a Larry tal como debió de ser por aquel entonces, con su remendada

camisa y sus pantalones cortos, atezados cara y cuello por el cálido sol del valle del Rhin, con su cuerpo cimbreño y ágil, y los ojos negros hundidos en sus profundas cuencas. No era arduo comprender que su contemplación hubiera logrado que Frau Becker, tan rubia, tan opulenta, sintiera marcado interés por él.

—Bueno, ¿y qué ocurrió? —le pregunté a Larry.

—Fue pasando el verano. Trabajamos como demonios. Segamos el heno y amontonamos los almiares. Maduraron las cerezas, y Kosti y yo las cogimos, subidos en escaleras, y las dos mujeres las colocaron en grandes cestas, que Becker llevaba a Zwingerberg para venderlas. Segamos luego el centeno. Y nunca faltaban bestias que cuidar. Nos levantábamos antes de romper el alba y no cesábamos de trabajar hasta que anochece. Supuse que Frau Becker me había dejado por imposible, pues yo procuraba mantenerla a distancia sin ofenderla. Después de la cena tenía yo demasiado sueño para dedicar mucho tiempo al alemán, y generalmente me iba directamente al pajar y caía rendido en la cama. La mayor parte de las noches, Kosti y Becker iban a la taberna, pero para cuando el primero volvía yo estaba profundamente dormido.

»Una noche me desperté. Al principio no supe por qué, pues estaba medio dormido. Luego me di cuenta que tenía a alguien junto a mí. Alargué la mano y toqué algo, una mujer. Permaneció junto a mí un rato, y luego, sin haber dicho otra cosa que “Sei still” (estáte quieto), salió del pajar de puntillas. Puedes creerme que respiré con gran alivio. Aquello me pareció estúpidamente arriesgado. Consideré como muy posible que Becker hubiera vuelto a casa borracho y que se hubiera dormido en su estupor, pero él y su mujer dormían en la misma cama y pudiera él haberse despertado y advertido la ausencia de su esposa. Además era preciso pensar en Ellie, que, según decía ella, dormía mal. Si estaba despierta quizás hubiera oído bajar y salir de la casa a Frau Becker. Y entonces fue cuando me di cuenta inesperadamente de una cosa. Mientras estuvo Frau Becker conmigo toqué en su brazo un disco metálico. No se me había ocurrido preguntarme qué diablos podría ser. Pero comprendí de improviso. Estaba sentado en el borde de la cama, pensando y preocupado acerca de las consecuencias de todo ello, cuando comprendí lo que era, y fue tan grande mi sorpresa, que me puse en pie de un salto. El pedazo de metal era la chapa de identidad perteneciente al marido de Ellie, que llevaba colgada de la muñeca, y quien me había visitado no era Frau Becker. Era Ellie.

Solté la carcajada, sin poder parar de reír.

—Sí, a ti te parece gracioso —dijo Larry—, pero yo no lo encontré divertido.

—Pero ahora, pensando en ello a través del tiempo pasado, ¿no crees que por lo menos tiene algunos de los elementos de lo gracioso?

Se sonrió a su pesar.

—Puede. Pero mi situación era de lo más desagradable, y no sabía yo en qué pararía todo ello. No me gustaba Ellie. Me parecía una mujer de lo más desagradable.

—Pero ¿cómo pudiste confundir a la una con la otra?

—La oscuridad era absoluta. No dijo ni una palabra, excepto para decirme que me callara. Las dos eran mujeres altas y gruesas. Yo estaba bajo la impresión de que Frau Becker me tenía echado el ojo. Jamás se me ocurrió que Ellie pensara en mí. Siempre estaba hablando de su marido. Encendí un cigarrillo, y cuando más consideraba la situación, menos me gustaba. Me pareció que lo mejor que podía hacer era quitarme de en medio.

»Mil veces había maldecido a Kosti, por ser duro de despertar. Cuando estábamos en la mina me veía obligado a zarandearle de lo lindo para conseguir que despertara a tiempo de llegar puntual al trabajo. Pero entonces di gracias de que su sueño fuera tan profundo. Encendí mi linterna y me vestí, metí todas mis cosas en la mochila, lo que no me llevó ni un minuto, pues eran bien pocas, y me la eché a la espalda. Salí descalzo del pajar y me puse los zapatos hasta terminar de bajar la escalera de mano. Allí apagué la linterna. Hacía una noche oscura, sin luna, pero conocía yo el camino de la carretera y la tomé en dirección al pueblo. Fui andando aprisa, pues quería atravesarlo antes de que se levantara nadie. Sólo había dieciocho kilómetros hasta Zwingenberg, y llegué allí cuando comenzaba a amanecer. Nunca olvidaré aquella caminata. No se oía nada sino mis pasos sobre la carretera, y de tarde en tarde un gallo que cacareaba en un corral. Surgieron entonces las primeras agrisadas luces y todo quedó ni oscuro ni claro; y luego los primeros indicios del alba, y la salida del sol, cuando todos los pájaros comenzaron a cantar; aquel campo, verde y jugoso, campo de prados y de bosques, y aquellas planicies de plateado trigo, todo ello visto a la fresca luz del día que empezaba... En Zwingenberg tomé una taza de café y un panecillo, y mandé un telegrama a la “American Express” diciéndoles que me enviaran mi ropa y mis libros a Bonn.

—¿Por qué a Bonn? —le interrumpí.

—Me había gustado cuando nos detuvimos allí durante nuestra excursión a lo largo del Rhin. Me gustó cómo brillaba la luz sobre los tejados y sobre el río y también sus viejas calles angostas, y sus casitas y jardines y avenidas de castaños, y el edificio rococó de la Universidad. Me pareció que no sería mal lugar para pasar en él una temporada. Pero comprendí que tendría que adecentarme algo antes de llegar allí, pues parecía un vagabundo y no era probable que inspirase mucha confianza si llegaba en tal estado a una pensión pidiendo un cuarto; así que tomé el tren para Francfort, y allí me compré una maleta y algo de ropa. Estuve en Bonn, entre unas cosas y otras, un año.

—¿Y sacaste algo en limpio de la experiencia ganada? Quiero decir en la mina y en la casa de labor.

—Sí —dijo Larry, afirmando con la cabeza y sonriendo.

Pero no me dijo el qué, y ya le conocía lo suficiente para saber que si se encontraba dispuesto a decir una cosa me la decía, y que si no le parecía conveniente explicar algo, rehuía toda pregunta con tranquilo buen humor, que hacía ineficaz toda insistencia. Pues he de recordar al lector que todo esto me lo narró a los diez años de sucedido. Hasta entonces, cuando una vez más me puse en contacto con él, no tuve idea del lugar en que se encontraba o el trabajo que le ocupaba. Por lo que yo sabía, pudiera haber muerto. A no ser por mi amistad con Elliott, quien me tuvo al corriente de la vida de Isabel y de esa manera me recordaba a Larry, yo hubiera olvidado, sin duda alguna, la existencia de éste.

Isabel se casó con Gray Maturin a principios de junio del año que siguió a su ruptura con Larry. Aunque dolió hondamente a Elliott marcharse de París en el apogeo de la temporada, lo que le obligaría a perder gran número de fastuosas fiestas, su amor a la familia era demasiado fuerte para que no desertase de lo que estimaba un deber social. Los hermanos de Isabel no pudieron dejar sus remotos destinos, y por lo tanto recayó sobre él la obligación de emprender el antipático viaje hasta Chicago con objeto de ser padrino en la boda de su sobrina. Como recordara que los aristócratas franceses habían ido a la guillotina luciendo sus mejores galas, hizo un viaje especial a Londres para hacerse un chaquet nuevo y un chaleco gris de paloma, cruzado, y para comprarse un sombrero de copa. A su retorno a París, me invitó a vérselos puestos. Le encontré desasosegado, pues la perla gris que generalmente usaba como alfiler de corbata no resaltaba en absoluto sobre la corbata gris que había elegido como adecuada a la solemne ceremonia. Le propuse que luciera su alfiler de esmeralda y brillante.

—Si fuera yo un invitado —dijo—, sí; pero para el papel que he de desempeñar, siento que la perla está más indicada.

Estaba encantado con la boda, la cual se ajustaba a todas sus ideas de la propiedad, y hablaba de ella con la untuosidad de una duquesa viuda al referirse a la deseable unión entre un vástago de La Rochefoucauld con una hija de los Montmorency. Como palmaria muestra de su satisfacción, llevaba de regalo de boda, sin pensar en los gastos, un magnífico retrato de una princesa de la casa de Francia, por Nattier.

Por lo que oí, Henry Maturin había comprado para la joven pareja una casa en Astor Street, a fin de que estuvieran cerca del lugar en que Mrs. Bradley vivía y de su propia suntuosa residencia en Lake Shore Drive. Por una feliz coincidencia, en la que sospecho cupo parte a la sagaz complicidad de Elliott, Gregory Brabazon se hallaba en Chicago cuando se efectuó la compra; y la decoración de la casa le fue confiada a él. Cuando Elliott regresó a Europa y, prescindiendo de lo que de temporada restaba a París, volvió a Londres, llevóse consigo fotografías del resultado. Gregory Brabazon se había abandonado a su arte. En el salón y en el comedor se había entregado por completo a Jorge II, y el resultado era impresionante. En la biblioteca, destinado a ser refugio de Gray, se había inspirado en una sala del palacio Amalienburgo de Munich, y salvo que no había lugar para los libros, todo era perfecto. A no ser por las camas gemelas, Luis XV, al hacer una visita a Madame de Pompadour, se hubiera encontrado en un ambiente completamente familiar en la alcoba que Gregory había creado para aquellos dos muchachos norteamericanos, pero el cuarto de baño de Isabel habría sido una revelación para el monarca. Todo él era de cristal —paredes, techo y bañera—, y en las paredes, plateados pececillos discurrían placenteramente por entre doradas plantas acuáticas.

—Claro es que se trata de una casa diminuta —dijo Elliott—, pero Henry me dijo que los muebles y la decoración le costaron cien mil dólares. Una fortuna para mucha gente.

La ceremonia se celebró con toda la pompa compatible con una iglesia episcopaliana.

—Nada comparable con una boda en Notre Dame —dijo complacido—; pero para ser una

ceremonia protestante, no le faltó elegancia.

La Prensa se mostró muy generosa, y Elliott me enseñó negligentemente los recortes. Me mostró fotografías de Isabel, algo rolliza pero muy atractiva, con su vestido de novia, y de Gray, grandote pero no exento de gallardía, aunque algo violento con su ropa de ceremonia. Vi asimismo un grupo de los recién casados con las damas de honor y otros en que contemplé a Mrs. Bradley con muy suntuosas ropas, y a Elliott, sosteniendo el sombrero de copa con una gracia de la que tan sólo él era capaz. Le pregunté por Mrs. Bradley.

—Ha adelgazado bastante y no me gusta el color que tiene, pero está bastante bien. Claro es que todo ha supuesto un esfuerzo para ella, pero ahora que ha pasado podrá descansar.

Un año más tarde, Isabel dio a luz una hija, a quien, de acuerdo con una moda del momento, llamaron Joan; y tras un intervalo de dos años tuvo otra hija a la cual, siguiendo otra moda, pusieron de nombre Priscilla.

Uno de los socios de Henry Maturin se murió, y los otros dos se retiraron al poco tiempo, con lo que él entró en plena posesión de su negocio, que siempre había gobernado con despotismo. Colmó entonces una ambición que había alimentado durante mucho tiempo, e hizo socio suyo a Gray. La empresa jamás había conocido tanta prosperidad.

—Están ganando dinero a montones —me dijo Elliott—. Como que Gray, a los veinticinco años, está ganando cincuenta mil dólares anuales, y no ha hecho más que empezar. Los recursos de Norteamérica son inagotables. No se trata de una prosperidad pasajera, sino del desarrollo natural de un gran país.

Henchía su pecho un desacostumbrado fervor patriótico.

—Henry Maturin no puede vivir eternamente, y para cuando Gray tenga cuarenta años, su fortuna podrá ser de cuarenta millones de dólares. ¡Principesca, principesca!

Elliott mantenía correspondencia regular con su hermana, y año tras año iba comunicándome lo que ella le escribía. Gray e Isabel eran muy felices, y las niñas deliciosas. Vivían de manera que Elliott se complacía en confesar que era eminentemente deseable; agasajaban con generosidad, y con generosidad eran agasajados; me dijo con satisfacción que Isabel y Gray no habían cenado a solas ni una vez durante tres meses. Éste torbellino de alegría fue interrumpido por la muerte de Mrs. Maturin, aquella incolora dama de egregia estirpe, con quien Maturin se había casado por sus relaciones sociales, cuando él comenzaba a abrirse camino en la ciudad a la que su padre había llegado siendo un rústico labriego. En respeto a su recuerdo, la joven pareja se abstuvo durante algún tiempo de dar cenas con más de seis invitados.

—Yo siempre he dicho que ocho es el número ideal —dijo Elliott, dispuesto a ver el lado bueno de la situación—. Es lo suficientemente íntimo para permitir una conversación general, y sin embargo lo bastante numeroso para dar impresión de una reunión.

Gray se mostró maravillosamente generoso con su mujer. Cuando nació la primera niña le regaló un gran brillante, y al nacer la segunda un abrigo de marta. Tenía demasiado quehacer para salir de Chicago con frecuencia, pero las pocas vacaciones que podía concederse, las pasaban ambos en la suntuosa casa que Henry Maturin tenía en Marvin. Henry no sabía negar nada a su adorado hijo, y unas Navidades le regaló una plantación de tabaco y algodón para que pudiera disfrutar de quince días de cacería de patos al año.

—Naturalmente, nuestros principescos mercaderes corresponden a aquellos grandes mecenas del Renacimiento italiano, que amasaron inmensas fortunas en el comercio. Los Médicis, por ejemplo. Dos reyes de Francia no tuvieron a menos el casarse con hijas de tan ilustre familia, y yo preveo el día en que las testas coronadas de Europa solicitarán en matrimonio a nuestras princesas del dólar. ¿Cómo dijo Shelley?: «De nuevo nace una áurea edad; años dorados vuelven...».

Henry Maturin había cuidado durante muchos años los intereses de Mrs. Bradley y de Elliott, y tenían ambos buenas razones para creer en su competencia. Nunca había aceptado especular; y había colocado su dinero en valores de solidez, pero con la extraordinaria alza de cotizaciones, ambos habían visto aumentar sus fortunas, relativamente modestas, de manera que los sorprendió, complaciéndoles al mismo tiempo. Elliott me dijo que, sin mover un dedo, el año 1926 se encontró dos veces más rico que el 1918. Tenía sesenta y cinco años, gris el pelo, surcado de profundas arrugas el rostro y bolsas bajos los ojos, pero llevaba sus años con gallardía; era de cuerpo enjuto y se mantenía tan erguido como siempre; siempre fue hombre morigerado y cuidadoso de su aspecto. No entraba en sus planes someterse al efecto cruel de los años mientras pudiera hacerse la ropa en el mejor sastre londinense, emplear un barbero particular para el arreglo de su pelo y el afeitado de su rostro, y a un masajista que todas las mañanas trabajaba en mantener a punto el cuerpo de su cliente. Ya hacía largo tiempo que había olvidado que antaño dedicó sus actividades al comercio, y sin decirlo abiertamente, pues no era tan necio que dijera mentiras que pudieran ser descubiertas, comenzó a insinuar que en sus años mozos fue diplomático. He de confesar que si yo hubiera tenido ocasión de pintar el retrato de un embajador, Elliott habría sido mi modelo elegido. Mas los tiempos cambiaban. Las damas de preclara alcurnia que otrora ayudaban a Elliott en su encumbramiento, si aún vivían, habían alcanzado una edad respetable. Aquéllas nobles británicas, fallecidos sus lores, se habían visto forzadas a entregar sus mansiones a sus nueras, para retirarse a una villa de Cheltenham o a modestas casas de Regent's Park en Londres. El palacio de los duques de Stafford había sido convertido en museo; el de los Curzon en sede de una asociación; el de los Devonshire estaba en venta. El yate que había alojado a Elliott durante las regatas de Cowes ya estaba en otras manos. Las personas de distinción social que a la sazón estaban en candelero no necesitaban de Elliott, hombre ya de años excesivos. Le encontraban cargante y ridículo. Aún asistían gustosos a sus complicados almuerzos de «Claridge», pero Elliott tenía bastante sutileza para comprender que acudían más para encontrarse los unos con los otros que para verle a él. Ya no podía escoger a su gusto entre las invitaciones que antes se amontonaban sobre su escritorio, y con mayor frecuencia de la que le hubiera gustado que se supiera, sufría la humillación de cenar solo en la intimidad de sus habitaciones. Las damas de elevada clase en Inglaterra, cuando un escándalo les cierra las puertas de la sociedad, desarrollan afición a las artes y se rodean de pintores, novelistas y músicos. Elliott era demasiado orgulloso para humillarse de tal manera.

—Los derechos reales sobre las herencias y los nuevos ricos surgidos durante la guerra han destrozado la sociedad inglesa —me dijo—. Hoy la gente se trata con cualquiera. Londres conserva aún sus sastres, sus zapateros y sus sombrereros, y espero que no desaparezcan antes de morir yo, pero es lo único que queda. ¿Sabes que los St. Ertsh comen servidos por criadas?

Me dijo esto según íbamos andando, luego de asistir a una comida en el «Carlton House Terrace», durante la cual había ocurrido un desgraciado incidente. Nuestro noble anfitrión poseía una

famosa colección de cuadros, y un muchacho americano que estaban en París, Paul Barton se llamaba, expresó su deseo de verla.

—¿No tiene usted un Tiziano? —preguntó.

—Lo teníamos. Hoy está en América. Un judío nos ofreció un montón de dinero por él, y entonces andábamos tan mal de fondos que mi padre lo vendió.

Advertí que Elliott, furioso, lanzó una mirada asesina al jovial marqués, y adiviné que fue él quien compró el cuadro. Nacido en Virginia, descendiente de uno de los signatarios de la Declaración de Independencia, no pudo menos de sentir profundísimo enojo al oírse descrito en tales términos. Nunca en la vida había sufrido tan grande afrenta. Fue peor la cosa aún porque Paul Barton era víctima de un virulento odio por parte de Elliott. Se trataba de un muchacho llegado a Londres a poco de terminar la guerra. Tenía veintitrés años, era rubio, en extremo agraciado, encantador, bailarín consumado y adinerado. Llevaba una carta de presentación para Elliott, quien llevado de su natural bondad le presentó a varios de sus amigos. No contento con esto, le hizo valiosas indicaciones acerca de lo que debía hacer. Haciendo uso de su experiencia le había explicado cómo un desconocido podía entrar en la sociedad teniendo pequeñas atenciones con las señoras de edad, y escuchando con aparente gusto a hombres distinguidos, por tediosos que fueran.

Pero el mundo en que entró Barton era muy distinto del que una generación atrás conquistó Elliott gracias a su perseverancia y tesón. Éste era un mundo dispuesto a divertirse. El alegre ánimo de Paul, su grato aspecto y su simpatía lograron para él en unas semanas lo que Elliott sólo pudo conseguir tras años de trabajo y determinación. Muy pronto no necesitó de la ayuda de Elliott y no se tomó grandes molestias en disimular el hecho. Mostrábase cordial con él cuando se encontraban, pero de tan casual manera, que ello ofendía al más viejo de los dos. Elliott no convidaba a la gente a sus fiestas porque gozase de su compañía, sino porque colaboraran al éxito de la reunión, y puesto que Barton gustaba, continuó invitándole de vez en cuando a sus almuerzos semanales; pero el solicitado muchacho estaba comprometido de antemano por lo general, y en dos ocasiones se excusó en el último momento de no poder aceptar. Elliott, que había hecho lo mismo demasiado a menudo, no podía desconocer que el verdadero motivo era haber recibido Barton una invitación más de su agrado.

—No espero que lo creas —me dijo Elliott indignado—, pero te aseguro que es la pura verdad; cuando me encuentro con él ahora, adopta aires protectores conmigo. ¡Tiziano! —exclamó casi sin poder hablar—. ¡Tiziano! Si viera un Tiziano ni se enteraría.

Nunca había visto a Elliott tan exasperado, y adiviné que su ira se debía a la creencia de que Barton se había referido al cuadro con intención maliciosa, después de haber oído en algún sitio que fue él quien lo compró, con objeto de basar una divertida anécdota en la respuesta del noble Lord.

—No es más que un bellacuelo snob, y si hay algo en este mundo que detesto y desprecio es el snobismo. Sin mi ayuda no hubiera llegado a ninguna parte. ¿Querrás creer que su padre fabrica muebles de oficina? ¡Muebles de oficina! —dijo cargando de abrumador desprecio sus palabras—. Y cuando digo a la gente que en América es un don nadie, que no podría ser de más humilde familia, no les importa. Créeme, la sociedad inglesa está tan muerta como el megaterio.

Elliott no encontraba mucho mejor a Francia. Allí, las grandes damas de su juventud, si vivían, estaban dedicadas al bridge (juego que él detestaba), a sus devociones y al cuidado de sus nietos.

Fabricantes, argentinos, chilenos, norteamericanas separadas o divorciadas de sus maridos, habitaban las señoriales mansiones de la aristocracia, y en ellas daban suntuosas fiestas, pero desconcertaba a Elliott al asistir a ellas y tropezarse con políticos que hablaban el francés con vulgar acento, con políticos cuyos modales en la mesa eran deplorables, y hasta con actores. Los vástagos de principescas familias no tenían a mal casarse con hijas de tenderos. Es cierto que París era alegre, pero ¡qué ordinaria alegría! Los jóvenes, dedicados a la loca persecución del placer, no eran capaces de pensar en nada más divertido que ir de cabaret en cabaret, diminutos y sofocantes locales, bebiendo champaña a cien francos la botella, y bailando en apretada compañía con la hez de la ciudad hasta las cinco de la mañana. El humo, el calor y el ruido daban a Elliott dolor de cabeza. No era aquél el París que él aceptó treinta años atrás como su patria espiritual. No era aquél el París adonde iban a morir todos los buenos americanos.

Mas Elliott tuvo una inspiración. Un interno espíritu mentor le dio la idea de que la Costa Azul estaba a punto de convertirse una vez más en el lugar de cita de la elegancia y la distinción. Le era bien conocida, pues había pasado con frecuencia unos días en el «Hotel de París», en Montecarlo, a su vuelta de Roma, adonde sus obligaciones en la corte pontificia le llamaban, o en Cannes, en casa de uno u otro de sus amigos. Pero eso solía ocurrir durante el invierno, y ahora le llegaban rumores de que comenzaba a hablarse de la región como elegante lugar de veraneo. Los grandes hoteles permanecían abiertos; los nombres de los veraneantes eran citados en los ecos de sociedad del *Herald* de París, y Elliott leyó los conocidos apellidos con aprobación.

—Estoy demasiado metido en el mundo —dijo Elliott—. Y he llegado a una edad en que me hallo dispuesto a gozar de las bellezas de la Naturaleza.

Pudiera parecer oscura esta frase. En realidad, no lo es. Elliott siempre había opinado que la Naturaleza es un impedimento para la vida social, y le faltaba la paciencia con quienes se tomaban la molestia de ir a ver un lago o una montaña cuando tenía delante de sus ojos una cómoda de la Regencia o un cuadro de Watteau. En aquellos momentos tenía a su disposición una considerable cantidad de dinero. Henry Maturin, acuciado por su hijo, y exasperado al ver a sus cofrades en la Bolsa ganar dinero a montones de la noche a la mañana, se había rendido por fin a la marcha de los tiempos, y abandonando poco a poco su antigua prudencia, no vio motivo alguno para no participar en tan pingües beneficios. Escribió a Elliott, que seguía tan enemigo como siempre de cuanto fuera peligroso agio, pero esto ya no era jugar a la Bolsa, sino un alarde de confianza en los inagotables recursos de Norteamérica. Su optimismo estaba basado en el sentido común. No veía nada que pudiera detener el progreso de América. Terminaba diciendo que había comprado en varias operaciones a largo plazo cierto número de valores para su querida Louisa Bradley, y tenía mucho gusto en decir a Elliott que la operación había dejado a su hermana una ganancia de veinte mil dólares. Para terminar, si Elliott quería ganar algo de dinero, y le permitía actuar de acuerdo con su experiencia, estaba convencido de que no se arrepentiría. Elliott, algo dado a repetir manidas frases, comentó que él era capaz de resistirlo todo menos las tentaciones; y la consecuencia fue que desde aquel momento, en lugar de buscar la columna de Ecos de Sociedad en el *Herald*, como durante largos años había hecho al serle entregado el periódico con el desayuno, lo primero que merecía su atención era la columna de las cotizaciones de Bolsa. Tanto éxito tuvieron las operaciones de Henry Maturin por cuenta de Elliott, que éste se encontró con la nada despreciable suma de cincuenta mil dólares, para ganar lo cual no había tenido que mover un dedo.

Determinó tomar su ganancia y comprar una casa en la Costa Azul. En su papel de exiliado del mundo eligió Antibes, estratégicamente situado entre Cannes y Montecarlo, desde cuyos dos lugares podría ser cómodamente visitado; pero es imposible decir si fue la mano de la Providencia o su propio certero instinto lo que le llevó a elegir un lugar que pronto iba a convertirse en el centro de toda elegancia. Vivir en una casa rodeada de jardín resultaba de una vulgaridad arrabalera que hería su exquisito gusto, y por ello compró dos casas en la parte antigua de la ciudad, con vistas al mar, las

cuales unió, instalando luego en ellas calefacción central, cuartos de baño y las comodidades fontaneras que el ejemplo americano ha hecho aceptar a la reacia Europa. Lo antiguo estaba de moda por entonces, y Elliott adornó su casa con antiguos muebles provenzales, concediendo discretamente un lugar a lo moderno en tapicerías y cortinas. No condescendía aún con pintores como Picasso y Braque —«unos verdaderos horrores de veras; unos adefesios»—, acerca de los cuales algunos mal aconsejados entusiastas se deshacían en elogios, pero encontró por fin justificado extender su mecenazgo a los impresionistas, lo que le llevó a exornar sus paredes con cuadros muy agradables. Recuerdo un Monet (gentes remando en un río), un Pissaro (un muelle y un puente del Sena), un paisaje tahitiano por Gauguin, y un encantador Renoir (una muchacha de perfil, con el largo pelo rubio suelto por la espalda). Cuando la casa estuvo terminada, presentaba un aspecto limpio y alegre, poco corriente, y sencillo, con esa sencillez que sólo a costa de mucho dinero puede conseguirse.

Comenzó entonces el más espléndido período de la vida de Elliott. Llevó allí a su excelente cocinero de París, y pronto hubo de reconocerse que se comía en su casa mejor que en cualquier otra de la Costa Azul. A su mayordomo y a su criado los vistió de blanco, con hombreras doradas. Sus convites eran de una magnificencia tal que nunca traspasó la linde del buen gusto. Las costas mediterráneas estaban llenas de reales personajes de los más diversos países europeos, algunos atraídos a ellas por su clima, otros exiliados, y algunos porque su pasado escandaloso o un matrimonio indeseable hacían aconsejable su estancia en el extranjero. Había allí Romanoff de Rusia; Habsburgo austríacos; Borbón de España, de las dos Sicilias y de Parma; príncipes de la casa de Windsor y príncipes de la de Braganza; Altezas Reales suecas y Altezas Reales griegas; a todos agasajaba y convidaba Elliott. Abundaban los príncipes y princesas de ramas colaterales, y había abundancia de duques, duquesas, marqueses y marquesas procedentes de Australia, Italia, España, Rusia y Bélgica; todos eran habituales convidados de Elliott. En invierno, el rey de Suecia y el de Dinamarca pasaban allí temporadas, y de vez en cuando el rey Alfonso de España aparecía para una breve visita: Elliott los convidaba. Nunca cesé de admirar cómo se inclinaba con cortesana donosura ante estos exaltados personajes, sin perder un ápice de la independiente dignidad adecuada a un ciudadano de un país en el cual se dice que todos los hombres son iguales.

Tras algunos años de dilatados viajes, había yo comprado una casa en Cap Ferrat, lo que me llevó a ver frecuentemente a Elliott, y tanto había mejorado la opinión en que me tenía, que solía invitarme a algunas de sus más brillantes comidas.

«Ven, por hacerme un favor», me escribía. O bien: «Sé tan bien como tú que las personas reales estropean cualquier fiesta. Pero a la gente le gusta conocerlas, y yo creo que es nuestra obligación mostrar alguna atención a los pobrecillos. Aunque bien sabe Dios que no se la merecen. Son la gente más desagradecida del mundo, y luego de valerse de uno para alcanzar sus fines, cuando ya no les sirve, lo arrojan a un lado como si fuera una camisa deshilachada. Aceptan favores innumerables, pero son incapaces de hacer el favor más insignificante».

Elliott se había tomado la molestia de ponerse en buenas relaciones con las autoridades de la localidad, y el prefecto del distrito y el obispo de la diócesis, acompañado de su vicario general, honraban con frecuencia su mesa. El obispo había sido oficial de caballería antes de ordenarse, y durante la guerra había mandado un regimiento. Era un hombre rubicundo, más bien grueso, que empleaba el desenfadado vocabulario del cuartel, y su vicario, austero y cadavérico, siempre estaba

temblando por miedo de que su superior dijera alguna inconveniencia. Cuando el obispo contaba alguno de sus chascarrillos predilectos, el vicario escuchaba con tímida sonrisa. Pero el obispo gobernaba su diócesis con notable competencia, y su elocuencia en el púlpito era tan conmovedora como era singular su gracejo de comensal. Estimaba a Elliott por la piadosa generosidad que con la Iglesia tenía, y le gustaba por su gentileza y por los exquisitos manjares que su mesa proveía. Los dos llegaron a ser grandes amigos. Así, pues, podía Elliott complacerse de estar aprovechando sabiamente las ventajas de ambos mundos, mediante un acuerdo de muy satisfactorios resultados, si me es tolerable así explicarlo, entre lo divino y lo humano.

Elliott estaba orgulloso de su casa y ardía en deseos de mostrarla a su hermana. Siempre había advertido cierta reserva en la aprobación que a Louisa merecía, y quería que viese su modo de vivir y los amigos con quienes se trataba. Aquello sería alta réplica a todas sus dudas. Tendría que confesar su éxito. Le escribió diciéndole que fuera con Gray e Isabel, no a su casa, pues no tenía sitio para ello, pero sí como convidados suyos al próximo «Hotel du Cap». Mrs. Bradley respondió que ya sus días de viajera habían pasado, pues su salud era precaria y se encontraba más a gusto en casa; de todos modos, a Gray le era imposible ausentarse de Chicago; sus negocios aumentaban prodigiosamente, estaba ganando mucho dinero y tenía que permanecer al pie del cañón. Elliott profesaba sincero cariño a su hermana y su carta le alarmó. Escribió a Isabel. Ésta le contestó en un cablegrama que aunque su madre no estaba nada bien y tenía que quedarse en cama un día a la semana, no corría peligro inmediato, y con el debido cuidado le quedaban aún muchos años de vida; pero que Gray necesitaba descansar, y que como su padre podía encargarse de sus asuntos, ella no veía ninguna razón para que no se tomase unas vacaciones, por lo cual no aquel veraneo, sino el siguiente, ella y Gray vendrían a Europa. El 23 de octubre de 1929 sobrevino la catástrofe en la Bolsa neoyorquina.

Me encontraba en Londres, y al principio no nos dimos cuenta en Inglaterra de la gravedad de la situación ni de lo muy lamentables que serían sus consecuencias. Yo, por mi parte, aunque incomodado por la pérdida de una suma considerable, como casi todo lo que perdí fueron beneficios sobre el papel, cuando se disipó la trágica polvareda me encontré poco más pobre que antes. Yo sabía que Elliott había estado jugando fuerte y temí que hubiera sufrido un grave quebranto, pero no le vi hasta que los dos volvimos a la Costa Azul para Navidades. Me dijo que Gray Maturin estaba arruinado y que su padre había muerto.

Entiendo poco de asuntos bursátiles y bien pudiera ocurrir que el relato de los sucesos que me fue hecho por Elliott, aparezca algo confuso. Por lo que yo pude comprender, la catástrofe que había caído sobre el negocio se debió, en parte, a la testarudez de Henry Maturin, y en parte a la imprudencia de Gray. Al principio Henry no quiso creer que la baja fuera una cosa tan seria, sino que se persuadió de que era una artimaña de los agentes de bolsa neoyorquinos para jugar una mala pasada a sus colegas provincianos, y esto le llevó a apretar los dientes y comprar en grandes cantidades para mantener la baja. Lanzó furiosas invectivas contra sus colegas de Chicago, que se dejaban asustar por los avisados plutócratas de Nueva York. Siempre había tenido a gala que ninguno de sus más modestos clientes, viudas con rentas fijas, militares retirados y gente parecida, hubieran perdido un solo centavo por seguir sus consejos, y ahora, en lugar de dejarlos aguantar sus pérdidas, endosó sus cuentas con el propio dinero. Dijo que estaba dispuesto a arruinarse, pues se encontraba capaz de hacer otra fortuna, pero que jamás podría volver a alzar la cabeza si sus pequeños clientes se arruinaban por haberse fiado de él. Se creyó magnánimo, pero no era más que vano. Su gran fortuna se desvaneció, y una noche tuvo un ataque al corazón. Tenía más de sesenta años, siempre había trabajado intensamente, se había divertido todo lo posible, comido excesivamente y bebido con abundancia; después de unas horas de agonía murió de trombosis de las venas coronarias.

Quedó Gray solo para hacer frente a la situación. Había estado jugando fuerte al alza por su cuenta, sin que su padre lo supiera, y se encontró personalmente en gravísimo aprieto. Todos sus esfuerzos para salir del apuro fracasaron. Los Bancos se negaron a concederle crédito; hombres más maduros en la Bolsa le dijeron que lo mejor que podía hacer era darse por vencido. El resto de la historia solamente la conozco de manera confusa. Incapaz de hacer frente a sus compromisos, fue declarado en quiebra. Ya había hipotecado su casa y la entregó sin resistencia a los acreedores. Vendió la casa urbana de su padre y la de Marvin por lo que pudo conseguir; Isabel vendió sus joyas; lo único que les quedó fue la finca de Carolina del Sur, la cual estaba vinculada a Isabel, y para la que no encontraron comprador. Gray quedó arruinado por completo.

—¿Y tú, Elliott? —le pregunté.

—¿Yo? No me quejo —respondió en tono jovial—. Dios atempera el rigor del viento cuando esquilan al cordero.

No insistí, pues sus asuntos económicos no eran cosa mía, pero fueran las que fueran sus

pérdidas, supuse que había sufrido como todos nosotros.

La crisis no afectó gravemente en un principio la vida en la Costa Azul. Supe de dos o tres personas que habían tenido grandes pérdidas, muchas casas permanecieron cerradas durante el invierno, y algunas fueron puestas en venta. Los hoteles no estaban llenos, ni con mucho, y el «Casino» de Montecarlo se quejó de que la temporada era mala. Pero los efectos de la catástrofe no se dejaron sentir hasta pasados dos años. Entonces un agente de fincas me dijo que en el trozo de costa que se extiende desde Tolón a la frontera italiana había cuarenta y ocho mil propiedades, grandes y pequeñas, en venta. Las acciones del «Casino» bajaron. Los grandes hoteles redujeron sus precios en un vano esfuerzo para atraer viajeros. Los únicos extranjeros que se veían eran los que siempre habían sido tan pobres que no podían serlo más, y éstos no gastaban por no tener dinero que gastar. Los tenderos estaban desesperados. Pero Elliott no redujo su servicio ni disminuyó sus sueldos, como hicieron otros, y continuó suministrando manjares deliciosos y vinos elegidos para reales y titulados personajes. Se compró un automóvil nuevo que importó de América y por el que tuvo que pagar fuertes derechos de aduana. Contribuyó generosamente a una fundación benéfica del obispo destinada a dar de comer gratis a las familias de los que estaban sin empleo. Total, continuó viviendo como si no hubiera habido crisis y como si medio mundo no estuviera tambaleándose de resultas de ella.

Descubrí la razón por casualidad. Elliott había dejado de ir a Inglaterra, excepto por quince días al año destinados a comprar ropa, pero continuaba trasladándose a París tres meses en otoño y los meses de mayo y junio, pues en tales épocas sus amigos abandonaban la Costa Azul. Le gustaba el veraneo allí, en parte por los baños de mar, pero principalmente, creo yo, por darle ocasión de permitirse un alegre desenfado en su vestido que su sentido del decoro nunca le había dejado poner en práctica hasta entonces. Solía aparecer con pantalones de muy sorprendente colorido, granate, azul, verde o amarillo, y llevaba con ellos camisetas de fuerte contraste, malva, violeta, púrpura o a cuadros, aceptando los elogios de una actriz a quien se le dice que ha representado su nuevo papel maravillosamente.

Estaba yo pasando un día de primavera en París, camino de Cap Ferrat, y había convidado a Elliott a comer conmigo. Nos encontrábamos en el bar del «Ritz», ya no atestado de muchachos americanos llegados para divertirse, sino tan abandonado como un autor después del estreno de una obra que fracasa. Tomamos un cóctel, hábito ultramarino con el que Elliott había acabado de transigir, y encargamos la comida. Cuando terminamos me propuso dar una vuelta por las tiendas de antigüedades, y aunque hube de decirle que no tenía dinero que gastar, le acompañé de buen grado. Atravesamos a pie la Place Vendôme, y me preguntó si me importaría entrar en «Charvet» un momento, pues tenía encargadas varias cosas allí y quería saber si estaba listas. Supe que se estaba haciendo unas camisetas y unos calzoncillos y estaban bordándole las iniciales. Las camisetas aún no estaban, pero los calzoncillos sí, y el dependiente le preguntó a Elliott si deseaba verlos.

—Sí —respondió; y cuando el dependiente se alejó, añadió—: Me los están haciendo a la medida, de acuerdo con un modelo especial mío.

Vi los calzoncillos, y excepto en ser de seda, me parecieron en todo idénticos a los que yo había comprado frecuentemente en «Macy»; pero lo que me llamó la atención fue advertir encima de las letras E y T, entrelazadas, una corona de conde. No dije nada.

—Están muy bien, muy bien —dijo Elliott—. Cuando estén las camisetas, haga el favor de mandarlo todo junto.

Salimos de la tienda, y según nos alejábamos, Elliott se volvió hacia mí, sonriendo.

—¿Has notado la corona? La verdad sea dicha, el caso es que ya no me acordaba de ella cuando te dije que me acompañaras a «Charvet». Creo que no he tenido ocasión de decirte que Su Santidad ha tenido la gentileza de rehabilitar en mi favor el antiguo título de mi familia.

—¿Tú... qué? —exclamé, vencida mi cortesía por mi sorpresa.

Elliott enarcó las cejas en señal de reproche.

—¿No lo sabías? Yo soy descendiente, por línea materna, del conde de Lauria, que estuvo en Inglaterra en el séquito de Felipe II, y casó con una dama de honor de la reina María.

—¿De nuestra amiga María la Sanguinaria?

—Así, tengo entendido, la llaman los herejes —respondió Elliott secamente—. Creo que nunca te he dicho que el mes de setiembre del veintinueve lo pasé en Roma. Fui con muy poca gana, porque en esa época, como sabrás, no hay nadie allí; pero fue afortunado que mi sentido del deber prevaleciera por encima de mis deseos de mundanas diversiones. Mis amigos del Vaticano me avisaron que la crisis económica se aproximaba, y me aconsejaron con insistencia que vendiera inmediatamente todos mis valores americanos. La Iglesia Católica tiene en su favor la sabiduría acumulada durante veinte siglos, y no vacilé ni un instante. Cablegrafíe a Henry Maturin que lo vendiera todo y comprase oro, y cablegrafíe a Louisa para que hiciera lo mismo. Henry me respondió por cable preguntándome si estaba loco y diciendo que no haría nada a no ser que confirmara mis instrucciones. Inmediatamente volví a cablegrafiarle de la manera más perentoria, ordenándole que obedeciese sin ninguna excusa y que me cablegrafiará una vez que lo hubiese hecho. La pobre Louisa no hizo caso de mi consejo y tuvo que sufrir las consecuencias.

—Entonces, cuando vino la baja, tú ya te habías puesto las botas.

—Es ésa una vulgar locución, cuyo uso no encuentro necesario, pero describe, no obstante, mi situación con bastante exactitud. No perdí ni un centavo. Es más: había ya ganado lo que supongo que tú llamarías un respetable capitalito. Pasado el tiempo, pude volver a comprar todos los valores por una cantidad insignificante en comparación; y puesto que todo ello lo debía a lo que únicamente puedo describir como la intervención directa de la Providencia, me pareció obligado y justo hacer yo algo en favor de la Providencia.

—¡Ah! ¿Y cómo te las arreglaste para eso?

—Sabrás que el Duce ha venido desecando grandes extensiones de los pantanos llamados Pontinos, y llegó a mis oídos que Su Santidad estaba hondamente preocupado por la escasez de lugares de oración que los colonizadores tenían a su alcance. Para abreviar: edificué una pequeña iglesia románica, copia exacta de una que conozco en Provenza, perfecta hasta el último detalle, y que es, aunque lo diga yo, una joyita. Está dedicada a san Martín, porque tuve la fortuna de descubrir una antigua vidriera que representa a san Martín en el momento de partir en dos su capa para darle media a un mendigo desnudo, y como su contenido simbólico me pareció adecuado, la coloqué encima del altar mayor.

No interrumpí a Elliott para preguntarle qué relación veía entre la famosa acción del santo y la parte del respetable capitalito que había ganado vendiendo con singular oportunidad sus acciones,

parte del cual había pagado, como si de una comisión abonada a un agente se tratara, a un alto poder. Pero a personas tan prosaicas como yo, el simbolismo les resulta con frecuencia oscuro. Continuó:

—Cuando me cupo el honor de mostrar las fotografías al Padre Santo, se dignó decirme que resultaba evidente, a primera vista, que yo era un hombre de gusto impecable; y añadió que le complacía encontrar en estos tiempos degenerados a alguien que reunía devoción por la Iglesia y tan inusitadas dotes artísticas. Te aseguro que fue para mí una ocasión memorable. Pero el más sorprendido fui yo cuando poco tiempo después me fue comunicado que Su Santidad se había dignado concederme un título. Como ciudadano americano, me parece más discreto no usarlo, excepto, naturalmente, en el Vaticano, y he prohibido a Joseph que me llame *monsieur le Comte*, y espero que me guardarás el secreto. No quiero que corra la voz. Mas no quisiera que Su Santidad pensara que no aprecio el honor que me ha conferido, y únicamente por respeto hacia él me hago bordar la corona en mi ropa interior. No me importa decirte que hallo un modesto orgullo en disimular mi categoría bajo la sobria apariencia de un caballero americano.

Nos separamos. Elliott me dijo que iría a la Costa Azul a fines de junio. No lo hizo. Acababa de tomar sus disposiciones para el traslado de la servidumbre desde París, con la intención de hacer él más cómodamente el viaje en su coche, cuando recibió un cablegrama de Isabel diciéndole que su madre había empeorado. Elliott, como ya he dicho, no solamente profesaba verdadero cariño a su hermana, sino que tenía gran apego a la familia. Embarcó en el primer barco que zarpó de Cherburgo, y desde Nueva York fue a Chicago. Me escribió para decirme que Mrs. Bradley estaba muy enferma, y tan consumida que le consternó verla. Acaso viviera aún algunas semanas, o hasta meses, pero en cualquier caso él consideraba su triste deber permanecer junto a ella hasta el final. También decía que había encontrado el agobiante calor más soportable de lo que temió, pero la ausencia de la vida de sociedad sólo resultaba tolerable por no encontrarse su ánimo propicio a ella. Añadía que había sufrido un desengaño al observar la reacción de sus compatriotas ante la crisis económica; los hubiera él creído capaces de sobrellevar su desgracia con mayor ecuanimidad. Sabedor yo de que nada es más fácil que aguantar las ajenas calamidades con serenidad, pensé que Elliott, más rico que nunca, no tenía derecho a mostrarse severo. Terminaba dándome recados para varios de sus amigos, y me pedía que de ningún modo olvidara explicar a cuantas personas viera el motivo por el cual su casa tendría que permanecer cerrada durante el verano.

Pasado algo más de un mes, recibí otra carta suya anunciándome el fallecimiento de Mrs. Bradley. Escribía con sinceridad y emoción. Nunca le hubiera creído capaz de expresarse con tanta dignidad, verdadero sentimiento y sencillez, a no haber sabido que a pesar de su aguda afectación, Elliott era un hombre bueno, cariñoso y honrado. Me decía en su carta que los asuntos de Mrs. Bradley parecían estar bastantes confusos. Su hijo mayor, *chargé d'affaires* en Tokio durante la ausencia del embajador, no pudo abandonar su destino. El segundo, Templeton, que estaba destinado en las Filipinas cuando yo conocí a los Bradley, había sido trasladado desde esa fecha a Washington, en donde ocupaba un puesto de importancia en el Ministerio de Estado. Había ido a Chicago con su mujer cuando el estado de salud de Mrs. Bradley no permitía ya esperanzas, pero se vio obligado a volver a la capital inmediatamente después del entierro. En tales circunstancias, Elliott se creyó obligado a permanecer en América hasta que se aclararan las cosas. Mrs. Bradley había dividido su fortuna en partes iguales entre sus tres hijos, pero parece ser que sus pérdidas en la crisis de 1929

habían sido cuantiosas. Afortunadamente, se encontró un comprador para la granja de Marvin, a la cual Elliott se refería en su carta diciendo «la casa de campo de la pobre Louisa».

«Siempre es triste que una familia se vea obligada —escribía— a vender el solar de sus antepasados; pero durante estos últimos años he visto a tantos de mis amigos ingleses forzados a ello, que creo que mis sobrinos e Isabel deberán aceptar lo inevitable con el mismo valor e igual resignación que ellos. Noblesse oblige».

También tuvieron suerte en la venta de la casa de Mrs. Bradley en Chicago. Ya hacía tiempo que existía el proyecto de derribar una hilera de casas, una de las cuales era la de Mrs. Bradley, y edificar allí una gran manzana de casas de pisos, plan que no había podido ponerse en práctica debido a la obstinada determinación de Mrs. Bradley de morir en la casa en que había vivido. Mas en cuanto exhaló el último suspiro, los promotores del proyecto hicieron una oferta que fue prestamente aceptada. Mas, aun así, Isabel quedó en muy precaria situación.

Después de la catástrofe, Gray había procurado encontrar trabajo, hasta de escribiente en la oficina de alguno de los pocos agentes de Bolsa que habían capeado el temporal; pero los negocios estaban paralizados. Acudió a sus antiguos amigos para que le dieran ocupación, por muy humilde que fueran su naturaleza y estipendio; pero lo hizo en vano. Sus tremendos esfuerzos para evitar el desastre que acabó por hundirle, la carga de sus preocupaciones y la humillación le dejaron en una honda postración nerviosa y comenzó a sufrir unos dolores de cabeza tan fuertes que le dejaban inútil durante veinticuatro horas, y tan flácido como un trapo mojado así que cesaban. Isabel determinó que lo mejor que podía hacer era trasladarse con las niñas a la finca de Carolina del Sur, hasta que Gray recobrara la salud. En otros tiempos, la cosecha de arroz había rendido allí cien mil dólares al año, pero ya no era, hacía muchos años, más que un erial pantanoso, donde habían crecido matorrales espinosos, útil únicamente como cazadero de patos, y no pudieron hallar quien lo quisiera comprar. Allí habían estado viviendo casi todo el tiempo desde la quiebra, y allí pensaban permanecer hasta que las cosas mejoraran y Gray pudiera encontrar trabajo.

«Pero yo no lo he podido permitir —escribía Elliott—. Vivían como cerdos. Isabel, sin doncella; las niñas, sin institutriz, y sin más servidumbre que un par de negras. Así que les he ofrecido mi casa de París, proponiéndoles que la ocupasen hasta que las cosas cambien en este fantástico país. Les facilitaré servidumbre; mi cocinera es excelente y la dejaré con ellos, pues no me será difícil remplazarla. Les pagare yo los gastos, para que Isabel pueda dedicar su pequeña renta a vestirse y a pagar los *menus plaisirs* de la familia. Querrá esto decir que tendré que pasar más tiempo en el Sur, por lo que espero verte con frecuencia mayor que la de antes. Tal como están hoy Londres y París, me encuentro más a gusto en la Costa. Es el único lugar que queda en donde puedo encontrar aún gente que hable mi idioma. Supongo que iré a París de vez en cuando para pasar unos días, pero cuando lo haga no me importará soportar las incomodidades del “Ritz”. Me alegra, tras muchos ruegos, haber conseguido que Gray e Isabel accedan a mis deseos, y embarcaremos todos juntos tan pronto como pueda ser. Los muebles y cuadros (nada buenos, por cierto, y de autenticidad muy dudosa), van a ser vendidos dentro de quince días, y mientras tanto, como vivir en la casa hasta el último momento les hubiera resultado doloroso, me los he traído a vivir conmigo en el “Drake”. Los dejaré instalados en París cuando lleguemos, y yo continuaré el viaje hacia el Sur. No te olvides de presentar mis respetos a tu real vecino».

¿Quién podría negar que Elliott, tan afectado, era también el hombre más bueno, más considerado y generoso del mundo?

CAPITULO CUARTO

En cuanto Elliott dejó instalados a sus sobrinos en su espacioso piso de la ribera izquierda, volvió a la Costa Azul, hacia finales de año. Había planeado su casa de acuerdo con su propia comodidad y no había sitio en ella para una familia de cuatro personas, por lo que, aunque lo hubiese deseado, no habría podido tenerlos allí con él. No creo que lo sintiera. No se le ocultaba que él solo era más deseable que si hubiera tenido que ir acompañado a todas partes de un sobrino y una sobrina, y nunca habría podido ajustar sus distinguidas comidas (asunto éste que le producía inmensas preocupaciones) si hubiese tenido que contar invariablemente con dos invitados de la familia.

—Es mucho mejor que se instalen en París y se vayan acostumbrando a una vida civilizada. Además, las dos niñas ya tienen edad de ir al colegio y les he encontrado uno, cerca de mi casa, al que me han asegurado que van niñas de muy buenas familias.

Como consecuencia de esto, no vi a Isabel hasta la primavera, cuando cierto trabajo que me ocupaba necesitó mi estancia en París durante algunas semanas, y fui allí, tomando un par de habitaciones en un hotel próximo a la Place Vendôme. Era un hotel al que solía ir, no solamente por encontrarlo céntrico, sino por su carácter. Era un edificio grande y antiguo, construido alrededor de un gran patio central, y había sido hostería durante más de doscientos años. Los cuartos de baño no tenían nada de lujosos, y la fontanería no era muy satisfactoria; las alcobas, con sus camas de hierro pintado de blanco, con sus anticuadas colchas blancas y sus inmensos armoires á glace, presentaban un aspecto de manifiesta pobreza; pero los cuartos de estar tenían magníficos muebles antiguos. En el mío, el sofá y los butacones eran del pintoresco reinado de Napoleón III, y aunque no puedo decir que fueran cómodos, tenían un florido encanto. En aquel cuarto me encontraba viviendo en el pasado de los novelistas franceses. Cuando contemplaba el reloj Imperio bajo su cristalino fanal, pensaba que quizá alguna bella mujer, con tirabuzones y vestido de volantes, hubiera visto avanzar su minuterero, mientras ella esperaba una visita de Rastignac, el aventurero de ilustre cuna cuya carrera siguió Balzac, novela tras novela, desde sus humildes comienzos hasta su última grandeza. El doctor Bianchon, el médico que tenía tal realidad para Balzac que, cuando estaba muriéndose, dijo: «Sólo Bianchon puede salvarme», hubiera podido entrar en aquella estancia para tomar el pulso y mirar la lengua de alguna noble viuda provinciana, llegada a París para consultar con un abogado acerca de un pleito, y que hubiera llamado a un médico a causa de alguna indisposición pasajera. En aquel escritorio, una mujer enferma de amor, con miriñaque y raya en medio, pudo escribir apasionadas cartas a su amante infiel, o un viejo agrio, enfundado en una levita verde, componer airados párrafos destinados a un hijo manirroto.

Al día siguiente de llegar, llamé a Isabel por teléfono, y le pregunté si me daría una taza de té si iba a verla a eso de las cinco. Hacía diez años que no la veía. Estaba leyendo una novela francesa cuando me introdujo en la sala un mayordomo anticuado; se levantó y me saludó cogiéndome ambas manos, con una sonrisa cálida y encantadora. No la había visto arriba de una docena de veces, y a solas únicamente en dos ocasiones; pero me hizo sentir inmediatamente que no éramos dos

conocidos, sino antiguos amigos. Los diez años pasados habían reducido el abismo que separó a la muchacha del hombre entrado en años, y no advertí ninguna sensación de que fueran distintas nuestras edades. Me trató con el delicado halago de una mujer de mundo, como si fuéramos de la misma edad, y a los cinco minutos nos encontrábamos charlando con tanta franqueza y confianza como si se tratara de dos amigos de la niñez que acostumbran a verse con frecuencia. Isabel había adquirido seguridad en sí misma, aplomo y dominio de sí.

Pero lo que más me llamó la atención fue el cambio de su aspecto. La recordaba como muchacha bonita, llena de vida, que amenazaba engordar demasiado. Ignoro si por advertir ese peligro había puesto en práctica recursos heroicos para reducir su peso, o si fue un insólito y feliz resultado de la maternidad; el caso es que la encontré tan esbelta como pudiera desearse. La moda del momento acentuaba su gentileza. Estaba vestida de negro, y pude comprender inmediatamente que su traje, de seda, lo había hecho uno de los mejores modistos de París. Lo llevaba con la descuidada confianza de una mujer a quien es absolutamente natural gastar ropa cara. Diez años antes, aun contando con los consejos de Elliott, sus vestidos siempre habían pecado de una ligera exageración, y los llevaba como si no acabara de encontrarse cómoda con ellos. Pero ahora, Marie Louise de Florimond no hubiera podido decir que a Isabel le faltaba chic. Tenía chic hasta en la punta de las uñas, esmaltadas de color de rosa. Sus facciones se habían afinado, y se me ocurrió que tenía la nariz tan recta y deliciosa como cualquier femenina nariz que yo hubiera visto. Ni una arruga atravesaba su frente o subrayaba sus ojos de color de avellana, y aunque su tez había perdido la lozanía de la primera juventud, era tan suave y diáfana como siempre; algo debía, evidentemente, a lociones, afeites y masajes; pero éstos la habían dado una suave y transparente delicadeza, que resultaba de peregrina hermosura. Las mejillas, enjutas, las llevaba pintadas ligerísimamente, e igual discreción se advertía en el tono de sus labios. Llevaba su brillante pelo castaño cortado a la moda del momento y ondulado. No vi sortijas en sus dedos, y recordé que Elliott me había dicho que vendió sus joyas; las manos no las tenía pequeñas, pero sí bien formadas. En aquella época eran las faldas de las mujeres, durante el día, muy cortas, y vi que sus piernas, embutidas en medias de color de champaña, eran de torneado muy agradable, largas y finas. Las piernas son la desgracia de muchas mujeres bonitas; las de Isabel, que fueron en otros tiempos su más desafortunada característica, eran ahora de belleza poco corriente. En resumen, aquella muchacha de agradable aspecto, cuya rebotante salud, turbulenta vitalidad y brillante colorido le prestaron encanto, habíase convertido en una mujer de gran belleza. Que la debiera en cierta medida al arte, a la disciplina y a la mortificación de la carne, era lo de menos. El resultado era altamente satisfactorio. Quizá la gracia de sus gestos y la felicidad de su porte debieron mucho a la reflexión, pero tenían todos los visos de una espontaneidad perfecta. Me dio la impresión de que los cuatro meses pasados en París habían dado los últimos toques a una obra de arte cuya realización había durado varios años. Hasta Elliott, incluso en sus momentos de mayor exigencia, la encontraría merecedora de su beneplácito; yo, persona menos difícil de contentar, la hallé arrebatadora.

Gray estaba en Montefontaine jugando al golf; pero Isabel me dijo que no tardaría en volver.

—Y tienes que ver a mis hijas. Están en los jardines de las Tullerías, pero vendrán pronto. Son dos encantos.

Hablamos de esto y de lo otro. Le gustaba hallarse en París y se encontraba muy cómoda en casa

de Elliott. Antes de dejarlos, les había presentado a aquellos de sus amigos que juzgó serían más de su gusto, y ya tenían un agradable círculo de amistades. Les había instado a que agasajaran a sus amigos con la frecuencia que él acostumbraba.

—Me divierte horrores pensar que estamos viviendo como personas adineradas, cuando la verdad es que estamos arruinados.

—¿Tan mal estáis?

—Gray no tiene ni un centavo, y yo tengo casi exactamente la renta de Larry cuando quiso que me casara con él y no acepté porque no hubiéramos podido vivir con ella; pero además tengo dos hijas. ¿No lo encuentras divertido?

—Me alegro que veas el lado cómico.

—¿Qué noticias tienes de Larry?

—¿Yo? Ninguna. No le he visto desde que tú te marchaste de París. Conozco ligeramente a algunas de las personas con quien él se trataba y les pregunté qué había sido de él; pero de eso hace ya varios años. Nadie pudo decirme una palabra. Desapareció.

—Nosotros conocemos al director del Banco, en Chicago, donde Larry tiene su cuenta corriente, y nos ha dicho que de tarde en tarde le llega una letra de algún sitio raro. China, Birmania, la India. Parece que se ha dedicado a viajar.

No vacilé en hacer la pregunta que tenía en la punta de la lengua. Después de todo, cuando se quiere saber una cosa, lo mejor es preguntarla.

—¿Quisieras ahora haberte casado con él?

Sonrió muy agradablemente.

—He sido muy feliz con Gray. Ha sido un marido muy bueno. Hasta que no ocurrió la catástrofe lo pasamos juntos divinamente. Nos gustan las mismas personas y las mismas cosas. Y es bueno. Además, es agradable sentirse adorada. Está tan enamorado de mí como cuando nos casamos, y cree que soy la mujer más maravillosa del mundo. No puedes imaginarte las delicadezas y consideraciones que tiene conmigo. Su generosidad fue verdaderamente absurda, y en su opinión nada es lo bastante bueno para mí. ¿Querrás creer que no me ha dicho ni una palabra desagradable o dura desde que nos hemos casado?

Me dije si creería ella haber dado respuesta a mi pregunta. Cambié de conversación.

—Dime algo acerca de tus hijas.

Acababa de decirlo cuando llamaron a la puerta.

—Ahí están. Tú mismo las juzgarás.

Pasado un momento, entraron, seguidas de una niñera institutriz, y fui presentado en primer lugar a la mayor, Joan, y luego a Priscilla. Cada una, a su vez, me hicieron una pequeña reverencia al darme la mano. Una tenía ocho años, y la otra seis. Estaban altas para su edad. Isabel tenía buena estatura, y, naturalmente, a Gray le recordaba como inmenso; pero hallé en ellas únicamente la belleza que a todos los niños es común. Parecían poco fuertes. Ambas tenían el pelo negro de su padre, y los ojos de su madre. La presencia de un desconocido no las hizo mostrarse tímidas y, parlotearon alegremente acerca de lo que habían hecho en los jardines. Como miraran con avidez las golosinas suministradas por la cocinera de Isabel para nuestra merienda, su madre las autorizó a que eligiesen una, lo cual las sumió en una torturadora angustia, por no saber cuál escoger. Era agradable

ver la manifiesta ternura que por su madre demostraban, y las tres juntas formaban un grupo encantador. Así que hubieron comido sendos pasteles, Isabel les dijo que se retiraran, lo cual hicieron sin una palabra de protesta. Me dio todo ello la impresión de que Isabel las estaba educando bien.

Cuando salieron, dije las frases usuales que a una madre se dicen acerca de sus hijos, e Isabel aceptó mis lisonjas con gusto palmario, pero con naturalidad. Le pregunté después si a Gray le gustaba París.

—Bastante. Tío Elliott nos ha dejado un coche, lo que le permite ir a jugar al golf casi a diario, y se ha hecho socio del Club de Viajeros, en donde juega al bridge. Comprenderás que la oferta de tío Elliott de sostenernos aquí ha sido maravillosa. Gray se quedó con los nervios destrozados, y continúa sufriendo de esos terribles dolores de cabeza. Aunque encontrara trabajo, no está en condiciones de hacer nada, lo cual es natural que le preocupe. Quiere trabajar, y le humilla que nadie le acepte. Para él, una de las obligaciones primordiales del hombre es trabajar, y si no puede trabajar, igual le daría morir. No puede soportar la idea de no servir para nada, y si le convencí de que viniera aquí fue diciéndole que el cambio y el descanso le volverían a la normalidad. Pero sé que no se encontrará a gusto hasta estar trabajando de nuevo.

—Mucho me temo que lo hayáis pasado muy mal estos últimos dos años y medio.

—Verás; cuando ocurrió la catástrofe, al principio no pude creerlo. Me resultaba inconcebible que estuviéramos arruinados. Podía comprender que toda aquella gente estuviera arruinada; pero nosotros..., parecía imposible. Y me empeñé en creer que algo en el último momento nos salvaría. Luego, después del golpe final, me pareció que ya no valía la pena de seguir viviendo, y no me encontré con fuerzas para encararme con el porvenir, que se presentaba de lo más negro. Pasé quince días terribles. Fue tremendo tener que desprenderse de todo, y saber que se habían acabado las diversiones, que tendría que prescindir de cuanto me gustaba; pero al cabo de dos semanas decidí mandarlo todo al diablo y no volver a pensar en ello. Y te aseguro que así lo he hecho. No me arrepiento de nada; lo pasé divinamente mientras duró la suerte; y ahora que todo ha desaparecido..., me he revestido de paciencia.

—Evidentemente, la pobreza es más fácil de soportar en una casa lujosa, en un barrio elegante, con un mayordomo competente y una excelente cocinera, todo ello regalado, y cuando uno puede cubrirse el cuerpo esquelético con vestidos de «Chanel», ¿no crees?

—Es de Lanvin —dijo, riendo—. Ya veo que no has cambiado mucho con los años. Y supongo que no me creerás, porque eres un cínico, pero no estoy segura de que hubiese aceptado el ofrecimiento de tío Elliott a no haber pensado en Gray y en las niñas. Con mis dos mil ochocientos dólares al año nos las hubiéramos arreglado perfectamente en la finca, y hubiéramos cultivado arroz y centeno, y criado cerdos. Después de todo, en una granja de Illinois nací y me crié.

—Hasta cierto punto —dije sonriendo, pues sabía que había nacido en una lujosa clínica de Nueva York.

En aquel momento entró Gray. Es verdad que sólo le había visto dos o tres veces, doce años antes, pero conocía una fotografía suya con su novia (la cual Elliott conservaba sobre el piano, en un magnífico marco, junto a retratos dedicados por el rey de Suecia, la reina de España y el duque de Guisa), y me acordaba de él perfectamente. No esperaba verle como le hallé. Tenía grandes entradas

en el pelo y una pequeña calva en la coronilla, el rostro abotagado y rojo, y una considerable papada. Había engordado notablemente durante los años de buena vida y de copioso beber, y únicamente su gran altura le salvaba de presentar un aspecto de indecente obesidad. Pero lo que más me llamó la atención fue su mirada. Recordaba perfectamente la confiada y abierta franqueza de sus ojos azules de irlandés, cuando el mundo se mostraba rendido ante él y no tenía ninguna preocupación; ahora me pareció advertir en ellos una especie de sorprendido desmayo, y aunque no hubiera conocido los hechos, no me hubiese sido difícil adivinar que algo le había ocurrido que había destrozado su confianza en sí mismo y en la ordenada sucesión de los hechos. Presentí en él una especie de embarazo, como si hubiera cometido una mala acción, aunque no a sabiendas, y estuviera avergonzado. Era evidente que su serenidad había sufrido un rudo golpe. Me saludó con amable cordialidad, y hasta pareció alegrarse de verme, como si de un antiguo amigo se tratara; pero no pude sustraerme a la impresión de que su ruidosa bienvenida era más bien debida a la costumbre y que no correspondía a sus internos pensamientos.

Trajeron botellas, y Gray preparó un cóctel. Acababa de jugar varias partidas de golf y se mostraba satisfecho de haberlo hecho bien. Se permitió entrar en minuciosos y excesivos detalles acerca de las dificultades que había vencido en uno de los agujeros, e Isabel estuvo escuchándole con muestras de verdadero interés. Pasados unos minutos, y luego de haber quedado con ellos en que fueran un día determinado a cenar y a un teatro conmigo, me despedí.

Tomé la costumbre de ir a ver a Isabel tres o cuatro veces a la semana, por la tarde, una vez que acababa con mi tarea. Generalmente estaba sola a esas horas, y aceptaba gustosa la oportunidad de charlar con alguien. Las personas a quienes Elliott los había presentado eran bastante más viejas que ella, y descubrí que tenía pocos amigos de su edad. Los míos estaban, por lo corriente, ocupados hasta la hora de cenar, y me pareció más agradable ir a charlar con Isabel que acudir a mi club para jugar al bridge con franceses de genio vivo, que no consideraban particularmente deseable la intromisión de un extranjero. Su encantadora costumbre de tratarme como si los dos tuviéramos la misma edad hacía fácil nuestra conversación, salpicada de bromas y risas, durante la cual nos lanzábamos mutuamente pullas, y hablábamos de nosotros mismos o de nuestros comunes amigos, como también acerca de libros y cuadros, con todo lo cual pasábamos el tiempo muy plazeramente. Uno de los defectos de mi manera de ser es que nunca he logrado acostumbrarme a la fealdad humana. Por muy amable que un amigo me resulte, ni siquiera tras largos años de intimidad consigo acostumbrarme a aceptar su mala dentadura o su nariz torcida. Por el contrario, jamás se disipa la delicia que la belleza me causa, y al cabo de veinte años de trato familiar, aún experimento placer viendo una noble frente o el delicado dibujo de una mejilla. Nunca vi a Isabel sin experimentar de nuevo un pequeño estremecimiento de deleite al observar la ovalada perfección de su rostro, la delicadeza de su cutis mate y el fulgor de sus ojos.

Por aquel entonces ocurrió algo muy inesperado.

En todas las ciudades populosas hay grupos aislados que existen sin mutuo contacto, pequeños mundos dentro de uno mayor que guía sus vidas, y cuyos miembros dependen entre sí, cual si habitaran en islas separadas las unas de las otras por infranqueables estrechos. En ninguna ciudad de cuantas conozco es esto más verdad que en París. Allí la alta sociedad apenas tolera en su seno a los extraños; los políticos viven dentro de su peculiar y corrompido círculo; la burguesía, alta y baja, se visita entre sí exclusivamente; los escritores se reúnen con escritores (es notable ver en el Diario de André Gide las poquísimas personas que conocía íntimamente fuera de su profesión); los pintores se tratan con pintores, y con músicos los músicos. Lo mismo puede decirse de Londres, pero en grado menor; allí las ovejas frecuentan bastante menos a sus respectivas parejas, y hay una docena de casas en las cuales puede uno ver simultáneamente a una duquesa, una actriz, un pintor, un diputado, un abogado, una modista y un autor de obras teatrales.

Las peripecias de mi vida me han llevado a conocer en muchas ocasiones casi todos los mundillos de París, hasta (por Elliott) el cerrado coto del Boulevard St. Germain; pero el que más gusto me ha proporcionado, incluso más que el discreto círculo que tiene su centro en la hoy llamada Avenue de Foch, más que el cosmopolita que frecuenta «Larue» y el «Café de París», más que la ruidosa y sórdida alegría de Montmartre, es el barrio de Montparnasse. En mis tiempos mozos pasé un año en un diminuto cuarto cercano al «Lion de Belfort», en un quinto piso, desde el cual gozaba de una espaciosa vista del cementerio. Montparnasse conserva aún para mí el tranquilo aire de ciudad provinciana que en aquella época le caracterizaba. Cuando paso por la angosta y poco elegante rue d'Odessa, recuerdo con una punzada el humilde restaurante donde solíamos congregarnos para cenar pintores, dibujantes y escultores, siendo yo el único escritor, salvo en una ocasión en que cayó por allí Arnold Bennett. Allí permanecíamos hasta hora avanzada, discutiendo excitadamente, absurdamente, airadamente, sobre pintura y literatura. Aún es para mí un placer recorrer el Boulevard y contemplar a la gente joven, tan joven como yo en aquellos tiempos, e inventar historias acerca de ellos para mi propio solaz. Cuando no tengo nada mejor que hacer, tomo un taxi y voy a sentarme en el «Café du Dôme». Ya no es lo que era, punto de reunión exclusivo de la bohemia; los pequeños comerciantes del barrio han tomado la costumbre de visitarlo, y gente extraña, del mundo que habita en la otra orilla del río, llega a veces hasta allí en la esperanza de contemplar lo que ya no existe. Aún van por allí los estudiantes y cuando se está sentado a una de sus mesas se oye alrededor tanto ruso, español, alemán e inglés como francés. Pero yo creo que todos andan diciendo casi las mismas cosas que nosotros dijimos cuarenta años antes, aunque ellos hablan de Picasso en vez de hacerlo de Manet, y de André Breton en vez de Guillermo Apollinaire. Me son simpáticos.

Llevaba unas dos semanas en París, y estaba sentado una tarde en el «Dome», en una de las primeras mesas, pues no pude encontrar otra por la mucha gente que allí había. Hacía un día templado y sin nubes. Comenzaban a retoñar los plátanos y flotaba en el aire esa sensación de holganza, de alegría y viveza que es peculiar de París. Me encontraba en paz conmigo mismo, pero no de manera aletargada, sino más bien con vivo contento. De pronto, un hombre que pasaba se

detuvo, y mostrando sus blanquísimos dientes en una sonrisa, se dirigió hacia mí y me dijo:

—¡Hola!

Le miré inexpresivamente. Era alto y delgado. Iba sin sombrero y necesitaba urgentemente los servicios de un peluquero. Su labio superior y su mentón estaban cubiertos por espesa barba y bigote de color castaño oscuro. Frente y pescuezo aparecían profundamente atezados. Llevaba una camisa deshilachada, sin corbata, una americana raída, de color castaño, y arrugados pantalones de franela gris. Parecía un vagabundo, y no creía haberle visto en la vida. Supuse que se trataba de alguno de esos seres inútiles que se hunden en París, y esperaba que me endilgase algún cuento acerca de su mala suerte, con la esperanza de sacarme unos cuantos francos con que pagar cena y cama. Estaba delante de mí, con las manos en los bolsillos, mostrando sus blancos dientes y una expresión de regocijo en sus oscuros ojos.

—¿Quién soy? —me dijo.

—No le he visto a usted en la vida.

Estaba dispuesto a darle veinte francos, pero no a permitirle que asegurara conocerme.

—Soy Larry —dijo.

—¡Pero, hombre! ¡Siéntate! —Se echó a reír, dio un paso hacia la mesa y se sentó en la silla desocupada—. ¿Qué vas a tomar? —dije, haciendo una seña al camarero—. ¿Cómo querías que te conociera con todos esos pelos en la cara?

Se acercó el camarero, y Larry pidió una naranjada. Mirándole recordé la peculiaridad de sus ojos, debida a la profunda negrura del iris, casi tan negro como la pupila, lo cual les daba al mismo tiempo gran intensidad y opacidad singular.

—¿Cuánto tiempo llevas en París? —le dije.

—Un mes.

—¿Vas a quedarte aquí?

—Durante algún tiempo.

Mientras le hacía estas preguntas estuve pensando. Advertí que el borde de sus pantalones estaba deshilachado y que tenía agujereados los codos de la chaqueta. Era su aspecto tan ruin como el de cualquier *beachomber* de los que había conocido en Oriente. En aquella época era difícil olvidar los efectos de la crisis bursátil del año 1929, y me dije si Larry habría quedado en la miseria a consecuencia de ella. No me gustó la idea, y como no soy persona dada a andarme por las ramas, le pregunté con franqueza:

—¿Estás sin dinero?

—No. ¿Por qué?

—Tienes aspecto de que una buena comida no te vendría nada mal, y la ropa que llevas está para tirarla a la basura.

—¿Tan mal está? No se me había ocurrido. La verdad es que hace tiempo que tengo intención de comprarme unas cosas, pero no encuentro ocasión.

Creí que hablaba así impulsado por la timidez o por el orgullo, y no vi razón alguna para aguantar semejante simpleza.

—No seas bobo, Larry. No soy ningún millonario, pero no soy pobre. Si andas mal de dinero, permíteme que te preste unos miles de francos.

Se echó a reír.

—Gracias, pero no ando mal de dinero. Tengo más de lo que puedo gastar.

—¿A pesar del derrumbamiento de la Bolsa?

—A mí no me afectó. Todo mi dinero estaba en papel de Estado. No sé si bajó su cotización, pues no lo he preguntado, pero lo que sí sé es que el Tío Sam continuó pagando mis cupones como persona honrada que es. La verdad es que he gastado tan poco dinero durante los últimos años que debo de tener una buena cantidad.

—¿De dónde has llegado ahora?

—De la India.

—¡Ah! Ya había oído que andabas por allí. Me lo dijo Isabel. Parece que conoce al director de tu Banco en Chicago.

—¿Isabel? ¿Cuándo la has visto la última vez?

—Ayer.

—Pero..., ¿está en París?

—Ya lo creo. Está viviendo en casa de Elliott Templeton.

—¡Qué bien! Me gustaría verla.

Aunque estuve observándole los ojos muy atentamente mientras cambiábamos estas frases, sólo vi en ellos la natural sorpresa y el explicable placer, mas no percibí ninguna otra emoción más compleja.

—Gray también está aquí. Supongo que sabrás que se casaron.

—Sí. Tío Bob, es decir, el doctor Nelson, mi tutor, me lo escribió. Él murió hace algunos años.

Se me ocurrió que al desaparecer ese eslabón, por lo visto el único que con sus amigos de Chicago le unía, probablemente no habrían llegado a sus oídos noticias de lo ocurrido. Le dije que Isabel tenía dos hijas, que Henry Maturin había fallecido y Louisa Bradley también, que Gray se arruinó, y le expliqué el rasgo generoso de Elliott.

—¿Está Elliott aquí también?

—No.

Por primera vez en cuarenta años, Elliott no estaba pasando la primavera en París. Aunque parecía más joven, contaba ya setenta años, y como es frecuente en personas de esa edad, tenía días en que se encontraba cansado y enfermo. Poco a poco, había abandonado toda clase de ejercicio físico, excepto el de pasear. Se encontraba preocupado acerca de su salud, y le visitaba un médico dos veces por semana para hundirle alternativamente en una y otra nalga una aguja hipodérmica con la inyección de moda en aquel momento. Al empezar cada comida, ya estuviera en su casa o no, sacaba del bolsillo una cajita de oro de la cual tomaba una gragea que luego tragaba con el grave continente de quien cumple un rito religioso. Su médico le había recomendado que hiciese una cura de aguas en Montecatini, balneario del Norte de Italia, y después tenía el pensamiento de ir a Venecia en busca de una pila bautismal adecuada a su iglesia románica. No le importó demasiado suspender su visita a París, pues cada año que pasaba lo encontraba menos satisfactorio. No le gustaba la gente vieja, y le molestaba ser invitado a reunirse con personas de su edad, aunque encontraba necios a los jóvenes. El adorno de la iglesia por él fundada era su principal interés, y esto le proporcionaba la feliz coyuntura de entregarse a la pasión de su vida, la compra de obras de arte, con el consolador

pensamiento de que lo hacía para mayor gloria de Dios. Había encontrado en Roma un altar primitivo de piedra de color de miel, lo que le llevó a permanecer seis meses en Florencia, rebuscando allí para encontrar un tríptico de la escuela de Siena que pensaba colocar encima del altar.

Larry me preguntó si a Gray le gustaba París.

—Mucho me temo que se encuentre aquí algo perdido.

Procuré explicar la impresión que me hizo Gray. Larry me escuchó con los ojos fijos sobre mí, con expresión de meditación y mirada tan inmóvil que tuve la sensación, no sé por qué, de que no estaba oyéndome con los oídos, sino con otro órgano interno de más sensibilidad. Fue una sensación extraña y nada agradable.

—Pero ya le verás tú mismo —terminé.

—Sí, me encantaría verlos a los dos. Supongo que encontraré su dirección en la lista de teléfonos.

—Pero si no quieres asustarlos, y provocar en las niñas un ataque de nervios, creo que sería prudente que te cortaras el pelo y te afeitaras.

Se echó a reír.

—Ya lo había pensado. No tiene objeto andar llamando la atención.

—Y también podrías comprarte algo de ropa.

—Sí; supongo que ando algo raído. Cuando llegó el momento de alejarme de la India me di cuenta de que no tenía más ropa que ésta.

Miró el traje que yo llevaba y me preguntó quién era mi sastre. Se lo dije, pero añadí que como estaba en Londres no le serviría de gran cosa. Cambiamos de conversación, y empezó a hablar otra vez de Gray y de Isabel.

—Los veo con bastante frecuencia —le dije—. Son muy felices juntos. Nunca he tenido ocasión de hablar con Gray a solas, y de todos modos dudo mucho que quisiera hacerme confidencias acerca de Isabel, pero mi impresión es que está profundamente enamorado de ella. Generalmente, su expresión es hosca, y su mirada inquieta, pero cuando mira a Isabel se hace tan tierna y tan amante, que resulta verdaderamente conmovedor. Creo que Isabel permaneció a su lado con gran coraje cuando la catástrofe, y él no olvida nunca lo mucho que le debe. A Isabel la encontrarás cambiada.

No le dije que estaba infinitamente más bonita que nunca. No estaba seguro de si Larry tenía suficiente discernimiento para ver cómo aquella muchacha agradable, rebosante de vida, pudo convertirse en una mujer de suprema gracia, delicada y exquisita. Hay hombres que se consideran ofendidos por la ayuda que el arte puede prestar a la naturaleza femenina.

—Es muy buena con Gray —continué—. Y está haciendo todo cuanto en su mano está para lograr que recobre la confianza en sí mismo.

Era ya tarde, y le pregunté a Larry si quería cenar conmigo en un café del Boulevard.

—No, gracias —respondió—. Tengo que irme.

Al día siguiente vi a Gray y a Isabel y les conté mi encuentro con Larry. Su sorpresa fue tan grande como la mía al reconocerle.

—Me gustaría mucho verle —dijo Isabel—. Vamos a llamarle ahora mismo.

Caí entonces en la cuenta de que no se me había ocurrido preguntarle su dirección. Isabel me lo reprochó.

—No estoy seguro de que me lo hubiera dicho, aunque se lo hubiese preguntado —protesté riendo—. Probablemente, mi subconsciente tuvo algo que ver con mi olvido. ¿No te acuerdas de que nunca le gustó decir a nadie en dónde vivía? Era una de sus rarezas. A lo mejor aparece por aquí cuando menos lo esperes.

—Sería muy propio de él —dijo Gray—. Ni siquiera cuando éramos muchachos se podía contar con encontrarle en el sitio que parecía natural que estuviera. Un día estaba en un lado, y de repente desaparecía. Le veías en un cuarto, y pensabas encontrarle allí pasado un rato para charlar con él, y cuando dabas media vuelta, se lo tragaba la tierra.

—Siempre fue de lo más exasperante —dijo Isabel—, no se puede negar. Supongo que tendremos que esperar a que le venga bien aparecer por aquí.

No fue aquel día, ni al siguiente, ni al otro. Isabel me acusó de haberlo inventado todo para mortificarla. Le di palabra de que no había inventado nada, y me esforcé en buscar razones que explicaran por qué no había ido a verla. Pero ninguna hallé que fuera plausible. En mi fuero interno me dije si, luego de pensarlo, Larry habría decidido que no le apetecía ver a Isabel ni a Gray y determinó alejarse de París. Ya tenía yo idea de que no echaba raíces en ningún lado, sino que se encontraba dispuesto en cualquier momento, por cualquier razón que a él se le antojara suficiente, o por puro capricho, a salir de viaje.

Pero al fin fue. Era un día lluvioso, y Gray no había ido a Montefontaine. Estábamos los tres reunidos, Isabel y yo tomando una taza de té y Gray un *whisky* con agua de Perrier, cuando el mayordomo abrió la puerta y entró Larry. Isabel se puso en pie de un salto, dejando escapar una exclamación, y arrojándose sobre él le besó en ambas mejillas. Gray, con el carnoso y rojo rostro más arrebolado que el de costumbre, le estrechó calurosamente la mano.

—¡Cómo me alegro de verte, Larry! —dijo con la voz velada por la emoción.

Isabel se mordió un labio y vi que estaba esforzándose para no llorar.

—Toma un *whisky*, chico —le dijo Gray con voz insegura.

Me conmovió su júbilo al verle. Tuvo que ser agradable para él percibir lo mucho que para ambos significaba. Sonrió contento. No obstante, me resultó evidente que conservaba pleno dominio sobre sí mismo. Vio el servicio del té, y dijo:

—Tomaré una taza de té.

—¿Té? ¡Vamos, vamos! —dijo Gray—. Que traigan una botella de champaña.

—Prefiero el té —dijo Larry sonriendo.

Su compostura tuvo sobre los otros dos el efecto quizá buscado. Se calmaron, pero continuaron

contemplándole con ojos de cariño. No quisiera dar la impresión de que Larry correspondió a la espontánea exuberancia con antipática frialdad; antes al contrario, estuvo tan cordial y cariñoso como pudiera desearse; mas advertí en su manera de conducirse algo que solamente puedo describir diciendo que parecía hallarse en algún lugar remoto, y me pregunté qué podría significar.

—¿Por qué no has venido a vernos inmediatamente, antipático? —exclamó Isabel con fingida indignación—. Cinco días llevo pegada a la ventana para verte llegar, y cada vez que ha sonado el timbre de la puerta me ha dado un salto el corazón que parecía que se me iba a salir por la boca, y todas las veces he tenido que volver a tragármelo.

Larry rió.

—Maugham me dijo que presentaba un aspecto tan vil que tu criado no querría abrirme la puerta. He ido a Londres en avión para comprarme ropa.

—No necesitabas hacerlo —le dije sonriendo—. Pudieras haberte comprado un traje hecho en el «Printemps» o en «La Belle Jardinière».

—Pensé que, una vez decidido a hacerlo, valía la pena hacerlo bien. Hace diez años que no me compro ropa de europeo. Fui a tu sastre y le dije que necesitaba un traje en tres días. Él me dijo que necesitaría dos semanas, pero llegamos a una transacción y me lo acabó en cuatro. He llegado de Londres hace una hora.

Llevaba un traje azul que sentaba bien a su tipo cenceño, una camisa blanca con cuello blando, una corbata azul, de seda, y zapatos de color. Se había cortado el pelo y afeitado la barba. No sólo presentaba un aspecto decente, sino cuidado. Se había transformado por completo. Estaba muy delgado. Vi sus pómulos más pronunciados que en otros tiempos, sus sienes más hundidas, y los ojos, en las profundas cuencas, me parecieron más grandes de lo que creía recordar; pero, no obstante, tenía muy saludable aspecto; tanto, que con la cara tostada y sin una arruga, parecía increíblemente joven. Tenía un año menos que Gray, y los dos contaban poco más de treinta; pero mientras Gray representaba diez años más, Larry parecía tener diez menos. Los movimientos de Gray, debido a su corpulencia, eran lentos y pesados; los de Larry, ligeros y fáciles. Se conducía como un joven alegre y despreocupado, pero al mismo tiempo con una serenidad que me llamó particularmente la atención y que no recordaba haber advertido en el muchacho antes. Según se desarrollaba la conversación, con la espontánea facilidad comprensible entre antiguos amigos con tantos recuerdos comunes, en la que se mezclaban noticias acerca de Chicago, que Gray e Isabel sacaban a relucir, y chismorreos triviales, todo ello acompañado de alegres risas, persistió en mí la sensación de que Larry, aunque su risa era franca y escuchaba con evidente placer la desenfadada charla de Isabel, se encontraba singularmente despegado de todo aquello. No es que me pareciera que estaba representando un papel, pues su naturalidad era demasiada y su sinceridad palmaria, sino más bien que algo dentro de él, no sé si llamarlo vigilancia, sensibilidad o fuerza, permanecía por encima de la conversación.

Llegaron las niñas, que fueron presentadas a Larry, y le dedicaron sus graciosas reverencias. Les dio la mano con una expresión de simpática ternura en sus dulces ojos, y las niñas le miraron gravemente. Isabel le contó que estaban adelantando mucho en sus estudios, dio una pasta a cada una y les dijo que se retiraran.

—Cuando estéis acostadas, iré a leeros en voz alta diez minutos.

No quería que la interrumpieran en el gozo que ver a Larry le producía. Las niñas se acercaron a

su padre para darle las buenas noches, y fue verdaderamente encantador ver animarse el bermejo rostro de aquel hombre demasiado grueso cuando las tomó en sus brazos para besarlas. A nadie se le podía ocultar que las adoraba, y cuando se fueron se volvió hacia Larry, y sonriendo pausada y bondadosamente, le dijo:

—No están mal las chicas, ¿eh?

Isabel le miró cariñosamente.

—Si le dejara, las mimaría hasta matarlas. Sería capaz de dejar que yo muriera de hambre, ese bruto de gigantón que ves ahí, para dar a las niñas caviar y *pâté de foie-gras*.

Gray la miró, sonriendo, y replicó:

—Mientes, y lo sabes. Adoro hasta el suelo que pisas.

Isabel le respondió con una mirada. Lo sabía, y le complacía saberlo.

Una pareja feliz.

Isabel insistió en que nos quedáramos a cenar. Yo, suponiendo que preferirían estar solos, me excusé; pero no quiso aceptar mis disculpas.

—Le diré a Marie que eche otra zanahoria en la sopa, y habrá bastante para los cuatro. Tenemos pollo; tú y Gray os podéis comer los muslos, mientras Larry y yo damos cuenta de los alones; y el *soufflé*, que lo haga para cuatro.

También Gray parecía desear que me quedase, y ello hizo que los dejara que me persuadieran a hacer lo que yo verdaderamente anhelaba.

Mientras aguardábamos, Isabel le dijo a Larry detalladamente lo que yo ya le había contado por encima.

Aunque narró aquellos lamentables sucesos en son de chanza, la cara de Gray adquirió una expresión de triste melancolía. Su mujer procuró animarle.

—Pero, en fin, todo eso ya pasó. Hemos caído de pie y el porvenir nos aguarda. En cuanto mejoren las cosas, Gray encontrará un puesto espléndido y va a ganar millones.

Sirvieron cócteles, y un par de ellos levantaron el ánimo del pobre hombre. Observé que Larry, aunque tomó uno, apenas lo probó; y cuando Gray, mal observador, le ofreció otro, lo rehusó. Nos lavamos las manos, y nos sentamos a cenar. Gray había pedido una botella de champaña, pero cuando el mayordomo fue a servir a Larry, éste dijo que no quería.

—¡Oh! ¡Toma un poco, Larry! —exclamó Isabel—. Es el mejor que tiene el tío Elliott, y solamente se lo da a invitados muy especiales.

—La verdad es que prefiero agua. Después de haber estado tanto tiempo en Oriente, resulta un lujo delicioso beber agua sin peligro.

—Es que es una ocasión especial.

—Está bien. Tomaré una copa.

La cena fue excelente, pero Isabel y yo advertimos que Larry apenas comió. Supongo que Isabel pensó de repente que ella no había parado de hablar, sin dar a Larry ocasión sino para escucharla, lo que la movió a preguntarle acerca de lo que había hecho durante los diez años que no le había visto. Él fue contestando con su cordial franqueza, pero tan vagamente que no averiguamos gran cosa.

—¡Ah, pues corriendo mundo por esas tierras! Estuve un año en Alemania, y algún tiempo en España e Italia. Y también he rodado algún tiempo por Oriente.

—¿De dónde has llegado ahora?

—De la India.

—¿Cuánto tiempo has estado allí?

—Cinco años.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó Gray—. ¿Has matado algún tigre?

—No —replicó Larry sonriendo.

—¿Y qué demonios has estado haciendo en la India cinco años? —dijo Isabel.

—Vida de sociedad —respondió él con una sonrisa de amistosa chanza.

—Y, ¿qué cuentas del truco de la cuerda? —dijo Gray—. ¿Lo has visto?

—No, no lo vi.

—¿Qué has visto?

—Mucho.

Entonces le hice yo una pregunta:

—¿Es verdad que los yoguis llegan a tener ciertos poderes que a nosotros nos parecerían supernaturales?

—No sabría responder. Lo único que puede decir es que en la India se cree que sí. Pero los más sabios no dan ninguna importancia a esa clase de poderes; y dicen que pueden estorbar el progreso espiritual. Me acuerdo de uno que me contó que una vez un yogui llegó a la orilla de un río. No tenía dinero para pagar al barquero su transporte a la de enfrente, y éste se negó a llevarle gratis. Entonces el yogui entró en el agua y pasó a la otra orilla andando sobre el río «Un milagro de esa índole —me dijo el yogui que me lo contaba, encogiéndose despectivamente de hombros— no vale más que la moneda de cobre, precio de la barca».

—Pero ¿crees que el yogui pasó el río andando por encima del agua? —le preguntó Gray.

—El que me lo contó lo creía.

Era deleite no escaso escuchar a Larry, a causa de su voz, de maravillosa armonía; era ligera, rica sin llegar a ser profunda, y con singular abundancia de matices de tono. Terminamos la cena y volvimos a la sala para tomar el café. Yo no había estado nunca en la India, y tenía vivos deseos de oír hablar más acerca de ella.

—¿Conociste allí a algunos escritores o pensadores? —le pregunté.

—Tomo nota de que distingues entre quien escribe y quien piensa —dijo Isabel con intención de zaherirme.

—Sí; me preocupé de hacerlo.

—¿Cómo hablabas con ellos? ¿En inglés?

—Los más interesantes, si hablaban, no lo hacían en inglés demasiado bien, y apenas entendían. Aprendí el hindú. Y cuando me dirigí hacia el Sur, aprendí lo suficiente del tamul para arreglármelas.

—¿Cuántos idiomas conoces, Larry?

—Pues... como media docena.

—Cuéntanos más acerca de los yoguis —dijo Isabel—; ¿llegaste a conocer a alguno íntimamente?

—Todo lo íntimamente que es posible conocer a personas que pasan la mayor parte del tiempo en

lo Infinito —dijo Larry—. Pasé dos años en el Ashrama de uno.

—¿Dos años? ¿Qué es un Ashrama?

—Bueno, supongo que tú lo llamarías eremitorio. Hay allí hombres santos que viven solos, en un templo, en un bosque, o en las faldas del Himalaya. Hay otros que atraen a cierto número de discípulos. Alguna persona caritativa, para hacer méritos, construye una habitación, grande o pequeña, para alojar a un yogui cuya piedad le ha impresionado y sus discípulos viven con él, durmiendo en la galería, o en la cocina, si la hay, o bajo los árboles. Yo tenía una choza diminuta dentro de la empalizada, lo bastante grande para mi cama de campaña, una silla, una mesa y un estante para unos pocos libros.

—¿Dónde fue eso? —le pregunté.

—En Travancor, una comarca bellísima, de lomas verdes, valles y ríos de manso fluir. En las montañas hay tigres, leopardos, elefantes y bisontes, pero el Ashrama estaba en medio de un lago y alrededor de él crecían cocoteros y arecas. Estaba a cuatro o cinco kilómetros de la ciudad más cercana, pero la gente solía ir hasta allí desde ella, y desde mucho más lejos, a pie, o en carreta de bueyes, para escuchar al yogui cuando éste se sentía dispuesto a hablar, o para sentarse simplemente a sus pies y participar en comunión de la paz y de la felicidad que irradiaba su persona, como perfuma un nardo con su fragancia el aire que lo rodea.

Gray se rebulló desasosegado en su asiento. Supuse que la conversación iba tomando derroteros que le incomodaban.

—¿*Whisky*? —me preguntó.

—No, gracias.

—Yo voy a tomar uno. ¿Y tú, Isabel?

Alzó su mole de la butaca y se dirigió a la mesa en que estaba el *whisky*, con agua de Perrier y unos vasos.

—¿Había algún otro hombre blanco allí?

—No. Yo era el único.

—¿Cómo pudiste soportarlo dos años? —exclamó Isabel.

—Pasaron como un relámpago. He conocido días que me han parecido mucho más largos.

—Pero ¿qué hacías todo el tiempo?

—Leer. Dar largos paseos. Remar en el lago. Meditar. El meditar es un trabajo muy duro; al cabo de dos o tres horas estás tan cansado como si hubieras conducido un coche ochocientos kilómetros, y lo único que te apetece es descansar.

Isabel frunció el ceño ligeramente. Estaba desconcertada, y no estoy seguro de que no sintiera cierto miedo. Creo que comenzaba a darse cuenta de que el Larry que había entrado en el cuarto unas horas antes, aunque no había cambiado de aspecto y se mostraba tan franco y cordial como siempre, no era aquel Larry, cándido, sencillo y alegre, algo testarudo en su opinión, pero encantador, que ella conoció en otros tiempos. Le había perdido una vez, y al volverle a ver le tomó por el de antes, y creyó que aunque hubieran cambiado las circunstancias todavía era de ella. Y, como si hubiese tratado de sujetar con las manos un rayo de sol, le había visto escurrírsele de entre los dedos, quedando perpleja. La había estado yo observando frecuentemente durante la noche, lo cual siempre me resultaba agradable, y había descubierto amor en su mirada cuando la fijaba en la bien formada

cabeza de Larry, de orejas bien pegadas al cráneo, y había observado asimismo el cambio de expresión cuando la fijaba en las hundidas sienes o en el delgado pescuezo. Miró también sus manos, que no obstante su descarnada delgadez, eran fuertes y viriles; y descansó sobre su inquieta boca, bien dibujada, llena sin ser sensual, y sobre la serena frente y bien modelada nariz. Llevaba su ropa nueva no con la immaculada elegancia de Elliott, sino con una especie de descuidada naturalidad, como si la hubiese llevado encima a diario durante un año. Pensé que suscitaba en Isabel instintos maternos que nunca había observado en ella al verla con sus hijas. Era una mujer de experiencia; él continuaba con el aspecto de un muchacho, y creí adivinar el orgullo de una madre al contemplar a un hijo ya hecho hombre, y escucharle hablar agudamente con otros y ver cómo los demás le oyeron como si lo hiciera con sensatez. No creo que el sentido de lo que Larry dijo penetrase hasta la conciencia de Isabel.

Pero yo no había acabado de preguntar.

—¿Cómo era ese yogui?

—¿Físicamente? Pues no era alto, ni grueso ni delgado, de un color tostado claro, afeitado, con pelo blanco casi rapado. Nunca llevaba más vestido que un faldellín ceñido a la cintura, y sin embargo conseguía presentar siempre un aspecto tan cuidado y de persona tan bien vestida como cualquier figurín de un anuncio de la casa «Brooks Hermanos», de Londres.

—Y ¿qué es lo que de él te atrajo?

Larry me miró durante un minuto antes de contestarme. Sus ojos, desde lo hondo de sus cuencas, parecían estar procurando llegarme a lo más profundo del alma.

—Su santidad.

Algo desconcertado me dejó su respuesta. En aquella estancia, con sus buenos muebles, con aquellos deliciosos dibujos en las paredes, la palabra cayó como el inesperado ruido de una gruesa gota de agua que hubiera atravesado el techo, salida de un baño rebosante.

—Todos hemos leído referencias de santos, de san Francisco, de san Juan de la Cruz, pero de eso hace ya siglos. No hubiera yo creído posible conocer a uno vivo. Pero desde el primer momento en que le vi no dudé ni un segundo de que se trataba de un santo. Fue una experiencia maravillosa.

—¿Y qué sacaste de ella?

—Paz —dijo en voz natural, y sonriendo ligeramente. Entonces se puso de pie repentinamente, y dijo—: Tengo que irme.

—Pero, Larry —exclamó Isabel—, si es muy temprano.

—Buenas noches —dijo, aún sonriendo y sin tener en cuenta la queja de Isabel. La besó en una mejilla—. Nos veremos dentro de un par de días.

—¿Dónde estás parando? Yo te llamaré.

—No te molestes. Ya sabes lo difícil que es en París conseguir un número, y en cualquier caso, nuestro teléfono está generalmente estropeado.

Me reí por dentro de la habilidad con que Larry había rehuido decir su dirección. Era una notable rareza aquella que le llevaba a convertir en secreto el lugar de su residencia. Les propuse que fueran todos a cenar conmigo pasados dos días en el «Bois de Boulogne». Resultaba delicioso cenar bajo los árboles en aquel embalsamado ambiente primaveral, y Gray podría llevarnos en el coche. Salí con Larry, y le hubiera acompañado un trecho de buen grado, pero en cuanto estuvimos en la calle me

estrechó la mano y se alejó. Yo tomé un taxi.

Habíamos quedado en reunirnos en casa de los Maturin para tomar un cóctel antes de salir. Yo llegué antes que Larry. Iba a llevarlos a un restaurante de moda y supuse que encontraría a Isabel vestida para ello. Estaba convencido de que no desearía desmerecer por comparación con todas las demás mujeres, vestidas con todas sus galas. Pero la hallé con un sencillo traje de lanilla.

—Gray está con uno de sus dolores de cabeza —me dijo—. Está destrozado. No puedo dejarle de ninguna manera. Había dicho a la cocinera que podía salir en cuanto diera de cenar a las niñas, y ahora tendré yo que hacerle algo y ver si le convengo de que se lo tome. Vete tú con Larry.

—¿Está en la cama?

—No. Nunca quiere acostarse cuando le da el dolor. Dios sabe que es el único sitio en que debiera estar, pero se niega. Está en la biblioteca.

La biblioteca era un cuarto pequeño, con alto friso de madera dorada y castaña, el cual Elliott había encontrado en un castillo antiguo. Los libros estaban fuera del alcance de cualquiera que deseara leerlos, protegidos por una celosía dorada al fuego, cerrada con llave; pero quizás esto era de celebrar, pues la mayor parte eran obras pornográficas ilustradas del siglo XVIII. En su coetánea encuadernación de tafilete, presentaban, no obstante, un aspecto agradable a la vista. Isabel me llevó allí. Gray estaba derrumbado en un gran sillón de cuero, con un buen número de periódicos ilustrados esparcidos por el suelo. Tenía los ojos cerrados y su cara, generalmente colorada con exceso, tenía una palidez grisácea. Era evidente su gran sufrimiento. Trató de levantarse, pero se lo impedí.

—¿Le has dado aspirina? —le pregunté a Isabel.

—No le sirve de nada. Tengo una receta americana, pero tampoco le alivia.

—No te preocupes, mujer —dijo Gray—. Mañana estaré bien. —Trató de sonreír—. Siento mucho fastidiaros. Debéis ir os todos al «Bois».

—Ni soñarlo —dijo Isabel—. ¿Crees que podría pasarlo bien sabiendo que estás pasando este tormento?

—¡Pobre chica! De veras que creo que estás enamorada de mí —dijo Gray con los ojos cerrados.

E inmediatamente se le descompuso la cara, y casi pudimos ver cómo el dolor atravesaba su cabeza. Se abrió suavemente la puerta, y entró Larry. Isabel le dijo lo que ocurría.

—¡Vaya! ¡Cómo lo siento! —dijo mirando con piedad a Gray—. ¿No se puede hacer nada para aliviarle?

—Nada —respondió Gray con los ojos cerrados—. Lo único que podéis hacer es dejarme solo, ir a cenar y pasarlo bien.

Me pareció a mí ser ésa la única determinación sensata que podíamos tomar, pero supuse que no podría Isabel convencer de ella a su conciencia.

—¿Quieres dejar que ensaye el aliviarte? —le dijo Larry.

—Nadie puede aliviarme —contestó Gray exhausto—. Me está matando, y algunas veces le pido a Dios que acabe ya conmigo.

—Me he expresado mal al decir que quizá pudiera aliviarte. Lo que debí decir fue que quizá yo pueda indicarte cómo podrías aliviarte tú mismo.

Gray abrió lentamente los ojos y miró a Larry.

—¿Cómo vas a hacer eso?

Larry sacó del bolsillo lo que me pareció una moneda de plata y se la puso en la mano a Gray.

—Cierra la mano con fuerza y ponla con la palma hacia el suelo. No trates de ofrecerme resistencia. No hagas ningún esfuerzo, pero sujeta la moneda en la mano cerrada. Antes de que yo cuente hasta veinte, se te abrirá la mano y la moneda caerá al suelo.

Gray hizo lo que le decían. Larry se sentó delante del escritorio y comenzó a contar. Isabel y yo permanecimos de pie. Uno, dos, tres, cuatro. Hasta que llegó a quince, la mano de Gray no hizo movimiento alguno, pero entonces pareció estremecerse ligeramente, y tuve la impresión, pues no puedo decir que en efecto lo viera, que los dedos comenzaban a aflojarse. El pulgar se apartó del puño. Entonces vi claramente el temblor de los otros dedos. Cuando Larry dijo diecinueve, la moneda cayó al suelo y rodó hacia mí. La cogí y vi que era ruda y disforme. En su envés, en marcado sobrerrelieve, vi una cabeza joven que reconocí como la de Alejandro el Grande. Gray contemplaba su mano confuso.

—Yo no la he soltado —dijo—. Se ha caído sola.

Estaba sentado, con el brazo derecho descansando en el cuero del butacón.

—¿Estás cómodo en esa butaca? —le dijo Larry.

—Todo lo cómodo que puedo estar cuando la cabeza se me pone así.

—Procura relajar todo el cuerpo. Descansa. No hagas nada. No ofrezcas resistencia. Antes de que yo cuente hasta veinte tu brazo derecho se levantará, hasta quedar la mano por encima de tu cabeza. Uno, dos, tres, cuatro...

Iba diciendo los números lentamente, con aquella voz suya melódica y de argentino timbre, y cuando llegó a nueve, vi levantarse la mano de Gray casi imperceptiblemente del cuero de la butaca hasta quedar a unos dos centímetros de él. Así la tuvo como un segundo.

—Diez, once, doce...

El brazo, con una ligera sacudida, comenzó a moverse hacia arriba. Ya no descansaba sobre la butaca. Isabel, algo asustada, me cogió una mano. El efecto era curioso. Aquéllos movimientos en nada se parecían a los resultantes de una volición. Nunca he visto a un sonámbulo, pero imagino que deben de ser sus movimientos semejantes a la extraña manera en que se movía el brazo de Gray. No daba la impresión de que la fuerza motriz emanase de la voluntad. Me parecía casi imposible levantar un brazo con aquella pausada y uniforme lentitud mediante un esfuerzo consciente. Aquello parecía ser el resultado de una fuerza subconsciente, independiente de la inteligencia. Era un movimiento semejante al de un émbolo que sube y baja lentamente dentro de su cilindro.

—Quince, dieciséis, diecisiete...

Iban las palabras cayendo despacio, despacio, despacio, como gotas que caen en un lavabo desde un grifo defectuoso. El brazo de Gray seguía subiendo, hasta que quedó la mano más alta que la cabeza, y en el momento en que Larry pronunció el número anunciado, cayó inerte por su propio peso sobre la butaca.

—Yo no he levantado el brazo —dijo Gray—. No he podido evitar que subiera. Se ha movido él

solo.

Larry sonrió ligeramente.

—No tiene importancia. Me ha parecido que te daría confianza en mí. ¿Dónde está esa moneda griega?

Se la entregué.

—Cógela en la mano. —Gray lo hizo y Larry miró su reloj—: Son las ocho y trece minutos. Dentro de sesenta segundos te pesarán tanto los párpados que no tendrás más remedio que cerrar los ojos, y te quedarás dormido. Dormirás seis minutos. A las ocho y veinte despertarás, y ya no te dolerá la cabeza.

Ni Isabel ni yo hablamos. Teníamos la vista clavada en Larry. No dijo más. Tenía puestos los ojos en Gray, pero no parecía mirarle; dijérase que más bien miraba a través de él. El silencio que sobrevino fue impresionante; fue como el silencio de las flores, al anochecer, en un jardín. De pronto noté que la mano de Isabel apretaba la mía. Miré a Gray. Tenía cerrados los ojos y respiraba tranquila y profundamente. Estaba dormido. Permanecimos de pie durante lo que nos pareció un tiempo interminable. Se apoderó de mí un irresistible deseo de encender un cigarrillo, pero no me atreví. Larry estaba inmóvil, con los ojos fijos en no sé qué remotísimo lugar. De no tenerlos abiertos hubiera podido estar sumido en un raptó. De pronto pareció disminuir la tensión; sus ojos recobraron su normal expresión y miró el reloj. En el mismo momento Gray abrió los ojos.

—Creo que me he quedado traspuesto —dijo. Y entonces se incorporó rápidamente, con evidente sorpresa. Vi que su palidez había desaparecido.

—Ya no me duele la cabeza.

—Magnífico —dijo Larry—. Pues fúmate un cigarrillo y vamos a cenar todos.

—Es un milagro. Me encuentro divinamente. ¿Cómo lo has hecho?

—Yo no he hecho nada. Lo has hecho tú mismo.

Isabel fue a cambiarse de ropa, y mientras tanto Gray y yo nos tomamos un cóctel. Aunque resultaba evidente que Larry no lo quería, Gray insistió en hablar de lo que acababa de ocurrir. No lo comprendía en absoluto.

—Si quieres que te diga la verdad —dijo—, no creí que ibas a conseguir nada. Te he llevado la corriente porque me encontraba demasiado flojo para discutir.

Empezó a explicarnos cómo solían comenzar sus dolores de cabeza, el sufrimiento indescriptible que le ocasionaban y el estado de postración en que quedaba después de un ataque. No entendía cómo se encontraba en aquel momento perfectamente normal. Volvió Isabel. Se había puesto un vestido que no le había visto yo. Era de cumplida falda, hasta el suelo, una funda blanca de lo que tengo entendido que se llama marocain, recubierto de tul negro, y no pude menos de reflexionar que todos debíamos estar satisfechos de que nos vieran con ella.

El «Château de Madrid» estaba muy animado, y todos nos encontrábamos de excelente humor. Larry se mostró parlanchín e ingenioso, como no le había yo visto, y nos hizo reír de buena gana. No pude reprimir la sospecha de que estaba procurando hacernos olvidar la exhibición de su inesperado poder. Pero Isabel era una mujer decidida. Se mostró dispuesta a seguirle la corriente durante el tiempo que a ella le resultara conveniente, pero no olvidó ni un momento el deseo de saciar su curiosidad. Estábamos tomando el café y los licores después de cenar, cuando calculando que la

buena comida, el vaso de vino que Larry había tomado y la animada charla habrían ya debilitado sus defensas, clavó fijamente los ojos sobre él, y le dijo:

—Bueno, y ahora dinos cómo le quitaste a Gray el dolor de cabeza.

—Tú misma lo viste —respondió con una sonrisa.

—¿Aprendiste esas cosas en la India?

—Sí.

—No sabes lo que sufre. ¿Crees que podrías curarle definitivamente?

—No sé. Puede que sí.

—Le harías un favor inmenso. Ahora no puede tener esperanzas de conservar un puesto decente, cuando en cualquier momento está expuesto a quedarse inútil durante cuarenta y ocho horas. Y no será feliz mientras no esté trabajando de nuevo.

—Te advierto que no puedo hacer milagros.

—Pero si ha sido un milagro lo que has hecho... Yo misma lo vi con estos ojos.

—Nada de milagro. Lo único que he hecho ha sido sugerirle una idea a Gray. Lo demás lo ha hecho él. —Se volvió hacia Gray—. ¿Qué vas a hacer mañana?

—Jugar al golf.

—Iré a verte a eso de las seis y hablaremos. —Luego, dedicando a Isabel su cautivadora sonrisa, añadió—: Hace diez años que no bailo contigo. ¿Quieres ver si aún me acuerdo de cómo se hace?

A partir de aquel día vimos a Larry con frecuencia. Durante la semana siguiente fue a casa de Gray diariamente y permanecía encerrado media hora con él en la biblioteca. Parece ser que estaba tratando de persuadirle —así lo dijo él con su sonrisa— para que le dejara de doler la cabeza, y Gray llegó a tener una pueril y absoluta confianza en él. Por lo poco que Gray me dijo, saqué la impresión que Larry estaba procurando al mismo tiempo hacer que Gray recuperara la fe en sí mismo. Unos diez días más tarde, Gray volvió a sufrir otro dolor de cabeza. No esperaba a Larry hasta la tarde. No fue uno de los peores, pero Gray tenía por entonces tan absoluta confianza en el extraño poder de Larry, que nos dijo que si lográbamos dar con él, le quitaría el dolor en unos minutos. Pero ni yo, cuando Isabel me llamó por teléfono, ni ellos, sabíamos en dónde vivía Larry. Cuando éste llegó y alivió a Gray de su dolor, Gray le pidió sus señas, para poderle llamar en su socorro con urgencia. Larry sonrió:

—Llama al «American Express» y deja un recado. Yo les telefonaré todas las mañanas.

Isabel me preguntó más tarde por qué Larry se empeñaba en convertir en un secreto su dirección. Otra vez que lo hizo, resultó que estaba viviendo sin ningún misterio en un hotel de tercera clase del Barrio Latino.

—No tengo ni idea —repliqué—. Lo único que se me ocurre es algo fantástico, y probablemente una bobada. Quizás algún extraño instinto le obligue a conservar en su domicilio algo privado de su espíritu.

—¿Qué demonios quieres decir con eso? —exclamó irritada.

—¿No te has fijado que cuando está con nosotros, aunque sea fácil llevarse con él y se muestre cordial y animado, se advierte en él una especie de desligamiento, como si no ofreciera todo lo que lleva dentro, sino que guardara para sí parte de su espíritu, o algo semejante? No sé lo qué será, una tensión, un secreto, una aspiración, una sabiduría, que le hace distinto.

—He conocido a Larry toda la vida —replicó impaciente conmigo.

—Hay veces en que me hace pensar en un gran actor que desempeñe maravillosamente su papel en una obra mediocre. Algo así como la Duse en La Locandiera.

Isabel reflexionó unos momentos.

—Supongo que sé lo que quieres decir. Está una pasándolo bien, y se cree que él es como los demás, cuando de repente se tiene la sensación de que se ha escapado como una voluta de humo por entre los dedos. ¿Qué opinas que es lo que le hace tan raro?

—Tal vez una cosa tan corriente que no la advierte uno.

—¿Por ejemplo...?

—Pues, por ejemplo, la bondad.

Isabel frunció el ceño.

—No digas cosas así. Me dan una sensación rara en la boca del estómago.

—¿No será un poco de dolor en lo profundo de tu corazón?

Isabel me miró largamente, como si estuviera procurando leer mis pensamientos. Cogió un

cigarrillo de la mesa que tenía junto a ella y lo encendió. Estuvo contemplando el humo enroscarse en el aire.

—¿Quieres que me vaya? —le pregunté.

—No.

Callé unos instantes, observándola, gozando con la contemplación de su bien formada nariz y de la línea exquisita de su mandíbula.

—Estás muy enamorada de Larry. ¿No es verdad?

—¡Maldito seas! No he querido nunca a nadie sino a él.

—¿Por qué te casaste con Gray?

—Con alguien tenía que hacerlo. Estaba loco por mí, y mamá quería que me casara con él. Todos me dijeron que debía dar gracias por haberme librado de Larry. Y a Gray le tenía mucho cariño. Y sigo teniéndoselo. No tienes idea de lo buena persona que es. No hay nadie en el mundo más amable ni más considerado que él. Parece que tiene mal genio, ¿verdad? Pues conmigo ha sido siempre un ángel. Cuando teníamos dinero, siempre estaba deseando que tuviera yo algún capricho por el gusto que tenía él en regalarme cosas. Una vez le dije que sería divertido dar la vuelta al mundo en un yate propio, y si no hubiera ocurrido lo que ocurrió me lo habría comprado.

—Me parece demasiado bueno para que sea posible —murmuré.

—Lo pasamos muy bien. Siempre se lo agradeceré. Me hizo feliz.

La miré, pero no dije nada.

—Supongo que no le quería de verdad, pero uno puede dárselas bastante bien sin amor. En el fondo de mi corazón, siempre eché de menos a Larry, pero mientras no le vi, no me importó. ¿Te acuerdas que un día me dijiste que, cuando hay tres mil millas de océano por medio, los tormentos del amor resultan bastante soportables? Creí que era un epigrama cínico; pero es verdad.

—Si te duele ver a Larry, ¿no crees que sería más cuerdo dejar de verle?

—Pero aun siendo un dolor es para mí un placer inmenso. Además, ya le conoces; un buen día de éstos desaparecerá como una sombra al ponerse el sol, y quizá no volvamos a verle en años.

—¿Se te ha ocurrido divorciarte de Gray?

—No tengo motivo para hacerlo.

—Eso no impide a tus compatriotas divorciarle de sus maridos cuando quieren hacerlo.

Se echó a reír.

—¿Sí? ¿Sabes por qué lo hacen?

—¿No lo sabes tú? Porque las mujeres americanas esperan encontrar en sus maridos una perfección que las inglesas únicamente esperan de sus mayordomos.

Hizo Isabel un gesto de enojo tan violento que me extrañó que no se torciera un músculo del cuello.

—Crees que porque Gray es callado no tiene nada dentro.

—Te equivocas —interrumpí rápidamente—. Le encuentro conmovedor. Tiene una maravillosa capacidad de amar. Basta observarle cuando te está mirando para comprender lo profundamente que te quiere. Y tiene a sus hijas mucho más cariño que tú.

—Supongo que ahora vas a salir diciendo que soy una mala madre.

—Antes al contrario, creo que lo eres muy buena. Te preocupas de que tus hijas estén bien y sean

felices. Cuidas su régimen de alimentación y vigilas que su vientre funcione con regularidad. Les enseñas a conducirse bien, les lees en voz alta y haces que digan sus oraciones. Si están enfermas, llamas inmediatamente al médico y las cuidas con solicitud. Pero no estás embobada con ellas, como Gray.

—Ni falta que hace. Yo soy un ser humano, y como a seres humanos trato a mis hijas. Una madre que no piensa más que en sus hijos les hace más mal que bien.

—Creo que tienes razón.

—Y no negarás que me adoran.

—Ya lo he notado. Eres su ideal de todo cuanto es amable, y bello y maravilloso. Pero no se encuentran contigo tan a gusto como con Gray. A ti es cierto que te adoran; a él le quieren.

—Es muy digno de amor.

Me gustó oírle eso. Una de sus características más amables era que jamás la ofendía la verdad desnuda.

—Después de arruinarnos, Gray quedó deshecho. Estuvo trabajando en la oficina durante semanas y semanas hasta medianoche. Yo me quedaba en casa, aterrada. Tuve miedo de que se pegara un tiro, empujado por la vergüenza que sentía. Estaban su padre y él tan orgullosos de su integridad y de la seguridad de su juicio... Lo que les preocupaba no era realmente que nosotros nos hubiésemos arruinado, sino la ruina de todos aquellos clientes que confiaron en ellos. Gray estaba empeñado en que debió preverlo. No logré convencerle de que no había sido suya la culpa.

Sacó Isabel de su bolso la barrita de los labios y se pintó la boca.

—Pero no es eso lo que quería decirte. Lo único que nos quedó fue aquella finca del Sur, y como yo creyera que lo único que resultaba aconsejable hacer era llevarme a Gray de Chicago, mandé las niñas a casa de mamá y nos fuimos a la finca. Siempre le había gustado aquello a Gray, pero nunca habíamos ido allí solos; siempre fuimos en pandilla y lo solíamos pasar muy bien. Gray tira bien, pero no se encontraba con ánimos de cazar. Solía meterse en una lancha y alejarse por aquellas aguas pantanosas, completamente solo y allí se pasaba las horas muertas, contemplando los patos. Recorría los canalillos, bordeados de juncos azulados, con el cielo azul encima. Algunos días, el agua de los canales está tan azul como la del Mediterráneo. Cuando volvía no acostumbraba a decir gran cosa. Que lo había pasado muy bien; nada más. Pero yo comprendía lo que sentía. Yo sabía que le conmovía e impresionaba profundamente aquella belleza, aquella vastedad, aquella paz. Hay allí un momento, poco antes de ponerse el sol, en que la luz de los pantanos es maravillosa. Él solía contemplarla de pie, y aquello parecía llenarle de intensa felicidad. Daba largos paseos a caballo por aquellos bosques solitarios y misteriosos; son como los de esa obra de Maeterlinck, tan grises, tan callados, que no parecen de este mundo. Luego, en primavera, durante unos catorce días nada más, cuando florecen los cornejos y los árboles se cubren de retoños, mostrando su tierno color verde contra el tinte grisáceo del musgo negro, aquello parece una canción muda y maravillosa; todo el suelo se cubre de inmensos lirios blancos y de azalea silvestre. Gray no podía explicar la sensación que todo ello le producía, pero estaba extasiado. Estaba ebrio de belleza. Ya, ya sé que no lo explico bien, y es que no sé expresar lo profundamente conmovedor que resultaba contemplar a aquel gigantón, enajenado por una emoción tan pura y tan maravillosa, pero yo sentía ganas de llorar. Si hay un Dios en el cielo, nunca como entonces me he encontrado tan próxima a Él.

Isabel se había puesto algo sentimental mientras me decía esto, y sacando un diminuto pañuelo, se enjugó cuidadosamente sendas lágrimas que brillaban en sus ojos.

—¿No crees que estás dejándote arrastrar por el romanticismo? —le dije sonriendo—. Me parece que estás adjudicando a Gray pensamientos y emociones que te hubiera gustado que tuviera.

—¿Cómo iba a advertirlas yo en él si no las hubiera experimentado? Demasiado me conoces. Yo no me siento verdaderamente feliz a no ser que encuentre bajo mis pies el cemento de una acera, y cuando hay escaparates de lunas inmensas a todo lo largo de la calle, donde se exhiben sombreros y abrigos de pieles y pulseras de diamantes y maletines con servicios de tocador de oro.

Me eché a reír y quedamos callados por un momento. Luego Isabel volvió al asunto de que ya habíamos hablado.

—No me divorciaré jamás de Gray. Es demasiado lo que hemos pasado juntos. Depende de mí por completo. Eso halaga a cualquier mujer, y le da un sentido de la responsabilidad. Además...

—Además, ¿qué?

Me miró de reojo, y vi en su mirada un reflejo de picardía. Me dio la impresión de estar pensando cómo tomaría lo que estaba a punto de decirme.

—Además..., es un marido admirable. Llevamos casados diez años, y sigue siendo tan apasionado como al principio. ¿No has dicho tú en una de tus comedias que ningún hombre desea a la misma mujer durante más de cinco años? Bueno, pues no sabías lo que estabas diciendo. Yo le gusto a Gray tanto como el día en que nos casamos.

La miré atentamente.

—¿Sientes no haberte casado con Larry hace diez años?

—No. Hubiera sido una locura. Pero, naturalmente, de haber tenido entonces la experiencia que tengo ahora, me hubiese ido a vivir con él tres meses, después de lo cual le hubiera olvidado por completo, sin dificultad.

—Creo que tuviste suerte no ensayando ese experimento, pues quizá te hubieras encontrado atada a él por ligaduras que no hubieses podido romper.

—No lo creo. Aquello no era más que atracción física, pura y simple. Y muy a menudo la mejor manera de vencer un deseo es satisfacerlo.

—¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que eres una mujer con tendencia fuertemente dominadora? Me has dicho que Gray tiene una honda vena de poesía en él, y me has dicho que es un amante apasionado; y puedo creer sin esfuerzo que ambas cosas tienen para ti gran importancia; pero no me has dicho algo que tiene para ti bastante más importancia que las dos cosas juntas: la sensación que te da de tenerle en el hueco de esa preciosa pero nada pequeña mano tuya. Larry se te hubiera escapado continuamente. ¿Te acuerdas de aquella oda de Keats: «Audaz amante, besar nunca podrás aunque la ansiada meta casi alcances»?

—Tú crees muchas veces saber mucho más de lo que sabes —dijo algo agriamente—. Una mujer solamente tiene una manera de sujetar a un hombre, y lo sabes. Y déjame que te diga algo: la que cuenta no es la primera vez, sino la segunda. Si entonces ella se apodera de él, lo hace para siempre.

—Verdaderamente, te las arreglas para hacer acopio de informaciones de lo más extraordinarias.

—Me muevo, y procuro conservar abiertos los ojos y atentos los oídos.

—¿Me permites preguntarte de dónde has sacado ese trozo de sabiduría?

Me sonrió de la manera más encantadora.

—De una mujer, a quien conocí en un desfile de modelos. La vendeuse me dijo que era la mujer más elegante de París, y decidí conocerla. Adrienne de Troye. ¿Has oído hablar de ella?

—Nunca.

—¡Cómo descuidas tu cultura! Tiene cuarenta y cinco años, y ni siquiera es bonita; pero tiene un aspecto mucho más distinguido que todas las duquesas de tío Elliott. Me senté junto a ella, y adopté el papel de una muchacha americana ingenua e impulsiva. Le dije que no tenía más remedio que hablarle porque jamás había visto una mujer tan deliciosa. Le dije que tenía la perfección de un camafeo griego.

—¡Qué frescura tienes!

—Al principio estuvo algo tiesa y reservada, pero yo continué atacándola con mi ingenuidad y acabó por derretirse. Entonces sostuvimos una conversación de lo más simpática. Cuando terminó la presentación de modelos, le dije que si aceptaría comer en el «Ritz» conmigo, y añadí que siempre había admirado enormemente su maravillosa elegancia.

—¿La habías visto antes alguna vez?

—Jamás. No quiso aceptar; dijo que en París hay lenguas muy maliciosas, y que me comprometería; pero le gustó que la hubiese invitado, y cuando vio que me temblaba la boca de desilusión, me convidó a comer en su casa. Cuando me mostré abrumada por su afabilidad, me dio unas palmaditas en la mano.

—¿Y fuiste?

—Pues claro que sí. Tiene una casita deliciosa en una bocacalle de la Avenue Foch, y nos sirvió un mayordomo que era el vivo retrato de George Washington. Me quedé hasta las cuatro. Nos soltamos el pelo, nos quitamos las fajas y estuvimos disfrutando horrores, charlando como dos muchachas. Aquélla tarde aprendí lo bastante para escribir un libro.

—¿Por qué no lo escribes? Sería muy a propósito para el Ladies Home Journal.

—¡Estúpido! —dijo riendo.

Callé durante unos segundos. Estaba pensando.

—¿Estaría Larry verdaderamente enamorado de ti?

Se incorporó en la butaca. Su expresión había perdido la jovialidad. Tenía los ojos airados.

—¿Qué estás diciendo? ¡Claro que estaba enamorado de mí! ¿Tú crees que una muchacha no sabe cuándo un hombre está enamorado de ella?

—Bueno, supongo que estaba, desde luego, enamorado de ti de cierta manera. No conocía a ninguna otra muchacha tan íntimamente como a ti. Habíais ido juntos a todas partes desde que erais niños. A él tenía que parecerle natural estar enamorado de ti. Su instinto sexual era normal. Era la cosa más natural del mundo que os casarais. Al hacerlo, apenas cambiarían vuestras relaciones, excepto en vivir bajo el mismo techo y dormir en la misma cama.

Isabel, algo apaciguada, esperó a que continuara, y concedor de que las mujeres siempre escuchan con agrado a quien habla del amor, proseguí:

—Los moralistas pretenden convencernos de que el instinto sexual no tiene mucho que ver con el amor. Tienden a hablar de tal instinto como si fuera un epifenómeno.

—¡Válgame Dios! ¿Y qué es eso?

—Pues, verás; hay psicólogos que creen que la conciencia acompaña a las funciones cerebrales y es por ellas determinada, pero que no ejerce influencia alguna sobre ellas. Algo así como lo que ocurre con la imagen de un árbol reflejada por el agua; no podría existir sin el árbol, pero no afecta al árbol ni poco ni mucho. A mí me parece una tontería decir que puede existir el amor sin pasión; cuando dice la gente que puede perdurar el amor después de muerta la pasión, están pensando en algo distinto del amor: cariño, simpatía, comunidad de gustos e intereses, costumbre... Sobre todo, costumbre. Dos personas pueden continuar teniendo relaciones sexuales por la fuerza de la costumbre, exactamente igual que sienten hambre a la hora en que están habituados a comer. Claro es que puede existir el deseo sin amor. Pero el deseo no es igual que la pasión. El deseo es la consecuencia natural del instinto sexual, y no tiene mayor importancia que cualquier otra función del animal humano. Por eso cometen un error las mujeres que se ponen por las nubes si sus maridos se entregan a una aventurilla casual cuando el momento y el lugar les son propicios.

—¿Y es eso aplicable sólo a los hombres?

Sonreí.

—Si me apuras, confesaré que, lógicamente, también debiera poder aplicarse a las mujeres. La única objeción sería que, mientras las emociones del hombre no resultan afectadas por una unión pasajera de esa índole, las de la mujer, sí.

—Depende de la mujer.

No iba yo a dejar que me interrumpiera.

—Si un amor no es pasión, no es amor, sino otra cosa; y la pasión no prospera siendo satisfecha, sino estorbada. ¿Qué supones que quiso dar a entender Keats al decir al amante representado en su urna griega que no sufriese? «Por siempre tú amarás, y eterna es su belleza». ¿Por qué? Porque jamás podría hacer suya a su amada, y por desatentadamente que la persiguiera, ella escaparía siempre. Porque ambos estaban plasmados en el inmóvil mármol de la que sospecho que era una obra de arte bastante mediocre. Vuestro amor, el tuyo por Larry y el que Larry te profesaba, era tan natural y sencillo como el de Paolo y Francesca, o el de Romeo y Julieta. Afortunadamente para vosotros, no acabó tan mal. Te casaste con un hombre rico, y Larry se dedicó a recorrer el mundo para escuchar los cánticos de las sirenas. Pero no hubo pasión alguna entre vosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la pasión no piensa en las consecuencias. Dice Pascal que el corazón tiene razones que la razón no toma en cuenta. Si quiso decir lo que yo supongo, opinaba que cuando la pasión se apodera del corazón, inventa razones que no solamente parecen plausibles, sino convincentes, para demostrar que vale la pena perder el mundo por salvar un amor. Y nos convence de que vale la pena sacrificar el honor y de que no es precio caro el sentir oprobio y vergüenza. La pasión es destructora. Destrozó a Marco Antonio y Cleopatra, a Tristán e Isolda, a Parnell y a Kitty O'Shea. Y cuando nos destroza, muere ella. Y entonces quizá se encuentre uno enfrentado con el desolador descubrimiento de haber malgastado los mejores años de la vida, de que se ha deshonrado uno con su conducta, soportando los terribles dolores de los celos, tragado las más amargas mortificaciones, que ha gastado toda su ternura, y vaciado todo el precioso contenido de la propia alma sobre una pobre ramera, un necio o un fante al cual buscamos vestir con nuestros ensueños, y que no valía ni lo que una pastilla de goma de mascar.

Apenas terminada esta arenga, comprendí perfectamente que Isabel no me estaba escuchando, por estar ocupada en sus propios pensamientos. Pero la pregunta que me hizo a continuación me sorprendió.

—¿Crees que Larry es puro?

—¡Mujer, tiene treinta y dos años!

—Yo estoy segura de que lo es.

—¿Cómo puedes estarlo?

—Éstas cosas las sabemos por instinto.

—Una vez conocí a un muchacho que logró nada escasa prosperidad durante bastantes años convenciendo a una mujer bonita tras otra de que jamás había tenido comercio carnal. Me dijo que tenía efectos mágicos.

—Puedes decir lo que quieras. Creo en mi intuición.

Iba haciéndose tarde; Gray e Isabel cenaban con unos amigos, y ella tenía aún que vestirse. Yo no tenía nada que hacer, y fui andando Boulevard Raspail arriba, disfrutando de la agradable tarde de primavera. Nunca me he fiado gran cosa de la intuición femenina; suele ajustar con excesiva perfección a lo que quieren persuadirse a creer que es digno de fe; y al pensar en el final de mi larga conversación con Isabel, no pude contener la risa. Me trajo a las mientes a Suzanne Rouvier, y me di cuenta de que ya hacía varios días que no la veía. Se me ocurrió que, si no tenía nada mejor que hacer, quizá quisiera acompañarme a cenar y a ver una película. Paré un taxi y di al chófer la dirección de Suzanne.

He mencionado a Suzanne Rouvier al principio de este libro. Hacía diez o doce años que nos conocíamos, y en la época a que he llegado en mi relato debía de andar rondando los cuarenta. No era ninguna beldad; la verdad es que era bastante fea. Para ser francesa, era alta, con un busto corto y brazos y piernas largos, y desgachada, como si no supiera qué hacer con sus miembros de tan musitada longitud. El color de su pelo cambiaba de acuerdo con su capricho, pero por lo general presentaba un pigmento castaño rojizo. Tenía la cara pequeña y cuadrada, con pómulos muy marcados y de subido color artificial, y grande la boca, que llevaba muy pintada. No da esto idea de que fuera atractiva su presencia, pero lo era. Verdad es que tenía un cutis magnífico, saludable, y blanquísima dentadura y grandes ojos, de muy vivo color azul. Éstos últimos eran lo mejor que tenía, y procuraba aprovecharse de ello todo lo posible pintándose las pestañas y los párpados. Tenía un aspecto sagaz, inquieto, cordial, y reunía, junto a una gran bondad natural, una deseable proporción de energía. En la vida que llevó le hizo falta abundante entereza. Su madre, viuda de un modesto empleado del Estado, al morir éste se había retirado a su pueblo natal de Anjou a vivir de su viudedad. Al cumplir Suzanne los quince años entró de aprendiz en el taller de una modista de la ciudad vecina, la cual estaba lo bastante próxima para permitirle pasar en casa los domingos. A los diecisiete años, mientras disfrutaba de dos semanas de vacaciones, la sedujo un pintor que estaba pasando el verano en el pueblo, pintando paisajes. Sabía ella de antemano que sus probabilidades de contraer matrimonio, desprovista de dote como estaba, eran más que remotas, y cuando al final del verano el pintor le propuso llevarla consigo a París, Suzanne aceptó sin dudarle. La llevó a vivir en una casa que dijérase conejera de pintores, tantos estudios tenía, situada en Montmartre, en la cual pasó un año muy agradable acompañada del pintor.

Al cabo de este tiempo, él le dijo que no había vendido ni un cuadro, y que no podía costearse el lujo de sostener una amiga. Ya había estado ella esperando esto durante algún tiempo, y no permitió que la noticia la desconcertara. Cuando él le preguntó si quería regresar al pueblo, replicó que no, oído lo cual él dijo que conocía a otro pintor, habitante de la misma manzana de casas, que la recibiría con gusto. El hombre propuesto ya había mostrado interés por ella, y aunque la muchacha había rechazado sus proposiciones, fue tanta la gracia y el buen humor con que lo hizo, que el pretendiente no se sintió ofendido. No le causaba disgusto a Suzanne el candidato, y aceptó la proposición complacida. Le resultó conveniente no tener que tomar un taxi para la mudanza de su baúl. Su segundo amigo, hombre de bastantes más años que el primero, pero aún presentable, la pintó en todas las posturas imaginables, tanto vestida como desnuda; y pasó con él dos años muy felices. La enorgulleció pensar que el primer éxito de su amigo lo cosechó sirviéndose de ella como modelo, y me mostró una vez la fotografía del cuadro, recortada de un periódico ilustrado. La compró un museo americano. Era un desnudo de tamaño natural, en el que se veía a Suzanne en postura semejante a la de Olimpia, en el cuadro de Manet. El pintor vio agudamente lo que las proporciones de su modelo tenían de modernas y poco corrientes, y había aumentado la delgadez del cuerpo hasta dejarlo escuálido, alargando los brazos y las piernas, acentuando la protuberancia de los pómulos y

exagerando sin mesura el ya excesivo tamaño de los grandes ojos azules. No pude juzgar por la reproducción del colorido, pero sí advertía la graciosa elegancia del dibujo. Éste cuadro dio a su autor la suficiente notoriedad para permitirle casarse con una admiradora viuda y de dinero, y Suzanne, comprendiendo que su amigo tenía que pensar en el porvenir, aceptó la ruptura sin amargura.

Para entonces ya tenía conciencia de su valer. Gustaba de la vida de los artistas, la divertía servir de modelo, y terminada la tarea encontraba agradable ir a un café y sentarse allí con pintores y con sus esposas y amigas, mientras ellos hablaban de arte, vilipendiaban a los comerciantes en cuadros y contaban chascarrillos de muy subido color. Ésta vez, como previera la ruptura, trazó sus planes de antemano. Escogió a un muchacho sin compromisos, a quien juzgó poseedor de talento. Eligió el momento un día que le encontró solo en el café, le explicó las circunstancias de su situación y sin más preámbulo le ofreció ir a vivir con él.

—Tengo veinte años y soy buena ama de casa. Te ahorraré dinero, y no necesitarás andar buscando modelos. Fíjate en la camisa que llevas. Y el estudio lo tienes hecho una porquería. Necesitas una mujer que te cuide.

El muchacho sabía que Suzanne era buena. Encontró divertida su oferta, y ella vio que se sentía inclinado a aceptarla.

—Nada se pierde por probar —dijo ella—. Si la cosa no resulta, ni el uno ni el otro nos encontraremos en peor situación que ahora.

El muchacho era pintor abstracto, e hizo numerosos retratos de su amiga, compuestos de cuadrados y otros paralelogramos. La pintó en diseños geométricos negros, sepia y grises. La pintó en líneas entrecruzadas, a través de las cuales era posible adivinar algo semejante a una faz humana. Permaneció un año y medio con él y le dejó por su propia voluntad.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿No te gustaba?

—Sí; era un chico muy simpático. Pero me pareció que no progresaba. No evolucionaba; estaba empezando a repetirse.

No halló dificultad en encontrarle sucesor. Continuó fiel a los pintores.

—Siempre he estado con pintores —le dijo—. Una vez estuve seis meses con un escultor; pero, no sé por qué, no me decía nada.

Recordaba con gusto que nunca se había separado de un amante de manera desagradable. No solamente era muy buena modelo, sino una excelente ama de casa. Le gustaba trabajar en el estudio en que se encontraba viviendo por el momento y hallaba placer en conservarlo limpio como una patena. Guisaba bien y sabía preparar sabrosas comidas con el menor dispendio posible. Zurcía los calcetines de sus amantes y les pegaba los botones de las camisas.

—Nunca comprendí por qué un artista no puede presentarse limpio y cuidado.

Solamente tuvo un fracaso. Le ocurrió con un muchacho inglés, que tenía más dinero que todos los que antes había conocido, y era propietario de un automóvil.

—No me duró mucho —me comunicó—. Solía emborracharse, y entonces se ponía muy pesado. No me hubiera importado si hubiera sabido pintar, pero, mon cher, era grotesco. Cuando le dije que le iba a dejar, se puso a llorar. Me dijo que me amaba. «Pobre amigo mío —le dije yo— que me ames o no me ames, no tiene la más mínima importancia. Lo que me importa es que no tienes talento

en absoluto. Vuelve a tu país y dedícate al negocio de comestibles. No sirves para otra cosa».

—¿Qué te respondió él? —dije yo.

—Se puso furioso y me dijo que me fuera. Pero te aseguro que el consejo que le di era bueno. Espero que lo siguiera, porque no era mal muchacho, y sí únicamente un pintor abominable.

El sentido común y la bondad pueden ayudar mucho a una mujer ligera en su peregrinación por la vida; pero la profesión que Suzanne había abrazado tiene sus pros y sus contras. Por ejemplo, aquel escandinavo... Suzanne cometió la imprudencia de enamorarse de él.

—Era un semidiós, mon cher —dijo—. Inmensamente alto, tan alto como la torre Eiffel, con unas espaldas así de anchas y un pecho magnífico. Casi se le podía abarcar la cintura con las manos; tenía el vientre sin una onza de grasa, liso como la palma de la mano, y músculos de atleta profesional. El pelo, rizado y rubio, y la piel del color dorado de la miel. Y no pintaba mal. Me gustaba su técnica de modelación con el pincel, valiente y suelta, y su paleta era caliente y rica.

Decidió tener un hijo con él. Él se opuso, pero ella le aseguró que aceptaba todas las responsabilidades.

—Cuando nació, le gustó. ¡Qué criatura más deliciosa, rosada, rubia, con ojos azules, como los de su papá! Fue una niña.

Suzanne vivió con él tres años.

—Era algo estúpido, y algunas veces me aburría; pero era bueno, y tan guapo, que todo podía perdonársele.

Un día le llegó un telegrama de Suecia, con la noticia de que su padre se estaba muriendo, y que tenía que regresar sin perder un minuto. Prometió volver, pero ella presintió que no lo haría. Le dejó a Suzanne todo el dinero de que disponía. No supo de él durante un mes, y entonces recibió una carta diciéndole que su padre había fallecido, dejando sus asuntos muy poco claros, y que había considerado su deber quedarse junto a su madre y dedicarse al negocio de maderas. Le enviaba con la carta un cheque bancario de diez mil francos. Suzanne no era mujer que se entregara a la desesperación. Llegó a la conclusión de que una niña estorbaría sus actividades, y se la llevó a su madre, dejándola a su cuidado, junto con los diez mil francos.

—Me destrozó el corazón. Adoraba a la niña. Pero en esta vida hay que ser prácticos.

—¿Qué pasó entonces? —le pregunté.

—¡Ah! Me las arreglé. Encontré un amigo.

Pero entonces cayó enferma con «sus» tifoideas. Siempre se refería a la enfermedad diciendo «mis» tifoideas, como un millonario pudiera hablar de «mi casa en Palm Beach», o de «mi coto en Escocia». Estuvo a la muerte, y permaneció tres meses en el hospital. Cuando salió no tenía más que la piel y los huesos, estaba tan débil como un pajarillo, y tan deprimida que sólo sabía llorar. De nada podía servir a nadie en semejante estado, pues le faltaban las fuerzas para servir de modelo, y tenía muy poco dinero.

—*Oh, la, la!* —me dijo—. Pasé muchos apuros. Afortunadamente tenía buenos amigos. Pero ya sabes lo que son los pintores. Nunca tienen dinero ni para ellos mismos. Yo nunca fui bonita, aunque algo tenía, pero ya no era una muchacha de veinte años. Un día me encontré con el cubista que fue amigo mío. Se había casado y divorciado desde que vivió conmigo, y había dejado el cubismo para hacerse surrealista. Le pareció que podría serle útil, y además se encontraba muy solo. Me ofreció

cama y comida, y puedes creer que acepté con alegría.

Suzanne vivió con él hasta que conoció a su fabricante. Le llevó al estudio un amigo, por si acaso se le ocurría comprar algún cuadro del excubista, y Suzanne, deseosa de venderle algo, se mostró con él todo lo agradable que supo. No se decidió el hombre a comprar nada en aquel momento, pero dijo que volvería para ver los cuadros. Así lo hizo al cabo de dos semanas, y esta vez Suzanne sacó la impresión de que había vuelto más bien para verla a ella que a los cuadros. Cuando se fue, aún sin comprar nada, apretó la mano de la muchacha con innecesario calor. Al día siguiente, el amigo que le había llevado paró a Suzanne en la calle cuando iba camino del mercado para hacer la compra, y le dijo que al fabricante le había resultado muy simpática y quería saber si le gustaría cenar con él la próxima vez que volviera él a París, pues deseaba hacerle una proposición.

—¿Qué crees que ha visto en mí? —preguntó ella.

—Es aficionado al arte moderno. Ha visto retratos tuyos. Y se ha sentido interesado. Es un provinciano, un hombre de negocios. Para él tú representas París, el Arte, el Romanticismo, todo lo que echa de menos en Lille.

—¿Tiene dinero? —preguntó ella muy sensatamente.

—Mucho.

—Pues cenaré con él. No hay daño en escuchar lo que quiera decirme.

El fabricante la llevó a «Maxim's», lo cual la impresionó. Se había vestido con gran sencillez, y al contemplar a las mujeres que allí había pensó que podía pasar perfectamente por una mujer respetable y casada. Él pidió una botella de champaña, lo que la convenció de que era un caballero. Cuando les sirvieron el café le hizo él su proposición, que Suzanne juzgó muy generosa. Acudía él a París con regularidad, cada dos semanas, para asistir a un consejo de administración, y encontraba triste tener que cenar solo por las noches y verse obligado a recurrir a ciertos establecimientos si se sentía inclinado a disfrutar de compañía femenina. Era casado, tenía dos hijos, y le parecía todo esto poco digno de un hombre de su posición. Su común amigo le había contado todo lo concerniente a Suzanne, por lo que sabía que era una mujer discreta. Él ya no era ningún muchacho y no tenía ningún deseo de buscarse complicaciones con chiquillas alocadas. Era en cierta medida coleccionista de arte moderno y las relaciones de Suzanne con dicho arte le agradaban.

Entonces pasó a hablar de manera más concreta. Estaba dispuesto a ponerle un piso y a pasarle dos mil francos mensuales. A cambio de esto él deseaba gozar de su compañía una noche cada catorce días. Suzanne, que jamás había tenido a su disposición tanto dinero, calculó rápidamente que con semejante suma no sólo podría vivir y vestirse de acuerdo con lo que tal ascenso en su clase social exigía, sino para pagar los gastos de su hija y ahorrar para hacer frente al porvenir. Sin embargo, vaciló. Siempre había estado con pintores, y no tenía ninguna duda de que convertirse en amiga de un hombre de negocios era rebajarse artísticamente hablando.

—*C'est a prendre ou à laisser* —dijo él—. Lo puedes tomar o dejarlo.

No le era repulsivo, y la insignia de la Legión de Honor que lucía en el ojal demostraba que era persona distinguida. Sonrió ella y dijo:

—*Je prends*. Acepto.

Aunque Suzanne había vivido siempre en Montmartre, decidió que era preciso romper con el pasado, y tomó un piso en Montparnasse, en una casa que casi hacía esquina al Boulevard. Tenía dos habitaciones, una pequeñísima cocina, y un cuarto de baño. Estaba en el sexto piso, pero había ascensor, aunque en el último únicamente cupieran dos personas, se moviera a velocidad comparable a la de un caracol y no pudiera utilizarse para bajar, representaba no ya lujo, sino elegancia.

Durante los primeros meses de su unión, Monsieur Achille Gauvain, pues así se llamaba el fabricante, solía alojarse en un hotel cuando iba a París cada dos semanas, y después de pasar junto a Suzanne una parte de la noche de duración conmesurada de acuerdo con lo que su inclinación amorosa exigía, regresaba al hotel, donde dormía en soledad hasta que era hora de levantarse para tomar el tren y volver a sus asuntos y a los sobrios placeres de la vida familiar. Pero Suzanne le indicó que estaba tirando dinero sin ninguna utilidad, y que sería a la vez más económico y más cómodo que se quedara en el piso toda la noche. No pudo él negar la fuerza del argumento. Le halagó la preocupación de Suzanne por su regalo —pues, en efecto, nada de agradable tenía salir a buscar un taxi a la mitad de una fría noche de invierno— y mereció su aprobación que Suzanne no quisiera que él gastase inútilmente. Se dijo que Suzanne era una mujer excelente, que no sólo cuidaba del propio peculio, sino del de su protector.

Monsieur Achille no tenía razones para sentir otra cosa que no fuera satisfacción. Por lo general iban los dos a cenar a uno de los mejores restaurantes de Montparnasse, pero de vez en cuando Suzanne le preparaba de comer en el piso. La sabrosa comida que aderezaba era muy del gusto de Monsieur Achille. En las noches de calor cenaba en mangas de camisa, y se sentía deliciosamente atrevido y bohemio. Siempre le había gustado comprar cuadros, pero Suzanne no le permitía adquirir ninguno de los que ella no aprobara, y pronto tuvo él sobrado motivo para fiarse de su criterio. Ella se negaba a entrar en relación con los vendedores, y le llevaba a los estudios de los pintores, lo que le permitía comprar los cuadros por la mitad de lo que de otra manera se hubiera visto obligado a pagar. Él sabía que Suzanne estaba ahorrando, y cuando Suzanne le dijo que estaba comprándose poco a poco unas tierras en su pueblo, el buen hombre sintió un estremecimiento de orgullo. Sabía que en todo corazón francés está latente la ambición de tener tierras, y la estima en que tenía a su amiga aumentó al ver que también ella participaba de ese deseo.

En cuanto a Suzanne, estaba satisfecha. Ni era infiel ni fiel al fabricante; es decir, tenía buen cuidado de no ligarse de manera permanente a otro hombre, pero si encontraba en su camino a alguno que le resultase agradable, no tenía inconveniente en recibirle en su piso. No obstante, juzgaba cuestión de honor no permitirle pasar allí toda la noche. Esto le parecía debérselo al hombre de fortuna y posición que había encauzado su vida por derroteros tan apacibles y respetables.

Conocí a Suzanne cuando estaba ella viviendo con un pintor amigo mío, y había yo estado con frecuencia en el estudio mientras ella hacía de modelo. Seguí viéndola, con cierta irregularidad, pero no intimé con ella hasta que fue a vivir a Montparnasse. Monsieur Achille, que de esta manera

hablaba ella siempre de su amigo, había leído al parecer uno o dos libros míos traducidos, y una noche me invitó a cenar con ellos en un restaurante. Era un hombre pequeño, a quien Suzanne llevaba media cabeza, de pelo del color gris del acero y un cuidado bigotito gris. Más bien grueso, tenía algo de barriga, pero solamente en la justa medida para darle aspecto de seriedad y posición. Andaba con los pasitos cortos de un hombre bajo y nada flaco, y resultaba evidente que tenía muy buen concepto de sí mismo. La invitación fue espléndida. Estuvo muy amable. Me dijo que celebraba que fuera yo amigo de Suzanne, pues saltaba a la vista que yo era un hombre *comme il faut*, y que le gustaría saber que nos hacíamos mutua compañía. Sus asuntos, desgraciadamente, le tenían atado a Lille y la pobre muchacha se encontraba a menudo sola; sería para él un consuelo saber que gozaba del trato de un hombre de educación. Él era un hombre de negocios, pero siempre había admirado a los artistas.

—Ah, mon cher monsieur, el arte y la literatura han sido siempre las glorias gemelas de Francia. Naturalmente, junto con sus hazañas militares. Y yo, fabricante de artículos de lana, no vacilo en decir que juzgo al pintor y al escritor a la altura del general y del estadista.

Nadie podría decir nada más halagüeño.

Suzanne no quería oír hablar de tomar una criada que hiciera el trabajo de la casa, en parte por economía y en parte (por razones que ella sabría mejor que nadie) porque no le apetecía tener a nadie metiendo las narices en asuntos que a ella solamente incumbían. Tenía su piso, amueblado en el más moderno estilo del momento, limpio y ordenado, y ella misma se hacía toda la ropa interior. Mas aun así, no haciendo ya de modelo, le sobraba tediosamente el tiempo, pues era mujer trabajadora y activa. Y un día tuvo la idea de que ya que tan pintada había sido, no existía ninguna razón para que no pintara ella. Compró lienzos, pinceles y pinturas, y puso manos a la obra sin pensarlo más. Algunas noches en que habíamos quedado citados para cenar, si iba yo a buscarla antes de la hora, la encontraba con un largo blusón trabajando con afán. Así como el embrión dentro del seno materno recapitula la evolución de la especie, Suzanne recapituló los estilos de todos sus amantes. Pintó paisajes como su amigo el paisajista, abstracciones como el cubista, y ayudada de tarjetas postales, barcos anclados, como el escandinavo. No sabía dibujar, pero tenía fino instinto del color, y si sus cuadros no eran muy buenos ella gozó de lo lindo pintándolos.

Monsieur Achille la animaba. Le producía satisfacción que su amante fuera pintora. Fue su insistencia la que logró que Suzanne mandara un cuadro al «Salón de Otoño», y ambos sintieron gran orgullo cuando fue aceptado. Monsieur Achille le dio un buen consejo.

—No te esfuerces en pintar como un hombre *ma chérie*. Pinta como una mujer. No trates de buscar el vigor; conténtate con ser agradable. Y sé honrada. En los negocios tienen algunas veces éxitos los engaños, pero en el arte la honradez no es solamente la mejor norma, sino la única posible.

En la época de que escribo llevaban ya cinco años de estas relaciones, con mutua satisfacción.

—Evidentemente, no me emociona —me dijo Suzanne—. Pero es inteligente y persona de posición. He llegado a una edad en que tengo que pensar en mi situación.

Era Suzanne comprensiva, y Monsieur Achille llegó a tener en alta estima su criterio. Le escuchaba con gusto cuando discutía con ella sus asuntos de negocios y familiares. Compartió con él su desaliento cuando suspendieron a su hija en un examen, y con él se alegró al ponerse su hijo en relaciones con una muchacha adinerada. Él mismo se había casado con la hija única de un fabricante rival, y la fusión de ambas casas resultó muy beneficiosa para ambos. Fue, naturalmente, muy

satisfactorio para él ver que su hijo tenía suficiente sensatez para comprender que la base más sólida de un matrimonio feliz es la comunidad de intereses económicos. Un día confesó a Suzanne que tenía la ambición de casar a su hija con un aristócrata.

—¿Y por qué no, con su dote? —dijo Suzanne.

Monsieur Achille facilitó a Suzanne los medios para que su hija estudiara en un colegio de monjas, donde recibiría una buena educación. Y le prometió que cuando alcanzara la edad oportuna pagaría los gastos de enseñarle lo necesario para que pudiera ganarse la vida como mecanógrafa y taquígrafa.

—Cuando crezca va a ser una maravilla de bonita —me dijo Suzanne—, pero evidentemente ningún daño va a sufrir por estar educada o por saber aporrear una máquina de escribir. Es tan niña aún que no es posible predecir nada, pero quizá no tenga temperamento.

Suzanne tenía delicadeza. Dejó que mi inteligencia interpretara el significado de sus palabras. Y yo lo interpreté.

Una semana, poco más o menos, después de mi inesperado encuentro con Larry, estábamos Suzanne y yo, después de haber cenado juntos y de haber visto una película, sentados en un café del Boulevard Montparnasse, tomando una cerveza, cuando entró Larry. Suzanne reprimió una exclamación de asombro, y con gran sorpresa por mi parte, le llamó. Se acercó él, besó a Suzanne y me dio a mí la mano. Comprendí que a duras penas creía lo que veían sus ojos.

—¿Me puedo sentar? —dijo Larry—. No he cenado aún y voy a tomar algo.

—¡Oh! Pero qué alegría volver a verte, mon petit —dijo ella, brillándole los ojos—. ¿De dónde has salido? ¿Y por qué no has dado señales de vida durante todos estos años? ¡Dios mío!, ¡qué delgado estás! Por las noticias que he tenido tuyas, igual pudieras haberte muerto.

—Pues todavía no me he muerto —dijo él con ojos rebosantes de buen humor—. ¿Cómo está Odette?

Así se llamaba la hija de Suzanne.

—Está convirtiéndose en una mujer. Y es bonita. Todavía se acuerda de ti.

—Nunca me has dicho que conocieras a Larry —dije yo.

—¿Y por qué iba a decírtelo? No sabía que tú le conocías. Somos antiguos amigos.

Larry encargó unos huevos con jamón. Suzanne le contó todo lo referente a su hija, y después lo concerniente a ella misma. Mientras charlaba, Larry estuvo escuchándola con aquella característica y encantadora sonrisa. Le dijo que llevaba una vida tranquila, que se había dedicado a pintar, y volviéndose hacia mí añadió:

—¿No crees que estoy progresando? No me creo ningún genio, pero tengo talento como muchos pintores que he conocido.

—¿Vendes algún cuadro? —preguntó Larry.

—No lo necesito —respondió ella alegremente—. Tengo ingresos particulares.

—Una chica con suerte.

—No, con suerte no; lista. Tienes que venir a ver mis cuadros.

Anotó su dirección en un trozo de papel y le hizo prometer que iría. Suzanne, muy excitada, continuó charlando por los codos. Larry pidió su cuenta.

Pagó, y luego de saludarnos con la mano nos dejó. Me eché a reír. Tenía una habilidad especial para desaparecer inopinadamente y sin ninguna explicación. Siempre desaparecía como si se esfumara.

—¿Por qué se ha ido tan de repente? —dijo Suzanne, mohína.

—Quizá le esté esperando alguna muchacha —respondí en broma.

—¡Qué idea! —Sacó su polvera del bolso y se dio polvos—. Me da lástima cualquier mujer que se enamore de él. *Oh, la la!*

—¿Por qué lo dices?

Me miró durante un minuto con una seriedad que no era frecuente en ella.

—Una vez estuve a punto de enamorarme de él. Igual podría una enamorarse de una imagen

reflejada en el agua, o de un rayo de sol o de una nube del cielo. Escapé por muy poco. Aún tiemblo cuando pienso en ello.

Al diablo la discreción. No hubiera sido humano si no hubiese querido saber lo ocurrido. Me alegré de que Suzanne fuera un ser absolutamente desprovisto de reserva.

—¿Cómo diablos le conociste? —pregunté.

—¡Oh! Fue hace años. Seis, siete años. No me acuerdo. Odette tenía cinco. Larry conocía a Marcel, con quien yo estaba viviendo entonces. Solía ir al estudio y allí se sentaba mientras yo posaba. Algunos días nos llevaba a cenar. Nunca sabíamos cuándo aparecería por allí. Había veces que se pasaba varias semanas sin presentarse, y luego le veíamos dos o tres días seguidos. A Marcel le gustaba tenerle allí, y decía que cuando estaba en el estudio pintaba mejor. Entonces cogí mis tifoideas. Cuando salí del hospital lo pasé mal. —Se encogió de hombros—. Pero todo eso ya te lo he contado. Un día, había estado recorriendo los estudios tratando de encontrar trabajo, pero nadie me quiso de modelo; no había tomado en todo el día más que un vaso de leche y un croissant, ni sabía cómo me las iba arreglar para pagar el cuarto, cuando me di de manos a boca con Larry en el Boulevard Clichy. Me paró y me preguntó cómo me iba, y yo le contesté lo de mis tifoideas, y entonces él me dijo: «Tienes cara de hambre». Y algo que vi en su cara y en sus ojos acabó con los ánimos que me quedaban y me eché a llorar.

»Estábamos al lado de “La Mère Mariette”, y cogiéndome de un brazo me llevó allí y me hizo sentarme a una mesa. Tenía tanta hambre que estaba dispuesta a comerme aunque fuese una bota, pero cuando me sirvieron la tortilla vi que no podía pasar bocado. Me obligó a tomar un poquito y me dio un vaso de borgoña. Entonces me sentí algo mejor y comí unos espárragos. Le conté todas mis desgracias. Estaba demasiado débil para estar en la misma postura mucho tiempo seguido y no servía para modelo. Además, estaba en los huesos, y horrorosa. No podía esperar encontrar un amigo. Le pregunté si me quería prestar dinero para volverme a mi pueblo. Allí, al menos, tendría a mi hija. Él me dijo que si me hacía ilusión volver allí, y yo le respondí negativamente. Mamá no me quería allí, pues a ellas apenas le llegaba su pensión para vivir, con lo caro que estaba todo, y del dinero que yo mandé a Odette ya no quedaba nada; pero, naturalmente, si me presentaba yo allí no me iba a cerrar la puerta, pues vería que estaba mala. Larry me estuvo mirando un buen rato, y cuando yo creía que iba a decirme que no podía prestarme el dinero, me dijo:

»—¿Te gustaría venir conmigo a un sitio que conozco, en la mitad del campo? Podrías traer a Odette. Tengo ganas de unas vacaciones.

»Apenas pude dar crédito a mis oídos. Ya hacía años que le conocía y nunca se me había insinuado.

»—¿En este estado? —le dije. No pude reprimir la risa—. Mi pobre amigo —le dije—, en estos momentos no puedo ser de ninguna utilidad para ningún hombre.

»Él se sonrió. ¿Has notado qué sonrisa más maravillosa tiene? Dulce como la miel.

»—No seas boba —me dijo—. No estaba pensando en eso.

»Para entonces yo estaba llorando ya de tal manera que no pude hablar. Me dio dinero para que fuera a buscar a la niña y nos marchamos los tres juntos al campo. ¡Y a qué sitio tan encantador nos llevó!

Suzanne me lo describió. Estaba a tres millas de una pequeña ciudad, cuyo nombre he olvidado, y

desde allí hasta la hostería fueron en automóvil. Era un edificio destartado, a la orilla de un río, con un jardincillo que bajaba hasta éste. Crecían en él árboles de sombra, debajo de los cuales acostumbraban comer. En verano frecuentaban el lugar los pintores, pero estaba aún poco avanzada la estación y se hallaban solos en la hostería. La cocina del establecimiento tenía fama y los domingos llegaban allí gentes de muy diversos lugares en automóviles para gozar de las rústicas suculencias; pero entre semana rara vez se veía perturbada la profunda paz. El descanso, la buena comida y el vino fortalecieron a Suzanne, quien se encontraba feliz por tener consigo a la niña.

—Estuvo todo el tiempo muy cariñoso con Odette, que le adoraba, y yo tenía que intervenir constantemente para que no le aburriera, aunque a él parecía no importarle, por mucho que la niña le molestara. Me hacían reír; parecían dos criaturas cuando jugaban juntos.

—¿Y qué hacíais? —le pregunté.

—No nos faltaba qué hacer. Solíamos ir de pesca en un bote, y algunas veces el patrón nos prestaba su «Citroen» e íbamos a la ciudad. A Larry le gustaban, sobre todo, sus casas antiguas y la plaza. Era tan grande el silencio, que no oíamos más que nuestros pasos sobre los adoquines. Había un *hôtel de ville* Luis XIV y una iglesia antigua, y en un extremo de la ciudad, un castillo con un jardín de Le Nôtre. Cuando nos sentábamos en el café de la plaza, era como si el tiempo hubiera retrocedido tres siglos, y el «Citroen», parado junto a la acera, no parecía pertenecer a aquel mundo.

Fue durante una de esas excursiones cuando Larry le contó lo referente al muchacho aviador, que he narrado en los comienzos de este libro.

—¿Por qué te lo diría? —pregunté.

—No tengo idea. En la ciudad hubo un hospital durante la guerra, y en su cementerio vimos filas y más filas de crucecitas. Fuimos allá, y aunque estuvimos poco tiempo, me impresionó: todos aquellos muchachos enterrados allí... Larry fue muy callado mientras regresábamos. Nunca comía gran cosa, pero aquella noche casi no probó la cena. Me acuerdo muy bien. Hacía una noche magnífica, estrellada, y nos sentamos a la orilla del río. Estaba delicioso, con los álamos silueteados contra la oscuridad. Larry encendió su pipa, y de repente, *à propos de bottes*, empezó a hablarme de su amigo y de cómo murió por salvarle a él la vida. —Suzanne tomó un sorbo de cerveza—. Es un hombre extraño. Nunca le entenderé. Le gustaba leerme en voz alta. Unas veces durante el día, mientras yo cosía ropa de la niña, y otras de noche, después de haberla yo acostado.

—¿Qué te leía?

—Toda clase de cosas. Las cartas de Madame de Sévigné y trozos de Saint-Simon. *Imagine toi*, yo que nunca había leído más que el periódico, y una novela de tarde en tarde, cuando oía hablar de ella en los estudios y no quería que me tuvieran por tonta. No tenía ni idea de que el leer pudiera ser tan interesante. Ésos escritores no eran tan necios como pudiera creerse.

—¿Como pudiera creer quién? —dije riendo.

—Otras veces me hacía leer con él. Así leímos *Phèdre* y *Bérénice*. Él leía los papeles de hombre y yo los de mujer. No tienes idea de lo divertido que resultaba —añadió ingenuamente—. Cuando yo lloraba en las escenas más dramáticas, Larry me miraba con una mirada de lo más extraña. Naturalmente, es que estaba muy débil. ¿Sabes que aún conservo los libros? Aún hoy no puedo leer algunas de las cartas de Madame de Sévigné, que él me leyó, sin oír su voz maravillosa, y sin ver el río que corría tan mansamente, y los álamos de la otra orilla; a veces no puedo seguir leyendo,

porque me duele el corazón. Ahora sé que aquéllas fueron las semanas más felices de mi vida. Ése hombre es un ángel de dulcísima bondad.

Suzanne vio que estaba poniéndose sentimental, y temió erróneamente que me riera de ella. Se encogió de hombros sonriendo.

—Siempre he pensado que cuando llegue a la edad en que ya no encuentre ningún hombre que quiera entretenerse conmigo, me reconciliaré con la Iglesia y me arrepentiré de mis pecados. Pero por nada del mundo me arrepentiré nunca de los que cometí con Larry. ¡Nunca! ¡Jamás!

—Pero, por lo que me has contado hasta ahora, no veo nada de que sea posible que te arrepientas.

—Aún no te he contado más que la mitad. Tengo buena naturaleza, y dado el mucho tiempo que pasaba al aire libre, con la buena comida y el sueño abundante, sin tener la más mínima preocupación, al cabo de tres o cuatro semanas me encontraba más fuerte que nunca. Y mejoró mi aspecto; tenía buen color, mi pelo había recobrado su brillo, y me sentía como si tuviese veinte años. Larry solía nadar todas las mañanas en el río, y yo le contemplaba. Tiene un cuerpo magnífico, no de atleta como mi escandinavo, pero fuerte y de gracia infinita.

»Había tenido mucha paciencia conmigo mientras estuve enferma; pero como ya me encontraba perfectamente bien, no vi ninguna razón para hacerle esperar más. Le insinué una o dos veces que ya me encontraba dispuesta a cualquier cosa, pero creo que no me entendió. Naturalmente, vosotros los anglosajones sois raros, unos brutos, y al mismo tiempo unos sentimentales; no se puede negar que no sois buenos amantes. Me dije que quizá después de haber hecho tanto por mí, y de dejarme que llevara a la niña, su delicadeza no le dejaba pedirme aquello a que tenía derecho.

Empecé a reír.

—Me alegro ver que lo encuentras divertido —dijo, algo mohína; pero se rindió a su sentido de lo cómico y unió su risa a la mía—. Pronto descubrí que si esperaba a que él me dijera algo, podía aguardar indefinidamente, y, por lo tanto, cuando me parecía bien iba sencillamente a su cuarto y me metía en la cama. Siempre estuvo muy simpático. Tenía los instintos normales y corrientes; le pasaba lo que al hombre muy atareado, que se olvida de comer, pero que cuando se le sirve una buena cena come con apetito de persona sana. Sé perfectamente cuándo está un hombre enamorado de mí y hubiera sido una estúpida creyéndole enamorado; pero lo que sí pensé fue que acabaría por acostumbrarse a mí. Una tiene que ser práctica, y se me ocurrió que sería una magnífica solución para mí que a nuestro regreso a París me llevara a vivir con él. Sabía que me dejaría tener a la niña conmigo, lo cual me hacía ilusión. Mi instinto me dijo que cometería una tontería si me enamoraba de él, pues las mujeres son desgraciadas, y muy a menudo, cuando se enamoran, dejan de ser dignas de amor; por lo cual decidí tener cuidado.

Dio Suzanne una chupada a su cigarrillo, se tragó el humo y lo echó por la nariz. Iba haciéndose tarde, y muchas mesas estaban ya desocupadas, aunque junto al mostrador aún había un grupo de personas.

—Una mañana, después del desayuno, estaba yo sentada a la orilla del río, mientras Odette jugaba con unas construcciones que Larry le había regalado, cuando vino éste hacia mí.

»—Vengo a decirte adiós —me dijo.

»—¿Te vas a algún sitio? —le dije, sorprendida.

»—Sí.

»—Pero ¿no para siempre?

»—Ahora estás repuesta. Aquí tienes el suficiente dinero para pasar el resto del verano y para empezar a vivir cuando vuelvas a París.

»—¿He hecho algo que te haya molestado?

»—Nada. No pienses ni por un momento semejante cosa. Pero tengo que trabajar. Lo hemos pasado admirablemente aquí. Odette, ven aquí y di adiós a tu tío.

»Odette era demasiado pequeña para entender. Larry la cogió en brazos y le dio un beso. Luego me besó a mí y se fue hacia el hotel. Al cabo de un minuto oí el coche que arrancaba. Miré los billetes de Banco que tenía en la mano. Doce mil francos.

Todo ocurrió tan aprisa que no tuve tiempo de hacer nada. Zut alors, me dije, al menos debo de estar contenta por no haberme enamorado. Pero no pude comprender nada.

Me vi obligado a reír.

—Mira, durante cierto tiempo logré cierta fama de humorista por el sencillo procedimiento de decir la verdad. Esto sorprendía tanto a la gente, que la mayor parte de ella creía que yo estaba diciendo cosas graciosas.

—No veo qué tiene eso que ver con...

—Verás. Larry es, me parece, la única persona que he conocido completamente desinteresada. Esto hace que su conducta parezca estrambótica. Y es que no estamos acostumbrados a ver personas que hacen cosas sencillamente por amor a un Dios en que no creen.

Suzanne me miró, asombrada.

—Mi pobre amigo, has bebido demasiado.

CAPITULO QUINTO

Tomé con calma el trabajo que me había llevado a París, agradable en primavera, floridos los castaños de los Champs Elysées y bañadas de alegre luz las calles. Flotaba en el aire el placer, un placer ligero y transitorio, sensual sin grosería, que hacía el andar más elástico y aguzaba la inteligencia. Me sentía feliz con la compañía de mis distintos amigos, y sentía en mi corazón amables recuerdos de tiempos pasados. Al menos en espíritu, recobré algo del vivo calor de la juventud. Juzgué necio permitir que el trabajo estropeará la delicia del momento pasajero, de la cual acaso nunca volviera a disfrutar.

Isabel, Gray, Larry y yo hicimos numerosas excursiones a lugares de interés, situados a cómoda distancia. Fuimos a Chantilly, a Versalles, a Saint Germain y a Fontainebleau. Dondequiera que íbamos, comíamos bien y copiosamente. Gray comía abundantemente para saciar su enorme corpachón, y no era raro que libase con excesiva copiosidad. Su salud, fuera merced al tratamiento de Larry, o simplemente debido al fluir del tiempo, había mejorado sin duda alguna. Ya no sufría aquellos atormentadores dolores de cabeza, y sus ojos iban perdiendo la expresión atónita y desconcertada que encontré tan digna de piedad cuando le vi llegar yo a París. No hablaba mucho si no era para contar, de tarde en tarde, alguna larguísima historia, pero celebraba con muy sonoras carcajadas las bromas de Isabel y mías. Lo pasaba bien. Aunque nada ameno, era tan excelente su humor y disfrutaba con tan poca cosa, que resultaba imposible no encontrarle simpático. Era uno de esos hombres cuya compañía vacilamos en aceptar durante una velada literaria, aunque pensemos gustosamente en ella si de seis meses se trata.

La contemplación del amor que a Isabel profesaba era causa de delicia. Adoraba su belleza y la tenía por la más brillante y fascinadora criatura del mundo; y su devoción a Larry, devoción perruna, era conmovedora. También parecía que Larry lo estaba pasando bien, y nació en mí la idea de que consideraba aquella temporada como una especie de vacaciones en medio de la ejecución de cualesquiera proyectos que tuviera formados, y que estaba disfrutando serenamente de ellas hasta el máximo de sus posibilidades. Tampoco él se mostraba hablador, pero no importaba, pues su mera compañía era ya conversación suficiente. Era tanta su naturalidad, mostraba tan placentera alegría, que no se sentía junto a él necesidad de pedirle más de lo que daba, y yo bien sabía que si los días que pasamos juntos fueron tan felices se debió a estar él entre nosotros. Aunque nunca decía cosas ingeniosas ni graciosos donaires, sé que sin él hubiésemos estado apagados.

Al regreso de una de estas giras presencié una escena sorprendente. Habíamos estado en Chartres y regresábamos hacia París. Gray iba conduciendo, con Larry sentado junto a él; Isabel y yo íbamos detrás. Estábamos cansados después de un día que resultó agotador. Larry llevaba un brazo descansando a todo lo largo del respaldo del asiento delantero. El puño de la camisa, desplazado hacia arriba por la postura, dejaba ver la muñeca, delgada pero vigorosa, y parte del antebrazo, tostado por el sol y tenuemente cubierto de vellos finísimos, dorados por el sol, que brillaba sobre ellos. La inmovilidad de Isabel me llamó la atención y volví hacia ella la mirada. Era tal su estatismo, que pudiera habérsela creído hipnotizada. Respiraba agitadamente. Tenía la vista clavada

en el musculoso antebrazo y en sus dorados y finos vellos, y en la mano, larga y delicada, pero poderosa, y jamás he visto en humano semblante la hambrienta concupiscencia que vi expresada por el suyo. Era una máscara de lujuria. Nunca pudiera imaginar que sus bellísimas facciones fueran capaces de asumir una expresión de tan desenfadada sensualidad. Era más bestial que humana. Vi su rostro desposeído de belleza; aquella expresión lo tornaba odioso y amedrentador. Hacía pensar inevitablemente en una hembra encelada, y sentí asco. No advertía ella mi presencia; no advertía nada, sino aquella mano, que descansaba negligentemente a lo largo del respaldo y que la llenaba de frenético deseo. Entonces, algo como un espasmo tembló en su cara, se estremeció ella toda, y cerrando los ojos dejó caer el cuerpo sobre el rincón del coche.

—Dame un cigarrillo —dijo con una voz tan bronca que apenas la reconocí.

Saqué uno de mi petaca y se lo encendí. Comenzó a fumarlo con avidez. Durante el resto del camino miró por la ventanilla, sin decir nada.

Así que llegamos a su casa, Gray pidió a Larry que me llevase al hotel y guardara luego el coche en el garaje. Larry ocupó el asiento del conductor, y yo el contiguo. Cuando cruzaban la acera, Isabel tomó del brazo a Gray y apretándose contra él, le dirigió una mirada que no pude ver, pero cuyo significado adiviné. Supuse que Gray tendría aquella noche una apasionada compañera, pero que jamás adivinaría los remordimientos causantes de tal ardor.

Se acercaba ya el mes de junio y tenía yo que regresar a la Costa. Unos amigos de Elliott, que se iban a América, habían prestado su casa en Dinard a los Maturin, y allí pensaban dirigirse Isabel y Gray con las niñas tan pronto como cerraran los colegios. Larry pensaba permanecer trabajando en París, pero se iba a comprar un «Citroen» de segunda mano y les había prometido pasar unos días con ellos durante el mes de agosto. La última noche de mi estancia en París, convidé a los tres a cenar conmigo.

Aquella noche fue cuando nos encontramos con Sophie Macdonald.

Isabel concibió el deseo de recorrer los lugares de reunión nocturna de más baja estofa, y como no me fueran desconocidos, me pidió que les sirviera de guía. No me agradó la idea, porque en los lugares de esa índole que hay en París no es raro que den muy evidentes y poco agradables muestras de la escasa complacencia con que ven llegar a ellos turistas procedentes de otro mundo. Pero Isabel insistió. Le advertí que resultaría tedioso y le supliqué que se vistiese con sencillez. Cenamos tarde, pasamos una hora en el «Folies–Bergère» y nos pusimos en marcha. Los llevé ante todo a una bodega cercana a Notre Dame, frecuentada por chulos y ramera. Yo conocía al propietario, y él mismo nos hizo sitio en una larga mesa a la cual estaban sentados muy indeseables personajes; pero pedí yo vino para todos, y brindamos los unos por los otros. Hacía calor, estaba cargado de humo el aire y no era grande la limpieza. Los llevé a las «Sphynx», donde unas mujeres, sin más ropa que sus ricos pero deslucidos trajes de noche, exhibiendo los pechos completamente desnudos, se sientan en dos bancos enfrente el uno del otro, y cuando la música toca bailan juntas melancólicamente, avizorando ansiosamente hacia los hombres, que se sientan ante mesas de mármol alrededor del salón. Algunas de las mujeres guiñaron a Isabel al pasar cerca de nosotros, y yo me pregunté si ésta sabría lo que querían decir. Desde allí nos dirigimos a la rue de Lappe. Es una calle sucia, estrecha, y nada más que entrar en ella se recibe una impresión de sórdida lujuria. Entramos en un café. Allí, el acostumbrado muchacho, pálido y enfermizo, tocaba el piano, mientras otro hombre de más edad rascaba un violín y un tercero hacía ruidos discordes con un saxófono. Estaba abarrotado y no parecía haber ninguna mesa disponible; pero el patrón, al ver que éramos clientes con dinero que gastar, hizo levantarse sin ninguna ceremonia a una pareja, obligándolos a sentarse a una mesa ya ocupada, y nos acomodó. Las dos personas desalojadas no lo tomaron de buen grado, y comenzaron a hacer comentarios que no podrían tomarse como halagüeños. Muchos de los presentes bailaban; marineros con un rojo pompón en las gorras, hombres por lo general sin destocar, y con pañuelo al cuello; mujeres de edad madura y muchachas de pocos años pintadas y repintadas, sin sombrero, con faldas cortas y blusas de colores. Algunos hombres bailaban con muchachos carnosos, de ojos pintados; mujeres flacas, de duras facciones, bailaban con otras gruesas y de pintado pelo; otras eran parejas mixtas. La atmósfera estaba cargada de humo y de los efluvios del alcohol y de los cuerpos sudorosos. La música tocaba interminablemente, y la desagradable chusma seguía dando vueltas, brillantes de sudor las caras, con una solemne intensidad que resultaba horrible. Había algunos hombretones de aspecto brutal, pero por lo general eran los presentes entecos y flacos. Miré a los tres que tocaban. Hubieran podido ser fantoches mecánicos, tan automática era su ejecución, y me pregunté si era posible que en otros tiempos, cuando comenzaron sus carreras, habrían pensado que iban a ser músicos a quienes acudiría la gente a escuchar y aplaudir desde muy lejos. Hasta para tocar mal el violín es necesario tomar lecciones y practicar. ¿Era plausible pensar que aquel violinista se tomara tanta molestia para tocar fox-trots hasta altas horas de la madrugada en aquel apestoso y vil ambiente? Cesó la música, y el pianista se enjugó el rostro con un pañuelo sucio. Los bailarines fueron acercándose a sus mesas, arrastrando los pies, o contoneándose. Y en aquel

momento llegó a nuestros oídos una procaz exclamación puramente norteamericana.

Se levantó una mujer de una de las mesas del otro extremo del café. El hombre que la acompañaba intentó detenerla, pero ella le apartó de un empujón y atravesó la pista con paso inseguro. Estaba muy borracha. Se acercó a nuestra mesa y se detuvo ante ella, vacilante y sonriendo estúpidamente. Dijérase que encontraba nuestra contemplación profundamente divertida. Miré a mis compañeros. Los ojos de Isabel, clavados en la mujer, carecían de expresión. Gray tenía la cara arrugada por una mueca hosca. Larry la miraba como si no pudiera dar crédito a sus ojos.

—¡Hola! —dijo la mujer.

—¡Sophie! —exclamó Isabel.

—¿Pues quién demonios creíais que era? —dijo con voz que parecía un gorgoteo. Agarró a un camarero que pasaba—: Vincent, tráeme una silla.

—Tráetela tú —replicó él, zafándose.

—*Salaud!* —chilló ella escupiéndole.

—*T'en fais pas*, Sophie —dijo un hombre corpulento y grandón, de abundante y muy grasiento pelo, que estaba sentado junto a nosotros en mangas de camisa—: Aquí tienes una silla.

—¡Mira que encontraros a todos así! —dijo ella aún tambaleándose—. ¿Qué hay, Larry?

¡Hola, Gray! —Se dejó caer en la silla que el hombre que le había hablado colocó detrás de ella—. Vamos a beber todos algo. ¡Patrón! —gritó.

Ya había advertido que el propietario nos estaba vigilando. Se aproximó a nuestra mesa.

—¿Conoces a estos señores, Sophie? —preguntó tuteándola.

—*Ta gueule* —respondió ella con risa de borracha—. ¡Son amigos de mi infancia! Y los voy a convidar a una botella de champaña. Y no nos traigas *urine de cheval*. Tráeme algo que pueda beberse sin vomitar.

—Estás borracha, *ma pauvre Sophie*.

—Vete al diablo.

El hombre se alejó, complacido de poder vender una botella de champaña (nosotros, por miedo, estábamos bebiendo coñac con sifón), y Sophie me miró inexpresivamente un momento.

—¿Y quién es éste?

Isabel le dijo mi nombre.

—¡Ah! Ya me acuerdo. Una vez fuiste a Chicago. Eres un tío estirado, ¿no?

—Puede ser —respondí sonriendo.

No la recordaba en absoluto, pero no me sorprendió, pues hacía más de diez años que no había estado en Chicago, y conocía allí a mucha gente, y aún más desde entonces.

Era una mujer alta, y de pie parecía serlo más, pues era muy delgada. Vestía una blusa de seda verde brillante, arrugada y con manchas, y una falda negra y corta. El pelo, muy corto, de amplia ondulación, pero revuelto, lo tenía teñido de un rubio llamativo. Estaba grotescamente pintada, con las mejillas cubiertas de colorete hasta los ojos; los párpados superiores e inferiores, casi ocultos bajo una capa azul. Cejas y pestañas desaparecían bajo la pintura, y la boca era escarlata gracias a la barra de los labios. Las manos, de pintadas uñas, no pecaban de limpias. Parecía la más vil de todas las mujerzuelas allí congregadas, y tuve la sospecha de que no solamente estaba borracha, sino bajo la influencia de algún estupefaciente. Mas sería inútil negar que poseía cierto vicioso atractivo; la

arrogante inclinación de su cabeza y la pintura del rostro acentuaban el sorprendente color verde de sus ojos. Aun en su estado de embriaguez, era perceptible en ella una descarada impudicia que muy comprensiblemente atraería a cuanto de vil encierra el hombre. Nos abarcó a todos con una mirada sarcástica.

—No parece que estéis demasiado encantados de verme.

—Ya había oído decir que estabas en París —dijo Isabel con una sonrisa helada.

—Pues ya podías haberme llamado. Estoy en la lista de teléfonos.

—No llevamos aquí mucho tiempo.

Gray acudió en su socorro.

—¿Te diviertes en París, Sophie?

—¡Vaya! Tú te quedaste sin un centavo, ¿no, Gray?

—Sí.

—¡Mala pata! Supongo que Chicago estará ahora terrible. Yo tuve suerte yéndome a tiempo.

¿Qué tal y cuál está haciendo ese hijo de mala madre que no nos trae de beber?

—Ya viene —dije yo, al ver al camarero avanzando en zigzag por entre las mesas, con vasos y una botella en una bandeja.

Mi respuesta atrajo su atención sobre mí.

—Mi encantadora familia política me echó a patadas de Chicago. Dijeron que estaba echando a perder sus f... reputaciones. —Soltó una carcajada bestial—. Ahora me pasan una renta.

Llegó el champaña y fue servido. Sophie se llevó una copa a los labios con mano temblona.

—Al diablo los tíos estirados —dijo; y luego de vaciar la copa, miró a Larry—: No parece que tengas mucho que decir, Larry.

Larry había estado contemplándola con cara compasiva. No le había quitado de encima los ojos desde que se aproximó a nosotros. Sonrió cordialmente.

—No soy hablador.

Empezó a tocar la música de nuevo y se acercó a nuestra mesa un hombre. Era alto, bien formado, de gran nariz aguileña, abundante pelo negro cubierto de brillantina y gruesos labios sensuales. Parecía un avieso Savonarola. Como la mayoría de los presentes, no llevaba cuello, y conservaba abrochada la muy ceñida chaqueta para exhibir el talle.

—Venga, Sophie. Vamos a bailar.

—Déjame. Estoy ocupada. ¿No ves que estoy con unos amigos?

—*J'm en fous de tes amis*. A bailar he dicho.

La agarró de un brazo, pero ella se libró de un tirón.

—*Fous-moi la paix* —gritó ella con repentina violencia, añadiendo una obscenidad, a la que él contestó con otra parecida. Pero la última la dijo Sophie.

Gray no entendía lo que estaban diciendo, pero percibí que Isabel, con ese extraño conocimiento que las mujeres más virtuosas parecen tener de lo obsceno, comprendía perfectamente, y una mueca de asco endureció su expresión. Alzó el hombre el brazo, abierta la mano, mano callosa de trabajador, e iba a abofetear a Sophie cuando Gray medio se levantó de su silla y le gritó con su execrable acento:

—*Allaiz vous ong*.

Se detuvo el hombre y dirigió a Gray una mirada de furia.

—Cuidado, Coco —dijo Sophie con una risa de hiel—. Éste te puede.

El hombre se dio cuenta de la enorme corpulencia de Gray, de su peso y aparente vigor. Se encogió de hombros malhumoradamente y arrojándonos una palabrota, se alejó mohíno. Sophie rió sonoramente. Los demás callamos. Yo le volví a llenar el vaso.

—¿Vives en París, Larry? —preguntó, después de apurarlo.

—Por el momento sí.

Siempre es arduo conversar con un borracho, y de nada sirve negar que el que no lo está se encuentra en muy notoria desventaja. Continuamos hablando durante unos minutos, forzados, violentos. Entonces Sophie retiró su silla de la mesa.

—Si no vuelvo con él, mi amigo se va a poner hecho una furia. Tiene malas pulgas, *but Christ, he's a good screw*. —Se puso de pie—. Hasta la vista, chicos. Volved por aquí. Yo vengo todas las noches.

Se abrió camino a empujones y desapareció entre los que bailaban. El helado desprecio retratado en la cara de Isabel casi me hizo reír. Todos callamos.

—Esto es asqueroso —dijo Isabel de pronto—. Vámonos.

Pagué lo que habíamos bebido y el champaña de Sophie, y salimos todos juntos. Casi todos los presentes estaban bailando y nuestra marcha no provocó comentarios. Eran más de las dos, y buena hora, en mi sentir, de irnos a acostar; pero Gray dijo que tenía hambre, lo que me hizo proponer que fuéramos al «Graf», en Montmartre, para comer algo. Según subíamos hacia allá en el coche, fuimos en silencio. Yo iba sentado junto a Gray para indicarle el camino. Llegamos al ostentoso establecimiento, entramos y pedimos huevos con tocino y cerveza. Isabel, al menos en apariencia, había recobrado la serenidad. Me felicitó, quizá con un dejo de ironía, acerca de mi conocimiento de los lugares más infames de París.

—Tú lo quisiste —le dije.

—Y me he divertido en grande. He pasado una noche magnífica.

—Vamos, Isabel —dijo Gray—. Ha sido repugnante. Y encima, Sophie.

Isabel se encogió de hombros con visible indiferencia.

—¿No te acuerdas de ella en absoluto? —me preguntó—. Estuvo sentada a tu lado la primera vez que cenaste con nosotros. Entonces no tenía ese terrible pelo colorado. Su color natural es rubio sucio.

Traté de recordar. Me presentó la memoria la imagen de una muchacha muy joven, de ojos azules, tirando a verdes, y de gallarda cabeza. No era bonita, pero sí de grata lozanía, e ingenua, con una mezcla de timidez y descaro que encontré divertida.

—Claro que me acuerdo. Me gustó su nombre. Una tía mía se llamaba Sophie.

—Se casó con un chico amigo de casa: Bob Macdonald.

—Buen muchacho —dijo Gray.

—Uno de los más guapos que he conocido. Nunca comprendí lo que pudo ver en Sophie. Se casaron casi al mismo tiempo que nosotros. Los padres de Sophie se divorciaron, y su madre se volvió a casar con uno de la «Standard Oil» destinado en China. Ella vivía con la familia de su padre, en Marvin, y la veíamos mucho; pero cuando se casó, se apartó de nuestra pandilla no sé por

qué. Bob Macdonald era abogado, pero no ganaba mucho, y vivían en un pisito de North Side. Pero no fue por eso. No querían tratarse con nadie. Jamás he conocido a una pareja más enamorada. Cuando llevaban dos o tres años casados, y tenían un niño y todo, iban al cine y él se sentaba rodeándole la cintura a Sophie con un brazo, y ella con la cabeza apoyada en el hombro de él. Eran la diversión de Chicago.

Larry escuchaba a Isabel sin hacer ningún comentario, y con expresión inescrutable.

—¿Y qué pasó? —pregunté.

—Una noche volvían ellos y el niño hacia Chicago en un cochecito abierto que tenían. Le tenían que llevar a todas partes, por no tener criados. Sophie hacía todo el trabajo de la casa. Además estaban chiflados con el niño. Unos borrachos en un coche cerrado y muy grande, se estrellaron contra ellos de frente, a 130 kilómetros por hora. Bob y el niño murieron instantáneamente, pero Sophie escapó conmocionada y con un par de costillas rotas. Le ocultaron todo el tiempo posible que Bob y el niño se habían matado, pero llegó un momento en que se lo tuvieron que decir. Parece que fue horrible. Casi perdió la razón. Estuvo dando aullidos no sé cuánto tiempo. La tenían que vigilar noche y día, y una vez casi consiguió tirarse por la ventana. Naturalmente, todos hicimos lo que pudimos, pero parecía como si nos odiara. Cuando salió del hospital la metieron en un sanatorio, y estuvo allí bastantes meses.

—¡Pobrecilla!

—Cuando la dejaron salir empezó a beber, y cuando estaba borracha se iba a la cama con el primero que se lo decía. Fue un calvario para la familia de su marido, que era gente buena y tranquila y odiaban el escándalo. Al principio todos procuramos ayudarla, pero no se podía hacer nada. La convidabas a cenar y se presentaba con una borrachera, y generalmente se caía al suelo sin sentido antes de acabar la noche. Luego empezó a tratar a gente indeseable y tuvimos que dejar de verla. Una vez la detuvieron por conducir embriagada. Iba con un italiano al que acababa de conocer en un bar clandestino, y resultó que la policía andaba detrás de él.

—Pero ¿tenía dinero? —pregunté.

—El seguro de Bob. Los dueños del automóvil causa del accidente estaban asegurados, y algo les sacó. Pero no le duró mucho tiempo. Se lo gastó como un marinero borrachín, y al cabo de dos años no tenía un centavo. Su abuela no quiso tenerla en Marvin. Entonces su familia política le dijo que si se iba a vivir al extranjero le pasarían una renta mensual. Y supongo que de ella vive.

—La rueda ha dado la vuelta completa —comenté—. Hubo un tiempo en que cuando en una familia surgía un calavera o algo así, si era de mi país, le mandaban a América. Ahora parece que le mandan desde América a Europa.

—Yo no puedo dejar de sentir lástima de ella —dijo Gray.

—¿No? —dijo Isabel tranquilamente—. Yo sí. Claro que cuando empezó la cosa fue para mí un golpe, y nadie puede tenerle más lástima de la que yo sentí por ella. Nos habíamos conocido toda la vida. Pero una persona normal se sobrepone a esas cosas. Si ella no ha podido y se ha entregado, es señal de que siempre tuvo malas intenciones ocultas. Era una desequilibrada; hasta su amor por Bob era exagerado. Si hubiera tenido carácter habría podido hacer algo con su vida.

—¿No crees que eres muy dura, Isabel? —murmuré.

—Nada de dura; lo que pasa es que tengo sentido común y no veo ningún motivo para ponerse

sentimental hablando de Sophie. Dios sabe que no es posible querer a nadie más de lo que yo quiero a Gray y a las niñas, y si se mataran en un accidente de automóvil creo que perdería la cabeza, pero antes o después recobraría el dominio de mis nervios. ¿No es eso lo que te gustaría que hiciera, Gray, o preferirías que me cogiese una borrachera todas las noches y tuviese que ver con todos los apaches de París?

Gray hizo entonces el comentario más cercano al humorismo que nunca le oí:

—Claro es que yo preferiría que te arrojas a mi pira funeraria con un traje nuevo de «Molyneux», pero como eso ya ha pasado de moda, supongo que lo mejor que podías hacer sería dedicarte al bridge. Y me gustaría también que no olvidaras jamás que no se debe abrir con un triunfo sin tener, por lo menos, de tres y media a cuatro bazas seguras.

No era propicia la coyuntura para decirle yo a Isabel que el amor que profesaba a su marido y a sus hijas, aunque verdadero, poco tenía de apasionado. Quizás intuyera el pensamiento que me cruzaba por la cabeza, pues volviéndose hacia mí me interrogó casi con truculencia:

—¿Qué ibas a decir?

—Me pasa lo que a Gray. Me da lástima la chica.

—No es una chica; tiene treinta años.

—Supongo que cuando se mataron su marido y su hijo, para ella fue como si el mundo se hubiera acabado. Supongo que dejó de importarle lo que pudiera ocurrirle y que se arrojó a esa vida de beber y de viles amores para vengarse de la fatalidad, que tan cruelmente la trató. Había estado viviendo en el paraíso, y cuando lo perdió no pudo soportar la vulgar tierra de la humanidad vulgar, y se arrojó de cabeza al infierno. Digo yo que, privada del néctar de los dioses, decidió que igual le daría beber ginebra adulterada.

—Ésas son las cosas que decís en las novelas. Pero no son más que bobadas, y tú lo sabes. Sophie se revuelve en el muladar porque le gusta. Hay otras mujeres que han perdido a sus maridos y a sus hijos. No fue eso lo que la empujó al vicio. El vicio no nace nunca de la bondad. El vicio estuvo siempre latente en ella. Cuando aquel accidente de automóvil rompió el dique, quedó ella libre para conducirse naturalmente. No necesitas desperdiciar tu piedad con ella: es ahora lo que siempre fue en el fondo.

Larry había permanecido silencioso todo el tiempo. Parecía estar sumido en sus propios pensamientos y creí que ni siquiera había escuchado nuestras palabras. Cuando acabó de hablar Isabel, sobrevino un corto silencio. Y entonces comenzó él a hablar, pero en un tono extraño, desprovisto de matices, como si en lugar de dirigirse a nosotros estuviera pensando en voz alta; sus ojos parecían mirar a un tiempo pasado a través de las nubes de los años.

—La recuerdo cuando tenía catorce años, con el pelo peinado hacia atrás, que dejaba al descubierto la frente, y recogido con un gran lazo negro a la espalda, y aquella cara seria y pecosa. Era una niña modesta, de elevados pensamientos e idealista. Leía todo lo que caía en sus manos, y solíamos hablar de libros.

—¿Cuándo? —preguntó Isabel, frunciendo ligeramente el entrecejo.

—Mientras tú te dedicabas con tu madre a ir de visitas. Yo solía acudir a casa de su abuelo y nos sentábamos debajo de un gran olmo que allí había y leíamos en voz alta. Le gustaban los versos, y escribía no pocos.

—Muchas chicas lo hacen a esa edad. Y suelen ser muy malos.

—Es verdad que hace de eso mucho tiempo, y puede ser que no fuera yo buen juez.

—Como que no podías tener diecisiete años.

—Sus versos eran, naturalmente, imitados. Tenían mucho de la poesía de Robert Frost. Pero conservo la impresión de que eran muy notables para una niña de su edad. Tenía excelente oído y el sentido del ritmo. Observaba muy agudamente los rumores del campo, la dulzura del aire al comenzar la primavera y el aroma que de la tierra reseca hace brotar la lluvia.

—No sabía que escribiera versos —dijo Isabel.

—Lo callaba. Tenía miedo de que os rierais de ella. Era muy tímida.

—Ahora, no.

—Cuando volví de la guerra estaba hecha casi una mujer. Había leído extensamente acerca de las condiciones de vida de las clases obreras y las había observado en cierta medida con los propios ojos cuando estaba en Chicago. Conocía ya a Carl Sandburg y escribía apasionadamente en verso libre acerca de la miseria de los pobres y de la explotación de las clases trabajadoras. Quizá todo ello fuera mediocre, pero no me cabe duda de que era sincero e inspirado por una gran piedad y sueños de mejora. Por aquel entonces tenía el proyecto de dedicarse a obras sociales. Su ansia de sacrificarse era enternecedora. Y creo que era muy capaz. No era tonta ni sentimental, sino que daba la impresión de una amabilísima pureza y de una extraña exaltación espiritual. Aquél año nos tratamos mucho.

Percibí que Isabel le escuchaba con creciente exasperación. Larry no tenía idea de que estaba hiriéndole el corazón con una daga, y que cada una de sus tranquilas palabras era como remover el arma dentro de la herida. Pero cuando habló lo hizo con una sonrisa en los labios.

—¿Cómo te eligió para sus confidencias?

Larry la miró con sus sinceros ojos.

—No lo sé. Ella era pobre entre todos vosotros, que teníais dinero sobrado, y yo no era de allí. Si estaba entre vosotros era únicamente porque tío Bob ejercía en Marvin. Supongo que eso la hizo pensar que teníamos alguna afinidad.

Larry no tenía parientes. La mayor parte de nosotros tenemos, al menos, primos, a quienes quizá ni conocemos, pero que nos dan la sensación de pertenecer a la familia humana. El padre de Larry fue hijo único, y su madre única hija. Uno de sus abuelos, el cuáquero, murió aún joven en un naufragio, y el otro no tuvo ni hermanos ni hermanas. No era posible estar más solo en el mundo que Larry.

—¿No se te ocurrió pensar que Sophie estaba enamorada de ti? —le preguntó Isabel.

—Nunca —respondió con una sonrisa.

—Pues lo estaba.

—Cuando volvió de la guerra —dijo Gray con su habitual espontaneidad—, la mitad de las muchachas de Chicago suspiraban por Larry.

—Sophie hacía algo más que suspirar. Te adoraba, mi pobre Larry. ¿De verdad no te diste cuenta?

—De verdad, y no lo creo.

—Supongo que te parecería que sus pensamientos eran demasiado elevados.

—Aún me parece estar viendo a aquella niña flaca, con su lazo en el pelo y una cara muy seria, cuya voz temblaba de emoción al leer aquella oda de Keats, porque era tan hermosa. ¿Qué habrá sido de ella?

Isabel hizo un ligero pero brusco movimiento y miró a Larry con mezcla de suspicacia e interés.

—Es tardísimo, y estoy rendida. Vámonos.

A la noche siguiente tomé el «Tren Azul» hacia la Costa, y pasados dos o tres días fui a Antibes para ver a Elliott y darle noticias de París. No me gustó nada su aspecto. La cura de aguas en Montecatini no le había sentado todo lo bien que esperaba, y los subsecuentes viajes le habían agotado. Encontró en Venecia una pila bautismal y fue luego a Florencia para comprar el tríptico acerca del cual había estado negociando. Deseoso de ver instaladas ambas cosas, alargó su viaje y se alojó en una miserable posada, en la que el calor se hacía muy duro de sobrellevar. Sus preciosas compras tardaron mucho en llegar, pero, determinado a no irse hasta después de ejecutado su propósito, permaneció en la posada. Grande fue su delicia cuando todo quedó terminado al observar el efecto, y me mostró con orgullo las fotografías que había hecho. La iglesia, aunque pequeña, tenía dignidad, y la ponderada riqueza de su interior era prueba del buen gusto de Elliott.

—Vi en Roma un sarcófago cristiano primitivo, con el que me encapriché, y estuve pensando mucho tiempo en comprarlo; pero acabé por abandonar la idea.

—¿Y qué diablos pensabas hacer con un sarcófago de los primeros tiempos del cristianismo, me quieres decir?

—Meterme dentro, mi querido Maugham. Era de muy agradable diseño y me pareció que haría buen efecto enfrente de la pila bautismal, al otro lado de la entrada. Pero aquellos primeros cristianos eran gente desmedrada y no hubiera yo cabido dentro. Como comprenderás, no iba a estar allí dentro hasta que resuenen las trompetas convocándonos al Juicio Final, con las piernas dobladas y las rodillas pegadas al mentón como un feto. Hubiera sido extremadamente incómodo.

Me eché a reír, pero Elliott hablaba completamente en serio.

—Tuve una idea mejor. Ya lo tengo todo arreglado, aunque me ha costado bastante trabajo, lo cual era de esperar, para que me entierren delante del altar, al pie de las gradas del prebisterio, y así, cuando los labriegos de la región vayan a comulgar harán resonar sus botas claveteadas encima de mis huesos. ¿No te parece una idea agradable? Una sencilla lápida de piedra, con mi nombre, dos fechas y unas palabras: *Si monumentum quaeris, circumspice*: Si buscas su monumento, mira alrededor. ¿Comprendes?

—Hombre, sé el suficiente latín para entender una cita manida —le dije, algo molesto.

—Perdóname. Estoy tan acostumbrado a la terrible ignorancia de las clases altas, que olvidé durante un momento que eres escritor.

Hizo una mueca.

—Pero a lo que iba —continuó—. He dejado en mi testamento instrucciones concretas, pero quiero que te encargues de que se cumplan. Me niego rotundamente a que me entierren en la Costa Azul, entre innumerables coroneles retirados y franceses de la clase media.

—Naturalmente, cuenta conmigo para lo que quieras, Elliott; pero me parece que no es necesario hacer esa clase de proyectos hasta dentro de muchos años.

—Ya voy siendo viejo, y si quieres que te diga la verdad, no me importará descansar. ¿Cómo son esos versos de Landor? «La vida con su ardor bastó a mi frío...».

Aunque tengo mala memoria para esas cosas, el poema es muy corto y pude repetirlo:

Con nadie yo luché; no fue preciso;
Natura fue mi amor, el Arte luego,
La vida con su ardor bastó a mi frío;
Sus llamas ya decaen, heme pues presto.

—Eso es —dijo.

No pude evitar la reflexión de que únicamente mediante un violento esfuerzo imaginativo podría Elliott aplicarse el rimado epigrama.

—Expresa mis sentimientos exactamente —dijo—. Lo único que pudiera añadir es que siempre me he tratado con la gente más distinguida de Europa.

—Eso sería difícil expresarlo en cuatro versos.

—Ya no hay sociedad. Hubo un tiempo en que me animó la esperanza de que los Estados Unidos remplazaran a Europa, creando una aristocracia respetada por el populacho, pero la catástrofe económica la ha hecho imposible. Mi pobre país va a la deriva hacia el irremediable predominio de la clase media. Puede que no lo creas, pero la última vez que estuve en América el mecánico de un taxi me llamó «hermano».

Pero aunque la Costa Azul, aún afectada por la crisis del año 1929, no era lo que había sido. Elliott continuaba dando fiestas y asistiendo a ellas. Nunca se había tratado con judíos, excepto con los Rothschild, pero entonces las fiestas más fastuosas las ofrecían miembros de la raza elegida, y cuando había una fiesta Elliott no podía soportar la idea de perdersela. Deambulaba por los salones durante ella, estrechando graciosamente una mano, besando otra, pero con una especie de melancólica superioridad, como si fuera un rey desterrado que se encontrara algo embarazado al hallarse en semejante compañía. Por contraste, los monarcas desterrados lo pasaban divinamente en esas fiestas, y pudiera creerse que el límite de su ambición era conocer a determinadas estrellas del cine. Tampoco había aceptado Elliott nunca con gusto la moderna costumbre de considerar a la gente de teatro como personas admisibles en sociedad; más como quiera que cierta actriz retirada se hubiese construido una suntuosa residencia vecina a la de Elliott, lugar de continuos festejos y muy frecuentada por miembros del Gobierno, duques y egregias damas que pasaban largas temporadas convidados por la actriz. Elliott se convirtió en su asiduo visitante.

—Es una sociedad muy mezclada, naturalmente —me dijo una vez—, pero no necesita uno hablar con quien no apetece. Ella es compatriota mía, y creo que debe de ser un alivio para sus convidados encontrar a alguien que sabe hablar su mismo idioma.

Algunas veces era su aspecto tan enfermizo que yo le preguntaba por qué no hacía una vida más sosegada.

—¡Ah! Cuando se tiene mis años no se puede. Supongo que comprenderás que no he frecuentado la mejor sociedad del mundo durante cincuenta años para no saber que si no le ven a uno en todas partes pronto le olvidan.

No sé si comprendía la lamentable confusión implícita en estas palabras. Ya no me sentía yo capaz de reírme de él, pues me inspiraba una profunda piedad. No vivía más que para la vida de sociedad, una fiesta era su ambición, no ser convidado a cualquiera lo consideraba una afrenta, y estar solo le mortificaba. Y, ya anciano, tenía miedo, un miedo atormentador.

Transcurrió el verano. Elliott lo pasó yendo de un extremo al otro de la costa, comiendo en Cannes, cenando en Montecarlo, y haciendo milagros para poder asistir a un té aquí y a un cóctel allá y por muy cansado que estuviera, se esforzaba siempre en mostrarse afable, buen conversador e ingenioso. Conocía gran cantidad de chismorreos, y se enteraba invariablemente antes que nadie de todos los detalles del más reciente escándalo, con excepción de las personas a que atañía directamente. Si alguien le hubiera dicho que su vida era fútil, le hubiera contemplado atónito. Y habría juzgado a dicho observador de lamentable plebeyez.

Llegó el otoño, y Elliott decidió trasladarse a París, en parte para ver qué tal les iba a Isabel, a Gray y a las niñas, y en parte para hacer lo que él llamaba acte de présence en la capital. Tenía el propósito de ir a Londres para hacerse alguna ropa y, de paso, ver a algunos antiguos amigos. Mi plan era ir directamente a Londres, pero me pidió que hiciera el viaje por carretera en su compañía, y como esto es cosa de mi agrado, consentí. Hecho lo cual no vi razón alguna para no quedarme yo también una semana en París. Hicimos el viaje en etapas cortas, deteniéndonos en aquellos lugares en donde la comida era buena. Elliott padecía de los riñones y no bebía más que agua de Vichy, pero siempre insistió en ser él quien eligiera mi media botella de vino. Su bondad no le permitía envidiarme el placer que a él le estaba prohibido y tenía muy verdadero gusto en verme disfrutar con un vino de buena cosecha. Tanta era su generosidad, que hallé difícil persuadirle a que me dejara pagar mi parte en los gastos. Y aunque me resultaron algo tediosas sus historias acerca de los exaltados personajes que había conocido, fue el viaje sumamente placentero. Gran parte de la campaña que recorrimos en el coche, afectada amablemente por la proximidad del otoño, presentaba un aspecto bellísimo. Comimos en Fontainebleau y llegamos a París por la tarde.

Elliott me dejó en mi modesto y anticuado hotel y se dirigió al «Ritz», doblando la esquina.

Habíamos avisado a Isabel nuestra llegada, por lo que no me sorprendió encontrarme una nota suya en el hotel, pero sí me sorprendió su contenido.

Ven en cuanto llegues. Ha ocurrido algo terrible. No traigas a tío Elliott. Por lo que más quieras, ven lo antes que te sea posible.

Soy tan curioso como cualquiera, pero tuve que lavarme y ponerme una camisa limpia. Así que lo hice tomé un taxi y fui a la rue St. Guillaume. Me condujo el criado al salón. Isabel se puso en pie de un salto.

—¿Dónde has estado metido? Llevo horas esperándote.

Eran las cinco, y antes de que pudiera responder entró el mayordomo con el té. Isabel, apretados los puños, le miró con impaciencia. No comprendía yo qué había ocurrido.

—Acabamos de llegar. Nos paramos para comer en Fontainebleau.

—¿No acabará nunca ese hombre? —dijo Isabel.

El criado dejó la bandeja con la tetera, el azucarero y las tazas en la mesa, y con calma realmente exasperante empezó a ordenar platos con dulces, bizcochos y pan con mantequilla. Salió y cerró la puerta.

—Larry se va a casar con Sophie Macdonald.

—¿Y quién es Sophie Macdonald?

—No seas estúpido —dijo Isabel, con los ojos brillando de ira—. La mujerzuela borracha que vimos en aquel repugnante café a que nos llevaste. Y la verdad, no comprendo cómo se te ocurrió llevarnos allí. Gray salió asqueado.

—¡Ah!, quieres decir tu amiga de Chicago —dije, sin hacer caso del injusto reproche—. ¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Él mismo vino ayer tarde y me lo dijo. Estoy frenética desde entonces.

—Vamos a suponer que te sientas y que me das una taza de té y me lo cuentas todo.

—Sirvetela tú.

Se sentó detrás de la mesa del té, contemplándose irritadamente mientras yo me servía una taza de té. Yo me acomodé agradablemente en un pequeño sofá junto a la chimenea.

—No le hemos visto mucho últimamente. Quiero decir desde que volvimos a Dinard. Fue allí a pasar unos días, pero no quiso quedarse en casa. Se fue a un hotel. Solía bajar a la playa y jugaba con las niñas, que están locas con él. Fuimos varias veces a jugar al golf a St. Briac. Un día, Gray le preguntó si había vuelto a ver a Sophie.

»—Sí; le he visto varias veces —dijo.

»—¿Por qué? —le pregunté yo.

»—Es una antigua amiga.

»—Yo en tu lugar no perdería el tiempo con ella —le dije.

»Se sonrió. Ya sabes esa manera que tiene de sonreír, como si le pareciera gracioso lo que le dice una, aunque no tenga ninguna gracia.

»—Pero no estás en mi lugar —me dijo.

»Yo me encogí de hombros y cambié de conversación. Y no volví a pensar en el asunto. Imagínate mi horror cuando vino el otro día y me dijo que se van a casar.

»—Pero no puedes hacerlo, Larry; es imposible —le dije.

»—Lo voy a hacer —dijo tan tranquilamente como si estuviera diciendo que se iba a servir más patatas—. Y quiero que estés simpática con ella, Isabel.

»—Eso es pedirme demasiado —le respondí—. Estás loco, Larry. Es mala; mala.

—¿Por qué dices eso? —interrumpí entonces yo a Isabel.

—Está borracha desde por la mañana hasta por la noche. Y se va con el primer chulo que se lo pide.

—Eso no quiere decir que sea mala. Son muchos los respetables ciudadanos que se emborrachan a quienes les gusta la gente un poco brusca. Ambas cosas son costumbres deplorables, como el morderse las uñas, pero no mucho peor. Yo llamo malo a quien miente y engaña y es cruel.

—Si te pones de parte suya, te mato.

—¿Cómo se encontró Larry con ella otra vez?

—Buscó su dirección en la lista de teléfonos y fue a verla. Estaba enferma, lo cual no es de extrañar con la vida que lleva. Larry llamó a un médico y buscó a alguien para que la cuidara. Así empezó la cosa. Ahora dice que ha dejado de beber, y el muy estúpido se cree que está curada.

—¿Te has olvidado de lo que Larry hizo con Gray? ¿No lo curó a él?

—Es muy distinto. Gray quería que le curaran. Ella, no.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco a las mujeres. Cuando una mujer llega a tales extremos, se acabó; no tiene remedio. Si Sophie es lo que es, la razón es que siempre lo fue. ¿Crees tú que se quedará con Larry? ¡Claro que no! Antes o después se irá. Lo lleva en la sangre. Lo que le gusta es un hombre bestial: eso es lo que la excita. E irá a buscarlo. Le hará la vida imposible a Larry.

—Me parece muy probable, pero no sé qué puedes hacer tú para evitarlo. Él sabe perfectamente lo que hace.

—Yo no puedo hacer nada; pero tú sí.

—¿Yo?

—Le eres simpático a Larry y te hace caso. Eres la única persona que tiene alguna influencia sobre él. Conoces el mundo. Ve y dile que no puede cometer semejante locura. Dile que será su desgracia.

—Me dirá que no es asunto mío, y tendrá mucha razón.

—Pero también te es simpático; por lo menos, te interesa. ¿Vas a dejar que eche a perder su vida sin mover un dedo?

—Gray es su mejor y más antiguo amigo. No creo que consiga nada, pero yo diría que Gray es, quizá, la persona más indicada para hablarle del asunto.

—¡Gray! ¡Bah! —dijo con impaciencia.

—A lo mejor no resulta la cosa tan mal como, tú te piensas. He conocido a tres hombres, uno en España y dos en Oriente, que se casaron con mujeres de mala vida, y las tres han resultado muy buenas esposas. Les están agradecidas a sus maridos por la seguridad que les han dado, y, naturalmente, saben cómo agradar a los hombres.

—Acabas con mi paciencia. ¿Tú crees que yo me sacrificué para dejar que Larry caiga en las garras de una ninfomaniaca?

—¿Tú te sacrificaste? ¿Cómo?

—Al renunciar a Larry por la exclusiva razón de que no quise estorbarle en el camino que se había trazado.

—Vamos, vamos, Isabel. Renunciaste a Larry por un magnífico brillante y un abrigo de marta.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando vi volar hacia mi cabeza un plato de pan con mantequilla. Cogi el plato en el aire por pura suerte, pero las rebanadas de pan quedaron todas desperdigadas en el suelo. Me levanté y dejé el plato en la mesa.

—A tu tío Elliott no le hubiera gustado en absoluto que le hubieras roto uno de sus platos de porcelana de Crown Derby. Pertenecieron a una vajilla que se mandó hacer el tercer duque de Dorset, y casi no tienen precio.

—Coge el pan del suelo —dijo secamente.

—Cógelo tú —repliqué, y volví a sentarme en el sofá.

Se levantó casi fuera de sí y cogió los pedazos de pan.

—Y te llamas un gentleman inglés —dijo furiosa.

—No; en mi vida he dicho tal cosa.

—Sal de aquí. No quiero volver a verte. Me das asco.

—Lo siento; porque a mí me causa gran placer verte a ti. ¿Te ha dicho alguien alguna vez que tienes la nariz exactamente igual a la de la estatua de Psiquis que hay en el Museo de Nápoles, la más bella representación de la belleza virginal que jamás ha existido? Tienes las piernas admirables, largas y bien formadas, y nunca dejan de sorprenderme, porque cuando eras muchacha las tenías rollizas y sin forma. No comprendo cómo te las has arreglado.

—Con una voluntad de hierro y la gracia de Dios —respondió airadamente.

—Pero lo mejor que tienes son las manos, tan finas y elegantes.

—Creí que te parecían grandes.

—Para tu altura y tamaño, no. Siempre me ha maravillado la gracia infinita con que las mueves. Ya sea de manera natural, o gracias al arte, nunca haces un ademán sin adornarlo de belleza. Algunas veces son como flores; otras como pájaros en vuelo. Son más expresivas que cuantas palabras puedas decir. Son como las manos de los retratos pintados por El Greco. Tanto es así, que cuando las miro me siento inclinado a creer en la profundamente improbable historia de tu tío Elliott, según la cual uno de tus antepasados fue un grande de España.

—¿Qué estás diciendo? Es la primera vez que lo oigo.

Le conté lo referente al conde de Lauria y a la dama de honor de la reina María, de quienes Elliott se creía descendiente por línea materna. Isabel me escuchó contemplándose los largos dedos y sus barnizadas uñas, con gran interés y complacencia.

—De alguien tiene uno que descender —dijo. Y luego, con una risa casi imperceptible, y lanzándome una mirada traviesa, en la que ya no se advertía rastro alguno de rencor, añadió—: Eres un asqueroso.

Así de fácil es hacer entrar en razón a una mujer, diciéndole la verdad.

—Hay momentos en que no te odio de manera positiva —dijo Isabel.

Se levantó y tomó asiento en el sofá, junto a mí, y enlazando su brazo con el mío se inclinó para besarme. Retiré la cara.

—Me niego a que me embadurnes la cara de carmín. Si quieres besarme, bésame en los labios, que para eso son.

Se echó a reír, y volviéndome la cabeza hacia ella con una mano, dejó sobre mis labios una finísima película de pintura. La sensación no tuvo nada de agradable.

—Ahora que has hecho eso, quizá quieras decirme lo que deseas.

—Consejo.

—Eso estoy dispuesto a dártelo, aunque supongo que no lo seguirás. Lo único que puedes hacer es aceptar lo inevitable, que no es grato, y mejorarlo en la medida de lo posible.

Renació su ira, se separó violentamente de mí, y levantándose bruscamente se dejó caer en el sillón que había al otro lado de la chimenea.

—No voy a estarme quieta mientras Larry se destroza la vida. No me detendré ante nada con tal de impedir que se case con esa... mujerzuela.

—Fracasarás. Debes comprender que está dominado por una de las emociones más fuertes que pueden apoderarse del corazón humano.

—¿Quieres decir que está enamorado de ella?

—No; eso, por comparación, tendría poca importancia.

—¿Entonces?

—El propio sacrificio es una pasión tan arrebatadora, que junto a ella hasta el hambre y la lujuria pierden importancia. Arrastra a su víctima a la destrucción mediante la más alta afirmación de la personalidad. El objeto del sacrificio puede carecer en absoluto de valor. Eso no importa. No hay vino tan embriagador, amor más demente, ni vicio que de tal manera domine. Cuando el hombre se sacrifica a sí mismo supera durante unos momentos al mismo Dios; pues, ¿cómo puede un Dios,

infinito y omnipotente, sacrificarse? Lo más que puede hacer es sacrificar a su único Hijo.

—Me aburres; cállate.

No le hice caso.

—¿Cómo puedes suponer que ni el sentido común ni la prudencia puedan tener el más mínimo efecto sobre Larry cuando se encuentra bajo el influjo de tan tremenda pasión? No sabes lo que ha estado buscando durante todos estos años. Tampoco yo lo sé; únicamente lo sospecho. Todos estos años de trabajar, todas las experiencias que ha recogido, no pesan nada en la balanza contra su deseo...; pero es más que deseo, es una necesidad imperiosa, que quiere ser satisfecha, de salvar el alma de una mujer perdida a quien conoció cuando era una niña inocente. Yo creo que es imposible; con su aguda sensibilidad va a sufrir las torturas del infierno; y la obra de su vida, sea lo que sea, quedará por hacer. El innoble París dio muerte a Aquiles disparando una flecha contra su talón. Larry carece de ese atisbo de dureza que hasta el santo ha de menester para ganar su corona.

—Le quiero —dijo Isabel—. Dios sabe que nada pido de Larry. Nada espero. Nadie puede amar más desinteresadamente. Y va a ser muy desgraciado.

Comenzó a llorar, por suponer que ello pudiera aliviarla. La dejó.

Pasado un rato. Isabel sacó su pañuelo y un espejo, y se enjugó cuidadosamente las lágrimas.

—Te pintas solo para consolar, ¿verdad? —me dijo.

La miré pensativamente, pero no respondí. Se dio polvos y se pintó la boca.

—Acabas de decir que sospechas lo que ha andado buscando durante todos estos años. ¿Qué has querido decir?

—Únicamente puedo adivinarlo, y bien fácil será que me equivoque. Pero creo que ha estado buscando una filosofía, acaso una religión, y una regla de vida que satisfaga su inteligencia y también su corazón.

Pensó Isabel unos instantes acerca de esto. Luego suspiró.

—¿No te parece raro que un muchacho nacido en el campo, un muchacho de Marvin, en el Estado de Illinois, tenga una idea así?

—No me parece más extraño que el hecho de que Luther Burbank, nacido en una granja de Massachusetts, descubriera la manera de cultivar una naranja sin pepitas, o que Henry Ford, venido al mundo en una alquería de Michigan, inventase el Fotingo.

—Pero ésas son cosas prácticas las dos. Y de acuerdo con la tradición americana.

Me eché a reír.

—¿Puede haber nada más práctico que aprender a vivir de la mejor manera posible?

Isabel hizo un gesto de tedio.

—¿Qué me aconsejas que haga?

—No quieres perder a Larry por completo, ¿no es así?

Dijo que no con la cabeza.

—Conoces su gran lealtad. Si te niegas a tratar a su mujer, él se negará a tener nada que ver contigo. Si tienes una pizca de sentido común, procurarás hacerte amiga de Sophie. Te olvidarás de todo lo pasado y estarás con ella todo lo amable que puedas. Como se va a casar, supongo que querrá comprarse alguna ropa. ¿Por qué no te ofreces a ir de compras con ella? Creo que aceptaría sin dudar.

Isabel me escuchó con los ojos medio cerrados. Parecía oírme con gran atención. Quedó pensativa durante unos segundos, pero no pude adivinar lo que pasaba por su cabeza. Lo que dijo me sorprendió.

—¿Quieres convidarla a comer? Para mí sería algo violento, después de lo que le dije ayer a Larry.

—¿Te portarás como es debido si lo hago?

—Como un ángel —respondió, con una de sus más cautivadoras sonrisas.

—Pues lo voy a hacer ahora mismo.

Había un teléfono en la habitación. Pronto encontré el número de Sophie, y después de la espera acostumbrada, que quienes usan los teléfonos franceses pronto aprenden a soportar con paciencia, se puso ella al aparato. Le di mi nombre.

—Acabo de llegar a París —le dije— y me he enterado de que Larry y tú os vais a casar. Quiero darte la enhorabuena. Espero que seáis muy felices. —Reprimí un grito cuando Isabel, que estaba junto a mí, me dio un terrible pellizco en un brazo—. Voy a estar aquí muy poco tiempo, y me gustaría saber si Larry y tú querríais venir a comer conmigo en el «Ritz» pasado mañana. Voy a invitar también a Gray, a Isabel y a Elliott Templeton.

—Se lo preguntaré a Larry. Está aquí. —Hubo una pausa—. Dice que sí, que encantados.

Fijé la hora, hice un comentario cortés y colgué el auricular. Algo vi en los ojos de Isabel que me infundió sospechas.

—¿Qué estás tramando? —le pregunté—. No me gusta esa mirada.

—Lo siento; creí que la mirada era una de las cosas que te gustaban de mí.

—¿Estás planeando alguna maldad?

Abrió los ojos exageradamente.

—Te prometo que no. Si quieres que te diga la verdad, lo que tengo es una curiosidad enorme de ver qué aspecto tiene Sophie, ahora que Larry la ha regenerado. Lo que espero es que no se presente en el «Ritz» pintada como una máscara.

La comida no resultó demasiado mal. Gray e Isabel llegaron los primeros, y cinco minutos después, Larry y Sophie. Isabel y Sophie se besaron cariñosamente, y Gray la felicitó. Observé la rápida pero escrutadora mirada con que Isabel examinó el aspecto de Sophie. A mí me causó sorpresa. Cuando la vi en el antro de la rue de Lappe, grotescamente pintarrajeada, con el pelo teñido, aunque su aspecto era abominable y estaba borracha, encontré en ella algo provocativo y hasta una vil atracción; mas ahora la vi apagada, y aunque tenía uno o dos años menos que Isabel, parecía mucho más vieja. Conservaba aún aquella gallarda inclinación de cabeza, pero me pareció más patética que otra cosa, sin que pueda decir por qué. Estaba dejando que su pelo recobrara el natural colorido, y tenía el descuidado aspecto del pelo teñido cuyo tratamiento se suprime. A excepción de una mancha roja de carmín en los labios, estaba completamente sin pintar. La tez presentaba áspero aspecto y enfermiza palidez. Recordé el verdísimo color de sus ojos, a la sazón apagados y grises. Llevaba un vestido rojo, evidentemente nuevo, con el que hacían juego el sombrero, el bolso y los zapatos. No tengo la pretensión de entender de vestimenta femenina, pero aquélla me dio la impresión de ser recargada y poco adecuada a la ocasión. Lucía en el pecho un broche falso y llamativo, como los que pueden comprarse en la rue de Rivoli. Junto a Isabel, vestida de seda negra, con un collar de perlas legítimas alrededor del cuello, y un sombrero elegantísimo, presentaba un aspecto vulgar y cursi.

Pedí unos cócteles, pero Sophie y Larry los rechazaron. Llegó Elliott. Su marcha a través del vestíbulo fue interrumpida por las muchas manos que tuvo que estrechar y por las no pocas que le fue preciso besar, según se iba encontrando con personas conocidas. Por su actitud, hubiera podido ser el «Ritz» su casa particular. Parecía estar expresando a sus invitados el placer que le causaba que hubieran podido aceptar su invitación. No sabía nada de Sophie, excepto que había perdido a su marido y a su hijo en un accidente de automóvil, y que ahora iba a casarse con Larry. Cuando por fin llegó junto a nosotros dio a ambos la enhorabuena con aquella florida gracia en que era maestro. Pasamos al comedor, y como éramos cuatro hombres y dos mujeres, coloqué a Isabel y a Sophie la una enfrente de la otra en la mesa redonda que estaba preparada, sentándonos Gray y yo a ambos lados de Sophie; pero la mesa era lo suficientemente pequeña y la conversación se hizo general. Yo había encargado anticipadamente la comida, pero se nos acercó el camarero de los vinos con la lista de éstos.

—Trae, déjame a mí, que tú nunca has entendido nada de vinos —me dijo Elliott—. Albert, déme la carta. —Comenzó a volver las hojas—. Yo no bebo más que agua de Vichy, pero no puedo soportar que la gente beba vino que no sea adecuado.

Albert, el camarero de los vinos y él eran antiguos amigos, y después de una animada discusión llegaron a un acuerdo acerca del vino que yo debía dar a mis invitados. Entonces se volvió hacia Sophie:

—Y, ¿dónde pensáis pasar la luna de miel?

Echó una ojeada al vestido de Sophie, y vi, por un casi imperceptible movimiento de las cejas,

que había formado una opinión desfavorable acerca de él.

—Vamos a ir a Grecia.

—Llevo diez años tratando de ir allí, sin lograrlo —dijo Larry.

—Estará delicioso en esta época del año —dijo Isabel casi con entusiasmo.

Se acordaba ella, como me acordaba yo, de que a Grecia quiso llevarla Larry cuando le pidió que se casara con él. Por lo visto, era una *idée fixe* en él la de pasar la luna de miel en Grecia.

La conversación fluía con dificultad y no sé si yo hubiera logrado salir del apuro sin la ayuda de Isabel. Ésta tenía uno de sus mejores días. En el momento en que amenazaba el silencio, y cuando yo ya me torturaba el cerebro para encontrar algo que decir, ella empezaba a hablar sin dificultad alguna. Se lo agradecí. Sophie apenas habló, salvo para contestar, y hasta entonces parecía hacerlo con esfuerzo. Estaba completamente apagada. Dijérase que algo había muerto dentro de ella, y me pregunté si Larry no le estaba exigiendo un esfuerzo superior a su capacidad. Si, como yo sospechaba, tomaba drogas además de beber, la súbita desaparición de ambos estimulantes forzosamente tuvo que dejarla deshecha. Sorprendí algunas de sus miradas y advertí en las de él ternura y confortación, pero en las de ella patéticas peticiones de socorro. No es imposible que la natural bondad de Gray le hiciera percatarse instintivamente de lo que yo observé, pues comenzó a contar a Sophie cómo Larry le había curado de sus dolores de cabeza, añadiendo luego lo mucho que por él hizo y lo muy en deuda que se hallaba respecto a él.

—Ahora vendo salud, y en cuanto encuentre ocupación volveré a trabajar. Ya he hecho varias gestiones y tengo la esperanza de pescar algo bastante pronto. ¡Y me va a parecer mentira encontrarme otra vez en América!

Fue buena su intención, pero juzgué indiscretas sus palabras, si, como yo suponía, Larry, para curar a Sophie de su aguda dipsomanía, empleó el mismo método de sugestión —pues no era otra cosa, en mi sentir— que tan notorio éxito tuvo en el caso de Gray.

—¿Ya no te duele nunca la cabeza? —preguntó Elliott.

—Hace tres meses que no. Y si siento la amenaza, agarro mi amuleto y se me pasa. —Sacó del bolsillo la vieja moneda que Larry le regalara—. No la vendería por un millón de dólares.

Terminamos de comer y nos sirvieron el café. El escanciador se nos acercó y nos preguntó si deseábamos licores. Todos rehusamos, menos Gray, que pidió coñac. Cuando llevaron la botella, Elliott insistió en examinarla.

—Sí; te lo puedo recomendar. No te hará daño.

—¿Un vasito, Monsieur? —preguntó el camarero.

—¡Ay! Me lo tienen prohibido.

Elliott le explicó con algún detalle que no andaba bien de los riñones y que el médico no le permitía beber alcohol.

—Una larme de *zubrovka* no haría daño a Monsieur. Es bien sabido que es muy bueno para los riñones. Acabamos de recibirlo de Polonia.

—¿De veras? Hoy no es fácil de encontrar. Déjeme que vea la botella.

El camarero, hombre voluminoso y de muy digno porte, con una larga y plateada cadena al cuello, se retiró en busca de la botella, y Elliott nos explicó que se trataba de una especie de vodka de Polonia, pero por todos conceptos muy superior a la rusa.

—Solíamos beberla en casa de los Radziwill cuando me convidaban a su casa de cacería. Tenías que haber visto beberla a aquellos príncipes polacos. No exagero al decir que se la bebían a vasos grandes sin parpadear. Era gente de buena raza, naturalmente, aristócratas de los pies a la cabeza. Deberías probarla, Sophie; y tú también, Isabel. Es un placer que nadie debe despreciar.

Volvió con la botella el camarero. Larry, Sophie y yo resistimos la tentación, pero Isabel dijo que le gustaría probarlo. Me sorprendió, pues era parca en el beber por lo general y ya había tomado dos cócteles y dos o tres vasos de vino. El camarero escanció un vasito del líquido verde pálido, e Isabel lo olió.

—¡Qué delicia! ¡Qué bien huele!

—¿Verdad? —exclamó Elliott—. Son las hierbas que le ponen, y ellas son las que le dan ese sabor tan delicado. Voy a tomar yo un vasito para hacerte compañía. Por una vez no me va a hacer daño.

—Sabe a gloria —dijo Isabel—. Es lo mejor que he tomado en mi vida.

Elliott se llevó el vaso a los labios.

—¡Ah, cómo me recuerda tiempos pasados! Quienes no han sido huéspedes de los Radziwill no saben lo que es vivir. ¡Aquello era vivir en grande! Estilo feudal. Hubiera uno podido creerse trasladado a la Edad Media. En la estación nos esperaba un coche con seis caballos y postillones. Y durante la cena, detrás de la silla de cada invitado había un criado de librea.

Procedió a describir la magnificencia y el lujo de la casa y la brillantez de sus fiestas; y entonces me asaltó la sospecha, seguramente indigna, de que todo ello había sido previamente concertado entre el camarero y Elliott, para brindar a éste ocasión de explayarse acerca de la grandeza de aquella familia y del gran número de aristócratas polacos con quienes él se codeaba en el castillo. No había manera de pararle.

—¿Otra copita, Isabel?

—No me atrevo. Pero es delicioso. Me alegro horrores de haberlo conocido. Gray: tenemos que comprar un poco.

—Yo diré que te lo manden a casa.

—¿De veras, tío? —exclamó Isabel entusiasmada—. ¡Qué bueno eres con nosotros! Tienes que probarlo, Gray; huele a heno recién segado, y a flores primaverales, y a tomillo y a espliego, y es tan suave de gusto y tan agradable, que le hacen pensar a uno en música oída a la luz de la luna.

Eran tan poco propias de Isabel estas desmesuradas alabanzas, que pensé si no se le habría subido a la cabeza el licor. Se deshizo la reunión. Estreché la mano a Sophie.

—¿Cuándo os casáis? —le pregunté.

—Dentro de una semana. Espero que vendrás a la boda.

—Lo siento, pero no estaré en París. Salgo mañana para Londres.

Mientras me despedía de mis demás invitados, Isabel se apartó un trecho con Sophie y habló con ella un minuto, luego dijo a Gray:

—No voy a casa, Gray. Hay un desfile de modelos en «Molineux» y voy a llevar a Sophie.

Parece natural que vea lo que hay.

—Sí, sí; vamos —dijo Sophie.

Nos separamos. Aquélla noche convidé a cenar a Suzane Rouvier, y a la mañana siguiente salí

para Inglaterra.

Quince días más tarde, Elliott llegó al «Claridge», y poco después fui a verle. Se había encargado varios trajes y estuvo explicándome durante un espacio de tiempo que se me antojó excesivo, y con todo detalle, la ropa que se estaba haciendo y por qué. Cuando logré meter baza le pregunté qué tal había resultado la boda.

—No resultó ni bien ni mal.

—¿Qué estás diciendo?

—Tres días antes de la fecha fijada, Sophie desapareció. Larry la estuvo buscando por todas partes.

—¿Qué cosa más extraordinaria! ¿Tuvieron algún disgusto?

—No. Nada de eso. Ya estaba todo arreglado. Yo iba a ser el padrino. Tenían pensado tomar el Expreso de Oriente inmediatamente después de la ceremonia. Si quieres que te diga la verdad, yo creo que Larry está de enhorabuena.

Supuse que Isabel se lo había contado todo.

—Pero ¿qué pasó?

—Te acordarás del día que comimos contigo en el «Ritz». Isabel la llevó a «Molineux». ¿Te acuerdas del vestido que llevaba Sophie? ¡Deplorable! ¿Te fijaste en los hombros? Naturalmente, la pobre no podía pagar los precios de «Molineux», pero ya sabes lo generosa que es Isabel, y como después de todo se han conocido desde niñas, le ofreció regalarle un vestido para que por lo menos tuviera algo decente que ponerse el día de la boda. Y Sophie, claro está, aceptó sin dudarle. Para abreviar: Isabel le dijo que pasara un día por mi casa a las tres para ir juntas a la prueba final. Sophie fue, pero desgraciadamente Isabel tuvo que llevar a una de las niñas al dentista y no volvió a casa hasta las cuatro, y para entonces Sophie ya no estaba. Isabel supuso que se había cansado de esperar y que habría ido sola a «Molineux», y allí fue ella inmediatamente, pero le dijeron que no había ido. Terminó por desistir en encontrarla y se volvió a casa. Todos ellos iban a cenar juntos aquella noche, y Larry llegó a la hora convenida. Lo primero que Isabel hizo fue preguntarle por Sophie.

»Larry, extrañado, llamó inmediatamente a casa de ella, pero no contestó nadie, por lo que decidió ir él mismo. Estuvieron esperando todo el tiempo que les fue posible, pero ni Larry ni ella aparecieron, y tuvieron que cenar solos. Claro es que ya sabes la clase de vida que llevaba Sophie cuando os encontrasteis con ella en la rue de Lappe. Tu idea de llevarlos allí fue muy poco feliz. Larry se pasó la noche recorriendo los sitios que ella solía frecuentar antes, pero no la encontró en ninguno. Volvió varias veces al piso de ella durante la noche, pero la portera le dijo que Sophie no había vuelto. Estuvo tres días buscándola por todas partes. Al cuarto, la portera le dijo que había estado allí unos momentos y que se había vuelto a marchar en un taxi llevando una maleta.

—¿Estaba Larry muy disgustado?

—No le vi. Isabel dice que bastante.

—¿Y ella no escribió ni nada?

—Nada.

Pensé sobre lo ocurrido.

—¿Qué crees que pasó? —le dije.

—Pues qué voy a creer. Lo que tú. Que Sophie no pudo aguantar y que ha empezado a beber otra vez.

Era evidente, y, sin embargo, extraño. No comprendía yo por qué eligió tal coyuntura para escaparse.

—¿Qué dice Isabel?

—Pues, naturalmente, lo ha lamentado, pero es una muchacha de sentido común y me dijo que siempre le había parecido que sería un desastre que Larry se casara con una mujer así.

—¿Y Larry?

—Isabel se ha portado muy bien con él. Me dijo que lo que hace más difícil consolarle es que él se niega a hablar del asunto. No creo que le pase nada. Isabel asegura que nunca estuvo enamorado de Sophie y que se iba a casar con ella empujado por un impulso caballeroso equivocado.

Me imaginé a Isabel sobrellevando valerosamente lo que indudablemente le había causado gran satisfacción. Comprendí que la próxima vez que nos viéramos me diría indefectiblemente que ella siempre supuso lo que iba a pasar.

Pero no volví a verla hasta casi un año más tarde, y aunque para esa fecha hubiese yo podido decirle algo acerca de Sophie que la hubiera hecho pensar, las circunstancias eran tales que no sentí inclinación hacia ello. Permanecí en Londres casi hasta Navidad, y entonces, ya deseoso de llegar a mi casa, fui directamente a la Costa Azul sin detenerme en París. Empecé una novela y durante aquellos meses llevé una vida de aislamiento. A Elliott le veía de vez en cuando. Era obvio que su salud iba empeorando, y me daba pena ver que él insistía, sin embargo, en hacer vida de sociedad. Se molestó conmigo porque yo no acepté hacer un recorrido de cuarenta y pico de kilómetros para asistir a las cenas y comidas que él continuaba dando en abundancia. Le parecía vanidad en mí que yo prefiriera quedarme sentado en mi casa trabajando.

—Está siendo una temporada de brillantez poco corriente —me dijo—. Es un crimen que te quedes encerrado en casa y te lo pierdas todo. Y jamás comprenderé, aunque viva cien años, por qué has elegido para vivir una parte de la Costa que ha pasado de moda por completo.

¡Pobre Elliott, bueno y tonto! Bien claro estaba que no llegaría a tal edad.

Para junio tuve terminado el borrador de mi novela, por lo que hice la maleta y embarqué en el cúter que utilizábamos para bañarnos durante el verano en la Baie des Fosses, y desplegamos velas, costeando con rumbo a Marsella. Soplaban únicamente una leve brisa de tarde en tarde, y la mayor parte del tiempo fuimos empleando el motor auxiliar. Estuvimos una noche en el puerto de Cannes, otra en Saint Maxime y una tercera en Sanary. Al fin llegamos a Tolón, puerto por el que siempre he sentido afecto. Los barcos de la flota francesa le dan un aire a la vez romántico y cordial, y jamás me canso de vagar por sus antiguas calles. Puedo permanecer sin tedio varias horas en sus muelles, contemplando a los marineros con permiso paseando de dos en dos con las muchachas, y a los paisanos que van sosegadamente de un lado a otro como si no tuvieran otra cosa que hacer sino disfrutar del sol. Éstos barcos y los transbordadores que llevan a la bulliciosa multitud a los distintos puntos del vasto puerto, hacen que Tolón cause el efecto de una estación en la que convergen todos

los caminos del globo; y cuando se sienta uno en un café le deslumbra lo rutilante del mar y de la atmósfera, mientras que la fantasía emprende áureos viajes a las más remotas partes del globo. Y desembarca en una playa coralina de cocoteros bordeada en el Pacífico; o baja por la pasarela del muelle de Rangún y sube a un *jinriki-sha*; u observa desde cubierta la bulliciosa y gesticulante muchedumbre de negros mientras el barco atraca al muelle de Port au Prince.

Llegamos ya avanzada la mañana, y a media tarde desembarqué y fui andando por el muelle, mirando los escaparates y a las gentes que conmigo se cruzaban, y a las sentadas bajo los toldos de los cafés. De repente vi a Sophie en el mismo momento en que ella me vio a mí. Me saludó y me dedicó una sonrisa.

Me detuve y nos dimos la mano. Estaba sola, sentada a una mesa pequeña en la que había un vaso vacío.

—Te convidó yo —le contesté sentándome.

Llevaba el jersey a rayas blancas y azules característico de los marineros franceses, amplios pantalones de color rojo y sandalias, de las que sobresalían las pintadas uñas de los dedos gordos. Iba destocada, y su pelo, muy corto y rizado, era de tan pálida tonalidad de oro que pudiera tomárselo por plata. Tan excesiva era la cantidad de afeites que le cubrían la cara como cuando la encontramos en la rue de Lappe. A juzgar por los platos que había en la mesa, ya había bebido varias copas, pero estaba serena. No pareció desagradarle el verme.

—¿Cómo están todos por París? —me preguntó.

—Creo que bien. No he visto a ninguno desde el día en que comimos juntos en el «Ritz».

Echó una bocanada de humo por las narices y empezó a reír.

—Al fin, no me casé con Larry.

—Ya lo sé. ¿Por qué?

—Pues mira, según se acercaba el momento, cada vez me gustaba menos el papelito de mujer arrepentida en contraste con el suyo de redentor. Pero ni pizca.

—¿Por qué cambiaste de opinión en el último momento?

Me miró burlonamente. Con aquella audaz inclinación de la cabeza, su pecho poco desarrollado y sus estrechas caderas, parecía un muchacho vicioso; pero he de confesar que era su aspecto mucho más atractivo que vestida con aquel traje colorado, de provinciana elegancia, con el cual la vi la última vez. Tenía cara y cuello muy quemado por el sol, y aunque el atezamiento de su piel hacía aún más llamativo el rojo artificial de sus mejillas y el negro de las cejas, el efecto de todo ello, aunque vulgar, no dejaba de tener cierto aliciente.

—¿Quieres que te lo diga?

Afirmé con un gesto. El camarero sirvió la cerveza que para mí había pedido y el coñac con sifón destinado a ella. Encendí un caporal con la colilla del que estaba fumando.

—Ya hacía tres semanas que no bebía nada y que no fumaba.

Vio mi gesto de extrañeza y se rió.

—No quiero decir cigarrillos; opio. Me encontraba deshecha. Algunas veces, cuando estaba sola casi echaba la casa abajo a fuerza de gritar y me parecía imposible continuar así. Cuando estaba con Larry, menos mal; pero a solas, era un tormento.

Cuando mencionó el opio la miré detenidamente y vi las pupilas como puntas de alfiler, lo que

me indicó que había estado fumándolo. Tenía los ojos de un color verde sorprendente.

—Isabel me iba a regalar un traje de boda. ¿Qué habrá sido de él? Era precioso. Quedamos en que yo pasaría a recogerla para ir juntas a «Molineux». Hay que confesar que lo que Isabel no sepa de trajes, no vale la pena saberlo. Cuando llegué, el criado me dijo que Isabel había tenido que llevar a Joan al dentista y que había dejado recado para mí diciendo que volvería en seguida. Pasé al cuarto de estar. Las cosas del café estaban aún en la mesa, y le dije al criado que si me podría dar una taza. El café era lo único que me entonaba. Dijo que me lo serviría, y se llevó la cafetera y las tazas vacías, pero dejó en la bandeja una botella. La miré y vi que era de esa bebida polaca acerca de la cual habíais estado hablando en el «Ritz».

—*Zubrovka*. Elliott dijo que le iba a mandar unas botellas a Isabel.

—Todos habíais estado comentando lo deliciosamente que olía, lo que despertó mi curiosidad. Saqué el corcho y lo olí. Teníais razón. Olía a gloria. Encendí un cigarrillo, y pasados unos minutos volvió el criado con el café. Estaba muy bueno. Se habla mucho del café francés; por mí, se lo pueden guardar; a mí que me den café americano. Es lo único que echo de menos aquí. Pero el café de Isabel era bueno; yo me encontraba destrozada, pero después de una taza me sentí mejor. Estuve mirando la botella. La tentación era terrible, pero me resistí, procuré no pensar en ello, y encendí otro cigarrillo. Supuse que Isabel llegaría en cualquier momento, pero no apareció; me puse nerviosa como un gato; me molesta horrores que me hagan esperar y no había nada que leer en la habitación. Empecé a pasear y a mirar los cuadros, pero seguí viendo la maldita botella. Entonces decidí llenar un vasito y mirarlo. Tenía un color muy bonito.

—Verde pálido.

—Eso es. Es curioso: tiene el color como el aroma. Es como ese matiz verde que se ve algunas veces en el corazón de una rosa blanca. Tuve que probarlo, para ver si también el sabor era así, pues me dije que probarlo no podía hacerme daño. Pensaba mojarme los labios nada más, pero en aquel momento oí un ruido, creí que era Isabel y me bebí todo el vaso de un trago, porque no quise que me cogiera bebiendo. Pero no era Isabel. ¡Qué bien me sentí! Mejor que nunca desde que había dejado de beber. Comencé a vivir de nuevo. Supongo que si Isabel hubiese llegado en aquel preciso momento, a estas horas estaría yo casada con Larry. Ni sé qué tal hubiese salido la cosa.

—Pero no llegó...

—No. Estaba furiosa con ella. ¿Qué se habría creído, para hacerme esperar así? Entonces vi que el vaso estaba lleno otra vez. Supongo que lo llené sin pensar; pero, me creas o no me creas, no me acordaba de haberlo hecho. Me pareció una tontería echarlo otra vez en la botella, y me lo bebí. No se puede negar que es delicioso. Me sentí otra. Tenía ganas de reír, y ya hacía tres meses que no me pasaba nada parecido. ¿Te acuerdas de Elliott, que dijo que había visto a algunos polacos beberlo en vasos de agua sin pestañear? Bueno, pues yo me dije que lo que podía hacer un polaco lo podía hacer yo también, así que vacié los posos del café en la chimenea, y llené la taza hasta el borde. ¡Qué maravilla! Luego ya no sé lo que pasó; pero no creo que quedara mucho en la botella cuando yo acabé. Decidí desaparecer antes de que volviera Isabel. Casi me pescó. En el mismo momento en que salía a la calle oí la voz de Joan. Volví a subir la escalera, me escondí, pasaron, bajé a la calle volando y me metí en un taxi. Le dije al chófer que fuera aprisa, y cuando me preguntó que adónde íbamos solté la carcajada. Me encontraba feliz a más no poder.

—¿Volviste a tu piso? —le pregunté, aunque sabía que no lo hizo.

—¿Crees que soy idiota? Comprendí que Larry me buscaría, y no me atreví a ir a ninguno de los sitios de costumbre, así que me fui a casa de Hakim. Allí, me dije, no me encontrará Larry. Además, quería fumar.

—¿Quién es Hakim?

—Un argelino que sabe darle a una opio siempre que lo pague. Era gran amigo mío. Hakim te busca lo que quieras... Siempre tiene media docena de argelinos a mano. Estuve allí tres días. ¡Y qué tres días! Me desquité del tiempo perdido —empezó a reír—; pero tenía miedo. No me encontraba segura en París. Además se me acabó el dinero, pues esos argelinos son caros, los muy tal, así que me fui a casa, di a la portera cien francos y le dije que si alguien preguntaba por mí le contestara que me había ido fuera; hice el equipaje y aquella noche tomé el tren para Tolón. Hasta que no llegué aquí no me encontré a salvo.

—¿Y has estado aquí desde entonces?

—¡A ver! Y aquí me voy a quedar. Aquí hay todo el opio que quieras, porque los marineros lo traen de Oriente, y es bueno; no la porquería que te venden en París. Tengo una habitación en un hotel. El «Commerce et la Marine»; ya lo conocerás, supongo. Cuando entras allí de noche, los pasillos apestan a opio —aspiró voluptuosamente—. Dulzón y acre; y comprendes que están fumando en las habitaciones, lo que te da la sensación de estar en casa. Y no hacen preguntas en el hotel. A las cinco de la mañana llaman a golpes en la puerta, para que los marineros lleguen a tiempo al barco, de manera que tampoco hay que preocuparse de eso. —Y añadió sin parar—: El otro día vi un libro tuyo en un escaparate; de haber sabido que iba a verte lo hubiera comprado y traído para que lo firmaras.

Al pasar por una librería me había parado a mirar el escaparate, en donde vi, entre otros libros nuevos, la traducción de una novela mía que hacía poco se había publicado.

—No creo que pueda divertirme gran cosa —le dije.

—No sé por qué no. Te advierto que sé leer.

—Y tengo entendido que escribir también.

Me miró rápidamente y se echó a reír.

—Sí; escribía versos cuando era niña. Supongo que eran terribles, pero a mí me parecían magníficos. Te lo habrá contado Larry, ¿no? —Vaciló durante unos instantes—. Ésta vida es un asco, eso no tiene duda; pero de vez en cuando se presenta una ocasión de pasarlo bien, y si no te aprovechas eres un memo. —Echó hacia atrás la cabeza en señal de reto—. Si compro ese libro, ¿me lo dedicarás?

—Me voy mañana. Si de verdad lo quieres, yo compraré uno y te lo dejaré en el hotel.

—¡Ah!, pues muy bien.

Atracó en aquel momento una lancha de la Marina y saltó a tierra un nutrido grupo de marineros. Sophie les pasó revista con una mirada.

—Ése que viene ahí es mi amigo. —Hizo señas con la mano—. Convídale a beber algo y desaparece. Es corso, y celoso como un demonio.

Vino hacia nosotros un muchacho, vaciló al verme a mí, pero al hacerle Sophie una seña llamándole se acercó. Era alto, moreno, iba afeitado y tenía magníficos ojos negros, nariz aguileña y

pelo rizado y negro como ala de cuervo. No representaba más de veinte años. Sophie me presentó como un amigo de su infancia.

—Es imbécil, pero maravilloso —me dijo.

—Te gustan montaraces, ¿eh?

—Cuanto más, mejor.

—Uno de estos días te cortarán el cuello.

—No me extrañaría —sonrió—. No se perderá nada bueno.

—¿Vamos a hablar francés, o qué? —dijo el marinero hoscamente.

Sophie se volvió hacia él con una sonrisa en la que advertí cierta burla. Hablaba el francés con soltura, usando muchas palabras de argot con pronunciado acento inglés, el cual daba a los viles y obscenos vulgarismos que salpicaban su discurso una fuerza cómica que obligaba a reír.

—Estaba diciéndole lo guapo que eres, pero para no herir tu modestia se lo he dicho en inglés.

—Se dirigió a mí—. Y es fuerte. Tiene músculos de boxeador. Tócaselos.

Éstas lisonjas disiparon el enfado del marinero, quien, sonriendo complaciente, dobló su brazo para destacar el bíceps.

—Toque —dijo—, toque.

Así lo hice, y expresé pertinente admiración. Charlamos durante unos minutos. Pagué las consumiciones y me levanté.

—Me tengo que ir.

—Me alegro de haberte visto. No te olvides del libro.

—Descuida.

Estreché la mano a ambos y me alejé. Al pasar por una librería me detuve, compré el libro y escribí en él el nombre de Sophie y el mío. Luego, porque se me ocurrió de repente, y porque no pude pensar en otra cosa, escribí el primer verso del encantador poemita de Ronsard que está en todas las antologías:

Mignonne, allons voir si la rose...

Lo dejé en el hotel. Está éste junto al muelle, y he dormido allí a menudo, porque cuando al romper el alba despierta a los viajeros el clarín que llama a sus deberes a los marineros que disfrutan permiso para una noche, el sol se alza brumoso sobre el agua apacible del puerto y presta a los barcos fantasmales una velada belleza. Al día siguiente zarpamos para Cassis, en donde yo quería comprar vino, y después fuimos a Marsella para recoger una cangreja nueva que teníamos encargada. Una semana más tarde volví a casa.

Encontré al llegar un recado de Joseph, el criado de Elliott, comunicándome que su señor estaba en la cama enfermo y que a Elliott le gustaría verme. Al día siguiente fui en automóvil a Antibes. Antes de conducirme a la alcoba de su amo, Joseph me dijo que Elliott había tenido un ataque de uremia y que el médico consideraba grave su estado. Había logrado vencer la crisis e iba mejorando gradualmente, pero tenía mal los riñones y era imposible que sanara por completo. Joseph llevaba cuarenta años con Elliott, a quien profesaba mucho cariño; pero aunque el tono de su voz indicaba pena, era imposible no advertir la interna satisfacción que, como es frecuente en los criados, le inspiraba la tragedia casera.

—*Ce pauvre Monsieur* —suspiró—. Evidentemente, tenía sus manías, pero en el fondo era bueno. Algún día hay que morirse.

Hablaba como si Elliott estuviese a punto de exhalar su postrer suspiro.

—Estoy seguro de que se habrá acordado de usted en su testamento, Joseph —le dije.

—Es de esperar —respondió lúgubrementes.

Me sorprendió al entrar en la habitación de Elliott encontrarle tan animado. Estaba pálido y muy avejentado, pero alegre. Vi su rostro recién afeitado y su pelo peinado atildadamente. Tenía puesto un pijama de seda azul, en cuyo bolsillo vi sus iniciales debajo de la coronal condal. Las mismas iniciales, de tamaño mucho mayor, y con la corona, eran perceptibles también bordadas sobre el embozo de las sábanas.

Le pregunté qué tal se encontraba.

—Perfectamente bien —respondió alegremente—. No tengo más que una indisposición pasajera. Dentro de unos días ya estaré como si tal cosa. El sábado vendrá a comer el gran duque Dimitri, y ya le he dicho al médico que me tiene que poner bueno para entonces, cueste lo que cueste.

Estuve con él media hora, y al salir le dije a Joseph que no dejara de avisarme si Elliott sufría una recaída. Me quedé atónito cuando una semana más tarde, al ir a comer con una vecina mía, me encontré con Elliott entre los invitados. Vestido para la ocasión, parecía un muerto.

—No debieras salir, Elliott —le dije.

—¡Qué tontería! Frieda espera a la princesa Mafalda. Conozco a la familia real italiana hace no sé cuántos años, desde que la pobre Louisa estuvo en poste en Roma, y no iba a fallarle a la buena de Frieda.

No supe si admirar su indomable valor o si lamentar que a su edad, herido de mortal dolencia, conservase aún su pasión por la vida de sociedad. Nadie hubiera pensado que estaba enfermo. Como un actor agonizante que, cubierta la cara de grasienta pintura, sale a las tablas y olvida momentáneamente suplicios y dolores, Elliott representó su papel de pulido cortesano con su acostumbrada seguridad. Mostróse de amabilidad infinita, atento lisonjeador para con los adecuados personajes, y de agudo ingenio, con aquél su malicioso desenfado en el cual era maestro. Creo que jamás le vi demostrar sus dotes de hombre de salón de tan palmaria manera. Cuando se retiró Su Alteza (y fue digna de ver la gracia con que Elliott se inclinó ante ella, logrando expresar al mismo

tiempo respeto por su jerarquía y admiración de anciano por su femenina belleza) no me extrañó escuchar a la señora de la casa que Elliott había sido el alma de la comida.

Unos días más tarde cayó en cama de nuevo, y el médico le prohibió salir de su habitación. Elliott se mostró fuera de sí.

—¡Que esto me haya pasado en este momento! ¡Con lo animada que está la temporada!

Y recitó una larga lista de personas de importancia, todas las cuales estaban veraneando en la Costa Azul.

Yo iba a verle cada tres o cuatro días. Unas veces le encontraba en cama, mas otras estaba en un diván, luciendo una babilónica bata multicolor. Parecía poseer una inagotable variedad de tales prendas, pues no recuerdo haberle visto la misma dos veces. En una de estas ocasiones, comenzaba ya agosto, le hallé inusitadamente callado. Joseph me había dicho, al abrirme la puerta, que estaba algo mejor, y me sorprendió verle tan apagado. Procuré animarle refiriéndole los chismorreos de la Costa que habían llegado a mis oídos, pero su falta de interés me resultó patente. Advertí entre sus ojos un ligero ceño y una hosquedad en su talante poco común.

—¿Vas a ir a la fiesta de Edna Novemali? —me preguntó de repente.

—No; claro que no.

—¿Te ha invitado?

—Ha invitado a toda la Costa Azul.

Era la princesa Novemali una americana de inmensa fortuna, que se había casado con un príncipe romano, pero no un príncipe corriente de tres al cuarto, tan abundantes en Italia, sino el cabeza de una gran familia, descendiente de un condottiero que había ganado con la espada un principado en el siglo XVI. Contaba la princesa sesenta años, era viuda, y como quiera que el régimen fascista pretendiese apropiarse de una parte de sus pingües rentas de origen americano hartamente elevada para que la princesa lo hallara de su agrado, se fue de Italia y se hizo construir, en una magnífica finca más allá de Cannes, una villa florentina. Había hecho llevar de Italia mármoles con que cubrir los muros de sus vastos salones, e hizo ir a pintores italianos para decorar sus techos. Sus cuadros y bronceos eran de extraordinario mérito, y hasta Elliott, poco aficionado a los muebles italianos, reconocía que los de la princesa eran magníficos. Los jardines eran deliciosos, y la piscina debió de costar una fortuna. Era conocida por su hospitalidad, y nunca sentaba a su mesa a menos de veinte personas. Había anunciado por entonces un baile de disfraces, señalado para la noche de luna llena del mes de agosto, y aun cuando faltaban todavía tres semanas, no se hablaba de otra cosa en la Costa Azul. Iban a quemarse fuegos artificiales y tenía contratadas a una orquesta de negros famosa en París. Los monarcas exiliados andaban comentando entre ellos que la fiesta costaría más de lo que cualquiera de ellos tenía para vivir durante un año.

—Es principesco —decían.

—Es una locura —decían.

—Es de pésimo gusto —decían.

—¿Qué traje te vas a poner? —me preguntó Elliott.

—Pero ¿no te he dicho que no voy a ir? ¿Crees que me voy a poner un disfraz a mis años?

—A mí no me ha convidado —dijo con voz ronca.

Me miró con ojos doloridos.

—Ya te convidará —dije alegremente, para animarle—. Quizá no estén repartidas aún todas las invitaciones.

—No; no piensa convidarme —y le falló la voz—. Es un insulto preconcebido.

—No, hombre, eso no lo puedo creer. Se le habrá pasado.

—No soy yo persona de quien la gente se olvide por descuido.

—De todos modos, no hubieras estado en condiciones de ir.

—Claro que no lo hubiese estado. ¡La fiesta del año! Aunque estuviese postrado en mi lecho de muerte me hubiera levantado para ir. Tenía preparado el traje de mi antepasado el conde de Lauria para ello.

No supe qué decir, y callé.

—Poco antes de venir tú ha estado a verme Paul Barton —dijo Elliott de pronto.

No puedo esperar que el lector recuerde a Barton, ya que yo mismo he tenido que consultar lo ya escrito para ver el nombre que le he dado. Paul Barton era aquel muchacho americano a quien Elliott presentó a la sociedad inglesa, y que había provocado su animosidad al prescindir de su protector tan pronto como no le fue necesario. Se había hablado bastante de él durante los últimos tiempos, primero, por haber adquirido naturaleza británica, y segundo por su matrimonio con la hija de un magnate de la Prensa, elevado recientemente a Par del Reino. Con la ayuda de semejante influencia y con su propia habilidad era evidente que llegaría lejos. Elliott hablaba de él con rabia.

—Cuando me despierto por la noche y oigo a un ratón rascando en la madera, me digo: «Es Paul Barton, subiendo con uñas y dientes». Créeme: acabará en la Cámara de los Lores. Gracias a Dios no estaré yo vivo para verlo.

—¿Qué quería? —le pregunté, pues sabía tan bien como Elliott que Barton no hacía nada desinteresadamente.

—¿Qué quería! —dijo Elliott fuera de sí—. ¡Quería que le prestara mi traje del conde de Lauria!

—¿Qué frescura!

—¿No comprendes lo que eso significa? Que sabe que Edna no me ha invitado y que no piensa hacerlo. Ella misma se lo habrá dicho. ¡La muy bruja! No hubiera llegado a ningún lado sin mi ayuda. Di fiestas en su honor y la presenté a todos los que conoce. Está liada con su chófer, como supongo que sabrás. ¡Asqueroso! Se sentó ahí, en esa silla, y me dijo que Edna va a iluminar todos los jardines y que va a haber fuegos artificiales. Me encantan. Y me dijo que la gente no deja en paz a Edna. Pidiéndole invitaciones, pero que a todos les dice que no, porque quiere que la fiesta sea verdaderamente brillante. Durante todo el tiempo estuvo hablando como si no hubiera que pensar siquiera en que me invitara a mí.

—¿Y le vas a dejar el traje?

—¿Ni aunque de ello dependiera su vida! Será mi mortaja. —Elliott se sentó en la cama y se movió de un lado a otro, como una mujer agobiada—. ¡Es tan grande la maldad! ¡Los odio! ¡Los odio a todos! Todo les parecía poco para halagarme cuando podía yo convidarlos, pero ahora que estoy viejo y enfermo ya no les sirvo para nada. Ni diez personas han venido a preguntar por mí desde que caí en cama, y en lo que va de semanas no he recibido más que un ruin ramo de flores. ¡Yo, que todo lo hice por ellos! Han comido en mi mesa y han bebido mis vinos. Les he hecho regalos. Les he dado fiestas. Ningún sacrificio he regateado para complacerlos. ¿Y qué he sacado de todo ello? ¡Nada,

nada y nada! No hay ni uno de todos ellos a quien le importa que me muera o que viva. ¡Qué crueldad! —comenzó a llorar. Las lágrimas, grandes y pesadas, comenzaron a correr por sus arrugadas mejillas—. ¡Ojalá no hubiera salido nunca de América!

Era lamentable ver a aquel anciano, cuya tumba bostezaba ante él, llorar como un niño porque no le han convidado a una fiesta: escandaloso, y al mismo tiempo de un patetismo casi intolerable.

—No te importe, Elliott; a lo mejor llueve la noche de la fiesta.

Se agarró a mis palabras como ese hombre a punto de ahogarse, de quien todos hemos oído hablar, que se agarra a una tabla. Empezó a reír mientras aún corrían sus lágrimas.

—Eso no se me había ocurrido. Voy a rezar a Dios, como jamás he rezado, para que llueva. Tienes razón. Eso echaría a perder la fiesta.

Logré encauzar su frívola mente por otros canales y le dejé, si no alegre, por lo menos algo más tranquilo.

Pero no quise contentarme con eso, y tan pronto como llegué a casa llamé a Edna Novemali, y diciendo que tenía que ir a Cannes al día siguiente, pregunté si podría comer en su casa. Me mandó decir que tendría mucho gusto en verme, pero que no habría nadie. No obstante, cuando llegué encontré allí a diez invitados. Edna, generosa y hospitalaria, no era mala persona, y no tenía más defecto grave que su lengua maliciosa. No podía evitar el decir cosas lamentables hasta de sus más íntimos amigos; pero se debía esto a su estupidez y a que no conocía otro procedimiento de hacer interesante su conversación. Como sus injurias eran repetidas, ocurría que a veces se interrumpían sus relaciones con aquellos acerca de los cuales hablaba, pero como daba fiestas animadas, la mayor parte de los injuriados la perdonaban pasado algún tiempo. No quise exponer a Elliott a la humillación de tener que pedirle que le invitara a su próximo sarao, y aguardé a observar como estaban las cosas. Edna estaba entusiasmada con la fiesta y apenas habló de otra cosa durante la comida.

—A Elliott le encantará tener oportunidad de ponerse su traje del tiempo de Felipe II —dije en el tono más indiferente que pude.

—No le he invitado —dijo ella.

—¿Por qué? —repliqué con aire de fingida sorpresa.

—¿Por qué iba a invitarle? Ya no cuenta socialmente. Es un pesado, un snob y un chismoso.

Como estas acusaciones igual pudieran serle hechas a ella, la cosa me pareció excesiva. Edna era una necia.

—Además —añadió—, quiero que Paul se ponga el traje de Elliott. Estará guapísimo.

No insistí, pero decidí conseguir para Elliott, por las buenas o por las malas, la invitación objeto de sus ansias. Después de comer, Edna salió con sus invitados al jardín, lo cual me ofreció la oportunidad que estaba buscando. Como quiera que en cierta ocasión pasé algunos días convidado en la casa, conocía bien su organización, lo que me hizo suponer que aún quedaría cierto número de invitaciones y que estarían en el despacho de la secretaria. Allí me dirigí con la intención de guardarme una en el bolsillo, escribir más tarde en ella el nombre de Elliott y echarla al correo. No ignoraba que se encontraría demasiado enfermo para asistir a la fiesta, pero al recibir la invitación sería para él gran consuelo. Me desconcertó al abrir la puerta de la habitación ver a la secretaria de Edna trabajando en su mesa, pues creí que estaría comiendo aún. Era una mujer de cierta edad,

escocesa, llamada Miss Keith, de pelo rubio rojizo y cara pecosa; usaba lentes y tenía un aire de perseverante doncella. Me repuse de mi sorpresa.

—La princesa está enseñándoles el jardín a los invitados y se me ha ocurrido venir a fumar un cigarrillo con usted.

—Sea bienvenido.

Hablaba con dejo escocés, y cuando se permitía entregarse al seco humor que reservaba para sus favoritos, aumentaba su acento tan notablemente que resultaban sus comentarios singularmente divertidos; pero cuando quien la oía soltaba la carcajada, ella le miraba con expresión de dolida sorpresa, como si considerara necio encontrar graciosas sus frases.

—Supongo que esta fiesta le estará suponiendo a usted trabajo de lo lindo, Miss Keith —le dije.

—Ya no sé ni dónde tengo la cabeza.

Sabía yo que podía fiarme de ella, y abordé el asunto sin circunloquios:

—¿Por qué no ha convidado a Mr. Templeton?

Miss Keith toleró que una sonrisa cruzase por sus austeras facciones.

—Ya sabe usted cómo es. Le ha tomado manía. Ella misma borró el nombre de la lista.

—Se está muriendo. No volverá a levantarse. Y le ha dolido terriblemente el desaire.

—Si tenía interés en conservar la amistad de la princesa, más le hubiera valido no andar diciéndolo a todo el mundo que ella tiene que ver con su chófer.

—¿Y no es cierto?

Miss Keith me miró por encima de los lentes.

—Llevo veintiún años de secretaria, Mr. Maugham, y nunca me he apartado de la regla de considerar a quienes me emplean tan puros como la nieve recién caída. Confesaré que cuando una de mis señoras se encontró embarazada de tres meses, cuando hacía seis que Milord estaba cazando leones en África, mi fe sufrió una dura prueba; pero Milady hizo un breve, y carísimo, viaje a París, y todo se arregló. Milady y yo compartimos un gran suspiro de tranquilidad.

—Miss Keith, no he venido a fumar un cigarrillo con usted; he venido a robar una invitación para mandársela yo mismo a Mr. Templeton.

—Lo cual me parecería indicio de una palmaria falta de escrúpulos.

—Concedido. Sea usted buena. Déme una invitación. Mr. Templeton no vendrá a la fiesta, pero se sentirá muy feliz. Usted no tiene nada en contra suya, ¿verdad?

—No. Siempre se ha mostrado muy cortés conmigo. Es un señor, no se puede negar, y eso es más de lo que se puede decir de las gentes que vienen aquí a saciarse a costa de la princesa.

Todas las personas importantes tienen cerca de sí a personas subordinadas, las cuales encuentran numerosas ocasiones de oír lo que se dice de su superior. Éstos dependientes son extremadamente susceptibles a cualquier desaire, y cuando no son tratados de la manera que estiman merecer, pueden, con hábiles insinuaciones, repetidas con pertinacia, predisponer a sus señores contra quien provoca su animosidad. Esto lo sabía Elliott mejor que nadie, y nunca olvidaba dedicar una frase gentil o una cordial sonrisa al pariente pobre, a la antigua doncella o a la amable secretaria. No dudé que había cambiado frecuentemente con Miss Keith bromas amables y que nunca olvidó mandarle en Navidades una caja de bombones, una polvera o un bolso.

—Ande, Miss Keith, compadézcase usted.

Miss Keith se aseguró los lentes en la prominente nariz.

—Estoy segura de que no querrá usted que yo cometa una deslealtad para con mi señora, Mr. Maugham, y además la muy bruja me despediría instantáneamente si se entera de que la había desobedecido. Las invitaciones están dentro de sus sobres encima de la mesa. Yo voy a asomarme a la ventana, en parte para estirar las piernas y además para gozar de la vista. De lo que ocurra en esta habitación mientras estoy vuelta de espaldas, ninguna justicia, divina o humana, puede hacerme responsable.

Cuando Miss Keith volvió a ocupar su silla, la invitación estaba en mi bolsillo.

—Me alegro mucho de haber tenido ocasión de saludarla, Miss Keith —le dije, alargándole la mano—. ¿Qué se va usted a poner para asistir al baile?

—Olvida usted, Mr. Maugham, que soy hija de un pastor protestante —respondió—. Ésas sandeces se las dejo a las clases patricias. Mis obligaciones terminarán una vez que haya dado a los reporteros del Herald y del Mail una buena cena y una botella de champaña de calidad inmediatamente inferior al mejor que tenemos. Y entonces me retiraré a la soledad de mi habitación con una novela policíaca.

Un par de días más tarde, cuando fui a ver a Elliott, le encontré resplandeciente.

—¡Mira! ¡La invitación! Me ha llegado esta mañana.

Sacó la tarjeta de debajo de la almohada y me la enseñó.

—Lo que te dije —comenté—. Como tu nombre empieza con T, la secretaria no habrá llegado a él hasta ahora.

—Aún no he contestado. Lo haré mañana.

Esto me alarmó durante un momento.

—¿Quieres que lo haga yo por ti? Podría echar la carta al correo al salir de aquí.

—No, ¿a santo de qué? Me considero capaz de contestar a las invitaciones que se me hacen.

Afortunadamente, pensé, la carta la abriría Miss Keith, quien tendría el sentido común de hacerla desaparecer. Elliott llamó al timbre.

—Quiero enseñarte el traje.

—No estarás pensando en ir, Elliott.

—Claro que lo estoy. No me lo he puesto desde el baile de los Beaumont.

Acudió Joseph a la llamada, y Elliott le mandó que llevara el traje. Estaba en una gran caja aplastada, envuelta en papel de seda. Lo formaban largas calzas de seda blanca, abultadas trusas acuchilladas de tisú de oro, con fondo de seda blanca, jubón apropiado al resto, capa, gola, aterciopelada gorra plana y una larga y áurea cadena, de la que pendía la Orden del Toisón de Oro. Comprendí que se trataba de una copia del fastuoso atuendo que luce Felipe II en el retrato de Tiziano que está en el «Museo del Prado», y cuando Elliott me explicó que era exactamente el traje que llevó el conde de Lauria a la boda del rey de España con la reina de Inglaterra, no pude reprimir el pensamiento de que estaba dando rienda suelta a su imaginación.

A la mañana siguiente fue interrumpido mi desayuno por una llamada telefónica. Era Joseph, para decirme que Elliott había tenido otro ataque durante la noche y que el médico, llamado urgentemente, dudaba de que sobreviviese al día. Mandé por el coche y me dirigí a Antibes. Encontré a Elliott sin sentido. Se había negado cabezonamente a tomar una enfermera, pero vi a una allí, enviada por el médico desde el hospital inglés que hay entre Niza y Beaulieu, lo cual me alegró. Volví a salir y telegrafí a Isabel, que estaba veraneando con Gray y las niñas en La Baule, lugar poco costoso de vacaciones. El viaje era largo, y temí que no llegaran a tiempo a Antibes. Exceptuando a sus dos sobrinos, a los que Elliott no había visto hacía muchos años, Isabel era la única familia de Elliott.

Pero la voluntad de vivir era en él tan fuerte, o quizá los medicamentos del galeno fueran tan eficaces, que recobró algo las fuerzas durante el día. Aunque destrozado, simuló valor y se dedicó a divertirse haciendo a la enfermera muy desenfadadas e inconvenientes preguntas acerca de su vida íntima. Permanecí con él casi toda la tarde, y al día siguiente, al volver junto a él, le encontré, aunque muy débil, bastante animado. La enfermera no quiso permitirme que estuviera con él más que un rato. Yo estaba preocupado, pues no había recibido respuesta a mi telegrama. Como desconocía la dirección de Isabel en La Baule, envié el telegrama a París y temí que el portero no lo hubiese

retransmitido inmediatamente. No recibí contestación hasta dos días más tarde, en la que me decían que se pondrían inmediatamente en camino. Quiso la mala suerte que Gray e Isabel estuvieran haciendo una excursión en automóvil por Bretaña, y mi telegrama les llegó con retraso. Consulté la guía de ferrocarriles y vi que tardarían por lo menos treinta y seis horas en llegar.

A la mañana siguiente, Joseph volvió a llamarme para decirme que Elliott había pasado la noche muy mal y que estaba preguntando por mí. Fui tan aprisa como pude. Cuando llegué, Joseph me llevó aparte.

—Monsieur me perdonará si le hablo de un asunto delicado —me dijo—. Yo soy, naturalmente, librepensador y creo que todas las religiones no son sino una confabulación de los curas para dominar al pueblo, pero Monsieur sabe lo que son las mujeres. Mi esposa y la primera doncella insisten en que el pobre señor reciba los últimos sacramentos, y es evidente que no queda ya mucho tiempo —me miró ligeramente avergonzado—. Y el hecho es que nunca se sabe; quizá si uno va a morir sea mejor arreglar sus asuntos con la Iglesia.

Le entendí perfectamente. Por muy desenfadadamente que sobre tales asuntos hablen, la mayoría de los franceses, cuando les llega su última hora, prefieren hacer las paces con una fe que llevan en la sangre y en los huesos.

—Si Monsieur tuviera la bondad...

No era encargo muy de mi gusto; pero, después de todo, Elliott fue durante muchos años devoto católico y era oportuno que cumpliera las obligaciones de su fe. Subí a su cuarto. Estaba echado de espaldas, arrugado y sin color, pero con todas sus luces. Le dije a la enfermera que nos dejara solos.

—Mucho me temo, Elliott, que estés grave. Y he pensado, se me ha ocurrido, si no querrías ver a un sacerdote.

Me miró durante un minuto sin hablar.

—¿Quieres decir que me voy a morir?

—Hombre, espero que no. Pero más vale tomar precauciones, aunque resulten innecesarias.

—Te comprendo.

Calló. Es terrible tener que decir a alguien lo que yo acababa de exponer a Elliott. No pude mirarle. Apreté los dientes, pues temí que se me saltasen las lágrimas. Estaba sentado en su cama, de cara a él, apoyándome en un brazo extendido.

Me dio unas palmaditas en la mano.

—No te preocupes, hombre —me dijo—. *Noblesse oblige*, ¿sabes?

Me eché a reír con histeria femenina.

—¡Qué ridículo eres, Elliott!

—Así me gusta. Ahora llama al señor obispo y dile que quisiera confesarme y recibir la Extremaunción. Le agradecería que me mandase al Abbé Charles. Es amigo mío.

El Abbé Charles era el vicario general del obispo, a quien he tenido ocasión de mencionar antes de ahora. Bajé al teléfono y hablé con el obispo en persona.

—¿Es urgente?

—Mucho.

—Ahora mismo atenderé el asunto.

Llegó el médico y le dije lo que había hecho. Subió con la enfermera a ver a Elliott y yo me

quedé en el piso bajo, en el comedor. No hay más de veinte minutos de automóvil desde Niza a Antibes, y al cabo de una media hora se detuvo ante la puerta de la casa un coche negro. Joseph me llamó.

—*C'est monseigneur en personne, Monsieur* —me dijo excitado—. Es el obispo en persona.

Salí a recibirle. No iba acompañado, como de costumbre, de su vicario general, sino, por razones que ignoro, de un joven sacerdote portador de una arqueta, que supuse contenía lo necesario para administrar el Sacramento. El mecánico iba detrás, con una valija negra muy usada. El obispo me estrechó la mano y me presentó a su acompañante.

—¿Cómo está nuestro pobre amigo?

—Me temo que muy mal *monseigneur*.

—¿Sería usted tan amable que nos indicara una habitación en la que pudiéramos revestirnos?

—El comedor está aquí abajo, *monseigneur*, y la sala, en el piso de arriba.

—El comedor servirá muy bien.

Le llevé a él. Joseph y yo aguardamos en el vestíbulo. Pasado un rato, se abrió la puerta y salió el obispo, seguido del sacerdote, que sujetaba con ambas manos el copón, cubierto por una pequeña patena, en la cual descansaba la hostia consagrada. Todo ello iba cubierto por un lienzo de hilo tan fino que era transparente. Nunca había yo visto al obispo, excepto como invitado a una comida o a una cena, y muy buen diente que tenía por cierto; era hombre que hallaba deleite en los manjares delicados o en un vaso de buen vino y excelente narrador de chascarrillos, algo subidos de color ciertas veces. Siempre me pareció un hombre grueso, rechoncho, de altura no superior a la corriente. En aquel momento, con la sobrepelliza y la estola, no sólo parecía alto, sino majestuoso. Su rostro arrebolado, por lo general arrugado por una sonrisa jovial y amable, parecía grave. Nada recordaba ya en él al oficial de caballería que fue antaño; su aspecto correspondía exactamente a lo que era: un alto dignatario de la Iglesia. No me sorprendió ver que Joseph se persignaba. El obispo inclinó ligeramente la cabeza.

—Condúzcame al enfermo —dijo.

Quise dejarle paso para que subiera la escalera antes que yo, pero me indicó que le precediera. Subimos en medio de un silencio solemne. Entré en el cuarto de Elliott.

—El señor obispo ha venido en persona, Elliott.

Elliott se esforzó para sentarse en la cama.

—*Monseigneur*, es un honor que nunca me hubiera atrevido a esperar.

—No se mueva, amigo mío. —El obispo se volvió hacia la enfermera y hacia mí—. Déjenos. — Y luego al sacerdote le dijo—: Le llamaré cuando le necesite.

El sacerdote miró alrededor y comprendí que estaba buscando sitio en que dejar el copón. Empujé hacia un lado los cepillos de concha del tocador. La enfermera se fue al piso bajo y yo conduje al clérigo a la habitación contigua, que Elliott utilizaba como despacho. Estaban las ventanas abiertas, mirando hacia el cielo azul, y el sacerdote se acercó a una de ellas. Yo me senté. Estaba celebrándose una regata de stars, y sus velas, de cegadora blancura, destacaban contra el fondo azul. Una gran goleta, negra de casco, con sus velas bermejas desplegadas, avanzaba contra la brisa hacia el puerto. La reconocí; se dedicaba a la pesca de langostas, y llevaba su cargamento desde Cerdeña para suministrar el plato de pescado de las cenas de gala en los casinos. A través de la puerta

cerrada me llegaba el apagado rumor de voces. Elliott se estaba confesando. Sentí grandes ganas de fumar, pero temí que el sacerdote se escandalizara si encendía un cigarrillo. Permanecía mi acompañante inmóvil, mirando por la ventana. Era un muchacho delgado, cuyo pelo, espeso, negro y ondulado, y también los magníficos ojos oscuros y la tez olivácea, indicaban su origen italiano. Su aspecto todo irradiaba el vehemente fuego del Sur, y me pregunté qué apremiante fe, qué ardoroso deseo le habría impulsado a abandonar los placeres de la vida, las alegrías de su edad y la satisfacción de sus sentidos para consagrarse al servicio de Dios.

Callaron de pronto las voces de la pieza contigua y miré a la puerta. Se abrió y apareció el obispo.

—Venez —dijo al sacerdote.

Me quedé solo. Volví a escuchar la voz del obispo y comprendí que estaba diciendo las oraciones que la Iglesia manda se recen junto a los moribundos. Sobrevino un nuevo silencio y adiviné que Elliott estaba recibiendo a Jesucristo Sacramentado. No sé por qué, quizá por algún impulso heredado de lejanos antepasados, aunque no soy católico, nunca puedo presenciar la Misa sin experimentar cierto trémulo asombroso cuando el ligero tintineo de la campanilla del monaguillo anuncia el momento de alzar. Y también entonces experimenté un escalofrío, como si un viento helado me atravesara el cuerpo; temblé de espanto y de asombro. Volvió a abrirse la puerta.

—Puede usted pasar —dijo el obispo.

Entré. El cura estaba extendiendo el sutil paño sobre el sagrado vaso y la patena que contuvo la hostia. Los ojos le brillaban a Elliott.

—Acompaña a *monseigneur* a su coche —me dijo.

Bajamos la escalera. Joseph y las criadas aguardaban en el vestíbulo. Las mujeres lloraban. Eran tres, y una tras otra avanzaron hacia nosotros y cayendo de hinojos besaron el anillo del obispo. Éste las bendijo con dos dedos. La mujer de Joseph empujó a éste, avanzó Joseph, cayó de rodillas. El obispo sonrió.

—¿No es usted librepensador, hijo mío?

Vi que Joseph hacía esfuerzos desesperados.

—Sí, *monseigneur*.

—No permita que eso le atormente. Ha sido usted un criado bueno y fiel para su amo. Dios sabrá perdonarle las limitaciones de su entendimiento.

Salí a la calle y abrí la puerta del coche. Me saludó con una inclinación de cabeza, y ya sentado se sonrió con indulgencia.

—Nuestro pobre amigo está muy mal. Sus defectos eran solamente superficiales. Tenía un corazón generoso y siempre ha sido bueno para con sus semejantes.

Supuse que Elliott preferiría estar solo después de la ceremonia que acababa de celebrarse y me dirigí a la sala, donde me puse a leer, pero no había hecho más que sentarme cuando llegó la enfermera para decirme que él quería verme. Subí hasta su cuarto. Ya fuera como consecuencia de una inyección que le había puesto el médico para ayudarle a soportar la prueba, o a causa de la excitación que ésta le había producido, el caso es que le encontré alegremente sereno y con muy brillantes ojos.

—Ha sido un gran honor —me dijo.

Cambiamos algunas frases más, y yo procuré darle ánimos como mejor pude.

Se quedó traspuesto de repente. Me senté y cogí un libro. Siguió durmiendo. A la una entró la enfermera para decirme que Joseph tenía dispuesta mi comida. Encontré a Joseph anonadado.

—¡Imagínese el señor! ¡Venir *monseigneur* en persona! Ha sido un gran honor. ¿Me vio el señor besarle el anillo?

—Sí.

—No lo hubiera hecho por mí. Ha sido para satisfacer a mi esposa.

Pasé la tarde en el cuarto de Elliott. Se recibió un telegrama de Isabel diciendo que ella y Gray llegarían a la mañana siguiente en el Tren Azul. No parecía probable que llegaran a tiempo. Volvió el médico. Sacudió la cabeza. Al caer la tarde, Elliott despertó y pudo tomar algo de alimento. Esto pareció darle una fuerza momentánea. Me hizo una seña llamándome y me acerqué a su cama. Tenía la voz muy débil.

—No he contestado a la invitación de Edna.

—No te preocupes de eso ahora, hombre.

—¿Por qué no? Siempre he sido un hombre de mundo, y no veo por qué he de prescindir de mi buena crianza ahora que lo voy a dejar. ¿Dónde está la tarjeta?

Estaba en la chimenea y se la puse en la mano, pero dudo de que pudiera verla.

—Encontrarás papel de escribir en mi despacho. Si vas por él te dictaré mi contestación.

Fui al cuarto contiguo y volví con recado de escribir. Me senté junto a la cama.

—¿Estás listo?

—Sí.

Tenía los ojos cerrados, pero percibí en sus labios una sonrisa picaresca y me pregunté lo que iría a decirme.

—Mr. Elliott Templeton lamenta no poder aceptar la amable invitación de la princesa de Novemali, debido a estar anteriormente comprometido para esa fecha con el Divino Hacedor.

Dejó oír una ligerísima risa fantasmal. Tenía la cara de un extraño color blanco azulado, espantoso de contemplar, y exhalaba el nauseabundo olor característico de su enfermedad. ¡El pobre Elliott, que había disfrutado perfumándose con las esencias de «Chanel» y «Molyneux»! Aún sujetaba en la mano la invitación robada, y creyendo yo que le molestaría procuré quitársela, pero apretó él la mano. Me sorprendió entonces oírle hablar en tono recio.

—¡La grandísima zorra! —dijo.

Fueron sus últimas palabras. Cayó en el coma. La enfermera había permanecido junto a él toda la noche precedente y tenía un aspecto de estar muy cansada, por lo que le mandé que se acostara, luego de prometer que la llamaría si fuera necesario, y que yo velaría al enfermo. Realmente no había nada que hacer. Encendí una lámpara de discreta pantalla y estuve leyendo hasta que me dolieron los ojos. Entonces apagué la luz y permanecí sentado a oscuras. Estaba templada la noche, y las ventanas abiertas de par en par. La luz de un faro acariciaba el cuarto con su blanco pincel a medidos intervalos. La luna, que al llegar a su plenitud contemplaría la inane y ruidosa animación del baile de máscaras de Edna Novemali, se ocultó, y en el cielo de oscurísimo azul las incontables estrellas fulgían con su brillo aterrador. Quizá me quedara traspuesto, pero mis sentidos permanecieron en avisada vigilancia, y súbitamente me despertó completamente un ruido agitado y malévolamente, el más espantable rumor que puede escucharse, el estertor agónico. Me acerqué a la cama, y a la luz del faro tomé el pulso a Elliott. Estaba muerto. Encendí la luz de la mesita de noche. Tenía desencajada la boca y los ojos abiertos de par en par. Antes de cerrárselos los contemplé durante un minuto. Me sentí conmovido, y creo que algunas lágrimas cayeron lentamente por mis mejillas. Un amigo antiguo, un hombre bondadoso. Me entristeció pensar lo necia, inútil y trivial que había sido su vida. Ya importaba bien poco que se hubiera codeado con todos aquellos príncipes, duques y condes. Ya le habían olvidado.

No vi motivo alguno para despertar a la exhausta enfermera, y me volví a mi sillón, junto a la ventana. Cuando entró, a las siete, yo estaba dormido. La dejé para que hiciera lo que estimara oportuno y bajé a desayunarme, hecho lo cual fui a la estación para esperar a Gray y a Isabel. Les dije que Elliott había muerto, y puesto que no había sitio para ellos en la casa, los insté a que fueran a la mía, pero ellos prefirieron acomodarse en un hotel. Yo volví a mi casa para bañarme, afeitarme y cambiarme de ropa.

Durante la mañana, Gray llamó para decirme que Joseph les había dado una carta para mí que Elliott le había confiado. Como bien pudiera haber en ella algo que ningunos ojos, salvo los míos, debieran leer, dije que iría sin perder tiempo, y antes de que pasara una hora entraba yo de nuevo en la casa. La carta cuyo sobre escrito decía: Para ser entregada inmediatamente después de mi muerte, contenía instrucciones para las exequias. Yo sabía que Elliott había tenido gran empeño en ser enterrado en la iglesia que había fundado, y ya se lo había comunicado a Isabel. Disponía que se le embalsamara y citaba el nombre de la casa a quien debía encargarse de ello: «He tomado informes —continuaba— y me dicen que lo hacen muy bien. Confío en ti para que te preocupes de que no lo hagan a la ligera. Quiero que me vistan con el traje de mi antepasado el conde de Lauria, que se me ciña su espada al costado y se me coloque el Toisón de Oro en el pecho. Dejo a tu gusto la elección del ataúd, que no deberá ser ostentoso, pero sí adecuado a mi posición. Para evitar molestias a todos, deseo que la casa “Thomas Cook e Hijo” se encargue de todo lo concerniente a mi traslado y que uno de sus empleados acompañe el ataúd hasta su postrer destino».

Recordé haber escuchado a Elliott que quería ser enterrado con su traje de máscara, pero lo tomé por un capricho pasajero y no se me ocurrió que lo dijera en serio. Joseph insistió en que sus deseos se cumplieran, y yo no vi razón alguna para impedirlo. Fue embalsamado el cadáver y luego fui yo con Joseph a vestirlo con aquellas absurdas ropas. Resultó macabra la operación. Metimos las

larguiruchas piernas en las sedañas calzas, ajustándole luego los gregüescos de tisú de oro. No fue sencillo meterle los brazos en las mangas del jubón. Colocamos en su lugar la gran gola almidonada y le echamos por los hombros la capa de seda. Finalmente le tocamos con la gorra y le rodeamos el cuello con el Toisón. El embalsamador le había pintado mejillas y labios con carmín. El pobre Elliott, harto holgada la vestimenta para su encogido cuerpo, parecía un miembro del coro en una ópera de Verdi. ¡Triste Quijote de deleznable propósito! Cuando los empleados de la funeraria le metieron en su ataúd le coloqué la espada de guardarropía a lo largo de su cuerpo consumido, entre las piernas, con las manos descansando en el pomo, como había visto yo en la tumba de cierto cruzado.

Gray e Isabel se trasladaron a Italia para asistir al sepelio.

CAPITULO SEXTO

Creo honrado advertir al lector que bien puede saltarse el presente capítulo sin perder la trama de la narración, si de narración merece el nombre de lo que vengo relatando, ya que no es apenas otra cosa que la transcripción de una charla que tuve con Larry. He de añadir, no obstante, que a no ser por esta conversación quizá no hubiera considerado que valía la pena escribir el presente libro.

Aquel otoño, unos dos meses después de morir Elliott, estuve una semana en París, camino de Inglaterra. Isabel y Gray, al volver de su melancólico viaje a Italia, regresaron a Bretaña, pero ya estaban de nuevo instalados en la casa de la rue de St. Guillaume. Fue Isabel quien me comunicó los detalles del testamento de Elliott. Dejó cierta cantidad de dinero para misas, que habrían de decirse en la iglesia fundada por él, y otra suma para la conservación del templo. Legó una generosa cantidad al obispo de Niza para obras de caridad. A mí me dejó un equívoco legado: una colección de libros pornográficos del siglo XVIII y un admirable dibujo de Fragonard que representaba a un sátiro y a una ninfa ocupados en algo que suele realizarse en la intimidad. Era demasiado crudo para ser colgado en pared alguna, y nunca he sido capaz de regodearme con la contemplación de lo obscuro a solas. A sus criados les dejó mandas generosas. Cada uno de sus sobrinos heredó diez mil dólares, y el resto de su fortuna lo dejó a Isabel. No me dijo ella a cuánto ascendía, ni yo lo pregunté, pero deduje de su contento que se trataba de una considerable cantidad de dinero.

Ya hacía mucho tiempo, desde que recobró su salud, que Gray tenía impacientes deseos de regresar a América y de empezar a trabajar de nuevo, y aunque Isabel se encontraba muy a gusto en París, la inquietud de su marido la había afectado a ella. Ya llevaba él algún tiempo en negociaciones con sus amigos, pero entre los ofrecimientos que se le habían hecho, el más deseable suponía la inversión de una cantidad considerable de dinero. No lo tenía Gray, mas a la muerte de Elliott, Isabel se encontró en posesión de mucho más del capital preciso, y Gray, con el beneplácito de Isabel, estaba llevando a cabo investigaciones que si daban el resultado apetecido pensaba continuar personalmente, trasladándose a América. Pero antes de que tal cosa fuera posible eran muchas las cosas que había que llevar a cabo. Ya habían llegado a un acuerdo razonable con el fisco francés acerca de los derechos reales de la herencia. Luego tenían que desprenderse de la casa de Antibes y de la de la rue St. Guillaume. Tuvieron que arreglar lo necesario para la venta en subasta, en el «Hotel Drouot», de todos los muebles, cuadros y dibujos de Elliott. Eran éstos de gran valor y parecía conveniente aguardar a la primavera, cuando los grandes coleccionistas se encuentran en París. No pesó a Isabel tener que pasar allí otro invierno; sus hijas hablarían para entonces el francés tan fácilmente como el inglés, y aceptó gustosa la necesidad de que pasaran otro curso en su colegio francés. Habían crecido durante los últimos tres años, y eran unas chiquillas de largas piernas, delgadas y vivarachas, hasta entonces con poca de la belleza de su madre, pero bien educadas y de curiosidad insaciable.

Y nada más tengo que decir sobre esos asuntos.

Me encontré con Larry por casualidad. Le había preguntado a Isabel acerca de su paradero, y ella me dijo que desde que volvieron de La Baule apenas le habían visto. Isabel y Gray habían hecho buena cantidad de amigos para esa fecha, gente de su edad, y estaban más ocupados que durante las agradables semanas cuando los cuatro nos vimos con tanta frecuencia. Una noche fui al «Théâtre Français» para ver *Berenice*. Ya la había leído, pero nunca la había visto representada, y como suelen ponerla en escena raras veces, no quise desaprovechar la oportunidad. No es de las mejores obras de Racine, pues el asunto es demasiado tenue para llenar cinco actos, pero es conmovedora y tiene escenas muy merecidamente famosas. El asunto está sacado de un breve pasaje de Tácito. Tito, enamorado apasionadamente de Berenice, reina de Palestina, a quien se supone que ha solicitado en matrimonio, la envía por razones de Estado a Roma durante los primeros días de su reinado, a pesar de sus deseos y de los de la reina. El motivo es que el Senado y el pueblo de Roma se oponen violentamente al matrimonio de su emperador con una reina extranjera. La obra trata de la lucha entablada en el corazón de Tito entre el amor y el deber, y cuando vacila, es Berenice quien, ya convencida del amor de Tito, acaba por ayudarle en su propósito, separándose de su amador para siempre.

Supongo que únicamente un francés puede apreciar por completo la gracia y la grandiosidad de Racine y la música de sus versos, pero hasta un extranjero, una vez que se ha habituado a la protocolaria formalidad del estilo, se emociona ante la apasionada ternura y la nobleza de los sentimientos del gran autor. Racine sabía, como pocos lo han sabido, todo el valor dramático que la humana voz puede tener. Al menos para mí, la cadencia de sus melifluos versos alejandrinos son satisfactorio sucedáneo de la trama, y encuentro los largos discursos, escritos con habilidad infinita para acabar en el esperado desenlace, tan emocionantes como cualquier sobrecogedora aventura vista en el cine.

Hubo un descanso después del tercer acto y salí a fumar un cigarrillo al foyer, que preside el Voltaire de Houdon con su sonrisa desdentada y sarcástica. Alguien me tocó en un hombro. Me volví mohíno, pues quería permanecer a solas con la exaltación que en mí habían provocado aquellas sonoras estrofas, y vi a Larry. Me alegré de encontrarme con él, como siempre. Ya hacía un año desde que le eché la vista encima por última vez, y le propuse que, terminada la representación, nos reuniéramos para tomar juntos una cerveza. Larry me respondió que tenía hambre, pues no había cenado, y me invitó a acompañarle a Montmartre. Nos encontramos al final de la obra y salimos juntos a la calle. La atmósfera del «Théâtre Français» suele estar cargada de manera que le es peculiar. Está impregnada del olor de innumerables generaciones de esas mujeres de cara de vinagre y cuerpos sin lavar que son llamadas ouvreuses, quienes os acompañan hasta vuestra localidad y aguardan con gesto exigente vuestra propina. Fue un alivio salir al aire fresco, y como era la noche grata, fuimos andando. Los arcos voltaicos de la Avenue de l'Opera fulgían con tal insolencia que las estrellas del cielo, como si el orgullo les impidiera competir, recataban su brillo en la oscuridad de su distancia infinita. Según andábamos, fuimos hablando de la representación que acabábamos de

presenciar. Larry se mostraba desilusionado. Le hubiera gustado encontrarla más natural, dicho los versos con la sencillez con que la gente habla corrientemente, y desprovistos los gestos de su excesivo artificio teatral. Hallé equivocado tal punto de vista. Aquello era retórica, retórica magnífica, y opinaba yo que había de ser declamada retóricamente. Me gustaba el medido golpear de la rima; y los gestos estilizados, basados en una larga tradición, me parecían singularmente ajustados a aquel arte formal. Dije que me era inevitable pensar que así le hubiera gustado a Racine ver representada su obra y hube de admirar cómo los actores habían logrado mostrarse humanos, apasionados y reales dentro de los límites que los constreñían. El arte triunfa cuando logra usar lo convencional como instrumento de su propósito.

Llegamos a la Avenue de Clichy y entramos en la «Brasserie Graf». Eran poco más de las doce y estaba atestada de gente; pero logramos encontrar una mesa y pedimos huevos fritos con tocino. Le dije a Larry que había visto a Isabel.

—A Gray le gustaría volver a América —dijo—. Aquí se encuentra como el pez fuera del agua. No estará contento hasta que empiece a trabajar otra vez. Quizá haga una gran fortuna.

—Si la gana, a ti te lo deberá. No solamente le curaste el cuerpo, sino el espíritu. Le hiciste recobrar la confianza en sí mismo.

—Poco hice yo. Me limité a mostrarle la manera de curarse a sí mismo.

—¿Cómo aprendiste ese «poco»?

—Por casualidad. Fue estando en la India. Llevaba algún tiempo sufriendo de insomnio y se lo dije por casualidad a un viejo yogui al que conocía, y él me dijo que pronto lo remediaría. Me hizo exactamente lo que me viste hacer con Gray, y aquella noche dormí como ya hacía meses que no lograba hacerlo. Como cosa de un año más tarde, estaba en el Himalaya con un amigo indio, y éste se distendió un tobillo. No había ni que pensar en un médico, y mi amigo estaba sufriendo gran dolor. Entonces se me ocurrió ensayar a hacer lo que hizo conmigo el yogui, y me dio resultado. Lo creerás o no lo creerás, pero se le quitó por completo el dolor. —Larry se echó a reír—. Te aseguro que yo fui el primer sorprendido. Pero la cosa no tienen ningún misterio; no hay más que sugerirle la idea al que sufre.

—Eso se dice más fácilmente de lo que se hace.

—¿Te sorprendería que tu brazo se levantase de la mesa por sí solo, sin ningún acto de tu voluntad?

—Mucho.

—Pues se levantará. Cuando volvimos al mundo civilizado, mi amigo contó a la gente lo que yo había hecho y me llevó a otros para que los curara. Me molestaban tales cosas, porque no las entendía, pero ellos insistían. Sea por lo que sea, generalmente se iban aliviados. Pronto descubrí que no solamente podía aliviar el dolor, sino el miedo. Es extraño la cantidad de gente que tiene miedo. No me refiero a la angustia de los espacios cerrados, o al vértigo de las alturas, sino al miedo a la muerte y, lo que es mucho peor, al miedo de la vida. Muy a menudo son personas que parecen gozar de excelente salud, prósperas, sin preocupaciones, y, sin embargo, el miedo las tortura. He pensado algunas veces que es el estado de ánimo más frecuente de los hombres, y hubo un tiempo en que me pregunté si sería debido a algún hondo instinto animal heredado por el hombre de aquel rudimentario algo que fue el primero en sentir la temblorosa emoción vital.

Estaba yo escuchando a Larry con expectación, pues no hablaba frecuentemente de tan larga manera, y porque me daba la sensación de que por una vez se encontraba de humor comunicativo. Acaso la obra que acabábamos de ver había aflojado alguna inhibición y el ritmo de sus sonoras cadencias, como ocurre con la música, había vencido su reserva instintiva. De repente percibí que algo le ocurría a mi mano. No había vuelto a pensar en la pregunta que Larry me hizo medio en broma. Advertí ya que mi mano no descansaba sobre la mesa, sino que estaba como a una pulgada de ella, sin que yo lo hubiera deseado. Me dejó sorprendido. La miré y vi que temblaba ligerísimamente. Sentí un extraño cosquilleo en los nervios del brazo, una pequeña sacudida, y mano y antebrazo se levantaron por sí solos sin que yo, al menos de manera consciente, procurara impedirlo o hacerlo, hasta que ambos estuvieron como a cinco pulgadas de la mesa. Entonces sentí que todo el brazo comenzaba a subir, girando sobre la articulación del hombro.

—Esto es muy extraño —dije.

Larry se rió. Hice un ligerísimo esfuerzo de la voluntad y la mano cayó sobre la mesa.

—No es nada —dijo—. No le des importancia.

—¿Te enseñó esto también el yogui de quien nos hablaste cuando volviste de la India?

—¡Oh, no! No tenía tiempo que perder con estas tonterías. No sé si se creía dotado de los poderes que algunos yoguis dicen poseer, pero desde luego le hubiera parecido pueril ejercitarlos.

Llegaron los huevos, y comenzamos a comer con gran apetito. Nos bebimos la cerveza. Ambos callábamos. Larry estaba pensando en lo que no me dijo; yo pensaba en él. Terminamos. Yo encendí un cigarrillo y él su pipa.

—¿Qué te hizo ir a la India?

—Una casualidad. Al menos así lo creí entonces. Hoy me inclino a creer que fue el resultado inevitable de mis años en Europa. A casi todas las personas que han ejercido más influencia sobre mí parece que las he conocido por casualidad, pero recordando las circunstancias de cada caso, casi resulta inevitable que las conociera. Es algo así como si estuvieran todas aguardando a venir en mi ayuda cuando yo las necesite. Fui a la India porque necesitaba descansar. Había estado trabajando mucho y me hacía falta tiempo para poner mis ideas en orden. Encontré trabajo como camarero en uno de esos barcos de lujo que dan la vuelta al mundo. Iba a Oriente y luego, por el Canal de Panamá, a Nueva York. Llevaba cinco años ausente de América, y ya tenía ganas de volver. Me encontraba deprimido. Ya sabes lo ignorante que era cuando nos encontramos en Chicago hace tantos años. En Europa había leído muy extensamente y había visto bastante, pero no por eso me encontraba más cerca de lo que estaba buscando que cuando empecé.

Quise preguntarle qué era lo que buscaba, pero supuse que se encogería de hombros con una sonrisa, y que me diría que era cosa de poca importancia.

—Pero ¿por qué fuiste de camarero? ¿No tenías dinero?

—Me atraía el experimento. Siempre que he llegado a un punto muerto, espiritualmente hablando; siempre que he asimilado todo lo posible en un momento dado, he encontrado de suma utilidad hacer algo atrevido. El invierno aquel en que Isabel y yo terminamos nuestro noviazgo estuve trabajando seis meses en una mina de carbón en Lens.

Fue en esta coyuntura cuando me narró los incidentes que he relatado en un capítulo anterior.

—¿Te dolió que Isabel te dejara?

Antes de responder estuvo mirándome con aquellos ojos de extraña negrura que más parecían mirar hacia dentro que hacia fuera.

—Sí. Era yo muy joven. Me había hecho a la idea de que nos casaríamos. Ya tenía planeada la vida que haríamos juntos. Y pensaba en ella convencido de que sería muy feliz. —Se rió ligeramente—. Pero si para pelearse hacen falta dos voluntades, para casarse son precisas otras tantas. Jamás se me había ocurrido pensar que la vida que yo le ofrecía a Isabel la aterraba. Si yo hubiera tenido más sentido común no se la habría ofrecido. Ella era demasiado joven y ardiente. No pude culparla. Pero tampoco pude ceder.

Es posible que el lector recuerde que cuando Larry escapó de la granja, luego de su grotesco encuentro con la viuda nuera del granjero, se dirigió a Bonn. Ardía yo en deseos de oírle proseguir su relato, pero no se me ocultaba que tenía que ahorrar la mayor cantidad de preguntas concretas que me fuera posible.

—No he estado nunca en Bonn —dije—. De muchacho pasé algún tiempo estudiando en Heidelberg. Creo que aquélla fue la época más feliz de mi vida.

—A mí me gustó Bonn. Estuve allí un año. Encontré alojamiento en casa de la viuda de un profesor de la Universidad que tenía dos huéspedes. Ella y sus dos hijas, las dos mujeres de cierta edad, guisaban y hacía todo el trabajo de la casa. Mi compañero de hospedaje resultó ser francés, lo que en un principio me desilusionó, pues era mi intención no hablar más que alemán; pero era alsaciano y hablaba alemán, si no con más facilidad que el francés, desde luego con mejor acento. Se vestía como un pastor alemán, y pasados unos días me sorprendió averiguar que era fraile benedictino. Le habían dado permiso para ausentarse de su monasterio con objeto de hacer ciertas investigaciones en la biblioteca de la Universidad. Era un hombre de enorme cultura, pero no lo parecía, como tampoco se ajustaba su aspecto en absoluto a la idea que yo tenía de un fraile. Era alto, fornido, con pelo rojizo, saltones ojos azules y cara roja y redonda. Hombre tímido y reservado, no parecía muy deseoso de tener nada que ver conmigo, aunque se mostraba cortés de manera bastante ceremoniosa y siempre tomaba parte discretamente en la conversación durante las comidas. Únicamente le veía en esas ocasiones, pues en acabando de comer se volvía a trabajar en la biblioteca, y después de cenar se retiraba a su habitación, mientras yo me quedaba en el comedor practicando el alemán con la hija que no estuviera lavando los cacharros en la cocina.

»Una tarde, cuando ya llevaba por allí por lo menos un mes, me sorprendió al preguntarme si me gustaría dar un paseo con él. Me dijo que podría llevarme a lugares de los alrededores que era poco probable que yo encontrara por mí mismo. Soy un buen andarín, pero él hubiera podido agotarme sin cansarse. Aquél primer paseo anduvimos unos veinte kilómetros. Me preguntó que para qué había ido a Bonn, a lo que le contesté que para aprender alemán y algo de literatura alemana. Hablaba con gran discreción. Me dijo que tendría mucho gusto en ayudarme en todo lo que pudiera. Desde aquel día solíamos salir juntos a paseo dos o tres veces todas las semanas. Pronto descubrí que había estado enseñando Filosofía algunos años. Durante mi estancia en París había leído yo algo: Spinoza, Platón y Descartes, pero no había tocado a ninguno de los grandes filósofos alemanes, y le escuchaba de muy buen grado cuando me hablaba de ellos. Un día, durante una excursión que hicimos por la orilla opuesta del Rhin, estábamos sentados en un merendero bebiendo cerveza, cuando me preguntó si era yo protestante.

»—Supongo que sí.

»Me miró rápidamente y me pareció percibir en sus ojos el fulgor momentáneo de una sonrisa. Comenzó a hablar de Esquilo; ya sabes que yo había estado estudiando griego, pero el fraile conocía a los grandes trágicos mucho más a fondo de lo que yo pude soñar nunca llegar a conocerlos. Oírle hablar era inspirador. Me dije qué le habría impulsado a hacerme aquella pregunta. Mi tutor, mi tío Bob Nelson, era agnóstico, pero iba a la iglesia con regularidad porque sus clientes lo esperaban de él, y por el mismo motivo me mandó a mí a la escuela dominical. Martha, nuestra ama de llaves, era muy severa bautista y acostumbraba aterrarme cuando yo era niño hablándome del fuego del infierno al que serían condenados para toda la eternidad los pecadores. Gozaba verdaderamente describiéndome los tormentos que tendrían que soportar las diversas personas a las cuales ella tenía ojeriza por uno u otro motivo.

»Cuando llegó el invierno ya conocía yo muy bien al padre Ensheim. Creo que era un hombre verdaderamente notable. Jamás le vi de mal talante. Era de buen natural, amable, de manga mucho más ancha de lo que yo hubiera esperado y de admirable tolerancia. Su erudición era prodigiosa, y no se le ocultaría mi ignorancia a buen seguro, pero me hablaba como si mis conocimientos fueran iguales que los suyos. Se mostraba muy paciente conmigo. Dijérase que nada deseaba sino serme de alguna utilidad. Un día, no sé por qué, me dio un ataque de lumbago, y Frau Grabau, mi patrona, se empeñó en que me acostara con abundancia de botellas de agua caliente. Al saber el padre Ensheim que estaba yo enfermo fue a verme después de la cena. Excepto por los fuertes dolores que sentía, yo me encontraba perfectamente. Ya sabes lo que son los aficionados a leer; no pueden dejar de mirar con curiosidad cualquier libro que encuentran, y cuando yo dejé al entrar él el libro que estaba leyendo, lo cogió y miró el título. Era un libro acerca de Meister Eckhart, que había encontrado en una librería de lance de la ciudad. Me preguntó por qué lo estaba leyendo, a lo que respondí que últimamente había estado leyendo buen número de obras de misticismo, y le conté lo de Kostí, que había despertado mi interés en tal asunto. Me contempló con sus saltones ojos azules, y vi en ellos algo que solamente puedo describir como una ternura guasona. Experimenté la sensación de que el padre me encontraba ridículo, pero que sentía tanto cariño por mí que no le gustaba menos por eso. Y en cualquier caso nunca me ha importado gran cosa que la gente me crea un poco loco.

»—¿Qué anda usted buscando en esos libros?

»—Si lo supiera —respondí—, al menos me encontraría en camino de dar con ello.

»—¿Se acuerda usted que le pregunté si era protestante? Me respondió que suponía que sí. ¿Qué quiso usted decir con eso?

»—Que fui educado como tal.

»—¿Cree usted en Dios? —me preguntó.

»No me gustan las preguntas de índole personal, y mi primer impulso fue responder que el asunto no le importaba. Pero era tanta la bondad que todo él respiraba, que no me fue imposible ofenderle. No sabía qué decirle. No quería responder que sí y no quería responder que no. Quizá fuera el dolor que sentía lo que me permitió hablarle, o puede que fuera algo en él lo que me animó. Fuera lo que fuera, el caso es que le hablé de todo lo que me concernía con absoluta franqueza.

Hizo Larry una breve pausa, y cuando continuó hablando comprendí que no se dirigía a mí, sino al fraile benedictino. De mí se había olvidado. No sé qué fue lo que en aquel momento ni en aquel

lugar le impulsó a hablarme, sin necesidad de que a ello le animara, acerca de lo que su reserva natural ocultó durante tanto tiempo.

—Mi tío Bob era hombre profundamente democrático y me envió al colegio público de Marvin, únicamente más tarde, a fuerza de insistirle Louisa Bradley, cuando yo tenía ya catorce años, me mandó al colegio de St. Paul. No sobresalí en nada, ni en mis estudios ni en los deportes, pero encajé bien allí. Creo que era un muchacho completamente normal. Estaba loco por la aviación. Eran aquéllos los primeros tiempos, y tío Bob estaba tan entusiasmado como yo con eso de poder volar. Conocía a algunos de los aviadores de por aquel entonces, y cuando le dije que quería aprender a volar me contestó que él se cuidaría de arreglarlo. Yo era alto para mi edad, y a los dieciséis años podía pasar por tener dieciocho. Tío Bob me hizo prometer que guardaría el secreto, pues si llegaba a saberse todos arremeterían contra él, por haberme dejado ir, pero la verdad es que él mismo me ayudó a llegar al Canadá y me dio una carta para un conocido suyo, el resultado de todo lo cual fue que a los diecisiete años estaba volando sobre Francia.

»Por entonces los aeroplanos que usábamos eran detestables, y cada vez que subía uno se jugaba la vida. Las alturas que alcanzábamos eran ridículas, si se comparan con las que hoy son normales; pero entonces no se podía volar más alto, y a nosotros todo ello nos parecía maravilloso. Me encantaba volar. No podría describir mis impresiones y sólo sé que me encontraba orgulloso y feliz. Allá arriba me sentía parte de un todo inmenso y bellissimo. No sabía explicármelo, pero comprendía que ya no estaba solo, aunque lo estaba, según volaba a ochocientos metros de altura, sino que yo era de todo aquello. Cuando volaba por encima de las nubes y las veía allá abajo, me encontraba sumido en el infinito. Larry hizo una pausa. Me miraron sus ojos impenetrables desde sus cavernas, pero no sé si me vio.

—Sabía yo que habían muerto centenares de millares de hombres, pero no los había visto. No quería decir gran cosa para mí tal conocimiento. Pero un día vi a un hombre muerto. Aquello me llenó de vergüenza.

—¿De vergüenza?

—De vergüenza, porque aquel muchacho, que tendría tres o cuatro años más que yo, que había tenido tanta energía y tanto valor, que un momento antes rebosaba vitalidad, que tan bueno había sido, ya no era más que carne destrozada que tenía aspecto de jamás haber estado viva.

No dije nada. Había yo visto muertos en mis tiempos de estudiante de Medicina, y muchos más durante la guerra. Lo que me había sorprendido desagradablemente acerca de todos fue siempre su aspecto de cosa insignificante. Eran fanticos que el titiritero había arrojado al montón de la basura.

—Aquella noche no dormí. Lloré. No es que sintiera miedo por mí; lo que sentía era indignación; la maldad que en todo ello descubría me destrozó. Terminó la guerra y volví a casa. Siempre había sentido afición por la mecánica, y si no encontraba trabajo en cuestiones de aviación estaba dispuesto a entrar en una fábrica de automóviles. La herida que había sufrido me obligó a tomarme una temporada de descanso. Al cabo de algún tiempo empezaron a esperar de mí que comenzara a trabajar. Pero yo no podía trabajar en lo que ellos esperaban. Me pareció fútil. Tuve mucho tiempo para pensar y sin cesar me preguntaba a mí mismo cuál era la finalidad de la vida. Después de todo, si estaba vivo, únicamente a la suerte lo debía; y yo quería hacer algo con mi vida, aunque no sabía el qué. Nunca había pensado mucho acerca de Dios, pero entonces comencé a hacerlo. No podía

comprender por qué existía la maldad en el mundo. Comprendí que era un ignorante, y como no tuviera a nadie a quien acudir y quería aprender, empecé a leer al azar.

»Cuando dije al padre Ensheim todo esto, me preguntó:

»—Entonces lleva usted leyendo cuatro años. ¿Qué ha sacado usted en limpio?

»—Nada —le respondí.

»Me miró con un aire de tan radiante benignidad que me dejó confuso. No sabía yo lo que había hecho para despertar en él tan fuertes sentimientos. El fraile tabaleó en la mesa, como si estuviera pensando en un problema.

»—Nuestra Santa Iglesia, milenaria y sabia —me dijo—, ha descubierto que si uno se conduce como si tuviera fe, la fe es concedida; que si se reza al sentir una duda, si se reza con sinceridad, la duda desaparece; que si se rinde uno a la belleza de esa liturgia cuya eficacia sobre el espíritu humano la ha probado la experiencia de muchos siglos, la paz desciende sobre el hombre. Dentro de poco tiempo me vuelvo a mi convento. ¿Por qué no viene usted y pasa allí unas cuantas semanas con nosotros? Podrá usted trabajar en el campo con los legos; podrá usted estudiar en nuestra biblioteca. Será una experiencia, no inferior en interés a la adquirida trabajando en una mina de carbón y en una granja alemana.

»—¿Por qué me propone eso?

»—Llevo tres meses observándole. Quizá le conozca yo mejor de lo que usted se conoce. La distancia que le separa de la fe es más pequeña que el espesor de un papel de fumar.

»A eso no respondí nada. Me hizo experimentar una sensación extraña, como si alguien me hubiera cogido el corazón y lo retorciera. Por fin le dije que lo pensaría. Y él cambió la conversación. Durante el resto del tiempo que el padre Ensheim permaneció en Bonn no volvimos a hablar de religión; pero cuando se disponía a partir me dio la dirección de su monasterio y me dijo que, si me decidía a ir, no tenía más que escribirle unas líneas y él lo arreglaría todo. Eché de menos su compañía más de lo que me había figurado. Fueron pasando los meses y ya el verano estaba avanzando. Bonn me gustaba. Allí leí a Goethe, a Schiller, a Heine, a Hölderlin y a Rilke. Pero continuaba sin sacar nada en limpio. Pensaba a menudo en las palabras del padre Ensheim y acabé por aceptar su oferta.

»Fue a esperarme a la estación. El monasterio estaba en Alsacia y sus alrededores eran agradables. El padre Ensheim me presentó al abad, y luego me llevó a la celda que me había sido destinada. Tenía una estrecha cama de hierro, un crucifijo en la pared y estaba amueblada con lo que era estrictamente indispensable: nada más. Sonó la campana de la comida y me dirigí al refectorio. Era una cámara inmensa y abovedada. El abad estaba a la puerta con dos frailes, uno de los cuales sostenía una palangana y el otro una toalla. Según iban entrando los huéspedes, el abad les echaba unas gotas de agua en las manos, como símbolo del lavatorio, secándoselas luego con la toalla que le alargaba uno de los frailes. Había tres invitados además de mí, dos sacerdotes que pasaban por allí y se habían detenido en el monasterio para comer, y un francés, hombre gruñón y de edad, que estaba en retiro.

»El abad y los dos priores, de diferente categoría, se sentaron a la cabecera del comedor, cada uno a una mesa individual; los padres lo hicieron a lo larga de las paredes, y los novicios, los legos y los invitados, a mesas situadas en medio del refectorio. Se rezó la bendición y comenzamos a comer.

Un novicio se situó junto a la puerta y comenzó a leer con voz monótona un libro piadoso. Así que acabamos se rezó la acción de gracias. El abad, el padre Ensheim, los convidados y el fraile que los tenía a su cargo pasamos a un cuarto más pequeño en donde nos sirvieron café y allí estuvimos hablando de una porción de asuntos. Luego volví a mi celda.

»Permanecí allí tres meses. Fui muy feliz. Aquélla vida me gustaba. La biblioteca era buena y leí mucho. Ninguno de los frailes procuró influir en mí lo más mínimo. Su educación, su piedad y su desprendimiento de todo lo mundano me impresionaron profundamente. No te creas que llevaban una vida de holganza. Jamás estaban ociosos. Explotaban ellos mismos las tierras del monasterio, y ellos las labraban, en lo que los ayudé, con gran contento por ambas partes. El esplendor de sus servicios religiosos me encantaba, pero el que prefería era el de maitines. Se celebraba a las cuatro de la madrugada. Era profundamente impresionante sentarse en la iglesia, rodeado por la noche, mientras los frailes, recatados en sus hábitos, caladas las capuchas, cantaban con sus recias y varoniles voces el canto llano de la liturgia. La invariable regularidad de aquella vida apaciguada consolaba el ánimo, y a pesar de la gran actividad evidente, y no obstante el ambiente de trabajo intelectual, experimentaba uno allí una duradera sensación de sosiego.

Larry sonrió con ligera melancolía.

—Como Rolla, he venido demasiado tarde a un mundo demasiado viejo. Debí nacer en la Edad Media, cuando la fe se sentía sin pensar sobre ello; en esa época hubiera sabido lo qué hacer y hubiera profesado en la Orden. Pero el don de la fe no me fue concedido. Quería creer, pero no podía hacerlo. Me decían los frailes que Dios creó el mundo para Su gloria. Tal finalidad no me parecía digna. ¿Compuso Beethoven sus sinfonías para su gloria? No lo creo. Creo que las compuso porque la música de su alma exigía ser expresada, y lo único que él procuró fue hacerlas todo lo perfectas que pudo.

—Mi querido Larry —le dije—, creo que más te vale no haber nacido en la Edad Media. No te quepa ninguna duda de que hubieras muerto en la hoguera.

Se sonrió.

—Vamos a ver —dijo—; tú has tenido gran éxito. ¿Te gusta que te alaben por ello?

—Me azora.

—Eso es lo que yo pensaría. Y no podía creer que Dios desease las alabanzas. En el Ejército no nos merecía muy buena opinión el que a fuerza de halagos y adulaciones conseguía del coronel un enchufe. Y me resultaba duro creer que Dios tenga buena opinión de quienes procuran alcanzar la salvación con halagos pertinaces. Ya hubiese imaginado que el culto más grato que podría hacersele sería obrar todo lo mejor que uno pudiera de acuerdo con sus luces.

»Pero no era eso lo que más me preocupaba. Con lo que no podía reconciliarme era con la obsesión acerca del pecado, la cual, por lo que pude observar, nunca dejaba de ocupar la mente de los frailes. En Aviación conocí a muchos hombres. Naturalmente, se emborrachaban cuando se les presentaba la ocasión, no desaprovechaban ninguna chica que se les ponía al alcance y soltaban obscenidades repelentes; también había entre nosotros uno o dos verdaderamente lamentables. Uno fue detenido por dar cheques falsos, y le mandaron seis meses a la cárcel; realmente la culpa no fue suya por completo: nunca había tenido dinero, y cuando se encontró manejando cantidades con las que jamás había soñado, perdió la cabeza. En París conocí gente malvada, pero por lo general su

maldad era heredada y no podían evitarla, o debida a una educación y un ambiente que ellos no habían escogido. No estoy seguro de que no sea la sociedad más culpable de sus crímenes que ellos mismos. Si yo hubiera sido Dios no habría podido decidirme a condenarlos, ni siquiera a los más viles, a la perdición eterna. El padre Ensheim era hombre de ideas amplias; creía que el infierno no era más que verse privado de la presencia de Dios. Pero si este constituye un castigo tan insufrible que merece ser llamado infernal, ¿puede uno imaginarse a un Dios bondadoso que lo inflija?

»Aquéllos santos frailes no me ofrecían respuestas satisfactorias para mi inteligencia ni para mi corazón a las preguntas que me tenían perplejo. No podía quedarme entre ellos. Cuando fui a despedirme del padre Ensheim no me preguntó si había salido beneficiado de mi experiencia en el sentido que el previo. Me miró con bondad indescriptible.

»—Mucho me temo, padre, que se haya llevado usted una desilusión conmigo. Perdóneme.

»—No —respondió—. Es usted un hombre profundamente religioso que no cree en Dios. Dios le buscará. Volverá usted. Si ha de volver aquí, o si hallará a Dios en algún otro lugar, sólo Dios puede saberlo.

—El resto de aquel invierno lo pasé en París. No sabía nada de ciencia y me pareció que ya era hora de adquirir algunos conocimientos, más o menos elementales, sobre el asunto. Leí mucho. Creo que no aprendí nada, salvo que mi ignorancia era profunda. Pero eso no me cogía de nuevas. Cuando llegó la primavera me fui al campo y pasé una temporada en un hotelito junto a un río, cerca de una de esas bellísimas ciudades antiguas de Francia, donde la vida no parece haberse movido desde hace doscientos años.

Supuse que fue éste el verano que Larry pasó con Suzanne Rouvier, pero no le interrumpí.

—Luego fui a España. Quería ver los cuadros de Velázquez y de El Greco. Me pregunté si podría el Arte mostrarme el camino que la Religión no pudo indicarme. Estuve vagando por España hasta llegar a Sevilla. Me gustó, y decidí pasar allí el invierno.

También yo estuve en Sevilla cuando tenía veintitrés años y también la hallé de mi gusto. Me gustaron sus calles blancas y tortuosas, su catedral y la dilatada vega del Guadalquivir; también me gustaron aquellas muchachas andaluzas, graciosas y alegres, de relucientes ojos oscuros, con un clavel en el pelo que subrayaba la negrura de éste y resultaba, por contraste, de más vivido color; me gustó la rica tonalidad de su cutis y la incitante sensualidad de sus labios. Entonces, a la verdad, ser joven era gozo celestial. Cuando Larry fue allá tenía pocos años más que yo, y no pude dejar de preguntarme si habría permanecido indiferente a la magia de aquellos seres encantadores.

Él se encargó de responder a mi pregunta no formulada:

—Allí me encontré con un pintor francés que había conocido en París, un tal Auguste Cottet, de quien había sido amiga Suzanne Rouvier. Había ido a Sevilla para pintar y estaba viviendo con una muchacha que había conocido allí. Una noche me dijo que los acompañara a Eritaña para oír a un cantador de flamenco, y llevaron a una amiga de la muchacha. Era la cosa más bonita del mundo. Tenía dieciocho años. Había tenido un desliz con un muchacho y se vio obligada a irse de su pueblo, pues iba a tener un niño. El muchacho estaba cumpliendo su servicio militar. Cuando dio a luz, buscó un ama para la criatura y se colocó en la «Fábrica de Tabacos». Me la llevé a casa conmigo. Era muy alegre y dulce de carácter, y cuando pasaron unos días le dije que si quería irse a vivir conmigo. Me respondió que sí y tomamos un par de habitaciones en una casa de huéspedes, una alcoba y una salita. Le dije que podía dejar su empleo, pero no quiso, lo cual me vino bien, pues así me dejaba libre la mayor parte del día. Nos dejaban usar la cocina y en ella solía prepararme el desayuno antes de ir a trabajar, y cuando volvía a mediodía guisaba la comida. Por la noche cenábamos en un café y luego íbamos a un cine o algún sitio para bailar. Me creía algo desequilibrado, porque yo tenía un baño de goma y me empeñaba en lavarme con agua fría y una esponja todas las mañanas. Tenía a su hijo en un pueblo a pocos kilómetros de Sevilla, y los domingos íbamos a verle. No me ocultó nunca que estaba viviendo conmigo con miras a reunir el dinero suficiente para amueblar un cuarto en una casa de vecinos, el cual pensaba alquilar tan pronto como su novio fuera licenciado. Era una criatura deliciosa, y estoy seguro de que su Paco la encontraría esposa excelente. Era alegre, tenía buen genio y era cariñosa. Para ella lo que se llama delicadamente ayuntamiento carnal era una función del

cuerpo como otra cualquiera. Hallaba gusto en ella y le encantaba dar placer. Claro es que no era más que un animalito simpático, bonito y bien domesticado.

»Una noche me dijo que había tenido carta de Paco desde Marruecos, donde estaba prestando sus servicios, diciéndole que le licenciaban y que llegaría a Cádiz pasados dos días. A la mañana siguiente hizo su equipaje, metió su dinero en una media y yo mismo la acompañé a la estación. Cuando iba a subir al tren me dio un sonoro beso, pero se encontraba demasiado excitada por ir a reunirse con su amor para pensar en mí, y estoy seguro de que antes de que el tren saliera de la estación ya no se acordaba de mi existencia.

»Seguí en Sevilla, y aquel otoño emprendí el viaje que había de conducirme a la India.

Iba haciéndose tarde. La gente se había ido en su mayoría y ya tan sólo se veían ocupadas unas cuantas mesas. Todos los que antes estaban allí sentados por no tener nada mejor que hacer habían desaparecido. Los llegados de un cine o de un teatro para tomar algo antes de acostarse también se habían ido. De tarde en tarde llegaba algún rezagado. Vi a un hombre de gran estatura, sin duda un inglés, entrar acompañado de un muchacho de aspecto rufianesco. Tenía el rostro alargado y feble y el pelo ralo y ondulado de los intelectuales británicos, y padecía evidentemente el error común a muchos de que nadie puede reconocer a quien se encuentra en el extranjero. El muchacho comenzó a comer glotonamente de un copioso plato de emparedados mientras su acompañante le contemplaba con expresión de divertida benevolencia. ¡Qué apetito! Vi a un sujeto a quien conocía de vista, por ir al mismo barbero que me servía en Niza. Era grueso, entrado en años, de pelo gris, con el rostro abotagado y rojo y grandes bolsas debajo de los ojos. Se trataba de un banquero del Oeste Central, que abandonó su ciudad natal después de la catástrofe económica por no querer asistir a las investigaciones. No sé si era responsable de algún acto delictivo; si lo había cometido, quizá se tratase de un pez demasiado pequeño para compensar a las autoridades la molestia de pedir su extradición. Aunque de pomposos ademanes y poseedor de la falsa cordialidad de los politicastos, su mirada era temerosa y desgraciada. Nunca estaba completamente borracho ni completamente sereno. Siempre se le veía acompañado por alguna prostituta, evidentemente atareada en sacarle todo lo posible, y en aquel momento estaban con él dos mujeres nada jóvenes y muy pintadas, que le trataban con no disimulada zumba, mientras él, que sólo a medias comprendía lo que decían, reía estúpidamente. ¡La vida alegre! Me pregunté si no le hubiera valido más quedarse en su ciudad natal y afrontar las consecuencias. Un buen día terminaría por verse estrujado del último centavo por sus hetairas, y nada le quedaría sino el río o una dosis mortífera de veronal.

Entre las dos y las tres de la madrugada aumentó algo la afluencia de público, y supuse que los cabarets estaban cerrando sus puertas. No lejos de nosotros, dos mujeres, gordas y sombrías, apretadas sus carnes por prendas varoniles y sentada la una junto a la obra, bebían *whisky* con soda en medio de un adusto silencio. Apareció un grupo de gente vestida de etiqueta, seres a quienes llaman los franceses *gens du monde*, llegados sin duda alguna de una peregrinación de los lugares de diversión en busca de cena antes de retirarse a sus casas. Llegaron y se fueron. Había despertado mi curiosidad cierto hombrecillo, modosamente vestido, que llevaba más de una hora, con un vaso de cerveza delante, leyendo el periódico. Tenía atildada barbita negra y usaba lentes. Por fin, entró una mujer y se sentó junto a él. El hombre la saludó con una seca inclinación de cabeza, y supuse que estaba molesto por la larga espera. Era ella joven e iba mal vestida, aunque muy pintada, y observé su aspecto, de extremado cansancio. Al poco rato vi que sacaba algo de su bolso y que se lo daba al hombre. Dinero. Lo miró él, y se le ensombreció el semblante. Habló entonces, y aunque no podía yo oír sus palabras comprendí por la cara de la mujer que eran denuestos lo que pronunciaba. De pronto, el hombre se inclinó hacia ella y le dio una sonora bofetada. Ella dio un grito y comenzó a llorar. Atraído el encargado por el ruido, se acercó para ver lo qué ocurría, y me pareció que estaba

diciéndoles que si no sabían conducirse decentemente que se fueran de allí. La muchacha se volvió contra él, y en voz chillona, lo que a todos nos permitió escuchar sus frases, le dijo con viles palabras que se metiera en lo que le importaba.

—Si me ha pegado, es porque me lo he merecido —gritó.

¡Las mujeres! Siempre había yo supuesto que para vivir de las ganancias deshonestas de una mujer era preciso ser mozo, garrido y jayán, de aspecto incitante y diestro en el manejo de la pistola o el cuchillo; resultaba asombroso que tan enteca personilla, con aspecto de pasante de abogado, pudiera ganarse la vida ejerciendo una profesión en la que la competencia es tan enconada.

El camarero que nos había servido iba a ser relevado, y nos presentó la cuenta para no perder la propina. Pagamos y pedimos café.

—¿Bien? —dije.

Comprendí que Larry se encontraba dispuesto a hablar, y yo desde luego me encontraba de humor para escucharle.

—¿No te estoy aburriendo?

—No.

—Bueno, pues llegamos a Bombay. El barco iba a hacer allí una escala de tres días para dar ocasión a los turistas de ver lo que allí hay que ver y hacer algunas excursiones. El tercer día me dieron permiso y bajé a tierra. Estuve andando al azar algún tiempo, contemplando a la multitud. ¡Qué abigarramiento! Chinos, mahometanos, hindúes, tamiles negros como tu sombrero; y aquellos enormes bueyes jorobados, con larguísimos cuernos, uncidos a las carretas. Entonces me dirigí a Elefanta para ver las cuevas. En Alejandría había embarcado un indio con billete para Bombay, a quien los turistas habían rehuido durante la travesía. Era achaparrado, de cara bronceada y redonda, y llevaba un traje de gruesa tela a cuadritos negros y verdes y cuello planchado de pastor. Una noche en que estaba yo tomando el aire en sobrecubierta se me acercó y habló. No tenía yo ganas de conversación, sino de estar a solas; me hizo bastantes preguntas, y mucho me temo haberme mostrado desabrido. Le dije que era estudiante y que volvía a América como camarero para ahorrarme el pasaje.

»—Debiera usted detenerse en la India —me dijo—. Oriente podría enseñar a Occidente mucho más de lo que Occidente puede suponer.

»—¿Sí? —le dije.

»—En cualquier caso —continuó—, no deje de visitar las cuevas de Elefanta. No se arrepentirá.—Larry se interrumpió para hacerme una pregunta—. ¿Has estado en la India?

—Nunca.

—Bueno, pues yo estaba contemplando la colosal imagen tricéfala, que es la principal atracción de Elefanta, y preguntándome cuál sería el significado de todo aquello, cuando oí que alguien decía a mi espalda: «Ya veo que ha seguido usted mi consejo». Me volví, y tardé más de un minuto en identificar a quien me había hablado. Era el hombrecillo del grueso traje a cuadros y del cuello cerrado, pero en aquel instante vestía una larga túnica azafranada, que es, según luego supe, el hábito de los Swamis de Ramakrishna, y en lugar de presentármese aquel cómico y casi tartamudo hombrecillo le vi poseído de gran dignidad y elegancia espléndida. Miramos ambos el colosal busto.

»—Brahma, el Creador —dijo—; Vichnú, el Conservador, y Siva, el destructor. Las tres manifestaciones de la Suprema Realidad.

»—No lo entiendo bien —dije.

»—No me sorprende —replicó él, con una ligera sonrisa en los labios y brillantes los ojos, como si estuviera burlándose amablemente de mí—. ¿Quién es capaz de explicar con palabras lo infinito?

»Juntó las manos por las palmas y con una inclinación de cabeza apenas esbozada se alejó. Yo me quedé mirando aquellas tres cabezas misteriosas. Tal vez por encontrarme yo en especial estado de ánimo me sentía profundamente impresionado. Ya sabes que algunas veces, cuando se trata de recordar un nombre, lo tiene uno en la punta de la lengua, pero no da con él. Algo así experimenté. Cuando salí de las cuevas permanecí largo rato sentado en los escalones, mirando hacia el mar. Todo lo que sabía yo del brahmanismo eran aquellos versos de Emerson, y traté de recordarlos. Me exasperó no conseguirlo, y cuando volví a Bombay entré en una librería, para ver si encontraba un tomo de poesías que los contuviera. Están en el *Libro de versos ingleses de Oxford*. ¿Te acuerdas de ellos?

Yerran aquellos que de mí prescinden;
cuando vuelan de mí, las soy;
soy el que duda y también su duda
y soy el himno que el brahmán entona.

Cené en una casa de comidas indígena, y luego, como no tenía que volver a bordo hasta las diez, comencé a pasear por el Maidán, contemplando el mar. Me pareció no haber visto jamás tantas estrellas en el cielo. El fresco resultaba delicioso después del calor del día. Estaba muy oscuro, y figuras blancas cruzaban silenciosamente ante mis ojos. Aquél día maravilloso de sol esplendente, las multitudes bulliciosas y abigarradas, el perfume de Oriente, acre y aromático, me encantaron. Y en medio de todo veía, como una brillante nota de color que un pintor pone en su cuadro para unir su composición, aquellas tres inmensas cabezas de Brahma, Vichnú y Siva, que todo lo bañaban en un significado misterioso. Comenzó a latirme el corazón, porque me di cuenta de una intensa convicción de que la India tenía algo que ofrecerme, de lo cual no podía prescindir. Me pareció que se me ofrecía una oportunidad y que tenía que aceptarla en aquel instante, pues nunca más me sería brindada. Pronto me decidí. Determiné no volver al barco. Nada me había dejado en él, excepto unas cosas en una maleta. Fui andando lentamente hacia el barrio indígena y busqué un hotel. Acabé por encontrar uno y tomé una habitación. No tenía más ropa que la puesta, algo de dinero cambiado, mi pasaporte y mi carta de crédito. Me encontré tan libre que solté una carcajada.

»El barco zarpaba a las once, y para no correr riesgos en vano me quedé en mi habitación hasta esa hora. Entonces fui a la Misión de Ramakrishna y busqué el Swami que me había hablado en Elefanta. No sabía su nombre, pero expliqué que deseaba hablar con el Swami recién llegado de Alejandría. Le dije que había decidido quedarme en la India y le pregunté que debía hacer. Fue larga nuestra conversación, y terminó por decirme que aquella noche saldría él para Benarés y que si me gustaría acompañarle. Acepté sin vacilar. Fuimos en tercera. El departamento iba atestado de gentes que comían, bebían y charlaban, y el calor era espantoso. No pegué los ojos aquella noche, y a la mañana siguiente me encontraba bastante cansado, pero el Swatni estaba como si tal cosa. Le pregunté el motivo y me respondió: “Porque he estado meditando sobre lo informe; he hallado

descanso en lo Absoluto”. No supe qué pensar, pero lo que mis propios ojos me mostraban era que el hombre se encontraba tan alerta y despierto como si hubiera disfrutado de una noche de sueño reparador en una buena cama.

»Cuando llegamos por fin a Benarés, un muchacho de mi edad salió a esperar a mi acompañante, y el Swatni le pidió que me buscara alojamiento. Se llamaba Mahendra y era profesor en la Universidad. Era un hombre simpático, amable e inteligente, y parece que yo fui tan de su agrado como él lo fue del mío. Aquélla noche me llevó a dar un paseo en una barca por el Ganges. Me impresionó la belleza de lo que vi; la ciudad llegaba populosa hasta la misma orilla; pero a la mañana siguiente me mostré algo mejor, pues acudió al hotel antes de que amaneciera y volvió a llevarme al río. Y vi miles y más miles de personas tomando su baño lustral. Vi a un hombre delgadísimo y muy alto con una inmensa y enmarañada cabellera y una vasta y descuidada barba, sin otra cosa que cubriera su desnudez que un cinto del que pendía un colgante; aquel hombre, de pie, con los largos brazos extendidos y la cabeza echada hacia atrás rezaba a grandes voces al sol naciente. No puedo decirte la impresión que me hizo. Seis meses permanecí en Benarés, y una y otra vez fui al Ganges al amanecer para ver el extraño espectáculo. Nunca me acostumbé a su maravilla. Aquéllas gentes creían, pero no con tibieza ni reservas o con desasosegadas dudas, sino con todo su ser.

»Todos se mostraban muy amables conmigo. Así que descubrieron que no había ido para cazar tigres ni para vender o comprar algo, sino sencillamente con objeto de aprender, hicieron todo cuanto pudieron para ayudarme. Les agradó verme dispuesto a estudiar su idioma, y me buscaron maestro y me prestaron libros. Jamás se cansaron de mis preguntas. ¿Sabes algo de filosofía india?

—Muy poco —respondí.

—Hubiera creído que te interesaría. ¿Hay algo más asombroso que la concepción según la cual el universo no tiene principio ni fin, sino que pasa eternamente de un estado de desarrollo a otro de equilibrio, y desde éste a uno de decadencia, y de éste a la disolución y de la disolución al desarrollo, y así sucesivamente, por toda la eternidad?

—¿Y cuál creen ellos que es el objeto de esa sempiterna repetición?

—Creo que te contestarían que tal es la naturaleza de lo Absoluto. Es que ellos creen que el propósito de la creación es servir de etapa de castigo o premio por los actos del alma en existencias anteriores.

—Lo cual presupone la creencia en la transmigración de las almas.

—Ésa creencia la tienen las dos terceras partes del género humano.

—El hecho de que un gran número de personas crean algo no es demostración de su verdad.

—Conformes; pero por lo menos hace que merezca tal creencia ser tenida en consideración. El cristianismo absorbió tanto de las teorías neoplatónicas, que bien pudo adoptar también eso; tanto es así que existió una primitiva secta cristiana que creía en ello, pero fue declarada heterodoxa. A no ser por eso los cristianos creerían en ello tan confiadamente como creen en la resurrección de Cristo.

—¿Estoy en lo cierto al suponer que lo que significa es que el alma pasa de un cuerpo a otro cuerpo, relacionadas con el mérito o los defectos de obras anteriores?

—Creo que sí.

—Pero, escucha, yo no soy únicamente mi espíritu, sino mi cuerpo también, y ¿quién podrá

determinar qué proporción de mi personalidad individual está condicionada por el accidente de mi cuerpo? ¿Hubiera Byron sido Byron sin su cojera? ¿O Dostoievski el mismo sin su epilepsia?

—Los indios no lo llamarían accidentes. Responderían que son tus actos en vidas anteriores los que determinan que tu alma habite un cuerpo imperfecto. —Larry tabaleó distraídamente sobre la mesa y dejó vagar su mirada por el vacío perdido en sus pensamientos. Luego, con una ligera sonrisa en los labios y una expresión pensativa en sus ojos, continuó—: ¿Se te ha ocurrido que la transmigración es al mismo tiempo una explicación y una justificación de la existencia del Mal en el mundo? Si los males que sufrimos son consecuencia de pecados cometidos en otras vidas, resulta fácil soportarlos con resignación, y podemos esperar que si durante la actual existencia nos esforzamos en alcanzar la virtud, nuestras vidas futuras sean menos desgraciadas. Pero soportar nuestras desgracias es relativamente fácil en cualquier caso, y para ello únicamente se necesita algo de entereza; lo que es intolerable son las desgracias, con frecuencia aparentemente tan inmerecidas, que caen sobre los demás. Si logras persuadirte de que no es más que el resultado del pasado, puedes sentir piedad, puedes hacer lo que en tu mano esté para consolar, y debes hacerlo, pero no tendrás ningún motivo para indignarte.

—¿Pero por qué no creó Dios en un principio un mundo libre de sufrimientos y de miseria, cuando aún no existían actos meritorios o condenables que determinaran la conducta del individuo?

—Los indios te contestarían a eso que no hubo nunca principio. El alma individual, coetánea del Universo, ha existido durante toda la eternidad y debe su naturaleza a una existencia anterior.

—¿Y tiene la creencia en la transmigración de las almas algún efecto sobre la vidas de quienes creen en ellas? Después de todo, ésa es la prueba importante.

—Creo que sí lo tiene. Puedo hablarte de un hombre a quien conocí personalmente, sobre cuya vida ciertamente tuvo un efecto rápido. Durante los dos o tres primeros años que pasé en la India viví por lo general en hosterías indígenas, pero algunas veces alguien me convidaba a su casa, y un par de veces viví de manera fastuosa como huésped de un maharajá. Una vez, por mediación de uno de mis amigos de Benarés, me invitaron a pasar una temporada en uno de los pequeños Estados del Norte. La capital era encantadora, «una ciudad rosirroja, sólo más joven que el Tiempo». Fui recomendado al ministro de Asuntos Económicos. Se había educado en Europa y cursó estudios en Oxford. Cuando se hablaba con él daba la impresión de ser un hombre moderno, inteligente y culto; y tenía fama de ministro competente y de político avisado y astuto. Vestía a la europea y elegantemente. Era un hombre de buen aspecto, demasiado grueso, como suele ocurrirles a los indios al llegar a cierta edad; llevaba bigote cuidadosamente recortado. Me invitó con frecuencia a su casa. Tenía un amplio jardín y nos sentábamos a la sombra de sus grandes árboles para conversar. Estaba casado y tenía dos hijos. Le hubieras tomado por un indio bastante corriente, de los que han absorbido la civilización inglesa, y me quedé atónito al averiguar que pasado un año iba a dimitir de su lucrativo puesto, a ceder todos sus bienes a su mujer y a sus hijos y a lanzarse al mundo como mendicante sin hogar. Pero lo más asombroso era que sus amigos y el maharajá aceptaban tal determinación como cosa ya decidida y nada extraordinaria, sino muy natural. Un día le dije: «Usted, tan liberal, tan conocedor del mundo, que tanto ha leído, de ciencias, de filosofía, de literatura, ¿cree usted en el fondo de su ser en la reencarnación?». Y toda su cara cambió. Adquirió la expresión de un vidente y me respondió: «Mi querido amigo, si no creyese en ella, la vida carecería para mí de significado».

—Y ¿tú crees en ella, Larry? —le pregunté.

—Eso es muy difícil de contestar. Opino que los occidentales no podemos creer en ella de manera tan absoluta como los orientales. Ellos lo llevan en la sangre y en los huesos. Yo no creo en ella ni dejo de creer.

Hizo una pausa, y descansando la cara sobre una mano miró la mesa. Luego se echó hacia atrás.

—Voy a contarte una cosa muy rara que me pasó una vez. Estaba meditando en mi tabuco del Ashrama, como mis amigos indios me habían enseñado. Tenía una vela encendida y estaba concentrando la atención sobre su llama, cuando al cabo de un rato, a través de la llama, pero con toda claridad, vi una larga hilera de personas, una detrás de otra. La primera era una anciana con una cofia de encajes y rizos grises que le colgaban por encima de las orejas. Llevaba un corpino ceñido y una falda de seda negra con volantes, la ropa que creo que se usó allá por el año mil ochocientos setenta y tantos, y estaba completamente de cara a mí, en una actitud graciosa y tímida, caídos los brazos a lo largo del cuerpo, con las manos abiertas y las palmas vueltas hacia mí. La expresión de su cara, cruzada de arrugas, era bondadosa, dulcísima y amable. Inmediatamente detrás de ella, pero vuelto de tal manera que vi su perfil, con una gran nariz aguileña y gruesos labios, vi a un judío alto y demacrado, con un ropón amarillo y un solideo del mismo color en su cabeza, de espeso pelo negro. Tenía el aspecto estudioso de un erudito y un aire de hosca y al mismo tiempo apasionada austeridad. Más allá, dándome la cara, y tan claro a mis ojos como si nada hubiera entre él y yo, vi a un muchacho de rostro jocundo y arrebolado, que no podía ser más que un inglés del siglo XVI. Estaba bien plantado sobre los pies, con las piernas algo entreabiertas, y tenía un aire de descarada e insolente audacia. Toda su ropa era roja y de cortesana riqueza, y llevaba zapatos de terciopelo con punteras anchas y una gorra de terciopelo en la cabeza. Detrás de estos tres había una interminable cadena de personas, como la cola de la taquilla de un cine, pero todos borrosos, y no pude percibir su aspecto. Únicamente veía sus bultos confusos y el movimiento que los agitaba, parecido al que se observa en un trigal acariciado por las brisas veraniegas. Pasado un rato, no sé si un minuto, o cinco, o diez, todos se desvanecieron en la oscuridad de la noche y nada quedó sino la sosegada llama de la vela.

Larry sonrió ligeramente.

—Naturalmente, quizá fuera que me quedara dormido y soñara. O tal vez mi concentración sobre aquella débil llama me produjera una especie de sueño hipnótico y aquellas tres visiones no fueran más que recuerdos conservados en mi subconsciente. Pero también puede ser que fuera yo mismo en vidas anteriores. Quizá no ha mucho tiempo fuera una vieja de Nueva Inglaterra, y anteriormente un judío levantino, y aun en época más antigua, poco tiempo antes de que Sebastián Cabot zarpara de Bristol, un petimetre, cortesano de Enrique, príncipe de Gales.

—¿Qué fue de tu amigo, el de la ciudad rosirroja?

—Dos años más tarde me encontraba en el Sur, en un lugar llamado Madura. Una noche, en el templo, alguien me tocó en el brazo. Volví la cabeza y vi a un hombre barbudo y desgredado, sin más ropa que un lienzo a la cintura, con un báculo y el cuenco de limosnas de los santones. No le reconocí hasta que me habló. Era mi amigo. Me quedé tan atónito que no supe qué decir. Me preguntó qué hacía y se lo dije. Luego me preguntó que adónde me dirigía, y le respondí que a Travancore, a lo que él dijo que fuera a visitar a Shri Ganesha. «Él le dirá a usted lo que anda buscando», me dijo. Le

pedí que me hablara más acerca de él, pero se sonrió y contestó que cuando le viera sabría todo lo que me era necesario saber de él. Para entonces ya había logrado reponerme de mi sorpresa y le pregunté qué hacía en Madura. Estaba haciendo una peregrinación a pie por todos los lugares sagrados de la India. Le pregunté qué comía y en dónde dormía, y me replicó que cuando alguien le ofrecía alojamiento dormía en las galerías de las casas, y las demás veces, o debajo de un árbol o en el atrio de un templo; en cuanto a la comida, si le ofrecían alimento, lo tomaba, y si no se lo ofrecían se pasaba sin comer. Le miré y le dije: «Está usted más delgado». Y él se echó a reír y comentó que se encontraba mucho mejor. Luego se despidió de mí, y no tienes idea de lo raro que me resultó oír decir a aquel mendigo medio desnudo, con acento de estudiante de Oxford: «Bueno, muchacho, hasta la vista». Se alejó de mí, dirigiéndose directamente a una parte del templo a la cual no podía yo seguirle.

»Permanecí bastante tiempo en Madura. Creo que es el único templo de la India en el que un hombre blanco puede andar libremente de un lado a otro, siempre que se abstenga de penetrar en el sanctasanctorum. Por la noche estaba siempre atestado de gente, hombre, mujeres y niños. Los hombres, con el torso desnudo, vestían dhotis y llevaban la frente, y a menudo el pecho y los brazos, densamente embadurnados con la ceniza blanca de excremento quemado de vaca. Se inclinaban aquí y allá, y algunas veces de bruces, y cuan largos eran, en la postura ritual de postración. Rezaban y salmodiaban letanías. Se hablaban, se gritaban, disputaban y se peleaban apasionadamente. El ruido era tremendo, y, sin embargo, no sé qué extraño fenómeno daba la impresión de que Dios estaba cerca y vivo.

»Se pasa por largas naves, soportados los techos por columnas esculpidas, al pie de cada una de las cuales hay un mendigo. Éstos tienen ante sí un cuenco para las limosnas o una esterilla, en donde los fieles echan de tarde en tarde una moneda. Algunos van vestidos y otros casi en cueros; unos miran abstraídamente al que pasa, otros leen, ya sea para sí o en alta voz, y parecen completamente inconscientes de la multitud que los rodea. Busqué a mi amigo entre ellos, pero no le volví a ver. Supongo que continuó el camino hacia su meta.

—¿Y cuál es ésta?

—La liberación de la esclavitud de la reencarnación. Según las teorías vedantas, el yo, lo que ellos llaman atman y nosotros alma, es algo aparte del cuerpo y de los sentidos de éste; distinto también de la mente y su inteligencia; no es parte de lo Absoluto, pues éste, por ser infinito, no puede tener partes, sino que es el mismo Absoluto. No ha sido creado; ha existido eternamente, y una vez que haya arrojado de sí los siete velos de la ignorancia volverá al infinito de que surgió. Es como una gota de agua que se evapora del mar, cae en forma de lluvia en un charco, pasa a un regato, llega a un torrente y de allí a un río, atraviesa hondas gargantas y llanos dilatados en curso tortuoso, estorbado su camino por rocas y árboles caídos, hasta que, por fin, llega al mar infinito del que salió.

—Pero esa desgraciada gota de agua, una vez que se ha fundido con el mar no cabe duda que pierde su individualidad.

Se sonrió Larry:

—Puede gustarnos saborear el azúcar, pero no deseamos convertirnos en azúcar. ¿Qué es la individualidad sino la expresión de nuestro egoísmo? Mientras el alma no se ha desprendido hasta de su último vestigio no puede fundirse en uno con el Absoluto.

—Hablas con gran familiaridad de lo Absoluto, Larry, y es una palabra imponente. ¿Qué significa para ti?

—La realidad. No es posible decir lo que es: hemos de limitarnos a expresar lo que no es. Es indefinible. Los indios lo llaman Brahma. No está en ninguna parte y se encuentra en todas. Todas las cosas lo implican y dependen de ello. No es una persona, no es una cosa, no es una causa. Carece de cualidades. Está más allá de lo inmutable y de las mutaciones. Es el todo y la parte, es finito e infinito. Es eterno, porque su integridad y perfección no tienen relación con el tiempo. Es la verdad y la libertad.

—¡Caray! —dije para mí; luego a Larry—: ¿Pero cómo puede un concepto puramente intelectual servir de consuelo a la atormentada raza humana? El hombre siempre ha ansiado un Dios personal a quien acudir en su desgracia en busca de ánimos y confortación.

—Quizás en un día aún lejanísimo una más clara visión le mostrará que debe buscar ánimos y confortación en la propia alma. Personalmente, creo que la necesidad de adorar no es más que un vestigio de remotos recuerdos de dioses crueles que tenían que ser propiciados. Creo que, o Dios está dentro de mí o no está en lugar alguno. Si eso es así, ¿a quién he de adorar?, ¿a mí mismo? Cada hombre se encuentra en un nivel distinto de desarrollo espiritual, y esto ha llevado a la imaginación india a desarrollar las manifestaciones de lo Absoluto que son conocidas con el nombre de Brahma, Vichnú, Siva y otras cien designaciones. Lo Absoluto se halla en Isvara, el creador y regulador del mundo, y en el humilde fetiche ante el cual el labriego, en medio de su tierra calcinada por el sol, coloca el ofrecimiento de una flor. Los múltiples dioses de la India no son más que medios que conducen a la comprensión de que el yo es uno con el Yo supremo.

Miré a Larry pensativamente.

—¿Qué te atraería hacia esa austera fe?

Larry sonrió y dijo:

—Sería largo de explicar.

He de interrumpirme aquí para aclarar que no trato de dar nada semejante a una descripción del sistema filosófico de los Vedas. Carezco para ello de los conocimientos precisos, y aunque los poseyera no sería éste lugar adecuado para hacer tal cosa. Fue muy larga nuestra conversación, y Larry me dijo mucho más de lo que he considerado discreto narrar en lo que, al fin y al cabo, pretende ser una novela. Mi preocupación es Larry. Ni siquiera hubiera aludido a tan intrincado asunto a no ser porque si un somero guión de sus meditaciones y de las singulares experiencias que conoció, quizá consecuencias de sus estudios, no podría prestar verosimilitud a la decisión que Larry había de adoptar, y acerca de la cual hablaré al lector más adelante. Me desazona y aburre que no puedan mis palabras dar una idea ni siquiera aproximada de la belleza de su voz, la cual prestaba hasta a sus más anodinas frases gran poder disuasorio, ni indicar el perpetuo cambio de su acento, ora grave, ora deliberadamente jocoso, unas veces pensativo y otras jovial, variaciones que acompañaban sus pensamientos como el murmullo del piano cuando los violines, en fluida y vasta ola, cantan los varios temas de un concierto para piano y orquesta. Aunque hablaba de cosas serias, los hacía con naturalidad, en tono corriente, quizá con ligera timidez, pero sin más violencia que si estuviera hablando del tiempo y las cosechas. Si he dado la impresión de que había el más vago matiz didáctico en sus palabras, mía es la culpa. Su modestia era tan evidente como su sinceridad.

Ya no quedaban en el café más que unas cuantas personas. Los peregrinos del placer ya habían desaparecido. Las míseras criaturas que truecan el amor en mercadería volvieron a sus sórdidos escondrijos. De vez en cuando entraba un hombre de aspecto cansado que tomaba una cerveza y un emparedado, o alguno medio dormido que pedía café. Obreros de cuello planchado. El uno estuvo de servicio nocturno y regresaba a casa; el otro, perturbado su sueño por un despertador, se dirigía de mala gana hacia la larga jornada de trabajo que le aguardaba. Larry no parecía darse cuenta de la hora ni del lugar. Durante el curso de mi vida me he encontrado en muchas situaciones extrañas. Más de una vez me he visto en peligro inmediato de muerte violenta. Más de una vez he tocado con las manos lo novelesco y aun lo he vivido. He cabalgado en un caballito a través del Asia Central, siguiendo el camino que tomó Marco Polo para llegar al fabuloso país de Catay; he bebido un vaso de té ruso en una convencional salita de Petrogrado mientras un hombrecillo de voz acariciadora, vestido con una chaqueta negra y pantalones rayados, me contaba cómo asesinó a un gran duque; he estado en una sala de Londres, escuchando la serena genialidad de un trío para piano de Haydn, mientras en la calle retumbaba el estrépito tonante de las bombas de aviación; pero no creo que me haya encontrado jamás en tan peregrina situación como cuando estuve sentado en el diván de rojo terciopelo en aquel rutilante café, hora tras hora, mientras Larry hablaba de Dios, de la Eternidad, de lo Absoluto y del agotador revolver de la rueda de infinitos renacimientos.

Larry llevaba callado varios minutos, y como yo no quisiera acuciarle, también callé. Pasado un rato me sonrió amablemente, como si acabara de darse cuenta de mi presencia.

—Cuando llegué a Travancore comprendí que no hubiera necesitado pedir información acerca de Shri Ganesha. Todos le conocían. Había vivido durante muchos años en una oquedad de las montañas, pero pudieron por fin disuadirle a que bajara al llano, donde una persona caritativa le dio una parcela de tierra y le construyó una casita de adobe. Estaba lejos de Trivandrum, la capital, y tardé todo un día, en tren primero, en carreta después, para llegar al Ashrama. A la puerta de la empalizada me encontré con un muchacho, a quien pregunté si podría ver al yogui. Llevaba conmigo una cesta de fruta, que es el regalo tradicional. Pasados unos minutos volvió el muchacho y me condujo a una gran estancia alargada rodeada de ventanas. En una esquina estaba Shri Ganesha sentado, en actitud de meditar, sobre un estrado cubierto por una piel de tigre.

»—Te esperaba —me dijo.

»Me sorprendió oírlo; pero supuse que mi amigo de Madura le habría dicho algo. Mas cuando mencioné su nombre negó con la cabeza. Le ofrecí la fruta y él dijo al muchacho que se la llevara. Nos quedamos solos. Me miraba él en silencio, y no sé cuánto tiempo lo hizo. Quizá media hora. Ya te he dicho cómo era; lo que no te he dicho es la serenidad que irradiaba, la bondad, la paz, la falta de egoísmo. Hacía calor, y estaba yo cansado del viaje, pero poco a poco empecé a sentir un admirable descanso. Antes de que pronunciara otra palabra comprendí que aquél era el hombre que yo estaba buscando.

—¿Hablabas inglés? —le pregunté a Larry.

—No; pero yo tengo cierta habilidad para los idiomas. Y sabía el suficiente tamil para entenderme en el Sur. Por fin me habló:

»—¿A qué has venido? —me dijo.

»Comencé a explicarle cómo fui a Italia y cómo había pasado los últimos tres años; cómo había ido de santón en santón, atraído por la fama de sabiduría y santidad, sin encontrar a ninguno que pudiera darme lo que buscaba. Me interrumpió:

»—Todo eso lo sé. No necesitas decírmelo. ¿Para qué has venido aquí?

»—Para que podáis ser mi gurú.

»—Sólo Brahma es gurú.

»Continuó mirándome con extraña intensidad, hasta que, inopinadamente, adquirió todo su cuerpo la rigidez, parecieron volvérselo los ojos hacia dentro y vi que había caído en un raptó, que los indios llaman Samadhi, durante el cual, según ellos aseveran, la dualidad de objeto y sujeto se desvanece y se funde con el Conocimiento Absoluto. Yo estaba sentado en el suelo delante de él, con las piernas cruzadas, y sentí que mi corazón latía violentamente. Después de algún tiempo, de cuya duración no tengo idea, suspiró y comprendí que había recobrado su estado normal. Me miró con dulcísima expresión de amor.

»—Quédate —dijo—. Ya te mostrarán lugar para dormir.

»Me alojaron en la cabaña que habitó Shri Ganesha cuando en un principio bajó a la llanura. Aquesta vasta estancia, en que permanecía de día y de noche, fue construida cuando comenzaron a acudir discípulos, y más y más gente acudía para visitarle, atraída por su fama. Para no llamar la atención, adopté la cómoda vestimenta india, y tan moreno me puso el sol que únicamente fijándote mucho y de manera especial no me hubieras tomado por un indígena. Leía mucho. Meditaba. Escuchaba a Shri Ganesha cuando él decidía hablar. No lo hacía con frecuencia, mas siempre estaba dispuesto a contestar a preguntas, y escucharle era verdaderamente inspirador. Sus palabras eran como música. Aunque en su juventud practicó él un severísimo ascetismo, no pedía tales sacrificios a sus discípulos. Procuraba liberarlos de la esclavitud del egoísmo, de las pasiones, de sus sentidos, y les decía que hallarían la libertad mediante el sosiego, el propio dominio, la renuncia, la resignación y la continuidad del propósito y mediante un ardiente deseo de alcanzar la libertad. Solía acudir gente desde la vecina ciudad, a unos cinco o seis kilómetros, en donde había un templo famoso en el cual se reunían grandes multitudes durante las fiestas anuales; llegaban de Trivandrum y desde lugares lejanos para contarle sus cuitas, pedirle consejo, escuchar sus enseñanzas; y todos se iban fortalecidos y en paz consigo mismos. Su doctrina era muy sencilla. Enseñaba que todos somos más grandes de lo que sabemos y que la sabiduría es el camino de la libertad. Predicaba que no es menester abandonar el mundo para salvarse, sino únicamente renunciar a sí mismo. Enseñaba que el trabajo hecho sin interés egoísta purifica la mente y que los deberes son oportunidades brindadas al nombre para aniquilar su personalidad individual y fundirse con el ser universal. Pero lo más admirable no eran sus enseñanzas, sino él mismo, su benignidad, la grandeza de su alma, su santidad. Su presencia era una bendición. Fui muy feliz a su lado. Sentía haber encontrado por fin lo que andaba buscando. Pasaron las semanas y los meses con inconcebible rapidez. Yo estaba dispuesto a permanecer allí hasta que él muriera —y nos había dicho que no tenía intención de animar durante mucho tiempo aquel cuerpo perecedero—, o hasta ser iluminado, es decir, hasta haber roto las ataduras de la ignorancia, ocurrido lo cual se sabe con total certidumbre que no puede discutirse la unidad de lo Absoluto con uno mismo.

—Y ¿entonces?

—Entonces, si lo que dicen es verdad, ya no hay más. El viaje del alma por la tierra termina y no vuelve más.

—¿Murió Shri Ganesha? —pregunté.

—Que yo sepa, no.

Al responderme comprendió lo que mi pregunta implicaba y rió brevemente. Tras un momento de vacilación continuó, pero de tal manera que me hizo suponer en un principio que deseaba no tener que responder a la segunda pregunta que él sabía que tenía yo en la punta de la lengua, la pregunta, claro es, de si había sido iluminado.

—No permanecí todo el tiempo en el Ashrama. Tuve la fortuna de entablar conocimiento con un oficial indio del servicio forestal, que vivía en las afueras de un pueblo al pie de las montañas. Era devoto de Shri Ganesha, y cuando podía dejar su trabajo solía ir a pasar unos días con nosotros. Era un hombre simpático y hablábamos largo y tendido. Le gustaba practicar el inglés conmigo. Cuando ya hacía tiempo que le conocía, me dijo que el Servicio Forestal tenía una casita en las montañas, y que si alguna vez quería ir allí para estar a solas, él me daría la llave. Así lo hice varias veces. Era

un viaje de dos días. Primero era necesario ir en autobús al pueblo donde él vivía, y luego continuar a pie, pero cuando se llegaba allí arriba la grandiosidad del paisaje y la soledad eran magníficas. Llevaba lo que podía en una mochila y alquilaba a un hombre para que me subiera las provisiones, quedándome allí hasta que se agotaban. Era realmente una cabaña de troncos, con una cocina separada. Su moblaje se reducía a un catre, sobre el cual se ponía el colchón, una mesa y dos sillas. Solía hacer frío, y por la noche resultaba agradable encender el fuego. Me causaba una emoción especial saber que no había alma viviente en treinta kilómetros a la redonda. Por las noches oía el rugido de los tigres, o el estrépito de los elefantes al atravesar la selva. Daba largos paseos por los bosques. Había un lugar en el cual me gustaba sentarme, pues desde él era posible contemplar las montañas a mis pies, y en lo hondo, un lago al cual solían acudir cuando anochecía los animales salvajes: ciervos, bisontes, elefantes y leopardos, que iban a beber.

»Cuando llevaba dos años en el Ashrama subí a mi retiro de las montañas por una razón que te hará sonreír. Quise pasar allí mi cumpleaños. Llegué la víspera. A la mañana siguiente me desperté antes de amanecer, y decidí ir al sitio de que acabo de hablar para ver salir el sol. Conocía el camino a ciegas. Me senté bajo un árbol y esperé. Aún era de noche, pero ya palidecían las estrellas en el cielo y el día estaba para llegar. Sentí una extraña sensación de incertidumbre. La luz comenzó a filtrarse a través de la oscuridad de tan cautelosa manera que apenas me di cuenta de ello: lentamente, como bulto misterioso que cruzara por entre los árboles. Sentía que me latía el corazón como si se aproximara un peligro. Salió el sol.

Larry hizo una pausa y marcó con sus labios una melancólica sonrisa.

—Me doy mala maña para describir; no sé hallar palabras para pintar un cuadro; no puedo decirte de manera que la veas la grandiosidad del cuadro que surgió ante mí cuando estalló el esplendor del día. Aquellos riscos, con sus espesísimos bosques, aún prendida la neblina en las copas de los árboles, y el insondable lago a mis pies... El sol cayó sobre el lago a través de una nube rota y lo hizo brillar como acero bruñido. La belleza del mundo me causó un intenso arrobamiento. Jamás había sentido tal exaltación, tal trascendente alegría. Advertí una extraña sensación, una especie de cosquilleo que me empezó por los pies y me subió hasta la cabeza, y sentí como si quedara repentinamente libre de mi cuerpo, y ya trocado en espíritu puro participé de una belleza que jamás pude concebir. Me pareció que una sabiduría sobrehumana me dominaba, hasta que todo lo que antes estuvo confuso se me presentaba claro, y cuanto hasta entonces me causó perplejidad resultaba comprensible. Experimenté tal felicidad, que resultaba dolorosa, y me esforcé en librarme de ella, pero tuve la impresión de que si duraba un momento más moriría; y aun así, era tal mi raptó que me encontraba dispuesto a morir que salir de él. ¿Cómo podría explicar lo que experimenté? No hay palabras para el éxtasis de mi dicha. Cuando volví en mí estaba exhausto y temblando. Me quedé dormido.

»Desperté al mediodía. Volví andando a la cabaña, y llenaba tal gozo mi corazón que me pareció apenas tocar el suelo con los pies. Me preparé la comida. ¡Qué hambre, Dios mío, tenía! Luego encendí la pipa.

Y Larry la encendió entonces.

—No me atrevía a pensar que aquello fuera la iluminación; que yo, Larry Darrell, de Marvin, en el Estado de Illinois, había recibido lo que otros se esforzaban durante años en alcanzar, con

austeridades y penitencias extremadas, y aún no habían logrado.

—¿Y qué te hace suponer que todo ello no fuera más que un fenómeno hipnótico provocado por el estado de tu mente, combinado con la soledad, el misterio del amanecer y el bruñido acero de tu lago?

—Solamente el aplastante sentido de su realidad. Después de todo, fue una sensación de la misma naturaleza que la que han experimentado los místicos de todo el mundo al correr de los siglos. Los brahmanes indios, los sufíes en Persia, los católicos españoles, los protestantes de Nueva Inglaterra, en la medida que ellos han podido describir lo inexpresable, lo han hecho en términos similares. Es imposible negar el hecho en sí; lo único difícil es explicarlo. Si durante un instante yo me fundí con lo Absoluto, o si fue un súbito emerger desde mi subconsciente de cierta afinidad con el espíritu universal, en todos nosotros latente, yo no lo sabría decir.

Larry hizo una pausa y me lanzó una mirada casi jocosa.

—Por cierto, ¿te puedes tocar el dedo meñique con el pulgar?

—Naturalmente que puedo —respondí riendo y demostrando el aserto haciendo lo indicado.

—¿Te das cuenta de que eso únicamente pueden hacerlo el hombre y los cuadrúmanos? La mano es tan admirable instrumento debido a que el pulgar puede oponerse a los demás dedos. ¿No es posible que ese pulgar susceptible de oposición, sin duda en forma rudimentaria, se desarrollase en el remoto antepasado del hombre y del gorila, en ciertos individuos, y que solamente tras incontables generaciones llegara a ser una característica común? ¿No es por lo menos igualmente posible que estas sensaciones de fusión con la Realidad que tantos hombres han experimentado sean indicio del paulatino desarrollo en la conciencia humana de un sexto sentido, el cual en un porvenir remoto, muy remoto, será común a todos los hombres, lo que les permitirá tener una percepción tan directa de lo Absoluto como ahora tenemos de los objetos percibidos con los órganos sensorios?

—¿Y en qué sentido piensas que los afectaría esto? —pregunté.

—A eso puedo yo responder tan poco satisfactoriamente como aquella primera criatura que descubrió que podía tocarse el dedo meñique con el pulgar hubiera podido explicar las infinitas consecuencias anejas a tan insignificante suceso. Por lo que a mí me concierne, lo único que puedo decirte es que la intensa sensación de paz, dicha y felicidad que me poseyó en aquel momento de éxtasis aún perdura dentro de mí, y que la visión de la belleza del mundo continúa para mí tan lozana y vivida como cuando su percepción me deslumbró la vista.

—Pero, Larry, tu idea acerca de lo Absoluto tiene que llevarte a creer que el mundo y su belleza son meras ilusiones, fábricas de maia.

—Es un error suponer que los indios consideran el mundo como una ilusión; lo único que sostienen es que no es real en el sentido en el que lo Absoluto lo es. La maia es únicamente una especulación de aquellos ardientes filósofos para explicar cómo lo Infinito puede crear lo Finito. Samkara, el más sabio de todos ellos, decidió que era un misterio insoluble. La dificultad reside en explicar por qué había de crear el mundo Brahma, que es el Ser, la Felicidad Extática y la Inteligencia, que es inalterable, que es siempre y se mantiene en sempiterno reposo, que de nada carece y de nada precisa, y por tanto no conoce mudanzas ni luchas, y que es perfecto. En general, si haces esa pregunta, te contestan que lo Absoluto creó el mundo por diversión, sin ningún propósito ulterior. Pero cuando se piensa en las inundaciones y en el azote del hambre, en los terremotos y

huracanes, en todas las enfermedades a que la carne está sujeta, el sentido moral se escandaliza y rechaza el que tanta abominación fuera creada jugando. Shri Ganesha tenía demasiado buen corazón para creer tal cosa; consideraba el mundo como expresión de lo Absoluto y como rebosamiento de su perfección. Enseñaba que Dios no puede abstenerse de crear y que el mundo es la manifestación de Su naturaleza. Cuando yo le pregunté cómo si es el mundo manifestación de la naturaleza de un ser perfecto puede ser tan odioso que el único fin que un hombre razonable puede proponer es el de escapar de su servidumbre, Shri Ganesha me respondió que las satisfacciones de este mundo son transitorias y que únicamente el Infinito da dicha perdurable. Pero una duración sempiterna no hace mejor lo bueno ni más blanco lo blanco. Aunque la rosa a mediodía haya perdido la belleza del alba, la belleza que entonces tenía no deja de ser verdadera. No hay nada permanente en el mundo, y somos necios cuando pedimos que algo perdure, pero no cabe duda de que seríamos aún más necios de no solazarnos con lo que tenemos mientras dura. Si el cambio es consustancial con la existencia, parece sensato hacer de él una premisa de nuestra filosofía. Es cierto que nadie puede bañarse dos veces en el mismo río, pero sigue fluyendo y el que sucede al anterior también es amable y refrescante.

»Cuando los arios bajaron hasta la India por primera vez, vieron que el mundo que conocemos no es más que la imagen del que desconocemos; pero lo hallaron gracioso y bello y como tal lo aceptaron; únicamente varios siglos más tarde, cuando rendidos por sus conquistas, cuando su vitalidad decreció gracias al clima enervante, lo que los trocó en fáciles víctimas de las hordas invasoras, comenzaron a considerar la Vida como una maldición y a anhelar no volver a renacer. Pero ¿por qué nosotros los occidentales, los americanos en particular, hemos de sentirnos atemorizados por la degeneración y la muerte, el hambre y la sed, las enfermedades, la senectud, el pesar y las desilusiones? Nuestro espíritu vital es recio. Según estaba fumando mi pipa en la cabaña me sentí más vivo que nunca. Notaba dentro de mí una energía que necesitaba ser gastada. No sería yo quien abandonara el mundo para retirarme a un claustro, sino que viviría en el mundo, amando las cosas del mundo, no por ellas, sino por lo que de Infinito tienen. Si en aquellos instantes de éxtasis fui uno con lo Absoluto, entonces, si era cierto lo que decían, nada podría ya tocarme, y así que hubiera vivido el Karma de mi vida presente ya no volvería más a esta tierra. Tal pensamiento me dejó atribulado. Porque yo quería vivir una y otra vez. Estaba dispuesto a aceptar cualquier clase de vida, por triste y dolorosa que fuese. Únicamente una larga serie de vidas podrían, me parecía, satisfacer mis ansias, mi vigor y mi curiosidad.

»A la mañana siguiente emprendí el camino de la llanura, y al otro día llegué al Ashrama. Shri Ganesha mostró su sorpresa al verme vestido a la europea. Me había puesto esa ropa en casa del oficial forestal antes de subir a la montaña, pues allí arriba hacía frío y todavía no se me había ocurrido quitármela.

»—He venido para despedirme, maestro —le dije—. Me vuelvo con los míos.

»No respondió. Estaba sentado, como siempre, con las piernas cruzadas sobre la piel de tigre que cubría el estrado. Una pastilla de incienso se quemaba en un pebetero delante del estrado y perfumaba el aire con su fragancia. Estaba solo, como el día en que le vi por primera vez. Me miró con una intensidad tan penetrante que tuve la impresión de que estaba escudriñando hasta los más profundos recovecos de mi ser. Estoy convencido de que averiguó lo que había ocurrido.

»—Está bien. Has permanecido aquí ya el tiempo suficiente.

»Me puse de rodillas y me bendijo. Cuando me levanté tenía los ojos llenos de lágrimas. Era un hombre de carácter nobilísimo y un santo. Siempre consideré un honor haberle conocido. Me despedí de los discípulos. Algunos llevaban allí largos años; otros llegaron después que yo. Dejé allí todo lo que tenía y mis libros, suponiendo que serían útiles a alguien, y me alejé con la mochila al hombro, vistiendo los mismos pantalones viejos de franela, la misma chaqueta castaña con que llegué y un deteriorado *salacot* me cubría la cabeza. Una semana más tarde embarqué en Bombay y fui directamente a Marsella.

Quedamos callados, cada uno ocupado en sus propios pensamientos, pero aunque ya estaba yo cansado había algo que me interesaba profundamente saber, y fui yo quien hablé primero:

—Larry, esta larga búsqueda comenzó con el problema del Mal. Fue el que te acució hacia delante. Nada has dicho que indique si has llegado a algo que sea por lo menos una explicación hipotética del problema.

—Quizás el problema no tenga solución, o quizá no tenga yo bastante inteligencia para dar con ella. Ramakrishna consideraba el mundo como un juguete divino. «Es como un juego —decía—. En este juego hay alegría y tristeza, virtud y vicio, sabiduría e ignorancia, bondad y maldad. El juego no puede continuar si el pecado y el sufrimiento son eliminados por completo de la creación». Y eso lo rechazo con toda mi energía. Lo más apropiado que se me ocurre decir es que cuando lo Absoluto se manifestó en el mundo, el Mal fue la natural correlación del Bien. No hubiéramos podido tener la estupenda belleza del Himalaya sin el inimaginable espanto de una convulsión de la corteza terrestre. El artífice chino que hace un bol con lo que allí llaman porcelana de cascara de huevo puede darle una forma deliciosa, adornarlo con bellísimos dibujos, teñirlo de un color admirable y darle un vidriado perfecto, pero por su propia naturaleza no puede evitar la delicadísima fragilidad de su obra. Si lo dejas caer al suelo se rompe en una docena de pedazos. ¿No es posible que, paralelamente, los valores que amamos en el mundo únicamente puedan existir simultáneamente con el Mal?

—Eso es una teoría ingeniosa, Larry; pero no la encuentro demasiado satisfactoria.

—Ni yo —dijo sonriendo—. Lo único que se puede decir en su favor es que cuando se llega a considerar algo como inevitable, solamente cabe aceptarlo y procurar arreglárselas de la mejor manera posible.

—¿Qué planes tienes ahora?

—Tengo que terminar aquí una cosa. Luego volveré a América.

—¿Por qué?

—Para vivir.

—¿Cómo?

Me contestó con tranquilidad, pero con una expresión guasona en los ojos, pues demasiado sabía que no esperaba yo tal respuesta:

—Con sosiego, caridad, compasión, desprendimiento y continencia.

—Arduo problema —repliqué—. ¿Y por qué continencia? Eres joven. ¿Es sensato tratar de reprimir el instinto que, junto con el hombre, es el más fuerte del animal humano?

—Tengo la suerte de que la satisfacción sexual siempre ha sido para mí un placer más bien que

una necesidad. Sé por experiencia que en nada tienen los sabios indios más razón que en decir que la castidad aumenta intensamente el poder espiritual de la persona.

—Yo diría que la sabiduría consiste en encontrar el justo equilibrio entre las necesidades del cuerpo y las del espíritu.

—Eso es exactamente lo que los indios sostienen que no hemos sabido hacer los occidentales. Opinan que con nuestros innumerables inventos, con nuestras fábricas y máquinas, y todo lo que producen, hemos basado la felicidad en lo material, y que la felicidad reside en lo espiritual. Opinan también que el camino que hemos elegido conduce a la destrucción.

—¿Tienes la impresión de que los Estados Unidos son lugar adecuado para el ejercicio de las virtudes que has mencionado?

—No veo por qué no. Vosotros los europeos no sabéis nada de América. Porque amasamos grandes fortunas creéis que lo único que nos interesa es el dinero. Pero no es así: en el mismo momento en que lo tenemos lo gastamos, unas veces mal y otras veces bien, pero lo gastamos. El dinero no significa nada para nosotros. Somos los mayores idealistas del mundo. Personalmente, opino que perseguimos ideales errados; creo que el más grande ideal que un hombre puede tratar de alcanzar es la perfección de sí mismo.

—Noble ideal, Larry.

—¿No crees que vale la pena el procurar vivir de acuerdo con él?

—Pero ¿puedes imaginarte, ni por un momento, que tú, un hombre solo, puedas tener el más mínimo efecto sobre un pueblo tan inquieto, tan laborioso, tan anárquico y tan intensamente individualista como Estados Unidos? Tanto te valdría procurar contener con las manos el fluir del río Mississippi.

—Puedo procurar hacerlo. Un hombre fue quien inventó la rueda. Un hombre descubrió la ley de la gravedad. Nada ocurre sin efecto. Si arrojas una piedra a un estanque, el universo ya no es exactamente el mismo que antes. Es un error creer que los santones indios llevan una vida inútil. Son un fulgor en medio de las tinieblas. Representan un ideal que reconforta a sus prójimos; el hombre corriente quizá no lo alcance jamás; pero lo respeta y ejerce sobre su vida una influencia beneficiosa. Cuando un hombre alcanza la perfección y la pureza, la influencia de su carácter se extiende, y quienes buscan la verdad se sienten naturalmente atraídos hacia él. Puede ser que si yo llevo la vida que tengo pensada consiga influir en otros; el efecto quizá no sea mayor que las ondas causadas en un lago por una piedra, pero una onda produce otra y la segunda una tercera. Es remotamente posible que unas cuantas personas vean que mi modo de vivir ofrece felicidad y paz, y que ellos a su vez enseñen a otros lo que aprendan.

—No sé si te das cuenta de los obstáculos que tienes delante. Los filisteos, mi querido Larry, hace mucho tiempo que han desechado el potro y la hoguera como medios para acallar opiniones que les inspiran miedo: han descubierto un arma mucho más mortífera: el chiste intencionado.

—Yo aguanto bastante —sonrió.

—Pues lo único que puedo decirte es que tienes suerte en contar con medios de fortuna.

—Me han sido utilísimos. Sin ellos no hubiera podido hacer todo lo que he hecho. Pero ya acabó mi aprendizaje. Desde ahora en adelante mi dinero únicamente sería una carga para mí. Voy a librarme de él.

—Eso sería muy poco discreto. Lo único que puede hacer posible la clase de vida que quieres hacer es tener independencia económica.

—Al contrario; la independencia económica quitaría todo sentido a mis propósitos.

No pude reprimir un gesto de impaciencia.

—Mira, eso quizás esté muy bien para los mendigos indios. Pueden dormir debajo de un árbol y los devotos están a menudo dispuestos a hacer méritos llenando de comida el cuenco de sus limosnas. Pero el clima americano es poco a propósito para dormir al aire libre, y aunque no pretendo saber gran cosa acerca de los Estados Unidos, sí sé que hay una cosa en que todos tus compatriotas están de acuerdo: el que quiere comer tiene que trabajar. Mi querido Larry, antes de que fueras muy lejos darías con tus huesos en un asilo.

Se echó a reír.

—Ya lo sé. Uno tiene que adaptarse al ambiente, y claro que trabajaré. Cuando vuelva a América procuraré encontrar trabajo en un taller de automóviles. Soy bastante buen mecánico, y no creo que me resulte demasiado difícil.

—¿Y no será malgastar energías que podrías aprovechar mejor en otras direcciones?

—Me gusta el trabajo manual. Siempre que me he atascado durante mis estudios he recurrido a él, y he encontrado que es un excelente reconstituyente espiritual. Recuerdo que una vez leí una biografía de Spinoza, y juzgué muy estúpido al autor por considerar como una cosa terrible que Spinoza tuviera que ganarse su modesta pitanza puliendo lentes. Estoy seguro de que estimularía su actividad intelectual, aunque no fuera más que por servirles de descanso de la agotadora función especulativa. Cuando estoy lavando un coche o arreglando un carburador mi mente queda libre de todo, y así que acabo experimento la agradable sensación de haber hecho algo. Claro es que no pienso quedarme indefinidamente en un taller. Ya hace muchos años que falto de América, y lo primero que tendré que hacer es volver a conocerla. Buscaré trabajo como conductor de camión, lo que me permitirá recorrer todo el país de punta a cabo.

—Olvidas quizá la más importante utilidad del dinero: ahorra tiempo. La vida es tan corta y hay tanto que hacer, que uno no puede permitirse el lujo de desperdiciar un minuto. Piensa, por ejemplo, en el tiempo que malgastarás yendo de un sitio a otro a pie en lugar de ir en autobús, y en autobús en vez de ir en taxi.

Larry sonrió.

—Tienes razón, y no se me había ocurrido, pero podría vencer esa dificultad teniendo un taxi propio.

—¿Qué quieres decir?

—Eventualmente, me instalaré en Nueva York. Entre otras razones, a causa de sus bibliotecas. Puedo vivir con muy poco dinero; no me importa dormir en donde sea y tengo bastante con una comida al día. Para cuando haya visto todo lo que quiero ver en América deberé tener bastante dinero ahorrado para comprarme un taxi y trabajar con él en Nueva York.

—Te deberían encerrar, Larry. Estás como un cencerro de loco.

—Nada de eso. Soy muy sensato y práctico. Como conductor propietario de un taxi solamente necesitaría trabajar las horas indispensables para ganar el dinero de mi alojamiento y de mi comida y para amortizar el valor del taxi. El resto del día lo podría dedicar a mis estudios, y si necesitase ir

aprisa a algún sitio podría hacerlo en mi taxi.

—Pero, Larry —le dije para tomarle el pelo—, un taxi es un valor económico como el papel del Estado. El convertirte en propietario de un taxi no serías más que un capitalista.

Se echó a reír.

—No. Mi taxi sería únicamente mi herramienta de trabajo. Sería el equivalente del báculo y de la escudilla del mendigo indio.

Y con esta nota de chanza acabó nuestra conversación. Había yo observado que ya hacía algún tiempo que entraba gente con mayor frecuencia en el establecimiento. Un hombre vestido de etiqueta ocupó una mesa cercana a la nuestra y pidió un copioso desayuno. Tenía el aspecto cansado, pero satisfecho, de quien recuerda complacido una noche de amorosos escarceos. Unos cuantos caballeros ancianos, gente madrugadora, porque en la senectud no hace falta dormir mucho, bebían café au lait calmosamente, mientras a través de las gruesas gafas leían el periódico de la mañana. Hombres más jóvenes, algunos elegantes y atildados, otros con raídos abrigos, entraban presurosos para devorar un panecillo y beber una taza de café, camino de sus tiendas y oficinas. Un vejete, cargado con una brazada de periódicos, fue de mesa en mesa ofreciéndolos, sin éxito al parecer. Miré hacia la calle a través de una gran luna y vi que era de día. Pasados un par de minutos apagaron las luces eléctricas del inmenso café, con excepción de las del fondo del establecimiento. Miré mi reloj. Eran más de las siete.

—¿Nos desayunamos? —dije. Tomamos croissants, quebradizos y calientes, recién salidos del horno, y café au lait. Me encontraba cansado y sin ánimos, y estaba seguro de que mi aspecto lo denotaba, pero Larry no había perdido un ápice de su acostumbrada lozanía. Le brillaban los ojos, no se veía ni una arruga en su rostro y no representaba tener arriba de veinticinco años. El café me reanimó.

—¿Me permites que te dé un consejo, Larry? Es una cosa que doy poquísimas veces.

—Tampoco es una cosa que yo acepte con frecuencia —replicó sonriendo.

—¿Quieres pensarlo bien antes de regalar tu muy modesta fortuna? Cuando desaparezca, desaparecerá para siempre. Puede llegar un día en que necesites dinero angustiosamente, ya sea para ti o para otra persona, y entonces lamentarás haber sido tan necio.

Cuando me respondió lo hizo con expresión de sorna en la mirada, pero sus palabras no entrañaban malicia.

—Pienso que tú le das al dinero más importancia que yo.

—Bien puedo creerlo —respondí algo acerbamente—. Tú siempre los has tenido; yo, no. El dinero me ha dado la cosa que aprecio casi más que ninguna otra en esta vida: la independencia. No puedes figurarte el consuelo que ha sido para mí pensar que si tengo deseos de hacerlo puedo mandar al infierno a quien me dé la gana.

—Pero es que yo no tengo el más mínimo deseo de mandar a nadie al infierno, y si lo tuviera, el hecho de no tener una cuenta corriente en el Banco no me detendría. Compréndelo: para ti el dinero significa libertad; para mí, servidumbre.

—Eres un testarudo, Larry.

—Lo sé. No lo puedo remediar. Pero en cualquier caso, aún me queda tiempo sobrado para decidirme. No pienso volver a América hasta la próxima primavera. Mi amigo Auguste Cottet, el

pintor, me ha prestado una casita en Sanary y voy a pasar allí el invierno.

Sanary es una modesta playa de la Costa Azul, entre Bandol y Tolón, frecuentada por artistas y escritores que no gustan de la presuntuosa y falsa elegancia de St. Tropez.

—Te gustará, si no te importa lo muy aburrido que es aquello.

—Tengo trabajo que hacer. He recogido una infinidad de notas y voy a escribir un libro.

—¿Sobre qué?

—Ya lo verás cuando se publique —sonrió.

—Si quieres mandármelo cuando lo termines, creo que podría encontrarte editor.

—No te molestes. Tengo unos amigos americanos que tienen una pequeña imprenta en París y ya tengo arreglado con ellos que me lo impriman.

—Pero un libro editado así no se venderá, ni se ocupará de escribir acerca de él ningún periódico.

—No me importa que no escriban acerca de él y no espero que se venda. No voy a imprimir más que los ejemplares necesario para mandar a mis amigos indios y a las pocas personas de Francia a quienes pueda interesar. No es nada importante. Lo voy a escribir para dar salida a todas las notas que tengo, y lo voy a editar porque creo que no puede decirse lo que es una cosa así hasta verla impresa.

—Comprendo las dos cosas.

Habíamos terminado el desayuno y pedí al camarero la cuenta. Cuando la presentó se la alargué a Larry.

—Si vas a tirar tu dinero por la alcantarilla, por lo menos págame el desayuno.

Se echó a reír y pagó. Estaba entumecido de haber permanecido sentado tanto tiempo y cuando salimos del café me dolían los costados. Era agradable el aire fresco y limpio de la mañana de otoño. El cielo estaba azul, y la Avenue de Clichy, sórdida de noche, tenía cierta agradable alegría, semejante a la de una mujer pintada y ojerosa que camina con el elástico paso de una muchacha. Paré un taxi que pasaba.

—¿Te puedo dejar en algún sitio? —le pregunté a Larry.

—No. Voy a ir andando hasta el Sena para nadar un rato en una de las piscinas. Luego tengo que ir a la Bibliothèque para consultar unas cosas.

Nos estrechamos la mano y le vi cruzar la calle con sus grandes y sueltas zancadas. Yo, menos resistente, subí al taxi y volví al hotel. Cuando entré en mi salita vi que eran las ocho dadas.

—Bonitas horas de llegar a casa un hombre de mi edad —dije duramente a la señora desnuda (debajo de un fanal) que desde el año 1813 había estado echada encima del reloj, en la que yo diría ser una postura de extrema incomodidad.

Ella continuó mirándose la dorada faz de bronce en el dorado espejo de bronce, y todo lo que dijo el reloj fue: tictac, tictac. Me preparé un baño caliente. Luego de permanecer en él hasta que el agua se convirtió en templada, me sequé, tragué una gragea de un específico para dormir y cogiendo Le cimetière Marín, de Valéry, que por casualidad estaba en la mesilla de noche, me puse a leer hasta quedarme dormido.

CAPITULO SEPTIMO

Seis meses más tarde, una mañana de abril, estaba yo ocupado escribiendo en la terraza de mi casa de Cap Ferrat cuando subió una criada para decirme que la policía de Saint Jean (el pueblo vecino) estaba abajo y deseaba verme. Me irritó la interrupción y no pude imaginarme lo que deseaban de mí. Tenía tranquila la conciencia y ya había enviado mi óbolo para el fondo benéfico. A cambio, había recibido una tarjeta que guardaba en el coche, a prevención de que si algún día me detenían por exceder la velocidad permitida o me encontraba parado en la acera no adecuada, pudiera dejar ver discretamente la tarjeta al buscar mi permiso de conducir, lo que conseguiría que me dejaran ir sin más castigo que una amable amonestación. Me pareció la más probable que alguna de mis criadas hubiera sido víctima de alguna denuncia anónima —uno de los encantos de la vida en Francia— por no tener su documentación en orden; pero como yo estaba en buenas relaciones con los gendarmes de la localidad, a quienes jamás permitía salir de mi casa sin un vaso de vino, supuse que no me esperaban grandes dificultades. Pero los policías, pues trabajaban por parejas, habían acudido para algo muy distinto.

Una vez que nos hubimos estrechado la mano y preguntado por el estado de nuestra respectiva salud, el de mayor graduación —le llamaban brigadier y tenía unos de los más imponentes bigotes que he visto en toda mi vida— sacó un cuadernillo de notas del bolsillo. Volvió algunas páginas con un dedo gordo bastante sucio.

—¿Le dice a usted algo el nombre de Sophie Macdonald? —me preguntó.

—Conozco a una persona de ese nombre —respondí cautelosamente.

—Acabamos de hablar por teléfono con la policía de Tolón y el comisario le ruega a usted que se presente allí (*vous prie de vous y rendre*) sin retraso.

—¿Para qué? —pregunté—. Conozco a Mrs. Macdonald únicamente de manera superficial.

Supuse que Sophie se había metido en algún lío, probablemente relacionado con el opio; pero no vi motivo para que me complicaran a mí en el asunto.

—Eso no es cosa mía. No hay duda de que usted ha tenido relaciones con esa mujer. Parece que lleva cinco días sin aparecer por su alojamiento, y han encontrado en el puerto un cadáver que la policía cree es el suyo. Quieren que usted lo identifique.

Un escalofrío me estremeció. No me sentí, sin embargo, demasiado sorprendido. Era muy probable que, haciendo la vida que hacía, cualquier momento de depresión la impulsara a quitarse la vida.

—Pero ¿y no pueden identificarla por la ropa y la documentación?

—La encontraron en cueros y con el cuello cortado.

—¡Qué atrocidad! —Me quedé horrorizado. Pensé durante unos instantes. Era probable, no lo sabía yo, que la policía pudiera obligarme a ir, y me pareció oportuno someterme de buen grado—. Está bien; cogeré el primer tren que pueda. Consulté la guía de ferrocarriles y vi que podía coger un tren que me dejaría en Tolón entre cinco y seis de la tarde. El brigadier me dijo que así se lo comunicaría al inspector jefe, y me dio instrucciones para que, en llegando a Tolón, me presentara

inmediatamente a la Policía. Aquel día no trabajé más. Metí unas cosas en una maleta después de comer y fui en el coche a la estación.

Tan pronto como me presenté en la dirección de Policía de Tolón me llevaron al despacho del comisario. Estaba sentado a su mesa y era un hombre grueso, cetrino, de aspecto melancólico, a quien supuse corso. Me lanzó, quizá por costumbre, una mirada de sospecha, pero al observar la cintilla de la Legión de Honor, que yo había tenido la precaución de colocarme en el ojal, sonrió melifluamente, me rogó que me sentara y comenzó a presentarme toda clase de disculpas por haber molestado a una persona de mi distinción. Adopté una actitud semejante y le aseguré que nada opodría ocasionarme mayor placer que serle de alguna utilidad. Volvimos entonces a hablar de asuntos más concretos, y recobró su aire brusco y no poco insolente. Consultó unos papeles que tenía delante y dijo:

—Es un asunto feo. Parece que esa mujer Macdonald tenía pésima fama. Era borracha, tomaba drogas y era ninfomaniaca. Tenía la costumbre de ir no sólo con los marineros del puerto, sino con la hez de la ciudad. ¿Cómo es que una persona respetable de su edad conocía a semejante mujer?

Tentado estuve de decirle que no era ése asunto de su incumbencia; pero la diligente lectura de centenares de novelas detectivescas me ha enseñado que conviene ser amable con la Policía.

—La conocía muy poco. La conocí en Chicago, siendo ella una niña casi, donde luego se casó con un hombre de buena posición. Hará un año, poco más o menos, volví a verla, gracias a unos amigos suyos y míos.

Estaba yo preguntándome cómo pudieron relacionarme con Sophie, cuando el comisario empujó un libro hacia mí.

—Hemos encontrado este libro en el cuarto de la interfecta. Si es usted tan amable que lea la dedicatoria, verá que a duras penas se supondría que las relaciones entre usted y ella fueron tan superficiales como usted asegura.

Se trataba de aquella traducción de una novela mía que Sophie vio en el escaparate de una librería y que me pidió que le dedicara. Y yo había escrito debajo de mi nombre: «Mignonne, allons voir si la rose», sencillamente porque fue lo primero que se me ocurrió. La verdad era que la frase daba cierta sensación de intimidad.

—Si está usted insinuando que fui su amante, está usted equivocado.

—Eso no sería asunto mío —replicó, y luego, con picaresca expresión, continuó—: Y sin desear decir nada que pudiera ofenderle a usted, debo añadir, que, por lo que he oído de las aficiones de la muerta, yo no diría que usted era su tipo. Pero resulta evidente que usted no llamaría a una perfecta desconocida *mignonne*.

—Ésa línea, *monsieur le commissaire*, es la primera de un famoso poema de Ronsard, cuyas obras estoy seguro que usted conoce perfectamente, dada su educación y su cultura. La escribí por estar convencido de que ella conocía el poema y recordaría el verso siguiente, el cual pensé que quizá le hiciera comprender que la vida que llevaba era, por lo menos, poco discreta.

—Naturalmente que he leído a Ronsard en el colegio, pero, con todo el trabajo que pesa sobre mí, le confesaré que no recuerdo los versos a que alude.

Le recité la primera estrofa y, seguro de que jamás oyó el nombre del poeta hasta que yo lo pronuncié, no sentí miedo de que recordara la última, la cual a duras penas podría tomarse como una incitación a la virtud.

—Por lo visto, era una mujer de cierta cultura. Hemos encontrado algunas novelas de detectives en su cuarto, y dos o tres libros de versos, de Baudelaire, de Rimbaud, y uno inglés de un tal Eliot. ¿Es conocido?

—Mucho.

—No tengo tiempo para leer versos. En cualquier caso, no puedo leer en inglés. Si ese Eliot es tan buen poeta, es una lástima que no escriba en francés, para que la gente culta pudiera leerle.

La idea de que mi comisario pudiera leer *La tierra estéril* me causó vivo placer. De repente me alargó una pequeña fotografía.

—¿Tiene usted una idea de quién puede ser éste?

Reconocí inmediatamente a Larry. Estaba en traje de baño, y adiviné que la fotografía, muy reciente, fue sacada durante el verano que había pasado con Gray e Isabel en Dinard. Mi primer impulso fue decir que no le conocía, pues me repugnaba complicar a Larry en el odioso asunto, pero luego reflexioné que si la Policía descubría su identidad, mi declaración haría creer que algo digno de ser ocultado acontecía.

—Es un americano llamado Lawrence Darrell.

—Es la única fotografía que hemos encontrado entre las cosas de la interfecta. ¿Qué relaciones tenían?

—Los dos eran del mismo pueblo, cercano a Chicago. Eran amigos de la niñez.

—Pero esta fotografía está sacada hace poco. Yo diría que en alguna playa del Norte o del Oeste de Francia. Sería sencillo saber el lugar exacto. ¿Qué es este individuo?

—Escritor —respondí audazmente. El comisario subió sus peludas cejas, y supuse que no tenía buena opinión de los que se dedican a mi profesión—. Es rentista, también —añadí, para que la cosa sonara mejor.

—¿Dónde está en la actualidad?

De nuevo sentí tentación de decir que no lo sabía, y de nuevo decidí que únicamente lograría complicar el asunto al hacerlo. La Policía francesa tiene muchos defectos, pero sus métodos le permiten encontrar a quien buscan casi sin demora.

—Está viviendo en Sanary.

Alzó la mirada y comprendí que la cosa le interesaba.

—¿En dónde?

Recordé que Larry me dijo que Auguste Cottet le había prestado su casa y yo mismo, al volver en Navidades, le había escrito convidándole a pasar unos días conmigo, lo cual, según supuse, no aceptó. Di al comisario la dirección.

—Telefonaré a Sanary para que le traigan aquí. Quizá valga la pena interrogarle.

Comprendí que el comisario calculaba que tal vez hubiera descubierto a un sospechoso, y sentí ganas de reír. Estaba seguro de que Larry podría demostrar fácilmente que no tenía nada que ver con el asunto. Yo deseaba vivamente saber más acerca del lamentable fin de Sophie, pero el comisario solamente me pudo dar algunos detalles de lo que ya sabía yo. Dos pescadores encontraron el

cadáver. El buen gendarme había exagerado románticamente al decir que estaba en cueros. El asesino le había dejado el sostén y la faja. Si Sophie iba vestida como la última vez que yo la vi, no tuvo más que arrancarle los pantalones largos y el jersey. Nada encontraron en ella que sirviera para identificarla, y la Policía mandó publicar su descripción en los periódicos de la localidad. Hizo esto que se presentara en la Comisaría una mujer, patrona de cierto establecimiento situado en una calle poco bulliciosa, lo que los franceses llaman una maison de passe. Era la tal mujer confidente de la Policía, a la cual interesaba saber las personas que allí se hospedaban y los motivos que allí las llevaban. Cuando yo me encontré con ella, a Sophie la habían despedido del hotel en que vivía por su conducta más escandalosa de lo que el tolerante propietario estaba dispuesto a permitir. Fue entonces al citado establecimiento y ofreció alquilar una alcoba y una diminuta salita. Era más productivo alquilarlas a huéspedes más pasajeros, pero Sophie ofreció una suma tentadora y la mujer consintió en alquilarlos por meses. Cuando acudió a la Comisaría fue para denunciar que su inquilina llevaba ausente varios días. No se había alarmado, por creer que Sophie habría ido a Marsella o a Villefranche, adonde habían llegado recientemente algunos barcos de guerra ingleses, suceso que siempre atraía a las mujeres de muy varia edad de toda la costa; pero cuando leyó la descripción de la interfecta, publicada en los periódicos, pensó que pudiera tratarse de su inquilina. La llevaron a ver el cadáver, y después de vacilar afirmó que era Sophie Macdonald.

—Si ya está identificado el cadáver, ¿para qué me necesitan a mí?

—Madame Bellet es una mujer de gran honradez y buen carácter —repuso el comisario—, pero podría tener razones de índole particular, que nosotros desconocemos, para identificar el cadáver. Y en cualquier caso, es conveniente que el cadáver sea examinado por quien conociera mejor a la desaparecida, con objeto de confirmar la identificación.

—¿Tiene usted alguna esperanza de detener al asesino?

—Claro que estamos haciendo investigaciones. Hemos interrogado a cierto número de personas en los bares a que ella solía ir. Quizá la matara un marinero celoso cuyo barco haya zarpado ya, o algún apache para robarle el dinero que llevaba encima. Parece ser que solía llevar consigo una cantidad de dinero que resultaría tentadora para una persona de esa índole. Puede ser que haya gente que tenga fundadas sospechas acerca de la persona que cometió el crimen, pero en el círculo en que ella se movía es muy poco probable que nadie venga a nosotros con una denuncia, a no ser que ello le proporcionase una ventaja. Dada las malas compañías que esta mujer tenía, era de esperar que acabase como ha acabado.

No tuve nada que decir. El comisario me pidió que acudiese a las nueve de la mañana siguiente, para cuya hora esperaba haber hablado ya con «el señor de la fotografía», hecho lo cual, un gendarme nos acompañaría al depósito para examinar el cadáver.

—¿Y en cuanto al entierro?

—Si una vez identificada reclaman ustedes el cadáver de la interfecta como amigos suyos, y si se comprometen a hacerse cargo de los gastos del entierro, se les concederá la necesaria autorización.

—Estoy seguro de que Mr. Darrell, como yo, querrá que el entierro se efectúe lo antes posible.

—Lo comprendo. Es un asunto triste, y es mejor que la pobre mujer reciba sepultura sin perder tiempo. Por cierto, tengo aquí la tarjeta de una funeraria que se encargaría de todo por un precio razonable y sin perder tiempo. Voy a escribir en ellas unas líneas para que los atiendan a ustedes

debidamente.

Sentí una razonable seguridad de que el comisario recibiría una comisión, pero le di efusivamente las gracias, y cuando me hubo acompañado hasta la puerta con grandes muestras de deferencia, me dirigí a las señas de la tarjeta. El de la funeraria resultó ser un hombre activo y despierto. Elegí un ataúd, ni el más barato ni el más caro, acepté su oferta de conseguirme dos o tres coronas de un florista amigo (para ahorrar a Monsieur un penoso deber, y por respeto a la «fallecida», según me dijo) y convinimos en que la carroza funeraria estaría en el Depósito a las dos de la tarde siguiente. No pude menos de admirar la diligencia con que me dijo que no me preocupara acerca de la sepultura, que él haría todo lo preciso. Añadió que suponía que Madame era protestante, y que él se encargaría, si yo lo deseaba, de que estuviera presente un pastor en el cementerio para leer el oficio de difuntos. Pero como era yo un desconocido, y además extranjero, me dijo que suponía que no tomaría a mal su deseo de que le diera un cheque por adelantado. Mencionó una cifra bastante más alta de la que yo me había figurado, evidentemente suponiendo que yo regatearía, y pude apreciar en su cara una expresión de sorpresa, quizá de desilusión, cuando yo saqué mi talonario y extendí un cheque sin una palabra de protesta.

Tomé una habitación en un hotel, y a la mañana siguiente volví a la Comisaría. Me hicieron esperar algún tiempo, y luego me invitaron a pasar al despacho del comisario. Allí encontré a Larry, grave y triste la expresión, sentado en la silla que ocupé el día anterior. Hubiera yo podido ser su hermano, encontrado al cabo de muchos años.

—Bien, *mon cher Monsieur*, su amigo ha contestado con absoluta franqueza a todas las preguntas que ha sido mi obligación hacerle. No tengo motivos para no creer en su declaración de que no había visto a esta pobre mujer hacía dieciocho meses. Ha justificado todos sus movimientos durante la semana pasada de manera completamente satisfactoria, y también ha explicado la presencia de esta fotografía en el cuarto de la interfecta. Está tomada en Dinard, y la llevaba por casualidad en el bolsillo un día que comió con la fallecida. Me han dado informes excelentes en Sanary de su amigo, y yo, lo digo sin vanidad, soy un buen juez de las personas; estoy seguro de que su amigo sería incapaz de cometer un crimen de esta naturaleza. Me he permitido expresarle mi sentimiento de que una amiga suya de la niñez, educada con todas las ventajas de una buena familia, haya acabado de tan triste manera. Pero, así es la vida. Y ahora, mis queridos señores, uno de mis hombres les acompañará al Depósito para que identifiquen el cadáver. Tómense ustedes el tiempo que necesiten. Luego vayan a comer bien en algún sitio. Aquí tengo una tarjeta del mejor restaurante de Tolón, y voy a escribir en ella un par de palabras para que el patrón los cuide bien. Una buena botella de vino les sentará bien, después de cumplir un deber tan desagradable.

En aquel momento rebosaba cordialidad hacia nosotros. Fuimos andando al Depósito con un gendarme. El establecimiento no daba sensación de tener demasiados clientes. Sobre las mesas de mármol se veía un solo cadáver. Nos acercamos a él y el empleado descubrió la cabeza. No era agradable el espectáculo. El agua del mar había hecho perder la ondulación al teñido pelo, que estaba lacio y pegado al cráneo. La cara estaba horriblemente hinchada y era espantable el contemplarla, pero no cabía duda de que se trataba de Sophie. El empleado retiró aún más la sábana para dejarnos ver lo que ambos hubiéramos preferido no contemplar: el tremendo tajo que seccionaba el pescuezo de oreja a oreja.

Volvimos a la Comisaría. El comisario estaba ocupado, pero comunicamos lo que teníamos que decir a un ayudante; al poco rato volvió con los papeles necesarios, que llevamos a la funeraria.

—Ahora vamos a tomar una copa —dije yo.

Larry no había pronunciado una palabra desde que salimos de la Comisaría para ir al Depósito, excepto para declarar que había identificado el cadáver y que se trataba de Sophie Macdonald. Le llevé a lo largo del muelle y nos sentamos en el mismo café en que estuve con Sophie la última vez que la vi. Soplaban un fuerte viento y el agua del puerto, por lo general en calma, estaba cubierta de espumosas olas. Las barcas de los pescadores se balanceaban suavemente. El sol brillaba esplendoroso, y como ocurre siempre que sopla el mistral, cuanto podía verse aparecía con una extraña y rutilante claridad, como si el observador lo viera a través de unos prismáticos enfocados con exactitud mayor de la corriente. Esto daba a todo una vitalidad latente que excitaba la sensibilidad. Me bebí yo mi coñac con sifón, pero Larry ni siquiera probó el que para él pedí. Permanecía sentado en silencio, apesadumbrado, y no quise molestarle.

Pasado un buen rato miré mi reloj.

—Más vale que vayamos a comer algo. Tenemos que estar en el Depósito a las dos —le dije.

—Y yo tengo hambre. Todavía no he desayunado.

El aspecto del comisario me había dado la impresión de que conocía los lugares donde se comía bien en la ciudad, y esto me movió a llevar a Larry al restaurante de que nos había hablado. Sabía yo que Larry comía carne muy raras veces, y encargué una tortilla y una langosta a la parrilla, tras lo cual pedí la lista de vinos y, siguiendo una vez más el consejo del policía, pedí una botella de buen vino. Y serví un vaso a Larry.

—No seas cabezón y bébetelo —le dije—. Quizá te dé alguna idea para poder hablar.

Me obedeció e hizo lo que le dije.

—Shri Ganesha solía decir —comentó— que también el silencio es conversación.

—Lo cual hace pensar en una animada reunión de intelectuales en la Universidad de Cambridge.

—Siento comunicarte que tendrás que pagar todos los gastos del entierro tú solo. Yo no tengo dinero.

—Estoy dispuesto a hacerlo —contesté. Y entonces el significado implícito en sus palabras se me reveló súbitamente—. ¿Es que has cometido, por fin, la locura que estabas pensando?

No me respondió inmediatamente. Observé la expresión amablemente jocosa de su mirada.

—¿Te has deshecho de todo tu dinero?

—De todo, salvo del que me será necesario hasta que llegue mi barco.

—¿Qué barco?

—El propietario de la casa vecina a la mía en Sanary es agente en Marsella de una Compañía de barcos que va desde el Cercano Oriente a Nueva York. Le han teleografiado desde Alejandría que han tenido que desembarcar a dos hombres de la tripulación por enfermedad y que busque dos sustitutos. Es amigo mío y me ha prometido el puesto. Como regalo de despedida le voy a dar mi «Citroen». Cuando suba a bordo no me quedará en este mundo más que la ropa que lleve puesta y unas cuantas cosas en una maleta.

—Tuyo era el dinero. Y eres libre y mayor de edad.

—Libre es la palabra adecuada. Jamás me he sentido más feliz ni más independiente. Cuando

llegue a Nueva York me pagarán, y con ese dinero tendré lo suficiente hasta encontrar trabajo.

—¿Y tu libro?

—Terminado e impreso. Ya he hecho una lista de las personas a quienes deberán mandarlo.

Recibirás un ejemplar un día de éstos.

—Gracias.

Poco más había que decir, y acabamos la comida en cordial silencio. Pedí café. Larry encendió su pipa y yo un cigarro puro. Le miré pensativamente. Advirtió que le miraba y alzó hacia mí los ojos, en los que vi un reflejo juguetón y travieso.

—Si tienes ganas de decirme que soy un burro, dímelo. No me importará en absoluto.

—No. No pensaba en eso. Me estaba preguntando si no hubiera sido tu vida más satisfactoria si te hubieras casado y tenido hijos como todo el mundo.

Sonrió. Seguramente he comentado ya más de veinte veces la delicia de su sonrisa, tan amable, confiada y dulce, que reflejaba el candor y la rectitud de su encantadora naturaleza; pero he de hacerlo una vez más, pues vi en ella, además, algo semejante a la ternura y a la tristeza por lo que pudo haber sido.

—Ya es demasiado tarde. De todas las mujeres que he conocido, únicamente podría haberme casado con la pobre Sophie.

Le miré asombrado.

—¿Puedes decir eso después de todo lo que ha pasado?

—Tenía un alma admirable, ferviente, generosa y llena de aspiraciones. Todos sus ideales fueron de gran altura. Incluso en los últimos tiempos era discernible cierta trágica nobleza en el camino que eligió para destrozarse.

Callé. No supe qué pensar de tan extrañas aseveraciones.

—Entonces, ¿por qué no te casaste con ella?

—Era una chiquilla. A decir verdad, nunca se me ocurrió, cuando iba a verla a casa de su abuelo y leíamos versos juntos debajo de un olmo, que aquella muchacha delgaducha llevara dentro de sí la semilla de la belleza espiritual.

No pude menos de juzgar extraño que no aludiera a Isabel en tal coyuntura. No era posible que olvidase su noviazgo con ella, y me vi obligado a suponer que consideraba el episodio como cosa baladí provocada por dos muchachos aún demasiado niños para tener conciencia de sus deseos. Y no encontré ningún inconveniente en creer que no se le había pasado por la imaginación que Isabel estaba desde el momento de la ruptura añorando sin cesar el amor de que se había visto privada.

Ya era hora de irse. Atravesamos la plaza hasta el lugar donde Larry había dejado su coche y nos dirigimos al Depósito. La funeraria cumplió todo lo prometido. Todo fue llevado a cabo con suma competencia, bajo la rutilante bóveda del cielo, mientras el fuerte viento doblaba los cipreses del cementerio añadiendo una última nota de horror. Cuando todo acabó, el encargado de la funeraria nos estrechó la mano.

—Señores, espero que hayan quedado satisfechos. Todo ha salido muy bien.

—Muy bien —dije.

—Monsieur no olvidará que estoy siempre a su disposición. La distancia no importa.

Le di las gracias. Cuando llegamos a la puerta del cementerio, Larry me preguntó si le necesitaba

para alguna otra cosa.

—No.

—Me gustaría volver a Sanary lo antes posible.

—Déjame en mi hotel, ¿quieres?

No pronunciamos ni una palabra durante el camino. Cuando llegamos bajé del coche, nos estrechamos la mano y él se alejó. Pagué la cuenta, hice la maleta, me metí en un taxi y fui a la estación. También yo tenía ganas de irme de allí.

U nos días más tarde emprendí el viaje hacia Inglaterra. Fue mi intención hacerlo de un tirón; pero después de lo que había ocurrido nació en mí el deseo de ver a Isabel, y decidí detenerme veinticuatro horas en París. Le telegrafíé preguntándole si podría recibirme a última hora de la tarde y convidarme a cenar; cuando llegué a mi hotel encontré una nota suya diciéndome que Gray y ella cenaban fuera; pero que tendría mucho gusto en verme si me era posible ir después de las cinco y media, pues tenía que salir para probarse.

Hacía frío y de vez en cuando caían fuertes aguaceros, por lo que supuse que Gray no habría ido a Montefontaine a jugar al golf. Esto me contrarió, pues tenía interés en hablar a solas con Isabel, pero cuando llegué a la casa lo primero que Isabel me dijo que Gray estaba en el Travellers jugando al bridge.

—Le he dicho que no tarde si quiere verte, pero como estamos invitados para las nueve, lo cual quiere decir que no necesitamos llegar hasta las nueve y media, tenemos tiempo para charlar a gusto. Tengo muchas cosas que contarte.

Había subarrendado la casa, y la subasta de la colección de Elliott iba a verificarse pasados quince días. Querían estar presentes y se iban a mudar al «Ritz». Luego, embarcarían. Isabel había dispuesto que se vendiera todo excepto los cuadros modernos que Elliott tenía en Antibes. Aunque no le gustaban gran cosa, Isabel suponía, y acertaba, que darían lustre a su futuro hogar.

—Es lástima que el pobre tío Elliott no fuera un poco más avanzado. Podría tener obras de Picasso, Matisse, Rouault... Supongo que sus cuadros son buenos en su estilo, pero me temo que estén pasados un poco de moda.

—Yo, en tu lugar, no me preocuparía. Dentro de unos años surgirán otros pintores, y Picasso y Matisse no parecerán menos anticuados que tus impresionistas.

Gray estaba ultimando sus negociaciones, y con capital suministrado por Isabel iba a entrar en cierta sociedad como vicepresidente de la misma. Era un negocios de aceites, y pensaban residir en Dallas.

—Lo primero que tendremos que hacer es buscar una casa ad hoc. Quiero que tenga un jardín simpático, para que Gray pueda divertirse trabajando en él cuando vuelva de la oficina, y necesitaré un salón grande para dar fiestas.

—Me extraña que no quieras llevarte los muebles de Elliott.

—Creo que no resultarían apropiados. Quiero decorarla en estilo muy moderno, quizá con unos toques mejicanos aquí y allá para darle carácter. En cuanto lleguemos a Nueva York voy a enterarme de quién es el decorador de moda.

Entró Antoine, el criado, con una bandeja, sobre la que se veía un surtido de botellas, e Isabel, con su acostumbrado tacto, sabedora de que el noventa por ciento de los hombres están convencidos de que saben mezclar un cóctel mejor que cualquier mujer (y tiene razón), me pidió que preparara un par de ellos. Eché la ginebra y el «Noilly-Prat» y añadí las gotas del ajenjo, que transforman el «Martini» seco, bebida vulgar, en otra por la cual, indudablemente, los dioses del Olimpo hubieran

dejado su néctar de fabricación casera, brebaje que siempre he sospechado que debió de ser algo semejante a la «Coca-Cola». Cuando di su copa a Isabel vi un libro sobre la mesa.

—¡Hombre! —dije—. ¡El libro de Larry!

—Sí, ha llegado esta mañana, pero he estado muy ocupada, con mil cosas que hacer, y he comido fuera, y después he tenido que ir a «Molineux» a probarme; no sé cuándo voy a tener un rato para verlo.

Pensé con melancolía en los meses que un autor pasa escribiendo un libro, quizá poniendo en él hasta la sangre de su corazón, para que luego quede abandonado hasta que el lector no tenga absolutamente ninguna otra cosa que hacer. Era un tomo de unas trescientas páginas, agradablemente impreso y bien encuadernado.

—Supongo que sabrás que Larry ha pasado el invierno en Sanary. ¿Le has visto por casualidad?

—Sí. Estuvimos los dos en Tolón el otro día.

—¿Sí? ¿Qué hacíais allí?

—Enterrar a Sophie.

—Pero... ¿se ha muerto? —exclamó Isabel.

—Si no se hubiera muerto no habríamos tenido ninguna razón para enterrarla.

—Eso no tiene gracia. —Calló durante un segundo—. No voy a fingir que lo siento. Supongo que moriría a consecuencia de la bebida y las drogas.

—No. Le cortaron el cuello y luego la tiraron desnuda al mar.

Como el brigadier de St. Jean, sentí el impulso de exagerar ligeramente su estado de desnudez.

—¡Qué horror! Pobrecilla. Naturalmente, haciendo la vida que hacía estaba destinada a acabar de mala manera.

—Eso es lo que dijo el *commissaire de police* en Tolón.

—¿Saben quién la mató?

—No. Pero yo sí. Creo que fuiste tú.

Me miró asombrada.

—¿Qué estás diciendo? —Y luego añadió con la sombra de una risita—: Tendrás que buscar a otro culpable. Yo tengo una coartada indiscutible.

—Me encontré con ella en Tolón el verano pasado y estuvimos charlando un gran rato.

—¿Estaba serena?

—Lo suficiente. Me contó cómo desapareció de manera tan inexplicable cuando estaba a punto de casarse con Larry.

Vi que la cara de Isabel se contraía disgustada. Le conté exactamente lo que Sophie me dijo, y me escuchó con recelo.

—He pensado mucho en su narración, y cuanto más lo hago más convencido estoy de que hay algo que no está claro. He comido aquí veinte veces y jamás te he visto beber licor después de comer. Aquel día almorzaste sola. ¿Cómo es que había una botella de zubrovka en la bandeja del café?

—Tío Elliott me la acababa de mandar. Y quise ver si me gustaba tanto como en el «Ritz».

—Sí; ya me acuerdo que le hiciste un panegírico extraordinario. Y me sorprendió, porque nunca bebes licores, pues tienes demasiado cuidado con tu línea para hacerlo. Me diste la impresión de que

estabas tratando de ponerle los dientes largos a Sophie por pura maldad.

—Muchas gracias.

—En general, acudes puntualmente a tus citas. ¿Por qué saliste, cuando se trataba de algo tan importante para ella, y tan interesante para ti, como ir a que le probaran su vestido de boda?

—Ella misma te lo dijo. Estaba intranquila acerca de los dientes de Joan. Nuestro dentista tiene mucho trabajo y tuve que aceptar la hora que me dio.

—Cuando uno va al dentista le dan hora para la sesión siguiente.

—Ya lo sé. Pero me llamó por la mañana para decirme que no podría recibirme a la hora que me había dado y que fuera a las tres. Y, naturalmente, acepté.

—¿No pudo la institutriz acompañar a Joan?

—La pobre niña tenía miedo, y me pareció que la tranquilizaría que yo fuera con ella.

—Y cuando volviste y te encontraste con la botella de zubrovka casi vacía, y con que Sophie se había ido, ¿no te sorprendió?

—Pensé que se habría cansado de esperar y que se había ido a «Molineux» sola. Pero cuando llegué allí me dijeron que no la habían visto.

—¿Y la zubrovka?

—Pues es verdad que noté que faltaba bastante, pero supuse que se la había bebido Antoine, y casi se lo dije, pero como le pagaba tío Elliott y era amigo de Joseph, me pareció mejor hacer como si no lo hubiese notado. Es un buen criado, y de vez en cuando echa un trago. ¿Quién soy yo para decirle nada?

—¿Qué mentirosa eres, Isabel!

—¿Es que no me crees?

—Ni una palabra.

Se levantó y se acercó a la chimenea. Ardía en el hogar un fuego de leños, que resultaba placentero en tan destemplado día. Permaneció unos instantes con el codo apoyado sobre la repisa en una de las muy graciosas actitudes que era capaz de asumir sin que pareciera proponérselo, en lo cual residía uno de sus principales encantos. Como la mayoría de las francesas elegantes, vestía durante todo el día de negro, lo que sentaba admirablemente a su rico colorido natural, y en aquella ocasión llevaba un traje de costosa sencillez que exhibía a la perfección su tipo delicioso. Dio unas cuantas chupadas a su cigarrillo y acabó por decir:

—No hay ningún motivo para que no me muestre completamente franca contigo. Fue una mala suerte que yo tuviera que salir, y, naturalmente, Antoine no debió dejar allí la botella cuando yo salí. Al volver y notar que la botella estaba casi vacía comprendí lo que había ocurrido, y cuando Sophie desapareció supuse que había vuelto a las suyas. No dije nada porque pensé que únicamente conseguiría disgustar a Larry, y, el pobrecillo bastante mal lo estaba pasando ya.

—¿Estás segura de que no quedó allí la botella porque tú lo mandaste concretamente?

—Claro.

—No te creo.

—Pues no me creas. —Tiró el cigarrillo con furia al fuego. La ira ensombrecía su rostro—. Está bien; si quieres saber la verdad, la vas a oír, y mal provecho te haga. Lo hice, y lo volvería a hacer. Ya te dije que no pararía ante nada para impedir que se casara con Larry. Ni tú ni Gray hicisteis

nada, salvo encogerlos de hombros y decir que iba a cometer una equivocación terrible. Os importaba todo bien poco; a mí, no.

—Si la hubieras dejado en paz, a estas horas estaría viva.

—Casada con Larry, quien sería un desgraciado. Se creía que podría regenerarla. ¡Qué estúpidos son los hombres! Yo sabía que antes o después volvería a las andadas. Se veía a la legua. Tú mismo viste lo nerviosa que estuvo cuando comimos todos en el «Ritz». Te vi mirarla mientras estaba tomando el café, y le temblaba tanto la mano que tuvo que llevarse la taza a la boca usando las dos manos. La vi mirando al camarero cuando nos llenaba los vasos de vino, con aquellos ojos agotados y terribles, como una serpiente que contempla un pollo recién salido del cascarón, y comprendí que hubiera vendido el alma por beber.

Isabel estaba mirándome cara a cara, con ojos brillantados por la pasión, y me hablaba con voz ronca. Hablaba tan aprisa como podía.

—La idea se me ocurrió cuando tío Elliott empezó a alabar el maldito licor polaco. A mí me pareció una pócima, pero hice ver que nunca había probado nada más delicioso. Estaba segura de que si se lo ponía a su alcance no podría resistir la tentación. Por eso la llevé al desfile de modelos. Por eso le ofrecí regalarle el traje para la boda. Aquél día, cuando habíamos de ir para la última prueba, le dije a Antoine que tomaría una copa de zubrovka después de comer, y también que estaba esperando a una señora, a quien debería ofrecerle café, dejando la botella por si se le antojaba un vaso. Es verdad que llevé a Joan al dentista, pero como no teníamos hora no pudo recibirnos, y entonces entramos en un cine para ver un noticiario. Estaba decidida a que si al volver veía que Sophie no había tocado la botella, procuraría resignarme y ser amiga suya. Eso te lo juro que es verdad. Pero cuando llegué a casa y vi la botella comprendí que había tenido razón. Sophie había desaparecido, y hubiera yo apostado cualquier cosa a que lo había hecho para siempre.

Cuando Isabel acabó, tenía la respiración entrecortada.

—Esto es, poco más o menos, lo que imaginaba que ocurrió —dije—. Y, como verás, tenía razón: fuiste tú quien le cortaste el pescuezo: tanto como si hubieras cogido la navaja con tus propias manos.

—Era mala, mala, mala. Me alegro de que esté muerta. —Se desplomó en un sillón—. Dame otro cóctel, y así revientes.

Me acerqué a la mesa y preparé otro cóctel.

—Eres un demonio, y un demonio ruin —dijo al cogerlo. Luego sonrió, como un niño que sabe que ha cometido una travesura, pero espera lograr con sus carantoñas que no se le regañe—. No irás a decirle nada a Larry...

—Ni se me ocurriría tal cosa.

—¿Me lo prometes? Los hombres sois muy poco de fiar.

—Te lo prometo. Pero es que aunque quisiera hacerlo no se me presentaría la ocasión, pues no creo que vuelva a verle en la vida.

Se incorporó rápidamente.

—¿Qué quieres decir?

—En estos momentos está a bordo de un barco de carga como tripulante, o como fogonero, camino de Nueva York.

—¿De veras? ¡Qué raro es! Hace unas semanas estuvo aquí, para consultar en la Biblioteca algo referente a su libro, y no dijo una palabra de que tuviera intención de volver a América. Me alegro. Quiero decir que le veremos allí.

—Lo dudo. Su América estará tan distante de la tuya como el desierto de Gobi.

Le dije entonces lo que Larry había hecho y lo que pensaba hacer. Me escuchó con la boca abierta. Su cara expresaba profunda consternación. De vez en cuando me interrumpió con una exclamación: «¡Está loco! ¡Está loco!». Así que terminé eché hacia atrás la cabeza, y vi caer dos lágrimas por sus mejillas.

—Ahora le he perdido de veras.

Volvió la cabeza y lloró, hundida la cara en el respaldo del sillón. Todas sus deliciosas facciones aparecían desencajadas por un dolor que no se tomó la molestia de disimular. No podía yo hacer nada en tales circunstancias. Ni me fue posible adivinar qué ganas y contradictorias esperanzas había alimentado que mis noticias destrozaron. Tuve la vaga impresión de que el verle de tarde en tarde, el saber que por lo menos Larry formaba parte de su mundo, fue un lazo de unión, aunque en verdad tenue, y que esta postrera decisión de Larry lo había cortado irremisiblemente, y ella ahora comprendía haberle perdido sin remedio. Me pregunté qué inútil pesar la afligía, y me dije que la llantina le sentaría bien. Cogí el libro de Larry y miré el índice de materias. Mi ejemplar no había llegado aún cuando salí de la costa y era inútil esperarlo hasta que pasaran varios días.

No era en absoluto la clase de libro que había supuesto. Era una colección de ensayos, de longitud semejante a la de los escritos por Lytton Strachey con el título de *Victorians eminentes*, acerca de cierto número de personajes famosos. No supe qué pensar del criterio que había inspirado la selección. Uno era sobre Sila, el dictador romano, quien luego de alcanzar un poder absoluto renunció a él para volver a la vida particular; otro trataba de Akbar, el conquistador mogol, que ganó un Imperio; un tercero hablaba de Rubens, otro de Goethe y vi otro acerca de Lord Chesterfield, el de las Cartas. Era evidente que para cada uno de ellos necesitó vastísima documentación, y no me extrañó que Larry tardara tanto en escribir el libro, aunque no comprendí la razón por la cual creyó que valía la pena dedicarle tanto tiempo, ni el motivo que le llevó a elegir tales personajes. Pero luego se me ocurrió que todos ellos, cada uno a su manera, habían visto sus vidas coronadas por un éxito extraordinario, y adiviné que eso fue lo que atrajo a Larry. Sintió probablemente curiosidad por averiguar lo que el éxito había significado para ellos.

Leí rápidamente una página, para juzgar su estilo, y lo hallé erudito, pero lúcido y sencillo. Nada descubrí en él de la presunción o pedantería que con demasiada frecuencia caracteriza la obra de un aficionado. Era fácil ver que había tratado a los mejores escritores, tan asiduamente como Elliott trató a la aristocracia. Me interrumpió un suspiro de Isabel. Se incorporó, y terminó con una mueca el cóctel, ya perdida la frialdad de éste.

—Si no dejo de llorar voy a tener los ojos hechos una lástima para la cena de esta noche. —Sacó el espejo de su bolso y se miró preocupada—. Lo que necesito es media hora con una bolsa de hielo sobre los ojos. —Se dio polvos y se pintó los labios. Luego se miró pensativamente—. ¿Ha empeorado la opinión que tenías de mí por lo que hice?

—¿Te importaría?

—Pues aunque te parezca raro, sí. Quiero que me estimes.

Sonreí.

—Mi querida Isabel, soy un ser francamente inmoral —respondí—. Cuando tengo verdadero cariño a una persona, aunque deploro sus malas acciones, no disminuye mi afecto. Tú no eres mala a tu manera, y tienes toda suerte de bellezas y encantos. El placer profundo que me causa contemplar tu belleza no es menor porque me consta que es debida a la feliz combinación de tu gusto impecable y de tu inflexible voluntad. Únicamente falta una cosa para ser completamente deliciosa.

Sonrió esperando.

—La ternura.

Murió la sonrisa en sus labios y me lanzó una mirada completamente desprovista de buen humor; mas antes de que pudiera recobrase lo suficiente para replicar, entró Gray pesadamente en el cuarto. Durante los tres años pasados en París, Gray había engordado buena cantidad de libras, su cara estaba más roja, su pelo más ralo, pero gozaba de salud excelente, y llegaba de bonísimo humor. Su contento al verme fue de naturaleza no fingida. La conversación con Gray estaba constituida de lugares comunes y frases hechas, que por manidos que fueran él pronunciaba con evidente convicción de que eran originales. Jamás se «iba a la cama», sino «al catre», donde dormía «como un ángel»; si llovía lo hacía «a cántaros», y hasta que se fue de París fue éste para él «el pícaro París». Pero era tan bueno, tan generoso, tan recto, tan digno de confianza y tan humilde, que era imposible no sentirse ganado por él. Yo le quería muy sinceramente. Se mostraba muy excitado ante la proximidad de su viaje.

—Me va a parecer mentira volver al servicio activo. Estoy encantado.

—Entonces, ¿ya está todo convenido?

—Hombre, verás, aún no he cerrado el trato, pero es cosa hecha. El que será mi socio fue camarada mío en la Universidad, compañero de cuarto, y es un buen muchacho, incapaz de darme gato por liebre. Pero en cuanto llegue a Nueva York voy a ir a Texas en aeroplano para tomarle el pulso al asunto, y puedes estar bien seguro de que tendré bien abiertos los ojos para cualquier pega que haya antes de soltar un dólar de Isabel.

—Te advierto que Gray es un estupendo hombre de negocios —dijo ella.

—No nací ayer —sonrió él.

Procedió a explicarme con minuciosidad ligeramente excesiva el negocio que iba a emprender, pero entiendo yo poco acerca de tales cosas, y lo único que saqué en limpio fue que tendría oportunidades de ganar mucho dinero. Tanto se interesó en lo que estaba explicándome que acabó por volverse hacia Isabel y decirle:

—Oye, ¿por qué no mandamos al diablo la cena de esta noche y nos vamos los tres solos a cenar como es debido a la «Tour d'Argent»?

—Pero, Gray, no es posible. Dan la cena en honor nuestro.

—En cualquier caso, yo no podría acompañaros. Cuando supe que estabais comprometidos para esta noche llamé a Suzanne Rouvier y la convidé a cenar.

—¿Quién es Suzanne Rouvier? —preguntó Isabel.

—Uno de los amores de Larry —repliqué para mortificarla.

—Siempre he sospechado que Larry tenía una amiguita escondida en algún sitio —comentó Gray jovialmente.

—¡Qué bobada! —dijo Isabel secamente—. Conozco perfectamente cuanto hay que conocer acerca de las aventuras amorosas de Larry. Jamás ha tenido ninguna.

—Vamos a tomar otra copa antes de separarnos —dijo Gray.

Lo hicimos y me despedí de ellos. Salieron al vestíbulo conmigo, y mientras me ponía el abrigo Isabel cogió el brazo de Gray, se apretó mimosamente contra él y le miró a los ojos con una expresión que imitaba con bastante exactitud la ternura de la que yo la había acusado que carecía.

—Dime, Gray, ¿crees que soy una mujer dura y sin compasión?

—No, Isabel, ni mucho menos. ¿Ha dicho alguien que lo fueras?

Volvió la cabeza de manera tal que Gray no pudiera verle la cara, y con un gesto, que indudablemente Elliott hubiera juzgado impropio de una señora, me sacó la lengua.

—No es lo mismo —murmuré al salir, según la puerta se cerraba a mi espalda.

Cuando volví a pasar por París, los Maturin se habían ido y otras gentes vivían en casa de Elliott. Eché de menos a Isabel. Era agradable contemplarla y fácil hablar con ella. Tenía una mente rápida y era incapaz de rencor. No la he vuelto a ver. No soy un buen escritor de cartas y suelo inclinarme a la pereza para ello, e Isabel no escribía nunca. Si no podía ponerse con contacto con alguien por teléfono o por telégrafo, no lo hacía. En Navidades recibí un tarjetón suyo deseándome felicidad, con una simpática fotografía de una casa de pórtico colonial, rodeada de robles, la cual supuse era la de la finca que no pudieron vender cuando necesitaron dinero y que ahora probablemente conservaban con placer. El matasellos indicaba que fue echada al correo en Dallas, de lo que deduje que las negociaciones fueron llevadas a buen término y que se habían instalado allí.

Nunca he estado en Dallas, pero supongo que, como otras ciudades americanas que conozco, tiene un barrio con casas habitables, a conveniente distancia, en automóvil, del barrio de las oficinas y del club de campo, en el cual barrio los adinerados poseen buenas casas rodeadas de amplios jardines, con excelentes vistas de lomas y valles, visibles desde el cuarto de estar. En un barrio de esa índole, en una casa de esa clase, amueblada desde los sótanos hasta las buhardillas a la última moda por el decorador neoyorkino del momento, vivirá Isabel, sin ningún género de duda. Únicamente me cabe esperar que su Renoir, sus Flores de Manet, su paisaje de Monet y su Gauguin no den allí la sensación de antiguallas. El comedor será, sin duda, de tamaño adecuado para los almuerzos de señoras, que dará con regularidad, en los cuales los vinos serán excelentes y la comida exquisita. Fue mucho lo que Isabel aprendió en París. No se instalaría en la casa sin antes comprobar que el tamaño del salón era suficiente para dar los bailes destinados a muchachas aún no presentadas en sociedad, que Isabel tendría la grata obligación de celebrar cuando sus hijas llegasen a la edad oportuna. Joan y Priscilla ya serán muchachas casaderas. Estoy convencido de que ambas han recibido una educación admirable; han estudiado en los colegios mejores, e Isabel habrá tenido buen cuidado siempre de que ambas aprendan todo aquello que las hará deseables a los muchachos de su edad. Aunque supongo que Gray estará algo más colorado y calvo y bastante más grueso, me resulta inconcebible que Isabel haya cambiado. Continuará siendo más bonita que sus hijas. La familia Maturin dará esplendor al círculo en que se mueve y no es dudoso que serán todo lo populares que merecen. Isabel será amena, graciosa, complaciente y discreta, y Gray, eso no hace falta decirlo, será la quintaesencia del hombre americano.

Continué viendo a Suzanne Rouvier con regularidad hasta que un inesperado cambio en su estado la llevó a irse de París, y también desapareció de mi vida. Una tarde, como dos años después de los sucesos que acabo de relatar, luego de pasar muy placenteramente unas horas curioseando los libros de las galerías del «Odeón», y no teniendo nada que hacer, se me ocurrió ir a ver a Suzanne. Ya hacía seis meses que no lo hacía. Me abrió la puerta, paleta en mano y con un pincel entre los dientes, vestida con una larga blusa con abundantes chafarrinones de pintura.

—*Ah, c'est vous, cher ami. Entrez, je vous en prie.*

Me sorprendió la protocolaria forma de hablarme, pues por lo general nos tuteábamos, pero entré en la pequeña pieza que servía a la vez de estudio y de cuarto de estar. En el caballete había un cuadro.

—Estoy ocupadísima. No sé ni dónde tengo la cabeza, pero siéntate y continuaré trabajando. No tengo ni un momento que perder. No lo vas a creer pero voy a celebrar una exposición en la «Galería de Meyerheim» y tengo que dejar listos treinta cuadros.

—¿En «Meyerheim»? Pero eso es formidable. ¿Cómo te las has arreglado?

Meyerheim no era uno de esos corredores de arte de tres al cuarto de la rue de la Seine que tienen una tiendecita siempre a punto de cerrar por falta de dinero para pagar el alquiler. Meyerheim tiene un magnífico salón para exposiciones en la orilla cara del Sena y goza de fama internacional. Cualquier artistas cuyos cuadros llamen la atención de Meyerheim se encuentra camino de la fama.

—Monsieur Achille le trajo para que viera mis cuadros, y él dijo que demuestran mucho talento.

—*A d'autres, ma vieille* —repliqué, frase cuya traducción más adecuada yo diría que es: «No me vengas con cuentos».

Me miró y se echó a reír.

—Me caso.

—¿Con Meyerheim?

—No seas estúpido. —Soltó los pinceles y la paleta—. He estado trabajando todo el día y merezco un descanso. Vamos a tomarnos una copita de oporto y te lo contaré todo.

Una de las características menos gratas de la vida en Francia es que siempre existe el peligro de verse obligado a beber un vaso de oporto avinagrado a horas intempestivas. Hay que resignarse. Suzanne acercó la botella y dos vasos, los llenó y se sentó con un suspiro de alivio.

—Llevo de pie no sé cuántas horas y me duelen las varices. Pues verás, la cosa ha sido así. La esposa de Monsieur Achille murió a principios de año. Era una mujer buena, muy católica, pero él no se había casado con ella por amor, sino porque la boda era un buen negocio, y aunque la estimaba y respetaba, sería exagerado decir que su muerte le dejó inconsolable. Su hijo está bien casado y progresa en su trabajo, y ahora acaba de arreglarse la boda de la hija con un conde. Un conde belga, es verdad, pero auténtico, con un castillo muy bonito cerca de Namur. Monsieur Achille ha pensado que su pobre esposa no hubiera querido retrasar la felicidad de dos muchachos por su causa, y la boda, aunque están de luto, se celebrará en cuanto queden acordados los detalles económicos. Es

evidente que Monsieur Achille se encontrará muy desamparado en aquella casona de Lille y va a necesitar una mujer, no solamente para que le cuide, sino para que lleve la casa que su posición le exige. Para abreviar, me ha pedido que ocupe el lugar de su difunta, pues, como él me dijo muy sensatamente, la primera vez se casó para eliminar la competencia entre dos casas rivales, de lo cual no se ha arrepentido, y no hay ninguna razón para que la segunda vez no se case de acuerdo con su gusto.

—Te felicito. Enhorabuena —le dije.

—Evidentemente, echaré de menos mi libertad. He disfrutado mucho con ella. Pero una tiene que pensar en el porvenir. Aquí, entre nosotros, no me importa decirte que no cumpliré ya los cuarenta. Monsieur Achille se encuentra en una edad peligrosa, y ¿qué iba a ser de mí si de repente se encaprichara con una muchacha de veinte años? Además, tengo que pensar en mi hija. Ya tiene dieciséis años y promete ser tan guapa como su padre. Le he dado una buena educación. Pero es inútil cerrar los ojos, y ni tiene talento para ser actriz ni el temperamento para ser lo que ha sido su madre. ¿Qué porvenir le espera? Un puesto de secretaria o una credencial en Correos. Monsieur Achille ha demostrado su generosidad accediendo a que viva con nosotros y me ha prometido darle una buena dote para que pueda casarse bien. Y créeme, mi querido amigo, digan lo que digan, el matrimonio continúa siendo la profesión mejor que pueda abrazar una mujer. Claro es que, puesto que se trata del porvenir de mi hija, estaría en cualquier caso dispuesta a aceptar la oferta, incluso a sabiendas que me va a suponer tener que prescindir de ciertas satisfacciones, las cuales, de todas maneras, al pasar el tiempo, cada día me serían más difíciles de conseguir; pues te advierto que una vez casada tengo el propósito de ser de una virtud feroz (*d'une vertu farouche*), pues mi larga experiencia me ha enseñado que la base de un matrimonio feliz es la completa fidelidad de ambas partes.

—Una opinión profundamente moral, querida mía —dije yo—. ¿Y continuará Monsieur Achille haciendo sus visitas quincenales a París por sus negocios?

—Oh, lá, lá! ¿Por quién me tomas, mon petit? Lo primero que le dije a Monsieur Achille cuando me pidió la mano fue: «Escucha, mon cher, cuando vengas a París a tus Consejos queda entendido que vendrás conmigo. No voy a fiarme de que vengas solo». «¿Eres capaz de imaginar que a mi edad voy a cometer una locura?», me respondió. «Monsieur Achille —le dije yo—, estás en la plenitud de tu vida, y nadie mejor que yo sabe que eres de temperamento apasionado. Eres guapo y distinguido. Tienes todo lo que gusta a las mujeres. Y me parece mejor que no te veas expuesto a tentaciones». Terminó por acceder a que su hijo ocupe su puesto en el Consejo, y él vendrá a París en lugar del padre. Monsieur Achille quiso hacer ver que le parecía irrazonable mi actitud, pero la verdad es que se sintió tremendamente halagado. —Suzanne dio un suspiro de satisfacción—. La vida sería aún más dura de lo que es para las pobres mujeres si no fuera por la increíble vanidad de los hombres.

—Todo eso me parece muy bien. Pero ¿qué tiene que ver con que vayas a celebrar una exposición completamente tuya en casa de Meyerheim?

—Hoy estás bastante tonto, mon pauvre ami. ¿No te vengo diciendo hace años que Monsieur Achille es un hombre muy inteligente? Tiene que pensar en su posición, y la gente de Lille tiene mala lengua. Monsieur Achille quiere que yo ocupe el puesto social que corresponde a la esposa de un hombre importante. Ya sabes lo que son esos provincianos; les encanta meter las narices en los

asuntos de los demás, y lo primero que preguntarán es que quién es Suzanne Rouvier. Pues se le contestará: Es la distinguida pintora que ha celebrado recientemente una exposición de notable y merecido éxito en los salones de Meyerheim. «Madame Suzanne Rouvier, viuda de un oficial de infantería colonial, con el valor característico de la mujer francesa, hace años que pinta para vivir y para atender a la educación de su hija, privada de padre a muy tierna edad, y tenemos el honor y el gusto de comunicar a todos que pronto podrán apreciar la delicadeza de sus cuadros y la excelencia de su técnica en los salones del perspicaz Monsieur Meyerheim».

—¿Se puede saber qué diablos estás diciendo? —pregunté asombrado.

—Eso, mon chéri, es la propaganda inicial que va a lanzar Monsieur Achille. Aparecerá en todos los periódicos importantes de Francia. Monsieur Achille ha estado magnífico. Las condiciones de Meyerheim han sido caras, pero Monsieur Achille las aceptó como si fueran una futesa. El día de la inauguración, por rigurosa invitación, habrá un champagne d'honneur y el ministro de Bellas Artes inaugurará la exposición con un elocuente discurso, en el que aludirá a mis virtudes femeninas y a mi talento de pintora, y terminará declarando que el Estado, cuyo deber y derecho es premiar el mérito, ha comprado uno de mis cuadros para la Colección Nacional. Todo París estará allí y Meyerheim se encargará personalmente de los críticos. Nos ha garantizado que las críticas no solamente serán favorables, sino largas. Los pobres diablos ganan tan poco, que es una obra de caridad darles ocasión de embolsarse unos francos extra.

—Todo lo mereces, querida. Siempre has sido buena.

—Et ta soeur —replicó, lo cual es intraducible—. Pero eso no es todo. Monsieur Achille ha comprado a mi nombre una villa en la costa de St. Raphael, y ocuparé mi lugar en la sociedad de Lille no sólo como una distinguida pintora, sino como propietaria. Dentro de dos o tres años él se retirará, y nos iremos a vivir en la Costa Azul, como gente bien (*comme des gens bien*). Él podrá remar y pescar quisquillas mientras yo me dedico a mi arte. Ahora te voy a enseñar mis cuadros.

Suzanne llevaba varios años pintando y había alcanzado un estilo propio a través de los de todos sus amantes. Continuaba incapaz de dibujar, pero había desarrollado un agradable colorido. Me mostró paisajes pintados durante las visitas hechas a su madre en Anjou, rincones de los jardines de Versalles, del bosque de Fontainebleau, escenas callejeras de los suburbios parisienses que le habían llamado la atención. Era su pintura vaporosa e insustancial, pero poseía cierta gracia de flor y hasta una elegancia descuidada. Uno de los cuadros me gustó, y suponiendo que ello le agradaría, me ofrecí a comprarlo. No recuerdo si lo llamaba «Claro en el bosque» o «La bufanda blanca», y aunque lo he examinado varias veces con posterioridad, sigo sin saberlo. Le pregunté el precio, que por cierto era razonable, y le dije que me quedaba con él.

—¡Eres un ángel! —exclamó—. Mi primera venta. Naturalmente, no podrás llevártelo hasta después de la exposición, pero ya me encargaré yo de que los periódicos digan que lo has comprado. Después de todo, un poco de propaganda no puede hacerte ningún daño. Me alegro de que hayas escogido éste. Creo que es uno de los mejores —cogió un espejo de mano y miró la imagen del cuadro—. Tiene charme —dijo, guiñando los ojos—, no se puede negar. Ésos verdes..., ¡qué ricos y, sin embargo, qué delicados! Y esa nota blanca en el centro es un acierto; liga todo el cuadro y le da unidad. Hay talento en el cuadro; sí, talento auténtico.

Comprendí que había cubierto buen trecho del camino que la llevaría a ser una pintora

profesional.

—Y ahora, *mon petit*, ya hemos charlado bastante, y tengo que volver a mi trabajo.

—Y yo tengo que irme.

—*A propos*, ¿sigue el pobre Larry entre los pieles rojas?

Pues con esa notoria falta de respeto solía aludir a los habitantes del País Divino.

—Que yo sepa, sí.

—Tiene que ser terrible para una persona como él, tan amable, tan tierna. Si una juzga por las películas, la vida allí debía de ser espantosa, con tantos gangsters, *cowboys* y mejicanos. Y no es que los *cowboys* no tengan cierto atractivo. *Oh, la, la!* Pero parece que es excesivamente peligroso salir a la calle en Nueva York sin un revólver.

Me acompañó hasta la puerta y me besó en las mejillas.

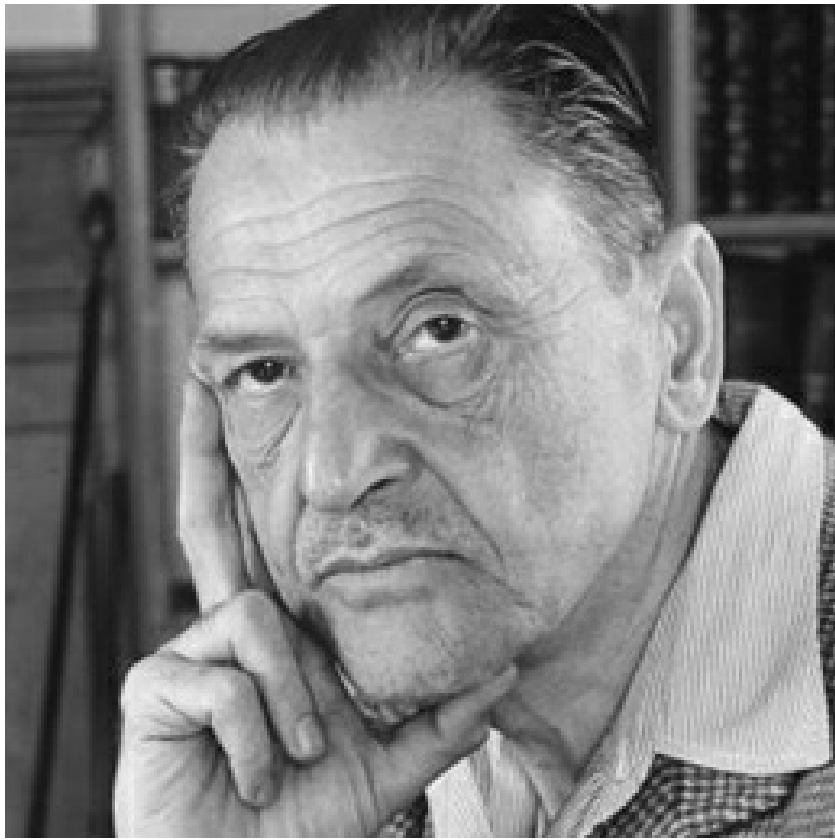
—Hemos pasado juntos ratos muy agradables —me dijo—. Acuérdate de mí con cariño.

Este es el final de mi narración. No he sabido nada de Larry, ni espero saberlo. Dado que acostumbraba llevar a cabo lo que se proponía, considero probable que a su regreso a América entrara a trabajar en un taller de automóviles y que luego estuviera conduciendo un camión hasta haber adquirido el conocimiento que juzgaba necesario del país que abandonó durante tantos años. Después, es posible que llevara a la práctica su fantástico proyecto de convertirse en taxista, es cierto que fue esto un comentario lanzado al azar a través de la mesa de un café, pero nada me extrañaría que lo hubiera hecho, y nunca he tomado un taxi en Nueva York sin lanzar una ojeada al conductor, por si acaso me encontraba con Larry, con sus hundidos ojos de grave sonreír. Nunca le he encontrado. Estalló la guerra. Sería ya demasiado viejo para volar, pero quizá volviera a conducir un camión, en América o en el extranjero; o tal vez entrara a trabajar en una fábrica. Me gustaría pensar que está escribiendo un libro en sus ratos de ocio, en el que condensara todo lo que la vida le ha enseñado y el mensaje que tenga que comunicar a sus prójimos. Tiempo de sobra tiene, pues los años han pasado sin dejar en él rastro de su paso, y es aún joven.

Carece de ambición y no busca la fama. Llegar a ser una figura popular le causaría desagrado, y por lo tanto, puede que se contente con llevar la vida que escogió y limitarse a ser él mismo. Es demasiado humilde para querer mostrarse a los demás como ejemplo; pero bien puede ocurrir que crea que algunas almas vacilantes, atraídas hacia él como mariposas por una luz, lleguen algún día a compartir su ardiente convicción de que el supremo goce únicamente puede lograrse en la vida espiritual, de que si él sigue con desprendimiento y renunciando a todo el sendero de la perfección, cumplirá su cometido tan bien como escribiendo libros o dirigiéndose a las multitudes.

Pero todo esto es una conjetura. Yo soy de la tierra, terrenal. Únicamente me es dado admirar el brillo de tan insólita criatura; no puedo colocarme en su lugar ni atisbar en las íntimas profundidades de su corazón, como a veces creo que soy capaz de hacer con personas más cercanas al hombre corriente. Larry ha sido absorbido, como él lo deseó, por ese tumultuoso conglomerado humano de cien intereses contradictorios, tan perdido en la mundial confusión, tan deseoso de lo bueno, tan confiado en sí mismo exteriormente y tan receloso en su fuero interno, tan amable, tan duro, tan confiado, tan despierto, tan miserable y tan desprendido, que forman las gentes de los Estados Unidos de América del Norte. Eso es cuanto puedo decir acerca de Larry. Ya sé que esto es decepcionar, mas no lo puedo evitar. Pero cuando estaba terminando este libro, intranquilo al comprender que tendría que dejar al lector en el aire y no hallando manera de remediarlo, miré para ver si podía encontrarle final más satisfactorio, y observé con intensa sorpresa que, sin proponérmelo en absoluto, había escrito ni más ni menos que una novela apacible. Pues todos aquellos de quien he hablado alcanzaron lo que deseaban: Elliott, el encumbramiento social; Isabel, una posición desahogada, con el respaldo de una fortuna considerable, dentro de una sociedad culta y trabajadora; Gray, un trabajo seguro y lucrativo y una oficina para ir a ella diariamente, de nueve a seis; Suzanne Rouvier, la seguridad económica; Sophie, la muerte, y Larry, la felicidad. Y por muy despectivamente que protesten los intelectuales, a nosotros los del público, en el fondo de nuestros

corazones lo que nos gusta es una novela que acabe bien. Y, por ello, quizás este final no sea tan poco satisfactorio, después de todo.



WILLIAM SOMERSET MAUGHAM, París, 1874-St. Jean Cap Ferrat, 1965. Con más de veinte obras y un centenar de relatos, es uno de los escritores más leídos del siglo xx. Tremendamente popular, médico y viajero, fue un escritor de una gran capacidad de observación que alcanzaría un gran éxito desde sus primeras novelas. *Servidumbre humana* (1915) es la narración de su aprendizaje juvenil. En *La luna y seis peniques* (1919) relató la vida del pintor Paul Gauguin.